RODOLFO TERRAGNO

DIARIO ÍNTIMO *DE* SAN MARTÍN

Londres, 1824
Una misión secreta

Sudamericana
www.megustaleer.com.ar

ePUB

Para la historia que ha llegado a nuestros días, la vida pública del Libertador San Martín termina en 1822 con su retiro del Perú. Este libro prueba que el 'retiro' no fue tal: dos años más tarde lo encontramos en Inglaterra cumpliendo un plan secreto cuyo objetivo central era consolidar la independencia de Sudamérica. Bajo la forma literaria de un diario personal, el autor reconstruye el día a día de las actividades del General durante un año clave, 1824. No se traía de una novela: cada dato, circunstancia o anécdota surge de una escrupulosa investigación histórica basada en documentos y manuscritos aún inéditos. El Libertador reaparece aquí como un gran político, que prefiere resolver los conflictos sin recurrir a la violencia, pero que debe enfrentar críticas, celos, difamaciones y complots.
Diario íntimo de San Martín es el resultado de una denodada tarea de Rodolfo Terragno, que ha hurgado durante veintiocho años en la vida del General logrando el acceso a fuentes absolutamente privilegiadas. Pero también es el fruto de una pasión que, en este caso, logra conciliar el rigor histórico con la más diáfana belleza formal.

Rodolfo Terrango

Diario íntimo de San Martín

Londres, 1824. Una misión secreta

ePUB v1.0
3L1 13.06.17

más libros en epubgratis.org

Título original: *Diario íntimo de San Martín*
Rodolfo Terrango, 2009
Editorial Sudamérica - Buenos Aires
Cubierta de Random House Mondadori, S.A.
ISBN 9789500733632
Editor original:**SMGX1** (v1.0)
ePub base v2.1

A Sonia, Danila y Julián,
que nos acompañaron
(a San Martín y a mí)
durante veintiocho años

FOTOGRAFÍAS: FACUNDO DE ZUVIRÍA

Los objetos fotografiados pertenecieron todos al General San Martín y se hallan en el Museo Histórico Nacional (páginas 17, 111, 159 y 223), Museo Mitre (páginas 143 y 299), Colección Héroes y Tumbas, Chile (página 195), Museo Histórico de Regimiento de Granaderos a Caballo (página 235), Colección Diego Llambí Campbell, Argentina (página 353) y Colección Horacio Porcel, Argentina (página 391).

"UNA NARRACIÓN NO INTERRUMPIDA DE LOS HECHOS SOBRE AMÉRICA, POR INTERESANTE QUE SEA, DEBE CANSAR AL LECTOR POR SU MONOTONÍA: LA MÁXIMA DE MEZCLAR LO ÚTIL CON LO AGRADABLE ES DE NECESIDAD ABSOLUTA EN LA OBRA QUE USTED TRATA DE PUBLICAR, SIN CUYO REQUISITO NO PRESTARÁ UN INTERÉS VIVO Y PICANTE."

Carta de San Martín al General Miller, cuando éste preparaba sus memorias (Bruselas, 30 de junio de 1827).

Introducción

Esto no es una novela histórica. Es el resultado de una celosa investigación historiográfica, no contaminada de fantasía.

Todo lo que se devela en este libro transcurrió, tal como se lo cuenta, en 1824.

Según la historia convencional, para entonces San Martín era un revolucionario retirado, que viajó a Londres con el solo propósito de internar a su hija en una escuela inglesa.

Hace muchos años, en Chelmsford (Essex, Inglaterra), descubrí que, detrás de aquella cándida versión, había una historia oculta.

Encontré allí cartas inéditas del propio San Martín, junto a documentos originales de dos colaboradores suyos: Diego Paroissien y Juan García del Río.

En 1822, el entonces Protector del Perú los había enviado a Londres con el mandato de conseguir un Emperador y dinero.

Dos años más tarde, San Martín ya no era más el Protector del Perú. Y en ese país, cuya independencia él había declarado, Bolívar las pasaba moradas para acabar con la Contrarrevolución realista.

De triunfar el Libertador de Colombia, no habría monarca. De vencer los realistas, sí; pero sería Fernando VII.

Cuando San Martín partió para Londres, en febrero de 1824, no era fácil predecir qué ocurriría.

Él fue a ejecutar un plan. El objetivo: asegurar la libertad del Perú y, con ella, la de toda Sudamérica.

Esto es lo que descubrí a medida que amplié mis hallazgos iniciales.

Mientras investigaba, yo iba apuntando datos y, cuando advertí que los apuntes estaban enmarañándose, decidí ordenarlos cronológicamente. Abrí carpetas con hojas manuscritas (más tarde archivos digitales), y en un momento comprendí que podía relatar —casi día por día— lo que San Martín había hecho aquel año, en el cual se suponía que nada había hecho.

Resolví, entonces, que escribiría este libro como si fuera el diario del Libertador.

No en primera persona, porque hacer hablar a San Martín habría convertido un trabajo histórico en una obra de ficción.

Redacté en tercera persona; pero, tratándose de un diario, debí usar el tiempo presente. Esto acarreó un problema: el lenguaje a emplear. Todo cuanto aquí se dice está basado en cartas, documentos y periódicos de 1824 o fechas cercanas; y tales textos serían, si no se los adecuara, difíciles de comprender hoy. Un solo ejemplo: “Embajador en Gran Bretaña” se decía, por aquellos años, “Ministro cerca de la Corte de Saint James”.

Opté por un castellano atemporal: este libro puede ser comprendido hoy y habría sido comprendido en 1824.

No se emplean en él palabras desaparecidas o, por falta de uso, enigmáticas.

Tampoco vocablos que se hayan acuñado, o hecho corrientes, después de que la Real Academia Española publicara, en 1822, la sexta edición de su Diccionario de la Lengua Castellana. Con excepciones justificadas: incluí algunas palabras que, no figurando en aquel diccionario, aparecen en cartas de la época; o cuyo uso anterior a 1824 está acreditado en el Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico de Joan Corominas y José A. Pascual.

Relatar acontecimientos históricos en tiempo presente tiene una virtud: los lectores sienten que están viviendo el momento, y eso facilita la interpretación de hechos que, de otro modo, sería difícil evaluar.

En aquella época, la información viajaba en barcos a vela.

En un momento, como se verá, llega a Londres una noticia alarmante: los realistas han retomado Lima. Pero eso no ha ocurrido el día anterior, ni la semana anterior, ni el mes anterior. Ha ocurrido tres meses antes. Resulta imposible saber qué sucedió desde el acontecimiento que preocupa; y sin embargo, algo hay que hacer para contrarrestarlo. San Martín organiza una expedición al Pacífico que, de prosperar, llegará al lugar de ocho a nueve meses después de caer Lima.

Ubicarse en la Inglaterra de 1824 permite, por otra parte, descubrir un mundo de curiosidades y

notas de época que dan cierto resplandor al relato histórico.
La obra ha sido cuidada con celo, pero todo libro está expuesto a portar errores de fondo y de forma. En este caso, cada lector o lectora tendrá cómo corregirlos: en el sitio www.diariodesanmartin.com.ar podrá anotar cualquier errata. Las que resulten verificadas serán incorporadas al propio sitio.
Me gustaría que, además de proveer una lectura atrayente, este libro fuera una contribución a la historiografía.
Al igual que Maitland & San Martín, este Diario íntimo… me mueve a contradecir una falsa creencia: del Libertador se ignora, todavía, más de lo mucho que se sabe.

Calendario 1824

1824

Enero

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Febrero

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29						

Marzo

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31	29	30	31

Abril

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	

Mayo

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

Junio

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30			

Julio

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Agosto

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	26	27	28	29	30	31

Septiembre

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		

Octubre

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

Noviembre

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31	29	30	

Diciembre

Do	Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Un plan secreto

Buenos Aires,
1° de enero
al 11 de febrero

Un plan secreto

Banda de Fundador de la Orden del Sol, que San Martín trae del Perú.

Jueves 1° de enero

Pretextos inverosímiles

Hace 28 días llegó de Mendoza y está impaciente.

Necesita cuanto antes su pasaporte para embarcarse en el primer buque que lo acerque a Inglaterra.

Allá ejecutará un plan secreto del cual depende, acaso, la suerte de Sud-América.

Todo empezó hace año y tres meses, cuando abandonó Lima proclamando: "He dejado de ser un hombre público".

Ni él creía que, a partir de entonces, fuera a convertirse en un "simple particular".

Eso fue, sin embargo, lo que dijo a los peruanos. Para justificar su renuncia al Protectorado,

proclamó:
“Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos”.
Sabía que no era cierto. La independencia del Perú no estaba “hecha”. La tarea final le quedaba a Simón Bolívar, pero San Martín dudaba de que el Libertador de Colombia pudiera cumplirla.
Por eso ha pasado largos meses en Mendoza, esperando para saber si su obra sería acabada por el otro, o si él debería regresar al Perú para concluirla por sí mismo.
En aquella proclama de “despedida”, había deslizado ante el pueblo peruano: “Siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país”.
Sin embargo, en Mendoza asumió el papel que hoy sigue representando: el de “un cristiano que por su edad y sus achaques ya no puede pecar”. Se dice feliz por haberse deshecho de “guerreros y políticos”, asegura que no lee periódicos, alega que sólo necesita calma e insinúa que, a los cuarenta y cinco años, ha empezado a preparase “para bien morir”.
Hace un tiempo sugirió que, si no lo dejaban “en el campo con quietud”, se marcharía “a la Banda Oriental”.
La realidad es que, alarmado por las noticias que llegan del Perú, cree que ha llegado el momento del “último sacrificio”.
No se trata de volver como un Quijote, a librar batallas infecundas.
Su plan tendrá comienzo en Londres; como aquel que, hace doce años, lo trajo a su tierra natal.
Para ocultar los motivos de su inminente viaje ha ideado varios pretextos.

1) El “perfeccionamiento” militar

San Martín no será más el Protector del Perú, pero al retirarse de ese país recibió el título de Generalísimo, y una pensión. Es por eso que, antes de viajar a Londres, escribió a Lima, solicitando la licencia del Ministro de Estado, Francisco Valdivieso, para ausentarse de América.
Lo hizo el 10 de agosto desde Mendoza:
“Don José de San Martín, generalísimo del Estado y Fundador de su Libertad, se presenta a V.E. suplicándole tenga a bien concederle licencia por tres años para viajar a Europa con el objeto de perfeccionarse en los conocimientos militares que en algún tiempo pueden ser útiles a la República; que para verificarlo se sirva mandar que la pensión de nueve mil pesos, que le señaló el soberano congreso, se le satisfaga de los fondos que la República tenga en Inglaterra”.
Este célebre guerrero, que se batió contra la Grande Armée de Bonaparte en la magna batalla de Bailén, y destruyó en América a parte del imperio español, a los cuarenta y cinco años quiere perfeccionarse en “conocimientos militares”.
La excusa es poco plausible.
El Marqués de Torre Tagle, Presidente del Perú, intuye el motivo real de este viaje. Es él quien respondió el pedido dirigido a Valdivieso, diciendo: “V.E. puede marchar a Europa por el tiempo que guste”. Como al pasar, demostró comprender:
1. Que San Martín “trabajará” en Europa “por la prosperidad y el engrandecimiento” del Perú.
2. Que es importante tener al antiguo Protector relacionado con “altas e ilustradas potencias”.
3. Que “en cualquier momento que peligre la suerte de la República”, San Martín “volará a su defensa”.

2) La educación de su hija

Aquí en Buenos Aires, el General dice a quien quiera oírlo: “Partiré hacia Europa con el objeto de acompañar a mi hija, para ponerla en un colegio de aquel país”.
“Aquel país” es Inglaterra.
Según promete, regresará “en todo el presente año”, no en 1827, como le sugirió a Valdivieso.
El periódico El Argos sostiene que los propósitos de San Martín son poco claros. “Parece que este viaje es únicamente bajo un carácter privado, porque nada se dice que tenga relación a objetos públicos”.
“Nada se dice”, pero la sospecha general es que San Martín oculta su verdadera intención.
Cuesta aceptar que lleve a su hija para dejarla, sola, en alguna boarding school for girls: escuela para niñas, donde las pupilas estudian, de la mañana a la noche, para tener pleno dominio del

inglés y de la aritmética.
Él aspira a que Merceditas sea “una buena madre y tierna esposa”. La quiere sensible, veraz, respetuosa, caritativa, indulgente y formal. Desea que tenga apego a la disciplina y aprenda, entre otras cosas, a “hablar poco y lo preciso”. No quiere que sea una marisabidilla, como llaman en España a la mujer que presume de sabia.
A algunos les ha dicho que su verdadera intención es alejarla de la abuela, Doña Tomasa, quien “la malcría”.
Desde la muerte de su madre, Remedios de Escalada, la niña ha estado a cargo de “esta amable señora, que por el excesivo cariño que le tiene, la ha resabiado, como dicen los paisanos”.
Contribuyó al resabio “la tía María Eugenia”, muerta hace poco. Ella era la hermanastra de Remedios, María Eugenia Escalada de Demaría, que sentía devoción por Merceditas.
Como resultado de tanta condescendencia, “la chicuela es muy insubordinada”, y se ha convertido en un verdadero “diablotin”.
Todo se resolvería, no obstante, si Merceditas fuera a vivir con su padre, que ha “dejado de ser un hombre público”. Él mismo podría inculcarle los valores que pretende, o elegirle aquí una escuela.
Ambos tienen, para vivir, la casa que el Director Supremo José Rondeau, a instancias del Congreso, adjudicó en 1819 a “San Martín, sus hijos y sucesores”. No está mal ubicada: en la Plaza de la Victoria, al lado del Cabildo; y si bien muestra cierto deterioro, no costaría demasiado repararla.
El General y su hija también tienen la chacra de Los Barriales, en Mendoza. Él la mandó a levantar sobre parte de las 250 “cuadras de tierra” que el Gobernador de Cuyo, Toribio de Luzuriaga, su “compadre y amigo”, les otorgó en propiedad hace ocho años: 50 cuadras al propio San Martín, que las había solicitado; y 200 a “su hija Doña Tomasa Mercedes”, porque el Gobernador así lo quiso.
San Martín podría, también, poner a Merceditas en un hogar mendocino, y hasta designarle una institutriz.
En Mendoza hay señoras de bien, muy vinculadas a la familia San Martín, que podrían cooperar en la formación de la niña:
• Josefa Pepa Álvarez, la madrina de Merceditas. En su casa residieron el General y Remedios desde 1814. Él, hasta el Cruce de los Andes; ella, hasta principios de 1819, cuando atacada por la tisis debió regresar a Buenos Aires. Fue allí, cerca de la Plaza Mayor de Mendoza, donde nació Merceditas. La propia Doña Pepa ofició de partera.
• María Josefa Morales de los Ríos, viuda de Ruiz Huidobro, que fue “muy buena amiga de Remedios”, y a quien “el General San Martín distingue con las más caballerosas atenciones”.
Hace cuatro años, antes de partir al Perú, él envió desde Valparaíso una carta al administrador de Los Barriales, Pedro Advíncula Moyano. En esa misiva le encargaba cuidar mucho “a mi Señora Doña María Josefa Morales de los Ríos” y suministrarle, de la chacra, lo que ella quisiera, “en los mismos términos que a mi mujer propia”. El año pasado, cuando regresó de Chile, San Martín se alojó por un tiempo en la casa de ella, en la ciudad de Mendoza, antes de instalarse en Los Barriales.
El General le tiene gran confianza, tanto, que le ha dado en custodia el sable corvo que lo acompañó en sus campañas, así como valiosos documentos traídos del Perú. Tomás Guido, su “lancero amado”, le aconsejó que dejara a Merceditas “al lado de Madama Ruiz”, de quien la niña recibiría consejos y aprendería respeto.
María Josefa es hija del Conde Morales de los Ríos, Almirante de la Real Armada española, que comandó la Purísima Concepción en la batalla de Trafalgar.
Ella fue, además, esposa del Teniente General Pascual Ruiz Huidobro, quien también pertenecía a la Real Armada. Siendo Gobernador de Montevideo, en 1807 los ingleses, tras apresarlo, lo remitieron a Inglaterra. Al formarse la alianza anglo-española contra Napoleón, Ruiz Huidobro obtuvo su libertad, pasó a la Península y de allí a Buenos Aires, enviado por la Junta de Sevilla. Participó de la Revolución de Mayo y, en 1813, el Segundo Triunvirato lo designó Embajador en

Chile. Hacia allí se encaminaba, en compañía de su mujer, cuando la muerte lo sorprendió en Mendoza.
Desde entonces, "Madama Ruiz" no se ha movido de allí, donde está afincada y goza del aprecio de la alta sociedad.
El casco de Los Barriales, a ocho leguas de la ciudad, ofrece una cómoda vivienda. Tiene sus dormitorios principales en los extremos, cada uno coronado por una gran bóveda; y otras tres habitaciones en el medio, bajo bóvedas menores.
En la chacra se engorda ganado, se crían caballos y ovejas, y se muele trigo para hacer pan.
Sin embargo, San Martín no se prepara para irse con su hija a ese bucólico retiro cuyano, ni para fomentar una revolución en Buenos Aires.
Él va a Londres a cumplir una misión, y no piensa regresar "en todo el presente año", por más que diga eso.
Su disyuntiva era: dejar que Merceditas siguiera "resabiándose" en Buenos Aires, o llevársela a su lado (por el tiempo que debiera pasar en Londres) so pretexto de ponerla en un colegio.
Ha optado por esto último.
Dice que lo hizo para "evitar el rompimiento" con la suegra. En realidad, así ha roto con ella.
Durante la larga enfermedad de Remedios y, sobre todo, después de su muerte, Merceditas ha estado a cargo de la abuela.
La "amable señora" presiente la soledad.
Sus hijos mayores, Manuel y Mariano, dejaron la casa en 1816, para unirse al ejército de San Martín. Y aunque tres años más tarde pidieron el retiro, no volvieron al hogar materno. Cada uno sigue su vida.
Ella quedó viuda hace tres años.
La pobre Remedios se fue para siempre el 3 de agosto.
Y la hija que le queda, María Nieves, se casará en pocos meses.
Se entiende su desazón: debe desprenderse de esta nieta que ha sido, por mucho tiempo, su cobijo. Londres queda muy lejos, y Doña Tomasa no sabe si volverá a ver a Chiche, como los Escalada llaman a la niña.
Esta pesadumbre se suma al desencanto que, el año pasado, le causó su yerno.
Ella no pudo aceptar que, mientras la tisis devoraba a Remedios, San Martín no viniera a consolarla.
La "esposa y amiga del General San Martín" —según reza la lápida que él mismo ha mandado a colocar en el cementerio del Norte— murió el 3 de agosto, mientras él permanecía en Mendoza "a la expectativa" de lo que pasara en el Perú.
Hace poco, cuando San Martín se aprestaba a venir en búsqueda de Merceditas, Guido le anticipó: "La vista de mi tía Tomasa va a aumentar los malos ratos de usted, porque con ella se renuevan las llagas".
La madre de Guido, Juana María de Aoiz, es prima hermana de Doña Tomasa. De tal suerte, Tomás es sobrino segundo de la suegra de San Martín; y era primo segundo de la difunta Remedios.
La familia Escalada no puede ignorar los peligros que San Martín habría corrido en Buenos Aires. Hace ya cuatro años, el padre de Remedios le había escrito: "Hijo mío y muy amado que tanto esplendor das a mi casa, a pesar de tantos enemigos envidiosos que aquí tienes".
Si ésa era la situación en 1820, el año pasado se había vuelto mucho más grave.
El General podría contarle a Doña Tomasa:
• Que "en mayo del año pasado", cuando se disponía a venir para "darle el último adiós" a Remedios, "se apostaron partidas en el camino", para aprehenderlo "como a un facineroso".
• Que aquellas partidas "no pudieron cumplir con su pérfida misión" gracias al "piadoso aviso" que le dio el Gobernador de Santa Fe, Estanislao López.
• Que, si lo hubieran apresado, lo habrían juzgado y condenado, porque en 1817 y 1820 "no quiso volver a derramar sangre de hermanos, prefiriendo, en cambio, realizar las gloriosas campañas de Chile y Perú".

La buena señora podría ser reconfortada, también, por el mayor de sus hijos. Manuel teme por el futuro del Perú y sabe que —con Bolívar impotente o derrotado, y San Martín muerto o preso— se allanaría el camino de la reconquista borbónica.
Uno u otro jefe debía (debe) estar pronto para liderar la etapa final de la independencia.
Los Barriales fue el "cuartel general" desde el cual San Martín pudo haber pasado a Chile, para volver al Perú, en caso de ser necesario. ¿Cómo no habría de comprenderlo Manuel, que es un revolucionario nato? Su padre, Don Antonio, estuvo vinculado a Manuel Belgrano y a otros precursores que, en 1808, quisieron cortar lazos con la Junta Central de España y formar un gobierno propio bajo el reinado de la Princesa Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, quien se hallaba en Brasil. Fracasado aquel intento, él y su familia adhirieron a la Revolución de Mayo.
Junto a Mariano, Manuel peleó en San Lorenzo, cruzó los Andes e hizo la guerra en Chile.
Fue él quien trajo a Buenos Aires los partes de las dos grandes victorias trasandinas de San Martín. Después de Chacabuco, montó a caballo y se largó hacia Buenos Aires. Necesitó sólo 48 horas para cruzar la cordillera y 14 días para recorrer el camino que viene desde Mendoza. Un año más tarde, regocijado por el definitivo triunfo de Maipú, cabalgó larguísimos tramos y, esa vez, demoró dos días menos en alcanzar esta ciudad, a la cual hizo arder de júbilo.
El General tiene tanta confianza en Manuel que en agosto del año pasado decidió nombrarlo su apoderado en Buenos Aires.
La animosidad hacia San Martín la siembra un medio hermano de Remedios, Bernabé de Escalada. Es hijo del primer matrimonio de Don Antonio, con Doña Petrona de Salcedo y Silva, sobrina del virrey Juan José de Vértiz.
Funcionario de Fernando VII, Bernabé fue hasta hace poco Ministro Contador General del Ejército y Real Hacienda de las islas Filipinas, imbuido de "plenos poderes".
Estaba a cargo de supervisar nada menos que los galeones de Manila: esas legendarias naves que llevaban riquezas de las Filipinas a Acapulco, para que fueran transportadas por tierra a Veracruz y embarcadas, en otros navíos, rumbo a Sevilla y Cádiz. Así llegaban a España —junto con la plata de Zacatecas o Pachuca— marfiles, porcelanas, lacas, sedas, tapices, damascos, perfumes y especias del Asia.
Este negocio se desarticuló tres años atrás, cuando México se declaró independiente.
Bernabé regresó entonces a Buenos Aires, exonerado, pero dueño de una fortuna.
El año pasado, cuando los médicos aconsejaron que Remedios respirase "aire de campo", la enferma fue llevada, con su madre, a una quinta del medio hermano, en las afueras de la ciudad. Allá murió, en brazos de su sobrina Trinidad Demaría.
Con cuarenta y tres años, dineros y enérgico carácter, Bernabé está en condiciones de asumir una posición dominante en la familia.
En tanto realista, no simpatiza con el Fundador de la Libertad del Perú, título que hace dos años otorgó a San Martín el Congreso Constituyente en Lima.
El General arrebató a los españoles parte de Sud-América y quería, además, extenderse por el Pacífico. El propio San Martín lo cuenta así: "A mi separación del Perú, los aprestos para ir a ocupar las islas Marquesas y de Tahití, se hallaban cuasi concluidos". Tomás Cochrane, que comandó la escuadra chilena en la expedición al Perú, sostiene que aquella aventura no se limitaba a la Polinesia: el fin último de San Martín, dice el escocés, era despojar a España las propias Filipinas.
Bernabé no puede ver con agrado a este pariente de otra sangre. Además, como medio hermano de Remedios, cuestiona el presunto desinterés de San Martín por la finada.
Ésta es otra razón para que el General no quiera dejar a su hija con Doña Tomasa. Ese ambiente podría crear, en la niña, hostilidad hacia su padre: un riesgo tanto mayor cuanto él no regresará, al menos por un largo tiempo. Merceditas podría sentir que su padre también la abandonó a ella.

3) El Príncipe de sangre real

Nadie cree que San Martín se disponga a cruzar el Atlántico sólo para poner a su hija en un colegio. El Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, Bernardino Rivadavia, desconfía del "carácter privado" de la travesía.

“Conociendo la personalidad del general San Martín”, no puede imaginar que se desplace a Londres por causas familiares. “Debe tener otros motivos de mayor importancia para dirigirse a Europa en este momento.”
En una de las entrevistas que ambos tuvieron, Rivadavia pidió —“en mérito a nuestra antigua amistad”— que San Martín le hiciera una “franca confidencia” sobre esos motivos.
Pese a que la “antigua amistad” no era tal, San Martín se sintió obligado a confesar: había, en efecto, algo “de mayor importancia”.
Sin embargo, no dijo la verdad. Con el lenguaje equívoco que acostumbra a usar cuando conviene, sugirió que la “forma monárquica de gobierno” sería la más apropiada para Chile y Perú, tras lo cual dejó caer que él podría “invitar a un príncipe de sangre real, tal vez de la familia de España, para establecer un nueva dinastía en estos países”.
San Martín cree que América aún está en guerra; y su razonamiento ha sido siempre el mismo: si en las guerras es lícito matar, ¿por qué sería ilícito un mero engaño?
Una de sus tácticas predilectas consiste en hacer creer que hará una cosa… y hacer otra.
Antes de cruzar los Andes procuró que los realistas lo esperasen en el sitio equivocado. Dado que los pehuenches tenían una relación dual con españoles y criollos, fue a reunirse con esos indios, llevando 300 pellejos de vino, 120 de aguardiente y gran cantidad de labrados, bordados y vestidos. Mediante un intérprete, les pidió entonces permiso —“como dueños que sois de estas tierras”— para atravesar por el paso de Planchón y caer sobre el valle de Talca. Allí atacaría, según dijo, a los españoles, a quienes acusó de querer despojar a los pehuenches “de sus pastos, robarles sus ganados, quitarles sus mujeres y sus hijos”. Los indios le dieron “permiso” para que pasara por el Planchón y el acuerdo se celebró con una bacanal que duró tres días. Como San Martín había previsto, los pehuenches vendieron luego el “secreto”, y el Gobernador realista, Francisco Casimiro Marcó del Pont, concentró sus tropas en Talca, mientras la mayor parte del ejército patriota descendía por otros lados.
Engañar a los realistas fue una necesidad. Engañar a Rivadavia es un placer.

Viernes 2 de enero

Odios recíprocos

El General desdeña las “groseras imposturas” y la “innoble persona” del Ministro.
No lo considera, siquiera, como gobernante.
Las “reformas” de este “visionario” le provocan alguno que otro epigrama. Refiriéndose a un intento de hallar agua en la Recoleta, observa: “Rivadavia gasta ingentes sumas en construir un pozo artesiano al lado de un río y en medio de un cementerio público”.
La gestión del actual gobierno consiste en desatinos de esa clase y propósitos grandilocuentes. Para San Martín, el Ministro es un pomposo funcionario que pretende “improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo decretos”.
Rivadavia, por su parte, siente que San Martín es un traidor.
Nunca le perdonará lo que hizo, doce años atrás, junto con otros miembros de la pseudo-masónica Logia Lautaro, y algunos que habían pertenecido a la disuelta Sociedad Patriótica: la primera, filial de la creada en Cádiz por el venezolano Francisco de Miranda; la segunda, una agrupación que defendía las avanzadas ideas del extinto Mariano Moreno, héroe de la Revolución de Mayo.
San Martín había llegado un lunes (el 9 de marzo de 1812), en la fragata George Canning. Siete días después (el lunes 16), ya era Teniente Coronel del Ejército de las Provincias Unidas, y comandante del escuadrón de Granaderos a Caballo.
Fue Rivadavia, Secretario de Guerra del Primer Triunvirato quien, en una semana, le concedió el mismo grado que tenía en España y creó ese escuadrón para que tuviera mando.
Por entonces Rivadavia no era sólo el Secretario de Guerra. Era el hombre que manejaba los hilos de la política en el Plata.
Por su iniciativa, el Triunvirato se había declarado libre de adoptar cuantas medidas estimara “necesarias para la defensa y salvación de la Patria”.
San Martín fue, al llegar al Río de la Plata, beneficiario de tal discrecionalidad.

Pronto, sin embargo, advirtió que los poderes extraordinarios no se usaban a favor de la Revolución. Él creía que las Provincias Unidas debían declarar cuanto antes su independencia, votar una constitución y acudir a la liberación de otros pueblos en Sud-América.
Rivadavia no compartía tales criterios:
• Demoraba la declaración de la independencia.
• Ponía obstáculos a la realización de un congreso constituyente.
• Había ordenado a Belgrano, jefe del Ejército del Norte, que se olvidara del Alto Perú y abandonara la defensa de Salta, replegándose a Córdoba; una orden que, sabio, Belgrano desobedeció.
• Había entregado, mediante un opinable armisticio con portugueses y realistas, la Banda Oriental, Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay.

Golpe de Estado

Seis meses y 23 días después de que el Triunvirato lo hiciera Teniente Coronel y le creara un escuadrón especial, San Martín se alzó para derrocar a aquel Gobierno. Apareció con los granaderos en la Plaza de la Victoria y exigió la renuncia de los triunviros.
Es natural que Rivadavia lo considere un ingrato.
San Martín, a su vez, siente que él y los otros sublevados —Carlos María de Alvear, Bernardo de Monteagudo— tenían razones superiores para remover a un gobierno que entorpecía la Revolución.
El nuevo Triunvirato convocó a la Asamblea que, en 1813, allanó el camino a la independencia, otorgando a las Provincias Unidas moneda propia, himno y escudo.
Aquella Asamblea también creó, a la medida de San Martín, la provincia de Cuyo. Él sabía que "la ciudad de Mendoza era indudablemente la más indicada" a fin de prepararse para cruzar los Andes, derrotar a los españoles en Chile y proseguir al Perú.
Convertido en gobernador de Cuyo, presionó desde allí hasta obtener la declaración formal de la independencia, que logró, finalmente, hace siete años y medio. Poco después, su Ejército de los Andes inició desde Mendoza la marcha que lo llevaría a Lima.
Rivadavia nunca creyó que la suerte de las Provincias Unidas se decidiera en el Perú.
Él no justifica que —para llevar a cabo su Plan Continental— San Martín haya desobedecido, reiteradamente, la orden de volver a las Provincias Unidas con su Ejército de los Andes.
Dos Directores Supremos, Juan Martín de Pueyrredón y Rondeau, lo llamaron para que viniera a luchar contra José Gervasio de Artigas y los caudillos del litoral. San Martín se negó, repitiendo que su espada jamás derramaría sangre de hermanos.
Rivadavia cree que fue una excusa. A San Martín (piensa) jamás le interesaron las Provincias Unidas. Como no le interesó Chile. Su obsesión fue el Perú, porque se ha visto a sí mismo como un Inca criollo.

Paisano mío

No es así. A San Martín le disgusta la anarquía, pero sabe que ésta ha sido usada en Buenos Aires para justificar la guerra contra los caudillos provinciales, en la cual se lo quiso implicar. Él cree que tal procedimiento es, además de injusto, contraproducente.
Prefiere exhortar a los díscolos, mostrándoles que el opresor de fuera se frota las manos cuando presencia un duelo entre parientes.
Lo prueban dos cartas de igual fecha: 13 de marzo de 1819. San Martín estaba en Chile, "acabando de destruir" a los "maturrangos que quedaban", y preparándose para "atacar a Lima". Fue entonces cuando supo que las tropas de la Banda Oriental y Santa Fe habían "roto hostilidades contra las de Buenos Aires". La noticia lo movió a dirigir estas exhortaciones:
• A Artigas: "Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo, y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad. No tengo más pretensiones que la felicidad de la patria. Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas".
• A Estanislao López: "Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan. Divididos seremos esclavos; unidos, estoy seguro que los batiremos. Hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor. La

sangre americana que se vierte es muy preciosa y debería emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos. Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas."
El mensaje fue idéntico para todos, pero Rivadavia lo interpretó como un desaire al poder central y, sobre todo, a su persona.

El Imperio Andesiano

Ahora Rivadavia es, otra vez, el hombre fuerte. Como Ministro, hace y deshace. El Gobernador Martín Rodríguez, está ocupado en perseguir tehuelches por el sur de la provincia.
La gobernación domina, bajo el título de Gobierno Delegado, la mayor parte de las Provincias Unidas. Lo hace con "plenos poderes", otorgados por la Junta de Representantes. Quien los ejerce —como ocurría en el Primer Triunvirato— es Rivadavia, artífice de la política del Plata desde hace más de tres años.
Fue crédulo San Martín cuando, en 1822, envió a sus colaboradores Juan García del Río y Diego Paroissien a pedir el apoyo de Rivadavia para una misión que ambos delegados debían cumplir en Londres.
Aquella misión consistía en obtener, además de un empréstito, un monarca europeo para el Perú. Los enviados no pudieron persuadir al Ministro y, antes de seguir rumbo a Londres, escribieron al Protector:
"Hemos dado por concluida nuestra comisión, separándonos de aquí con todas las apariencias de la amistad. Decimos las apariencias porque es evidente que hay en la mayor parte de los hombres que adhieren a esta administración un espíritu de resentimiento y mala voluntad hacia todo lo que viene del Perú".
Más o menos al mismo tiempo llegó a Buenos Aires otro enviado del General, el Comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente, con un propósito aun más incauto.
San Martín había concebido un plan para acabar con la resistencia realista en el Perú y, de ese modo, consolidar la libertad de SudAmérica. Se trataba de atenazar, y luego aplastar, a los españoles en el sur del territorio peruano, donde eran más fuertes. Eso exigía una ofensiva sobre los Puertos Intermedios, como se llama en Perú a las ciudades ubicadas al sur del Callao. El General Rudecindo Alvarado tenía que bajar de Lima, y el Gobernador de Córdoba Juan Bautista Bustos, debía comandar desde Salta una expedición al Alto Perú, que cortara la retirada de los realistas.
Conseguida en Córdoba la conformidad de Bustos, el enviado de San Martín vino a Buenos Aires a pedir 300.000 pesos para costear la expedición.
El General debió haber imaginado la respuesta. Rivadavia, además de decir "no", se ufanó de ello ante la Sala de Representantes: "Buenos Aires ya ha hecho más de lo que podía por aquellos pueblos", que ahora reclaman cooperación "sin haber probado merecerla".
El Ministro creía que San Martín se proponía fundir Perú, Chile y las Provincias Unidas en un Estado que vinculara dos océanos: el Imperio Andesiano, cuyo territorio sería, después del ruso, el más extenso del mundo.
En la imaginación de Rivadavia, San Martín pretendía ser el Emperador de semejante Estado. A fines de 1821, el Ministro hizo fracasar el Congreso Federativo de Córdoba, convocado para unir a Buenos Aires con el resto de las provincias y crear, así, un poder central. Temía que los congresistas del interior, partidarios de San Martín, trajeran a éste de Lima y lo pusieran al frente del país, dándole ocasión para concretar —como Protector del Perú, jefe de las Provincias Unidas y aliado de O'Higgins— la temida unión imperial.
Para prevenirse de semejante resultado, Rivadavia propuso al Congreso algo que sabía inaceptable: cada provincia debía tener, en el futuro Poder Legislativo, una representación proporcional al número de sus pobladores. Era una manera de reclamar que se consagrara la supremacía de Buenos Aires.
Ante la imaginable negativa, el Ministro ordenó el regreso de los diputados porteños, desbaratando así el Congreso.

Subterfugios para una corte marcial

Tras una decepcionante reunión con Bolívar en Guayaquil, San Martín "huyó" del Perú, según

dice El Argos, cuyos escritores son afines a Rivadavia.
Refugiado en Mendoza, el General juró que no ambicionaba "nada sobre las desunidas Provincias del Plata".
Rivadavia no lo cree. Piensa que lo ambiciona todo.
Supone que, desvanecidos sus sueños de emperador andesiano, San Martín se ha preparado para "formar un gobierno militar" en el Río de la Plata.
Por eso, cuando el General estaba en Los Barriales, el Ministro lo "cercó de espías", e hizo que su correspondencia fuera "abierta con grosería".
Los allegados a Rivadavia aseveran que el General "fácilmente podría fomentar un revolución si el Gobernador no lo hiciera observar de cerca a fin de aprovecharse de la primera tentativa contra el gobierno para arrestarle y hacerle juzgar por una corte marcial".
Así lo ha informado a París el comandante de una fragata francesa que pasó por el Plata y, sin duda, recibió inteligencia del gobierno.
Es el temor a un nuevo golpe de San Martín lo que movió a Rivadavia a concebir su detención y juzgamiento. Eso fue el año pasado, cuando no se sospechaba que el General se trasladaría a Europa. Rivadavia quiso prevenir entonces otra revolución, haciéndolo detener y juzgar por aquella desobediencia del pasado.
A eso se refiere San Martín cuando recuerda "el piadoso aviso" que le dio Estanislao López. El caudillo santafecino le escribió entonces:
"Sé de una manera positiva por mis agentes en Buenos Aires que a la llegada de V.E. a aquella capital será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales por haber desobedecido sus órdenes en 1817 y 1820, realizando en cambio las gloriosas campañas de Chile y Perú. Para evitar este escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V.E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V.E. que a su solo aviso estaré en la provincia en masa a esperar a V.E. en El Desmochado para llevarlo en triunfo hasta la Plaza de la Victoria".

Plan continental de Rivadavia

En 1819 se formó en Sevilla un ejército expedicionario, destinado a reconquistar las colonias de América. Su jefe era Félix María Calleja del Rey, Conde de Calderón y antiguo Virrey de Nueva Granada.
Aquella expedición fue abortada por el alzamiento del General Rafael de Riego. Éste exigió que, en vez de pensar en la reconquista colonial, Fernando VII pusiera fin al absolutismo en la Península y jurase la Constitución de 1812, sancionada en Cádiz cuando el Rey era prisionero de Napoleón.
Fernando prestó tal juramento, pero lo hizo de innegable mala gana. Convencido Riego de que el monarca no había declinado su vocación absolutista, continuó la lucha; hasta que, dos años atrás, se convirtió en Presidente de las Cortes Generales. Desde ese cargo, ha suprimido la Inquisición, acabado con los señoríos y remitido comisionados para negociar la paz con América.
Rivadavia recibió, entusiasta, a los comisionados que el año pasado llegaron a Buenos Aires.
Ellos traían una noticia afligente: más de 100.000 franceses —los llamados Cien Mil Hijos de San Luis— habían ocupado España. El jefe de la expedición, Luis Antonio de Borbón, Duque de Angulema, tenía la misión de aplastar al liberalismo y devolver a Fernando VII sus poderes absolutos.
Rivadavia sintió que valía la pena apostar a que el liberalismo español resistiría el embate y, entretanto, acordar con los hombres de Riego las condiciones bajo las cuales España reconocería la independencia de sus antiguas colonias.
De lograrlo, sería él, no San Martín, no Bolívar, el héroe de SudAmérica.
Comenzó sugiriendo a los comisionados que, mientras San Martín quería humillar a los españoles; él quería negociar con ellos.
Luego, les propuso un trato.
Antes, había tomado una precaución: hacer dictar, por la Sala de Representantes, una ley que le

prohibía firmar la paz con España si ésta no reconocía, previamente, la independencia de los nuevos Estados.
Con esa ley en la mano, presentó su plan a los enviados de Riego:
1. Las hostilidades quedarían suspendidas por 18 meses.
2. En ese tiempo, Buenos Aires intentaría que Chile, Perú, Colombia y Paraguay suscribieran, junto con las Provincias Unidas, un tratado de paz y amistad con España.
3. También procuraría que los signatarios proveyeran a España 20.000.000 de pesos fuertes. El propósito: ayudar en la lucha contra los absolutistas franceses que ocupan el territorio español.
Si el plan hubiera prosperado, se habría conseguido el reconocimiento de la independencia americana… sin disparar ni un tiro más.
No sólo eso: Rivadavia se habría convertido en un aliado de la España liberal; y habría ingresado así a la política europea como abanderado de la lucha contra el absolutismo.
Anticipándose a su posible éxito, le escribió al Virrey del Perú José de La Serna: "Los franceses hallarán en España su sepulcro".
El Virrey no debe haberse impresionado. La derrota de los Cien Mil Hijos de San Luis no está segura y, además, él conoce los límites de la negociación ofrecida por Riego.
El mismo La Serna recibió de Madrid, en 1821, la orden de acordar con los criollos. Y trató de hacerlo, en Punchauca, nada menos que con San Martín. Las conversaciones fueron inútiles: el General exigió que España reconociera la independencia del Perú; y el Virrey, cumpliendo con sus deberes, reclamó que el Perú se sometiese a la monarquía constitucional creada por Riego en España, con Fernando VII como Rey y la Constitución de 1812 como estatuto.
El plan continental de Rivadavia terminó, por parecidas razones, en la nada.

Rivadavia y San Martín fingen cordialidad

Con su plan de paz desbaratado, y un San Martín "vencido" que se marcha a Europa, Rivadavia siente que carece de sentido hostilizar al General.
Ambos hombres mantienen, por estos días, reuniones que suenan amistosas.
La primera vez, Rivadavia fue a visitar a San Martín y, como no lo encontró en la quinta donde éste se aloja, decidió volver otro día.
En ambas ocasiones lo acompañó el Teniente Coronel Tomás de Iriarte, un antiguo Jefe de Artillería de La Serna, que se pasó primero a las filas del patriota Martín Miguel Güemes y sirvió luego en el Ejército del Norte a las órdenes de Belgrano. Ahora, Iriarte es hombre de confianza del Gobierno.
Las conversaciones de San Martín y Rivadavia han sido civilizadas, pero los recelos prosiguen.
El propósito del Ministro era sonsacar los verdaderos motivos del viaje a Inglaterra, para poner sobre aviso al Cónsul británico, Woodbine Parish, ante quien erosiona, toda vez que puede, el prestigio del ex-Protector del Perú.
Meses atrás, cuando Parish llegó como Cónsul a Buenos Aires, Rivadavia quiso devolver el gesto y nombrar un Cónsul en Londres. Eligió para eso a Juan Hullet, de la empresa Hullet Brother & Company.
Desde Inglaterra, el Ministro de Asuntos Exteriores, Jorge Canning, le remitió este mensaje por intermedio del propio Parish:
"No es bueno que las Provincias Unidas estén representadas en Londres por un británico; un nativo sería lo más conveniente para ambos países".
El Cónsul inglés le sugirió a Rivadavia que designara a San Martín, pero el Ministro dijo que Buenos Aires no podía nombrar en su representación a una persona que pretendía instalar un monarca europeo en el Río de la Plata.
Ahora que San Martín va a Londres por las suyas, Rivadavia quiere que Canning esté al tanto de los propósitos del General, para evitar que se le abran a éste las puertas que podría golpear.
San Martín, a la vez, necesita que el gobierno le otorgue el pasaporte. No faltan, en el poder, quienes sostengan que se le debería prohibir la salida de Buenos Aires.
Tanto el General como el Ministro tienen, por lo tanto, distintos motivos para fingirse cordialidad.

San Martín obsequia a Rivadavia un pequeño retrato al óleo del Conquistador Francisco de Pizarro, y la campanilla de plata de la Inquisición limeña.
Según convienen, ambos se reunirán con frecuencia en la casa de Rivadavia. Ambos saben que nada saldrá de esos encuentros, excepto un fugaz armisticio.

Sábado 3 de enero

El Perú es la clave

El viaje de San Martín nada tiene que ver con la educación de Merceditas. Ni con el perfeccionamiento militar. Ni con la búsqueda de un príncipe.
Se vincula con la inconclusa guerra por la independencia del Perú.
Los hechos no se han dado como el ex-Protector imaginó año y medio atrás, luego de la entrevista de Guayaquil.
San Martín le había dejado el campo libre a Bolívar para que éste —convertido en jefe único de un ejército conjunto— bajara de inmediato al Perú.
Bolívar no hizo eso. Se quedó demasiado tiempo en la Gran Colombia.
Ahora, las fuerzas realistas, que no son pocas ni débiles, pugnan por devolver el territorio peruano a la Corona.
Si el Perú cayera, la libertad de toda Sud-América correría peligro.
Recuperada la joya de su antiguo imperio, Fernando VII iría por el resto, con la ayuda de la Santa Alianza: esa coalición absolutista que crearon Francisco I de Austria, Federico Guillermo III de Prusia y el Zar Alejandro I de Rusia.

Bolívar regaló victorias a Canterac

El Libertador de Colombia no sólo demoró su descenso al Perú. Hizo servir en bandeja un par victorias al jefe realista, José de Canterac.
El Protector le había dicho a Bolívar:
"Las fuerzas realistas montan en Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8.500 hombres, en gran parte reclutas".
Dos días antes de abandonar Lima, San Martín instruyó al General Alvarado sobre la estrategia a seguir en la marcha hacia los Puertos Intermedios: una operación en la cual mucho confiaba el Protector.
Aun cuando Rivadavia había frustrado la expedición al Alto Perú que debía partir de Salta, destinada a cortar la retirada realista, San Martín presagiaba que la expedición a los Puertos Intermedios marcaría el fin de la Revolución sudamericana.
Alvarado se embarcaría en el Callao, iría hasta Arica, subiría para tomar Arequipa y, luego, caería sobre Cuzco. Mientras tanto, Juan Antonio Álvarez de Arenales iniciaría un ataque sobre Huancayo.
El ejército del Virrey debía quedar aprisionado.
Eso, siempre que Bolívar asumiera la idea como propia. Antes de partir para Chile y el Plata, San Martín le escribió:
"Sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por Puertos Intermedios no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse".
Bolívar no brindó tal apoyo. Al contrario. Ordenó a su delegado militar en el Perú, el General Juan Paz del Castillo, que se abstuviera de destinar fuerzas al Sur. En consecuencia, Castillo opuso a Alvarado "exigencias extemporáneas e improcedentes" para demorar la asistencia, que nunca llegó. Alvarado y Arenales debieron emprender esa campaña sin las fuerzas suficientes.
Fue esa conducta la que, a principios del año pasado, obsequió a los realistas los triunfos de Torata y Moquegua.

"Siempre pronto"

Cuando San Martín supo, en Mendoza, del "desgraciado combate padecido por el ejército libertador en Moquegua", urgió al gobierno de Chile a reparar "sin la menor demora" el "golpe" que había recibido "la causa de la Libertad".
Con ese fin, dijo en una comunicación, enviada desde Mendoza a Santiago del 20 de marzo:

“Estaré siempre pronto a cooperar al bien general en cualquier clase que los gobiernos de estas provincias quisieran ocuparme”.
En un momento decidió que, si Bolívar seguía en Quito, él volvería al Perú. No estaba dispuesto, sin embargo, a oficiar de aventurero. Exigió que “los gobiernos de estas provincias” (por Chile) se lo encomendaran y, por lo tanto, proveyeran los recursos necesarios.
A mediados del año pasado, el chileno José Rivadeneira le escribió a Mendoza: “El Perú todo está perdido, y el Callao, único punto que se conserva, ignoramos al fin cuál sea su suerte”.
El ejército realista había entrado “sin resistencia a Lima el 18 de junio, al mando de Canterac, Caldés y Loriga, en número de más de 7.000 hombres”.
Los reveses militares estaban desatando las iras políticas.
San Martín —después de delegar el Ejecutivo en una Junta Gubernativa, y convocado a un Congreso— se retiró del Perú en 1822, dejando a Lima en orden.
Cumplida con éxito la misión a Intermedios —imaginó—, aquel edificio institucional se consolidaría.
No fue así. La misión fracasó y el Congreso designó Presidente de la República a José de la Riva Agüero. A partir de entonces, se sucedieron los hechos que Rivadeneira fue reseñando para San Martín:
• Cuando el ejército realista se aproximaba a Lima, Riva Agüero y el Congreso se establecieron en el Callao.
• Los representantes pidieron a Bolívar que se hiciera cargo del Perú.
• Bolívar no bajó al territorio peruano; envió al general Antonio José de Sucre, con plenos poderes.
• Casi al mismo tiempo, partió la segunda expedición a Intermedios: 5.000 soldados peruanos, argentinos y chilenos, liderados por el general Andrés de Santa Cruz.
• El Congreso designó trasladar la capital del Perú a Trujillo, en el noroeste, y confirió la suma del poder militar a Sucre hasta tanto llegara Bolívar.
• Como Riva Agüero no aceptó a Sucre (y en definitiva al propio Bolívar), el Congreso lo destituyó o, como lo dijo con agraciado eufemismo, lo “eximió del poder”.
• Valdivieso quedó provisionalmente a cargo del mando político.
• Dos diputados fueron enviados a Guayaquil, “a pedirle a Bolívar que viniera”. El problema es que “Bolívar no viene” y “todo se halla
en una anarquía completa”. Muchos juzgan “dudoso” que el Libertador de Colombia quiera bajar a Lima.
• Mientras tanto, Riva Agüero se constituyó en Trujillo, con 20 diputados más una fuerza militar, y “sigue dictando órdenes desde allá”.
San Martín sabe que Riva Agüero pretenderá seguir al frente del Perú, aun arriesgando una guerra civil: el 22 de agosto, desde Trujillo, el cacique peruano le pidió su apoyo militar para pelear contra quienes lo habían destituido. Se sentía víctima de Bolívar e imaginaba que el antiguo Protector se regodearía con la posibilidad de derrotar al hombre que lo defraudara en Guayaquil.
La indignación de San Martín fue formidable:
“Es incomprensible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra civil. ¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana?”.
El ex-Protector acusó a Riva Agüero de haber “hecho desgraciado” al Perú. Lo trató de “canalla” y no dudó en afirmar que estaba “cargado de crímenes”.
Todo parecía ir de mal en peor.
En el lugar de Riva Agüero, Sucre puso a Torre Tagle, pero “este hombre, loco y ambicioso por mandar, está haciendo los mayores males que pueden darse, impidiendo la salida del ejército del centro, interceptando todas las comunicaciones que van al norte. No deja pasar un solo gramo de alimentos”, todo para hacer “la guerra a Lima”.
Es un “bribón”. “Ha robado con descaro y la mayor desvergüenza”. Es “odiado del pueblo hasta maldecirlo públicamente”.

"El Perú se pierde"

El 14 de septiembre Rivadeneira le envió a San Martín una carta angustiosa: "En mi juicio, todo está perdido, porque Santa Cruz sostiene a Riva Agüero y no obedece a Sucre; éste se marcha y Bolívar descubre el campo que deseaba para cultivarlo como suyo"; pero "ha tardado demasiado" y, entonces, la posesión que pudo haber tomado "en abril o mayo" ahora se le hace difícil: la anarquía "refluye en favor de los godos".

Esto movió a San Martín a hacer un gran esfuerzo y dirigir, después de su tremendo enojo, una exhortación a Riva Agüero. Olvidó su indignación e ignoró algo que Rivadeneira no deja de recordarle: "Riva Agüero es un enemigo suyo, y ha sido la causa de su separación de Lima".

El chileno sostiene que San Martín debió dejar su cargo a causa de un complot, organizado ya antes de su viaje a Guayaquil; pero el General hace caso omiso de esa historia, sin importarle que sea falsa o verdadera.

El 20 de noviembre, "con el coche a la puerta para marchar a Buenos Aires", le escribió al rebelde peruano este desesperado mensaje: "El Perú se pierde, sí, se pierde irremediablemente, y tal vez la causa general de América".

Ante ese peligro, San Martín lanzó su exhortación al propio Riva Agüero y a los demás actores del drama patriota: Jorge Martín Guise, Salvador Soyer y Santa Cruz:

"Cedan de las quejas, o de los resentimientos que puedan tener; reconozcan la autoridad del Congreso, malo o bueno, o como sea, porque los pueblos lo han jurado. Únanse como es necesario y, con este paso, desaparezcan los españoles del Perú, y después matémonos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos de los despreciables y estúpidos españoles, que es lo que irremediablemente va a suceder".

"Dispuesto a sacrificar la vida privada"

Al concluir aquella carta, San Martín volvió a insinuar que —si Bolívar no se hacía cargo de la situación— él estaba dispuesto a reasumir el mando. No fue, por cierto, un ofrecimiento incondicional. Era necesario que las distintas facciones se unieran bajo su liderazgo.

Con típica perífrasis dijo:

"Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del Congreso, pues la espero para decidir mi destino".

Luego, para que no quedaran dudas, añadió: "Estoy dispuesto a sacrificar mi vida privada".

La posibilidad de tal sacrificio también la aceptó en otra carta, subordinándola sólo a un pedido de las autoridades del Perú. Cuando Guido le hizo saber que era urgente su retorno a Lima, San Martín respondió: "¿Cómo y de qué modo me presentaría en ésa sin ser llamado por el Gobierno?".

Está muy claro. No volverá como un líder faccioso, pero lo hará si, decepcionados los patriotas peruanos por el desinterés o la morosidad de Bolívar, le piden que vaya a hacerse cargo.

Esto no ha sido necesario, al menos por ahora.

Ni necesario ni posible: las camarillas siguen anteponiendo ambiciones y odios al interés general del país.

Una situación caótica

Cuando San Martín dejó Mendoza rumbo a Buenos Aires, no había recibido la nueva transmitida desde Lima, en septiembre, por el Capitán Salvador Iglesias: "Bolívar ha llegado a ésta el 1° del presente".

Fue aquí donde se hizo de la carta, con la noticia ya vieja. El Libertador de Colombia había llegado, por fin, a Lima.

Un año, dos meses y cinco días: ése era el tiempo que había demorado Bolívar, desde la entrevista de Guayaquil, para hacer su entrada en la capital peruana.

Pese a la tardanza, si aún podía dominar la situación, ¡enhorabuena!

Pero Iglesias dice en su carta que el pueblo limeño "no le demostró en sus vivas muchas alegrías".

Advierte, también, que Bolívar impuso al comercio un gravamen, que los comerciantes se

rehúsan a pagar, y ya se anuncia que habría otro, éste para todo habitante de Lima. “Si el primero no tiene efecto”, dice Iglesias, “yo creo que menos el segundo”.
Por su parte, la prensa de Buenos Aires comunica que, apenas fue nombrado Presidente del Congreso de Lima, Bolívar salió hacia el Cuzco “con 8.000 hombres” a enfrentarse con una fuerza realista a la que “se le calcula de 10 a 11.000 ”.
El Libertador de Colombia no sólo tiene que luchar contra los españoles. También contra Riva Agüero, quien sigue desconociéndole autoridad, y a quien ha hecho llegar esta conminación: o remite a Lima todas las tropas que tiene, o “lo pasará por las armas”.
Se sabe que Bolívar ha sido proclamado Dictador del Perú, pero la suya será una curiosa dictadura. El país está partido en zonas. En el norte, Riva Agüero se afianza en su territorio, y ha entrado en conversaciones con los realistas. En el centro hay bandas desorganizadas, que oscilan entre apoyar a Bolívar y a Riva Agüero. En el sur, dominan los españoles.
En el Alto Perú, el ejército de Santa Cruz se desintegró el año pasado en las pampas de Sora Sora, cerca de Oruro. Fue al ver cómo se acercaba una fuerza realista, encabezada por el Virrey de la Serna. Pese a que los patriotas eran más (4.800 hombres), Santa Cruz ordenó una inexplicable retirada. “Unos huyeron por Desaguadero, otros por el Joya, algunos por Huancaroma, otros por Chilahuala y Nasacara y por todos los puntos que podían pasar.” Así fue como el enemigo se adjudicó una victoria “sin un tiro de fusil”. Hay quienes sospechan traición, dado que Santa Cruz peleó hasta hace cuatro años del lado realista, y se pasó después de haber caído prisionero, primero de Güemes y luego de Juan Lavalle.

Bolívar en peligro

Hace tres meses, “el hijo de la victoria”, Bolívar, llegó “a las playas de Lima”.
El Supremo Congreso lo nombró entonces Jefe Supremo de las Armas del Perú, en sustitución de Sucre, quien había cumplido ese papel durante este largo año que Bolívar se demoró en el Norte.
Sin embargo, Sucre declaró el 7 de octubre desde su Cuartel General en Arequipa (unas 260 leguas al sur de Lima: la distancia entre Mendoza y Buenos Aires) que “las formalidades del reconocimiento” de Bolívar se verificarían “en mejor oportunidad”.
Las fuerzas patriotas son demasiado endebles. Con la intención de disimularlo, semanas atrás el Libertador de Colombia hizo ostentación de datos inverosímiles que hoy reproduce El Argos:

• “Sus tropas constaban de 14.000 hombres”.
• “Esperaba, además, 9.000 colombianos, de los cuales 3.000 ya habían salido de Panamá”.
• “En caso de sufrir algún contraste su ejército, volarían como el rayo, hacia el Perú, otros 20.000 colombianos”.
• “Si la suerte aún le fuera adversa, seguirían unos 40.000”.
• “En su defecto vendrían 80.000”.

Mientras tanto, Sucre ha pedido desde Arica la ayuda de otros pueblos. Para que “los votos de los incas sean cumplidos y la tierra del sol quede libre”, exhortó a los chilenos a llevar sus estandartes “con nuevos laureles hasta el trono de Atahualpa”; a los argentinos a “completar sus servicios a un pueblo amigo”; a los colombianos, a “nuevos combates por la libertad”.
Las últimas noticias llegadas a Buenos Aires sugieren que Bolívar se hallaría en peligro. El enemigo parece ocupar zonas hasta hace poco dominadas por los patriotas. Semanas atrás, las tropas de Canterac y José María Valdez ya estaban a unas 20 leguas de Lima.
Es necesario hacer algo que detenga el avance realista y, si esto fuera imposible, evitar que lleguen refuerzos de España.
Para ello se requiere un esfuerzo diplomático que fuerce a Inglaterra a reconocer la independencia de las antiguas colonias españolas, único modo de frenar un intento de restaurar el imperio español, que se aceleraría si Bolívar no pudiera con los realistas y los patriotas levantiscos.

Miopía porteña

San Martín admite que “Rivadavia se declaró por la independencia” del Río de la Plata “desde el principio de la Revolución”, pese a que “su padre, natural de Galicia, era enemigo de ella”.
También acepta que Rivadavia da importancia al reconocimiento de Inglaterra.

Pero discrepa con el Ministro en cuanto éste cree que, por haber nombrado un Cónsul, Londres haya hecho un reconocimiento tácito.
Es insuficiente. El asunto no es sólo mercantil.
Se requiere que una potencia del Viejo Mundo nos admita como naciones soberanas, para que cualquier intento de retrotraer la situación se convierta en un conflicto entre potencias europeas.
La independencia del Perú debe ser reconocida, aun cuando la victoria de los patriotas no esté asegurada, porque ése será el modo de asegurarla.
Rivadavia no comprende que por historia, geografía y economía, Perú sigue siendo el corazón de Sud-América.
La miopía porteña le hace suponer que los problemas de los peruanos nos son ajenos.
No es un hecho nuevo.
Para ejecutar su Plan Continental, San Martín tuvo que vencer muchas resistencias de Buenos Aires, conseguir recursos de otras fuentes y desobedecer aquellas órdenes de regresar.
Pocos comprendían algo que Guido expresara con tanta pasión: "Debemos caer sobre Lima con toda nuestras fuerzas, aunque el infierno ataque a Buenos Aires".
Ahora, con Lima a punto de volver a manos realistas, y la Revolución bajo riesgo de quedarse sin un conductor como Bolívar, la situación no es muy distinta de la expuesta por el propio Guido cuatro años atrás, cuando dijo: "Si tomamos Lima, la guerra concluye. Si conservamos únicamente nuestras posiciones, la guerra se dilatará. En una palabra, en el Perú (sí, en el Perú) está nuestra seguridad y salvación o nuestra ruina infalible".
Ya la América precolombina se recostaba sobre el Pacífico.
Allí florecieron las grandes civilizaciones azteca, maya e inca.
Los otros pueblos aborígenes vivían de la caza y de la pesca, producían una torpe alfarería y tejían sin arte.
No tenían el esplendor que oro y plata habían dado a aquellas grandes civilizaciones.
No lo tenían los guaraníes, a cuyos descendientes conoció San Martín en Yapeyú. Ni los pehuenches a quienes él engañó en Mendoza. Ni esos tehuelches a los cuales combate hoy el Gobernador Rodríguez.
Los héroes españoles de la conquista fueron Hernán Cortés, que se apoderó de México, y Pizarro, que tomó el Perú.
El imperio de España, que era "la envidia del mundo", iba "de Madrid a Manila, abarcando Perú y México".
Durante muchos años, Buenos Aires fue, como dijo un funcionario real, "la más pobre ciudad de las Indias". No está cerca de la plata (pese al equívoco nombre de su río) ni del oro. Empezó a crecer con el contrabando de mercancías traídas de Brasil y con la exportación de cueros arrancados al ganado mostrenco. Pero hasta hace cuarenta y siete años dependía del Virreinato del Perú.
En 1776 se le concedió una autonomía provisoria, y fue recién por una Real Cédula del 27 de octubre de 1777 que se constituyó, en firme, el Virreinato del Río de la Plata.
El Virrey Pedro de Ceballos autorizó enseguida el intercambio con Chile y Perú, y en 1778 dictó el Reglamento de Libre Comercio.
Pero el Callao siguió siendo el principal puerto de América del Sur.
Y era al Callao adonde miraban los británicos cuando, en guerra con España, pretendían arrebatarle su imperio americano. Buenos Aires aparecía, en todo caso, como una etapa en las distintas campañas militares que se concibieron para llegar a Lima.
Era una etapa en el plan de Nicolás Vansittart, que en 1796 propuso tomar Buenos Aires, sólo a fin de esperar "la estación adecuada para rodear el Cabo de Hornos". Su propósito era "establecer un asentamiento permanente en Chile" y más tarde "confluir hacia el Callao".
Era una etapa, también, en el plan de Tomás Maitland, que en 1800 propuso "ganar el control de Buenos Aires, tomar posiciones en Mendoza, coordinar acciones con un ejército en Chile, cruzar los Andes, derrotar a los españoles, controlar Chile, continuar por mar y emancipar Perú".
La invasión de Buenos Aires (1806) fue una operación (supuestamente no autorizada) del

almirante Home Riggs Popham. Éste había transportado a los hombres del General David Baird que recapturaron el Cabo de Buena Esperanza, y de allí extendió su misión al Plata.
La aventura de Popham fue censurada en Londres, sobre todo porque terminó mal.
También porque, según lo alegado, la derrota de Buenos Aires abortó en plan mayor, que el gobierno británico había confiado al General Roberto Craufurd: tomar control de Chile y Perú, con una fuerza de apoyo en Buenos Aires, y luego declarar la independencia de todas las colonias españolas en América, "reservando sólo el Puerto a Inglaterra". Afectado el orgullo británico por la derrota de la "primera invasión" a Buenos Aires, Craufurd fue enviado a participar del intento fallido de revancha.

Bolívar es incomparable

Los periódicos vinculados al gobierno porteño niegan importancia al Perú, o pretenden que la libertad de ese país quedó asegurada cuando San Martín "huyó" de Lima.
Hace tres meses, el Teatro de la Opinión recibió una carta de "dos montevideanos" que exponían esta queja: "Nada dice hasta ahora el Teatro del bravo y afortunado General San Martín [a quien] hemos visto cual águila remontarse sobre los encumbrados Andes" y luego, cual "coloso de Rodas", erguirse "con un pie en el Valparaíso y otro en el Callao". Los lectores pedían: "Señores, no seamos tan ingratos".
Como el Teatro no publicó la carta, los "dos montevideanos" se dirigieron a otro periódico, El Republicano, que sí le hizo lugar en sus páginas, hace dos semanas, pero con esta nota de la redacción:
"Por lo que aparece, los señores montevideanos desean la biografía del general San Martín, y como para darla es preciso un conocimiento exacto, que no tenemos, de su vida pública en los estados americanos, no podemos complacerlos".
Para el caso de que los lectores remitieran datos sobre San Martín, "con las garantías necesarias" de veracidad, El Republicano prometía publicar la biografía solicitada, como así también "las de todos nuestros generales".
En cambio, hoy El Argos se refiere al "incomparable genio" de Bolívar, cuyo brazo es "semejante al de Hércules". El periódico, acaso descontando que San Martín lea este panegírico, se solaza exagerando los méritos del "inmortal" Bolívar.
Para apoyar sus propios juicios, reproduce una carta que, hace más de un año, el abate De Pradt envió a Bolívar desde París:
"La mano valerosa y sabia de V.E. ha consumado la obra más grande que el cielo ha encargado a un mortal, la de libertar un mundo entero, pues Colombia es la que ha libertado la América. V.E. es el que ha roto para siempre el yugo de la Europa sobre la América".
El Abate de Pradt, Domingo Dutour, es un personaje singular. Fue capellán de Napoleón y éste, subrogando al Papa, lo hizo Obispo de Poitiers. Más tarde, el tornadizo prelado se volvió contra el Emperador.
Su relación con América también ha sido variable. En 1808 ayudó a Bonaparte en los engaños (o sobornos) de los que fueron víctimas (o agraciados) los Borbones españoles. El Emperador y el Abate hicieron reconocer a Fernando VII que el cetro de España pertenecía a su padre, Carlos IV, tras lo cual lograron que éste abdicara en favor de Napoleón. El Emperador, por su parte, transfirió la corona, que terminó en la testa de su bebedor hermano José Bonaparte, Pepe Botella, convertido de ese modo en Rey de España e Indias.
Ése fue el origen de la Revolución americana. Por su participación en la estratagema, el Abate cobró 50.000 francos y obtuvo otro obispado (el de Malinas, en los Países Bajos), junto al título de Barón. Por entonces, él soñaba con venir a América como escudero de Napoleón, imaginario vengador de Cortés. El sueño fue efímero. Antes de que los franceses fueran echados de España, el Abate ya había roto con Napoleón; o el Emperador con él.
Desde entonces, el clérigo presta servicios a la revolución hispanoamericana. Se encarga de justificarla en Europa, y con ese fin publicó hace seis años, en París, el libro Des Colonies et de la révolution actuelle de l'Amérique.
San Martín le confirió, por eso, la Orden del Sol.

Falta mucho

La carta del Abate a Bolívar, presentada por El Argos como si la libertad de América fuera una obra concluida, tiene un párrafo que demuestra lo contrario:

"Artista de esta obra maravillosa, no la abandone V.E. hasta su perfecta consolidación. Largo tiempo la América y el mundo tendrán todavía necesidad de aquel que ha comenzado y dirigido tan bien esta admirable empresa".

San Martín coincide: más de una vez ha temido que Bolívar abandonara, y en todo momento piensa que aún falta mucho para la "perfecta consolidación" de la libertad americana.

Domingo 4 de enero

El plan secreto

Dejemos que San Martín nos devele el verdadero propósito del viaje que está pronto a iniciar:

El Perú se ha vuelto una verdadera chingana.

Pretextando mala salud, me he excusado de aceptar dos invitaciones a retomar el mando, y permanecí en Mendoza a la expectativa. Sabía que desde allí podía llegar rápidamente a Valparaíso y embarcarme hacia el Perú si la situación lo requería.

Pero es claro que Bolívar y yo no cabemos, los dos, en el Perú.

En 1822, yo tenía 8.000 hombres; podía sostenerme y echarlo. Pero era preciso caer en una guerra civil entre dos hombres que trabajaban por la misma causa. Preferí resignar el mando.

Ahora, que se adueñe él de Lima, si puede, aprovechándose de mi ausencia. Si lograse afianzar lo que hemos ganado, y algo más, su victoria sería, de cualquier modo, victoria americana.

Lamentablemente Bolívar tiene una ligereza extrema, inconsecuencia de principios y una vanidad pueril.

Tal como están las cosas hoy, la Revolución puede durar años.

Espero que este viaje mío no sea inútil a los intereses de nuestros países, porque trabajaré en afirmar su independencia y bienestar.

Tendré que hacer una visita a Londres.

Debemos negociar no sólo el reconocimiento de la independencia sino dejar puestas las bases del gobierno futuro.

También me propongo ir a Roma.

Pero no es imposible que deba volverme (a pesar de mi resolución).

Regresaré si creo que hay algún peligro inminente. Este año, o antes, si los soberanos de Europa intentan disponer de nuestra suerte.

Diálogo con un allegado

San Martín no dará más detalles, pero en estas preguntas y respuestas se hallarán las piezas necesarias para armar su plan:

—¿A qué se refiere el General cuando dice que regresará tan pronto como hubiera un "peligro inminente"?

—Se refiere a lo que ocurriría si Bolívar no pudiera con los realistas. La derrota, o la retirada del venezolano, haría avanzar a la Contrarrevolución en Sud-América.

—¿Adónde regresará San Martín en caso de peligro? ¿Al Río de la Plata o al Perú?

—Al Perú. Es allá donde se decide la suerte de Sud-América.

—¿A qué iría?

—A continuar la lucha.

—¿No sería preferible defender el resto del territorio sud-americano y atacar a los realistas desde fuera del Perú?

—No. La idea del General ha sido, siempre, que el corazón del poder imperial de España estaba en el Perú, y que la Guerra no acabaría mientras ese territorio no fuera libre. Si Bolívar fuera derrotado, y los hombres de Fernando VII se hicieran del poder, desde la Gran Colombia hasta las Provincias Unidas estarían expuestas a la Contrarrevolución.

—¿Contaría el General con el apoyo de Buenos Aires?

—Es una hipótesis improbable. Buenos Aires cree que su suerte no está atada a la del Perú. Además, San Martín no es santo de la devoción bonaerense.

—En cambio, ¿lo apoyaría Santiago?
—Dios lo quisiera. Chile ya no es el mismo. Bernardo O'Higgins fue de gran importancia cuatro años atrás, cuando decidió que el General comandara el Ejército libertador; pero ahora O'Higgins ha sido forzado a renunciar. El nuevo Director Supremo, Ramón Freire, lo ha sometido a un "juicio de residencia"; y a juzgar por las últimas noticias, aún no le ha dado permiso para salir del país. Los enemigos de O'Higgins son, en su mayoría, enemigos del General; chilenos que profesan un "odio yegua" por este San Martín, a quien juzgan "ambicioso" y al que le achacan infinidad de "males". El General, según ellos, está "muy mal conceptuado" en Chile.
—¿Freire no fue oficial de San Martín?
—Sí, y es un "hermano", "hijo predilecto de Lautaro", la logia que tuvo en el General a uno de sus fundadores y miembros prominentes. Durante el Cruce de los Andes, Freire condujo a los hombres que cruzaron la cordillera por el Paso del Planchón, una de las seis rutas por las cuales descendieron los patriotas. Pero eso no significa que, bajo Freire, Chile pudiera servir como cuartel general de San Martín, si fuera menester una expedición como la de 1820.
—¿No ha enviado Freire la Expedición Auxiliadora del Perú, que partió hace tres meses de Valparaíso, con fuerzas de mar y tierra, para ayudar a Santa Cruz en el sur del territorio peruano?
—Es cierto, pero no está claro cuánto más podría hacer. La Expedición Auxiliadora fue concebida por O'Higgins, junto con el General, cuando éste regresó de Lima y aún se pensaba que Bolívar pasaría de inmediato a territorio peruano. Las tropas ya estaban prontas al asumir Freire como Director; él no las disolvió, pero no parece dispuesto a hacer más nada. No tendría, por otra parte, los oficiales y los recursos necesarios.
—¿Se podría conseguir todo eso en Londres?
—Hace siete años se lo consiguió.
—¿Inglaterra cooperó en la campaña del Perú?
—La nación, como tal, no; pero hubo barcos, marinos y militares de la Gran Bretaña. El jefe de la escuadra chilena, y los comandantes de siete buques, eran británicos y, todos, experimentadísimos. Dos de los más dilectos colaboradores del General, Paroissien y Guillermo Miller, son británicos. Además, banqueros ingleses colocaron en la City de Londres bonos en nombre del Perú, Colombia y México; eso, pese a que la independencia de tales países no estaba asegurada, y no era, como aún hoy no lo es, reconocida formalmente por Inglaterra.
—¿Quiénes podrían, actualmente, prestar asistencia en Londres?
—Allá están García del Río y Paroissien, los comisionados que envió el General cuando aún era Protector del Perú. Fueron con dos mandatos. El primero era obtener el empréstito, y lo cumplieron: 1.200.000 libras esterlinas a treinta años. El banquero Tomás Kinder impuso un descuento de 25%: razonable para un país como Perú que, si las cosas van mal, podría dejar de existir. Kinder, además, contrató un seguro de, más o menos, 16%. En fin, el Perú gira contra una cuenta de 700.000 libras, administrada desde Londres por los propios enviados de San Martín. Los comisionados se han encargado de hacer diversas compras en el mercado británico; y, si fuera necesario, usarían parte del dinero para financiar los refuerzos que la Revolución demandare.
—¿No es bastante con que García del Río y Paroissien estén allá? ¿Por qué tiene que ir San Martín?
—Como en el Perú hay nuevo gobierno, el poder de los comisionados es incierto. Ellos han decidido "permanecer en Europa, hasta que se presente en Londres persona con poder suficiente para sucederlos". Pero "los embarga una creciente angustia por las pocas y desagradables noticias que reciben de Lima" y creen que "no pueden seguir trabajando por falta de los poderes indispensables". La presencia en Londres del Fundador de la Libertad del Perú y ex-Protector de ese país dará a cualquier gestión de García del Río y Paroissien un peso que ellos no tienen por sí solos. Además, San Martín guiará los pasos de ambos hombres para evitar que —desprovistos de poderes e instrucciones— tomen medidas susceptibles de comprometer el apoyo político a la Revolución o la integridad del empréstito, del cual podrían salir los recursos necesarios para

recuperar terreno en el Perú.
—¿Cuál era el otro mandato?
—Negociar el reconocimiento de la independencia. A fines de 1822 se vieron con Canning. Los comisionados dijeron al Secretario de Asuntos Exteriores que "hasta ahora Inglaterra ha sido la potencia que más ha favorecido a los Estados independientes del Nuevo Mundo", y propusieron la firma de un tratado de amistad y comercio, sobre lo cual Canning no se ha expedido. Las fluctuaciones de la situación peruana, y las dudas sobre el valor presente de los mandatos de García del Río y Paroissien, impiden que ellos vayan más allá. También en este aspecto el General puede fortalecer las gestiones de sus hombres en Londres.
—¿Cómo debe entenderse la expresión de San Martín, cuando dice que en Inglaterra hay que dejar puestas las bases del futuro gobierno peruano?
—Es innegable que para lograr el reconocimiento de una potencia como Inglaterra y avanzar hacia un tratado de paz y amistad, el Perú debe levantar un edificio institucional sólido. Eso no se hará en Londres, pero es evidente que, fuera del sistema norteamericano, hay sólo dos a tener en cuenta: el absolutismo que propone la Santa Alianza, y la monarquía constitucional, que defiende Inglaterra.
—¿San Martín no favorece un sistema representativo?
—Él es liberal. Desde el momento en que se proclamó Protector del Perú, le bastaron veinticinco días para libertar a los hijos de esclavos, abolir la mita y toda clase de servicio forzado, poner a los indios en pie de igualdad con los criollos y fundar la biblioteca nacional. No obstante, piensa que el sistema representativo no puede permanecer en el Perú. Teme que haga falta una "mano de fierro", aunque siempre aclara que la fuerza no debe aplicarse de manera discrecional. Cuando era Protector concluyó que "el gobierno más conducente a la felicidad del Perú era el monárquico constitucional".
—¿Es cierto que García del Río y Paroissien, además del empréstito y el reconocimiento, debían conseguir un monarca inglés?
—El Consejo de Estado del Perú los autorizó "para explorar como correspondiere, y aceptar" que el Príncipe de Sajonia Coburgo, Leopoldo (viudo de Carlota, hija del Príncipe Regente), o en su defecto, "uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña", pasaran "a coronarse Emperador". En caso de ser un miembro de la dinastía reinante, los enviados debían dar "preferencia al duque de Sussex" (hermano del Príncipe Regente).
—¿Perú pasaría a ser posesión de Inglaterra?
—No. Se les ordenó hacer la oferta a título personal, "con la precisa condición" de que el jefe de la "monarquía limitada" a establecer en el Perú, abrazara "la religión católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la Constitución que le diesen los representantes de la Nación". Se procuraba alguien que reinara pero no gobernara.
—¿Por qué no un Emperador peruano?
—El General dice que "no se puede hacer monarcas de hombres que han fumado el mismo cigarro".
—¿Lo rechazarían los súbditos?
—Así es. Él suele contar la historia de la monja que no oraba ante un crucifijo, hecho con madera de un naranjo que ella había conocido. A Bolívar le dijo eso en Guayaquil: "Nadie reverenciaría a un Rey al que conoció naranjo". Además, un monarca europeo permitiría que Perú ganase el rápido reconocimiento del Viejo Mundo, impidiendo así que los enemigos de la libertad americana conspirasen contra ella.
—¿Aceptaría Bolívar un Emperador europeo?
—En Guayaquil dijo que no; pero eso ya no importa. Si Bolívar se impone, será él quien organice el Perú. Si no, sus objeciones habrán perdido valor.
—¿San Martín no se ha movido de su pensamiento?
—Hoy el General juzga que tal vez no se pueda, y acaso no convenga, introducir un monarca europeo. Todo ha cambiado en el Viejo Mundo. La Santa Alianza se formó, nueve años atrás, con el fin de ordenar a Europa, trastornada durante los años de Napoléon. A esa misión, señalada

por Rusia, Austria y Prusia, se sumó luego Inglaterra, dando lugar a la Cuádruple Alianza. Sin embargo, los aliados originales, a los cuales se ha añadido Luis XVIII, no hacen más que promover el absolutismo. Han impulsado la invasión de España, con el designio de acabar con Riego y su liberalismo.
—¿De qué manera afecta eso a Sud-América?
—Desde la Restauración, Fernando VII se había entregado al más rudo absolutismo. Riego acabó con eso; pero los Cien Mil Hijos de San Luis —enviados a la Península por su primo, el Rey de Francia, Luis XVIII—no están lejos de devolverle el poder absoluto. Si eso ocurriera, Fernando intentaría reconquistar las grandes colonias de América, y el francés estaría dispuesto a ayudarlo.
—¿Contarían España y Francia con la adhesión de los otros Estados de la Santa Alianza?
—El Zar Alejandro I, que inspiró esa liga hace nueve años, querría verla extendida a América. Lo mismo puede decirse de Clemente de Metternich, el poderoso Príncipe austriaco, que conduce a la alianza con la cooperación del Vizconde de Chateaubriand, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia.
—¿Cómo actúa Inglaterra frente a eso?
—No comparte tales propósitos. Canning ha criticado, abiertamente, la acción de los Cien Mil Hijos de San Luis. No obstante, el Reino Unido no osaría provocar a la Santa Alianza. A no dudarlo, sería una provocación que la Casa Real diera su autorización a un noble británico para que ostentase la corona del Perú. Además, Inglaterra ha armonizado su política sobre Sud-América con los Estados Unidos. Cuando el Presidente James Monroe proclamó, el año pasado, "América para los americanos", no sólo quiso decir que los Estados Unidos se opondrían a cualquier intento de restablecer colonias europeas en el hemisferio. Monroe trazó, con esa frase, una división política: en Europa, monarquías; en América, repúblicas.
—¿No es esa declaración suficiente garantía de que Europa no ha de intervenir en Sud-América? ¿Por qué San Martín sigue temiendo a "los soberanos de Europa"?
—Los Estados Unidos son todavía una potencia débil.
—¿Por qué Inglaterra tendría que ayudar al Perú? A los ingleses sólo les interesa el libre comercio y, hoy, España podría concederle uno libérrimo.
—Si se produjera la restauración borbónica en América, la supremacía mundial pasaría de Inglaterra a la Santa Alianza. La intención es tan seria que Canning ya le ha advertido al Embajador francés, el Príncipe de Polignac, que Inglaterra consideraría el apoyo francés a España como casus belli.
—Si es así, ¿por qué Inglaterra demora el reconocimiento de las ex-colonias de España en América?
—Para no arriesgarse a una guerra anticipada. Mientras la Santa Alianza no avance hacia América, los ingleses prefieren mantener la calma en Europa.
—¿Qué se puede hacer, entonces?
—Demostrar a Inglaterra que, aun sin una expedición desde Europa, España podría recuperar parte de su antiguo imperio americano. La situación del Perú es frágil, y en caso de reconquistar Fernando VII ese territorio, las otras repúblicas se agrietarían. La ayuda indirecta que brindó Inglaterra fue importante, pero ahora se necesita una decisión que Canning demora. Él espera que gane Bolívar para reconocer, después, la independencia. Debe hacérsele comprender que invierte los términos: si Inglaterra no reconoce la independencia de Perú, Bolívar podría ser derrotado. La Santa Alianza se convertiría, entonces, en ama del mundo.
—¿El objetivo de este viaje es apresurar el reconocimiento?
—Es el objetivo primario.
—¿Cómo lograrlo?
—Empleando todos los lazos políticos, militares y diplomáticos que el General hizo durante la Guerra de la Península, cuando Gran Bretaña ayudó a España; más las relaciones que estableció en Londres, durante tres meses, en 1811, cuando abandonó la Península para venir a América.
—¿Las logias pueden servir?

—Servirán, sin duda alguna. El General no quiere hablar de ellas, para no violar "los más sagrados compromisos", pero admite que "han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución" en Sud-América.
—¿Cuál es el valor de las relaciones que García del Río y Paroissien han hecho durante estos dos años?
—Son parte del plan, pero hay ámbitos a los cuales ellos no tienen acceso. No pueden llegar, por ejemplo, a James Duff, Conde de Fife, amigo y confidente del Rey. El Lord, que hizo la Guerra de la Península, sacó a San Martín de España en 1811 y le abrió puertas en Londres, cuando el General fue a preparar su regreso a América.
—¿Se buscará el apoyo de los periódicos?
—García del Río y Paroissien ya han comprometido a varios escritores para que se pronuncien por el reconocimiento de la independencia. Se espera de ellos que prediquen contra el exagerado optimismo de quienes piensan que, librada a su suerte, la Revolución puede triunfar en Sud-América.
—¿Habrá, también, relación con los mercaderes?
—La habrá, pero se los debe instar a que monten sus propias manifestaciones de reclamo. Los comerciantes saben el gran perjuicio que sufrirían si España reestableciera, así fuese en parte, su monopolio mercantil en América.
—¿Por qué San Martín dice que irá a Roma?
—Por algo muy importante que planteará en los próximos días a un enviado del Papa, monseñor Juan Muzi, quien ya ha llegado a Buenos Aires.

Lunes 5 de enero

Negociando con el Vaticano

El bergantín L'Eloisa ancló el sábado pasado por la tarde, a siete millas de la costa, y dio aviso de su llegada con siete disparos de cañón.
Es un buque de bandera sarda, cuyo capitán, Antonio Copello, ha estado más de una vez en el Plata. Éste es un viaje especial: ha traído nada menos que a un Vicario Apostólico.
En tierra, Muzi era esperado por funcionarios, militares y eclesiásticos, todos dispuestos a acompañarlo hasta la Catedral.
Ayer a las 9 de la mañana, un gran bote fue a la búsqueda del Vicario Apostólico y su séquito.
En el bote iba el capitán del puerto, Juan Bautista Azopardo. Es un antiguo corsario, nacido en la isla de Malta, que ha dedicado gran parte de su vida a perseguir buques británicos en alta mar. Lo ha hecho con patente de los Países Bajos, España o las Provincias Unidas.
Aquí, Azopardo practicó su especialidad (la lucha contra ingleses), pero en tierra: dieciocho años atrás, estuvo entre quienes forzaron la capitulación del invasor Guillermo Beresford, que había sido Gobernador de Buenos Aires por 46 días. Y revistó, también, entre quienes repelieron, al año siguiente, a Juan Whitelocke.
Debe de haber combatido con ahínco, porque, en 1810, la Junta de Gobierno lo puso al frente de la primera Armada patria, con Hipólito Bouchard como segundo. Pero Azopardo fracasó en su primera misión: proteger el avance de Belgrano hacia Asunción, en 1811. Derrotado en San Nicolás de los Arroyos y llevado a Ceuta —el territorio que España tiene en el norte de África—, compartió allí la cárcel con el inca Juan Bautista Condorcanqui, hermano de Túpac Amaru II, el rebelde descuartizado en el Perú.
Condorcanqui es el inca que Belgrano propuso como Rey de las Provincias Unidas de Sudamérica, con capital en el Cuzco. Fue durante una reunión secreta del Congreso de Tucumán, el 6 de julio de 1816.
El plan, que no desagradaba a San Martín, no prosperó. Fue atacado, sobre todo, por los porteños.
De cualquier modo, Condorcanqui y Azopardo no fueron liberados hasta 1820, cuando Riego se alzó contra Calderón. Al dejar la cárcel de Ceuta, tanto el inca como el maltés se dirigieron a Buenos Aires, donde el peruano vive de un subsidio y Azopardo encontró este conchabo en el puerto.

El Vicario Apostólico recibió a bordo de L'Eloisa el saludo del excorsario, quien le informó que en tierra permanecía una distinguida delegación, pronta a acompañar a Monseñor en su arribo a la ciudad.
El enviado papal agradeció, pero dijo que bajaría más tarde, cuando ya no hubiera nadie aguardándolo. Alegó que no tenía el vestido prelaticio, indispensable para una ceremonia solemne.
Azopardo dejó entonces el bergantín, para volver a las dos de la tarde. En nombre del "Supremo Magistrado" rogó al enviado del Papa que "se dignase a consolar a las autoridades". La respuesta fue la misma.
La actitud de Monseñor no ha dejado de sorprender. Aparece como un desaire a las autoridades con las que debería congraciarse.
Esta tarde se ha dicho en el Fuerte que el Vicario Apostólico se quedaría sólo una semana. La noticia contradice las anteriores, según las cuales su misión le demandaría permanecer un par de meses en Buenos Aires.
¿Qué le habrá transmitido Azopardo al Vicario Apostólico? ¿Cuál fue el mensaje de Rivadavia que provocó esta reacción del enviado?
A San Martín le interesa esclarecer lo ocurrido. Tiene cifradas esperanzas en que se deshagan viejos entuertos con los Estados Pontificios y se afiance, así, la independencia de las nuevas repúblicas.
Eso exige superar la cuestión del patronato, que San Martín no cree insuperable.

Patronato criollo

Alfonso el Sabio sentó en Las Siete Partidas que los reyes son "Vicarios Apostólicos de Dios".
Fernando e Isabel se tomaron a pecho su vicariato y, tanto en Castilla como en Aragón, impusieron la fe a sangre y fuego. Tenían autorización de la Santa Sede para estatuir el Consejo Supremo de la Inquisición, y lo hicieron. El inquisidor general, Tomás de Torquemada, sembró el terror en esos reinos.
Luego, los Reyes trajeron su vocación "evangelizadora" a la terra incognita que, a partir de 1492, descubrieron sus navegantes. El Papa Borja, Alejandro VI —natural de Valencia y amigo de Fernando— emitió en 1493 una bula que decía: "Os donamos concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a vuestros herederos y sucesores en los reinos de Castilla y León, todas y cada una de las islas y tierras (…) halladas por vuestros enviados y las que se encontrasen en el futuro".
En 1501, el mismo Alejandro otorgó a los Reyes Católicos el Real Patronato de Indias. Esto significaba que, en América, la Santa Sede no podía nombrar obispo o arzobispo (ni autorizar a que se levantase catedral, monasterio, iglesia u hospital) sin la previa aprobación de Fernando e Isabel.
Así pasaron tres siglos, hasta que Napoleón vino a perturbarlo todo.
Quince años atrás, luego de ubicar a su hermano como rey de España, el propio Napoleón se adueñó de los Estados Pontificios, y el Papa Pío VII —que en 1804 había asistido en París a la coronación del Emperador— fue reducido a cautiverio.
De modo que, al empezar la revolución en América, España carecía de Rey propio, y la Iglesia carecía de Papa.
Las nuevas repúblicas se proclamaron "herederas" de los derechos y privilegios que la Corona tenía sobre la Iglesia. Los gobiernos revolucionarios entendieron que la facultad de nombrar (o remover) obispos había quedado en sus manos.
Los eclesiásticos realistas sostuvieron que como el patronato era una "concesión graciosa" de la Santa Sede, no podía transferirse sin el consentimiento de ella.
El problema, más que canónico, era político. Muchos de los antiguos obispos se habían declarado enemigos de la Revolución. Las nuevas repúblicas no podían admitir caballos de Troya.
Sin embargo, no había que enfrentar a la Iglesia como tal. San Martín lo comprendió desde el primer momento.

El Vaticano quería la estabilidad religiosa, y los patriotas la estabilidad política.
El acuerdo era posible, pero no habría de lograrse en América misma, transando los patriotas con los clérigos realistas, la mayoría de los cuales estaba asociada a los virreyes y a los generales realistas.

Prudencia papal

O'Higgins compartía el criterio, y tanto a él como a San Martín les reconfortaba cierto recato del Papa.
La resistencia al patronato criollo cobró fuerzas cuando —caído Napoleón— Fernando VII volvió a calzarse la Corona y, poco después, Pío VII retornó a la silla papal.
En esas circunstancias, Fernando VII pidió al Sumo Pontífice que emitiera una dura advertencia a los clérigos del Nuevo Mundo que consentían la Revolución.
Pío VII, sabiendo que el clero americano estaba dividido entre patriotas y realistas, obró con prudencia. Emitió la encíclica Etsi longissimo terrarum, pero en ella se limitó a recomendar a los "arzobispos y obispos y a los queridos hijos del Clero de la América" que demostraran a "sus ovejas" los "terribles y gravísimos perjuicios" que se volcarían sobre el continente si ellos no se mantenían leales a "Nuestro carísimo Hijo en Jesucristo, Fernando, Vuestro Rey Católico".
No ordenó que se exigiera subordinación al Rey; sólo que se advirtiera sobre los peligros de la desobediencia.
Los Estados Pontificios, por lo demás, no se sumaron a la Santa Alianza.
No podían aliarse a la Rusia ortodoxa y la Prusia luterana; mucho menos si el propósito de la Alianza era enfrentar a los pueblos católicos de América.
Esto no se le escapaba a San Martín cuando hizo estatuir, en el Perú, que la "religión de Estado" sería la Católica, Apostólica y Romana.

Con la Revolución o contra ella

Hay algo que, según el General, la Revolución no puede tolerar: el disenso o la tibieza.
En situaciones extremas, la indefinición es un modo de definirse. Es eso lo que enseña el Evangelio: "El que no está conmigo, está contra mí".
En América, los eclesiásticos, como los laicos, deben saberlo: no apoyar la Revolución es estar contra ella. Equivale a dejar que "llegue uno más fuerte y bien armado", que "la venza, le quite las armas en las que estaba confiada y reparta sus despojos".
Al asumir como Director Supremo de Chile, O'Higgins proclamó que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana era "única y exclusiva" en la nueva república. Pero, considerándose sucesor de Fernando VII, asumió el Patronato.
Eso provocó la resistencia de algunos prelados. Ante todo, la del Obispo de Santiago, el realista José Santiago Rodríguez Zorrilla.
San Martín le aconsejó a O'Higgins desterrar al dignatario, "notoriamente contrario a la revolución americana y opositor esforzado de la emancipación". A la vez, le propuso nombrar Arcediano de la Catedral de Santiago a un amigo de ambos, José Ignacio Cienfuegos.
Las dos cosas hizo el Director Supremo. Despachó a Rodríguez Zorrilla para San Luis de la Punta de los Venados (en Cuyo, a este lado de la cordillera) y, con el obispado vacante, nombró Arcediano de la Catedral a Cienfuegos, situándolo con eso en la cumbre de la Iglesia chilena.
En el Perú, San Martín no fue menos drástico: según sus propias palabras, "levantó en peso" al Arzobispo de Lima, monseñor Bartolomé de Las Heras, y lo envió "con quince mil diablos a dar bendiciones en España".
Así se lo hizo saber por carta a O'Higgins. La noticia importaba al gobierno chileno: Monseñor Las Heras era la cabeza de la Iglesia oficial, tanto en el Perú como en Chile.
Expulsar al arzobispo realista no fue una medida contra la Iglesia, sino una manera de desarmar a la Contrarrevolución. Explicándose ante O'Higgins, San Martín hizo notar: "¡El caballero quería ser pastor de la Iglesia sin reconocer la independencia!".
El General sabe que no es posible edificar un poder político subordinándolo al eclesiástico.
Sabe, también, que el poder político será más firme si se lo acopla al religioso. Le consta que fe y tradición han conferido un portentoso influjo a las nacientes instituciones de América.

Primer enviado criollo ante el Papa

Las medidas adoptadas en Chile dieron resultado. Desde San Luis, el obispo destituido no se cansó de enviar felicitaciones a los patriotas por sus triunfos militares, así como desmedidas alabanzas a O'Higgins. Con eso se aseguró que, al menos, le permitieran volver a su país.

Mientras tanto, O'Higgins, decidió nombrar un "enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Chile cerca del soberano Pontífice".

El elegido fue Cienfuegos, quien viajó a Roma con una tarea: conseguir que el Papa nombrase un nuncio (chileno, en lo posible), a cargo de resolver todos los problemas eclesiásticos.

No era sencillo. Los nuncios son embajadores de los Estados Pontificios y, por lo tanto, no puede haber nuncio en un país cuya independencia sea negada por el Vaticano.

No obstante, se esperaba que el Arcediano encontrase un resquicio para acercar posiciones con Roma.

El Director Supremo anunció, con igual propósito, que Rodríguez Zorrilla reasumiría el obispado, siempre que se abstuviera de hacer política y delegara las funciones administrativas en un sacerdote confiable para el gobierno.

El Senado dio su aprobación al mandato que recibiría Cienfuegos, e instruyó al Arcediano —que también era Senador, y Presidente del cuerpo— para que se allegara al Papa, "ofreciéndole los homenajes del pueblo chileno", asegurándole la "inviolable adhesión" de éste "a la silla apostólica", y haciéndole saber que el gobierno de la República tiene la firme "voluntad de sostener constantemente la religión católica, apostólica, romana, declarada única y exclusiva en Chile por ley fundamental del Estado".

El Sumo Pontífice recibió a Cienfuegos hace año y medio. Era la primera vez que el representante de un gobierno americano llegaba hasta la silla pontificia. Claro que, para no ofender a España, Pío VII se abstuvo de dispensarle el trato que se confiere a los representantes de naciones extranjeras. Pero tampoco lo hizo sentir como un extraño. Lo esperó "en un salón grande de su palacio, donde da audiencia a las personas de rango".

Hablando en latín, Cienfuegos le dijo al Sumo Pontífice que las iglesias americanas necesitan "de un orden nuevo y una nueva dirección", ya que los obispos "unos han fallecido, otros abandonaron las ovejas y los pocos que permanecen en sus cargos, a causa de sus opiniones políticas, se han hecho inútiles", con lo que estas iglesias "están expuestas a ser víctimas de la rapacidad de los lobos".

Al finalizar el alegato del Arcediano, Pío VII lo tomó de la mano, le prometió hacer todo lo posible, y lo derivó al Secretario de Estado, Monseñor Ercole Consalvi.

La tenacidad de Cienfuegos, quien permaneció todo este tiempo en Roma, hizo que el Papa nombrara, para estudiar el problema de América, una Congregación de seis cardenales.

Ellos pidieron que el Arcediano pusiera por escrito sus pretensiones, y Cienfuegos redactó un Memorial en el cual sostuvo que, habiendo variado el "orden político o civil", era inevitable el cambio en "el orden del gobierno eclesiástico", pero que al respecto se presentaban "muchas dudas".

Luego, procuró superar un asunto espinoso: la situación de Monseñor Rodríguez Zorrilla.

No tuvo empacho en culpar a San Martín, ya ausente de Chile, por el destierro del obispo. Tampoco vaciló en afirmar que el prelado no quería reasumir la diócesis. Ni tuvo empacho en advertir, con pasmoso atrevimiento, que estando vacante el obispado, el Papa debía obedecer el mandato de Cristo: "Apacienta mis ovejas".

La designación del Vicario Apostólico

Aconsejado por los cardenales, el Sumo Pontífice resolvió enviar a un Vicario Apostólico. Éste no ejercería una representación política, pero conocería al país en su intimidad y se relacionaría con las autoridades. Además, el enviado traería facultad para consagrar obispos in partibus infidelium, que no requieren la aprobación de Roma. Tendría una sola limitación: no le sería dado sustituir a Rodríguez Zorrilla sin consentimiento de éste.

El Papa, de ese modo, reconoció sin reconocer.

Comprendió que, si la independencia de América fuera irreversible, la Iglesia no debería alejarse

de estos pueblos.
Por eso extendió la misión del Vicario Apostólico a repúblicas que no han pedido un enviado.
La Congregación confirió al Vicario Apostólico "las más amplias facultades", por las cuales no sólo quedó en condiciones de satisfacer las necesidades espirituales de Chile y "de las provincias componentes del antiguo Virreinato de Buenos Aires", sino también del Perú, la Colombia y los Estados del México".
La misión no tiene plazo.
En Madrid se ha recordado que a los vicarios apostólicos los nombra la Santa Sede para tratar con los infieles y "aun con los salvajes". Sin embargo, en este caso el Papa sabe que el Vicario Apostólico no viene a tierra infiel. Y llega con facultades extraordinarias, que podrá ejercer en una jurisdicción amplísima, por tiempo indeterminado.
Para confiar tarea tan trascendente, había que elegir un representante con gran cuidado.

Quién es Muzi

La elección recayó en el hombre que está ahora en Buenos Aires.
Fue, hasta hace poco, auditor de la Nunciatura de Viena, y brilló en los ambientes de la Austria imperial, donde se hizo amigo del Emperador.
Aunque difieren en cuanto a ideas, Francisco I admira la inteligencia y cultura de Muzi, un cabal teólogo que habla varios idiomas y no puede ocultar su saber histórico.
A su vez, el canónigo se sintió atraído por la figura del soberano, hijo de una Borbón —María Luisa de España— y último Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Francisco I era suegro de Napoleón y, no obstante, integró la coalición que enfrentó y derrotó al corso.
Muzi trae consigo, como testimonio de tal amistad, el "preciosímo anillo" que el Emperador le obsequió cuando el canónigo dejó Viena.
Allá, en Austria, este hombre tuvo ocasión de intimar con Metternich y tiene, por lo tanto, un profundo conocimiento de la Santa Alianza.
Fueron esos antecedentes lo que tuvo en cuenta el Papa cuando lo llamó a Roma y le encomendó esta misión en América.
Tiene, además, una condición que le permite comprender la lucha contra el absolutismo borbón: pertenece a la Orden de San Ignacio de Loyola.

Preso en el lazareto de Palma

El viaje del Vicario Apostólico (que vino acompañado por Cienfuegos) fue largo y azaroso.
Al pasar la isla de Menorca, L'Eloisa fue sorprendido por un fuerte viento que al Vicario Apostólico le recordó el libeccio de Córcega:
"Entonces el capitán resolvió poner la proa hacia la isla de Ibiza, para abrigarse en aquel puerto, y ya estaban a punto de entrar en él cuando, habiéndose levantado un furioso torbellino, echó de nuevo el madero a merced de las olas, andando toda la noche en rumbo contrario, hasta que al amanecer del siguiente día, calmado un tanto el mar y despejado el cielo, pudieron anclar en frente de Palma, ciudad capital de la isla de Mallorca".
Allí, el enviado del Papa, su ayudante y su séquito fueron detenidos y conducidos al lazareto.
Sometidos a interrogatorios, los miembros de la misión apostólica debieron indicar la procedencia, el país del cual era originario cada uno, los puestos que ocupaban y el objeto de la misión.
Al día siguiente, se formó un tribunal que ratificó la detención con este fundamento: "El Gobierno español tiene derecho de saber qué fin lleva a un arzobispo o vicario apostólico a América, en donde el derecho de nominación de los obispos corresponde a la sola Corte de España".
La mayoría de los jueces quiso asegurar que "el derecho de las nominaciones episcopales" permaneciese "inviolable", y dispuso encerrar a los detenidos en la cárcel de Ceuta.
Fue la intervención del Obispo de Mallorca la que impidió la prisión de Muzi. Convencido de que podía originarse un problema de Estado, aconsejó consultar con las autoridades políticas del Reino y fue así como, por fin, el Vicario Apostólico y sus acompañantes fueron liberados.

San Martín celebra que sea jesuita

En 1767, los jesuitas fueron expulsados de España y América por orden de Carlos III.
Eso dejó a los virreyes sin contrapeso y destruyó gran parte de la economía y la cultura coloniales.
San Martín lo sabe.
Nació donde había estado la Reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú.
Cuando los jesuitas llegaron, a principios del siglo XVII, aquello era un paraje de tres chozas. Cuando los echaron, cincuenta y siete años atrás, ellos dejaron —además de 80.000 cabezas de ganado, variados cultivos y cientos de huertas— colegios y fábricas de órganos, clavicordios, guitarras y violines.
Todo eso lo ha oído San Martín, una y mil veces.
En Mendoza, además, pudo apreciar por sí mismo la grandiosa actividad económica y cultural de los jesuitas.
La orden había construido, entre otras cosas, las bóvedas de Uspallata, para fundir hierro, plata y oro. Fue en esas construcciones, en forma de cripta, donde Fray Luis Beltrán fabricó las primeras municiones para el Ejército de los Andes.
Los jesuitas, expulsados de España y América, debieron sufrir persecuciones luego de que el Papa Clemente XIV suprimiera la orden, que sólo fue resucitada en 1813 por Pío VIII.
Durante años encontraron refugio en Rusia, donde los protegió Catalina La Grande, la Zarina que en 1787 mantuvo una estrecha relación con Miranda, el Precursor de la Independencia americana.
El Estado Pontificio, por otra parte, admitió en su territorio a varios de los jesuitas expulsados de España y América, y consintió que conspirasen contra la Corona española.
Eso le permitió a un inglés, que vivía en Roma y trabó amistad con Pío VI, recabar de los jesuitas una valiosa "información sobre los modos de atacar las colonias españolas".
Entre esos religiosos, los más conspicuos conspiradores eran Juan José Godoy y Juan Pablo Viscardo.
Godoy había partido rumbo al exilio junto con dos primos y otros jesuitas —Miguel, Javier y Bernardo Allende—, todos ellos de Mendoza.
Viscardo era un peruano de Arequipa.
John Hippisley recibió de ellos información muy precisa acerca de Cuyo, incluyendo detalles sobre los pasos cordilleranos que unían Mendoza con Chile.
Esto explica que más tarde Maitland, pese a no conocer SudAmérica, escogiera con tanta confianza Mendoza como "indudablemente indicada" para el "Plan para capturar Buenos Aires y Chile y luego emancipar Perú y Quito".

En Los Tres Reyes

Muzi desembarcó, por fin, anoche tarde. Con él descendieron de L'Eloisa el joven canónigo que lo acompaña, Juan Mastai-Ferretti, y el Abate José Sallusti, secretario de la misión.
También desembarcaron Cienfuegos y el sacerdote chileno Raimundo Arce, perteneciente a la orden de los dominicanos reformados.
La multitud que lo esperó durante horas rodeó al enviado del Papa, besó su mano, le pidió bendiciones y lo guió con faroles hasta su alojamiento, en la fonda de Los Tres Reyes, donde una mesa con treinta cubiertos esperaba al dignatario y su séquito.
Según Mastai, los han llevado a esa fonda "a falta de algo mejor". Está ubicada a pocos pasos del Fuerte, en una calle que antes se llamó Santo Cristo y ahora, por disposición de Rivadavia, es 25 de Mayo.
El viejo nombre habría sido más apropiado para un Vicario Apostólico, pero incongruente con la vecindad. De noche, sus burdeles se colman de marineros borrachos, que bailan con las meretrices al compás de violines desafinados y flautas ululantes.
Enfrente estuvo, hasta hace dos años, La Fonda de la Inglesa, en la que alguna vez paró San Martín. La dueña era Doña Clara, como se llama aquí a Clarke Johnson, una londinense que se casó en Buenos Aires con Tomás Taylor. Norteamericano de origen y marino de profesión, Taylor fue, el 25 de mayo de 1810, quien arrió la bandera española en el Fuerte. Luego se

convirtió en Comandante en Jefe de la Segunda Escuadra Naval que tuvo el país. Murió en 1822, y su viuda, que perdió la fonda, vive ahora en casa de Cornelio Saavedra, ubicada en la misma cuadra.
El dueño de Los Tres Reyes es el genovés Juan Boncillo. Durante la primera invasión, los oficiales ingleses solían comer en esta fonda, y al caer Beresford el genovés ocultó a algunos de ellos.
Así lo recuerda en sus memorias el Capitán Alexander Gillespie, que integró las fuerzas invasoras. Esas memorias fueron publicadas hace seis años en Leeds, Inglaterra, y en ellas el oficial británico (sin nombrarlo) hace una exaltación de San Martín. Según Gillespie, "ninguna ciudad del globo ofrece una importancia más envidiable que Buenos Aires en este momento. No solamente ha conquistado sus propios destinos, sino también las libertades de Chile", y en 1816 estaba "a punto de extender esas bendiciones al Perú". Sin duda, esos prodigios no se debían a la retraída Buenos Aires sino al hombre que ahora ha regresado como Fundador de la Libertad peruana.

Procesión a la fonda

Durante todo el día hubo un cortejo de fieles a Los Tres Reyes. La gente quería besar la mano de Monseñor y pedir su bendición.

Martes 6 de enero

La "hipocresía" de San Martín

San Martín va a Los Tres Reyes.
Es atendido por Mastai y Sallusti.
Muzi, que ha sufrido una indisposición, está descansando. No lo hace con demasiada comodidad: además del impío calor porteño, debe resistir la microscópica fauna de la posada, compuesta de pulgas, chinches, piojos y mosquitos. Las pulgas, según dicen, tienen preferencia por los extranjeros.
San Martín anuncia a Mastai que volverá al día siguiente, y le pide que así se lo anticipe al Monseñor.
Para muchos, el interés del General por visitar al emisario del Papa es una muestra de su hipocresía. "Es un masón y pretende mostrarse como un fiel católico", ha dicho algún funcionario. Se supone que todo lo hace para contrariar a Rivadavia, empeñado en una reforma religiosa.

La Virgen de Luján

Antes de ir al Perú, San Martín se detuvo en la Villa de Nuestra Señora de Luján, para hincarse ante ella y rogar su protección.
A lo largo de su aventura continental, el General llevó siempre a la Virgen sobre el pecho. La tenía hecha de plata, y guardada en un relicario, obsequio de Remedios.
El mes pasado, cuando venía para Buenos Aires, paró otra vez en la Villa y ofrendó una espada a la María del manto celeste y blanco.

Superchería u ostentación

En 1630, esa imagen de madera —tallada en Brasil para un hacendado portugués que residía en Santiago del Estero— se negó a cruzar el río Luján: la carreta se hundió en una orilla y no hubo forma de moverla hasta que se le quitó esa carga.
Allí quedó la imagen, como si ella hubiese elegido el sitio donde quería permanecer.
Desde entonces, sus devotos se han multiplicado. Belgrano, antes de partir rumbo al Paraguay, puso a su ejército bajo la advocación de la Virgen. A él no le fue muy útil, pero otros recibieron de Nuestra Señora el beneficio de portentosos milagros.
Para Rivadavia, el santuario "no rinde servicio público alguno y no tiene más objeto que el culto de un ícono".
Las peregrinaciones de San Martín serían actos de superchería o cínica ostentación de un catolicismo que no profesa.
No es así.

Credenciales católicas

Los antecedentes demuestran que San Martín no tiene un rapto de fe utilitaria:
• Conoció a su futura esposa durante una misa de Gloria, en el templo San Miguel Arcángel.
• Al contraer nupcias, comulgó durante la misa de Velación.
• Tras el combate de San Lorenzo, ordenó celebrar un oficio y colocó cruces en las tumbas de los muertos.
• Como Gobernador de Cuyo, fundó el Colegio de la Santísima Trinidad, y mandó que junto a "las ciencias profanas" se enseñaran allí "los deberes del católico".
• El "Código de Deberes Militares" que redactó para el Ejército de los Andes dice en su primer artículo: "Todo el que blasfemare el santo nombre de Dios o de su adorable madre e insultare la religión por primera vez sufrirá cuatro horas de mordaza por el término de ocho días; y por segunda vez será atravesada su lengua con un hierro candente y arrojado del cuerpo de Granaderos".
• Ese ejército fue puesto por él bajo la advocación de la Virgen del Carmen.
• Celebró los aniversarios de sus batallas con función de Iglesia.
• Juró por Dios y la Patria la Independencia nacional, hace cuatro años.
• Donó al convento de franciscanos su bastón de General.
• Sus tropas usaban el Santo Rosario al cuello y lo rezaban a orden del sargento de semana.
• El Estatuto que hizo sancionar en Perú dice, en su Sección Primera, que "la Religión Católica, Apostólica y Romana es la Religión del Estado: el gobierno reconoce como uno de sus deberes el mantenerla y conservarla, por todos los medios que estén al alcance de la prudencia humana".
• El Estatuto reserva los puestos públicos a quienes profesen la Religión del Estado y reserva "severos castigos" para quienes ataquen, "en público o privadamente", "sus dogmas y principios". La libertad de cultos es "únicamente para las confesiones cristianas, previa consulta al Consejo de Estado".

La masonería es otra cosa

Para San Martín, la pertenencia a una logia masónica, o pseudomasónica, no obsta a la fe.
Es cierto que las logias fueron condenadas el siglo pasado por Clemente XII y Benedicto XIV. Pero esa condena tuvo mucho de política.
Ambos pontífices habían sido impuestos, de hecho, por el Rey Felipe V, primer monarca Borbón de España y bisabuelo de Fernando VII.
España pesaba entonces mucho en la Santa Sede.
Clemente fue electo por un cónclave que duró cuatro meses y se abstuvo de ungir al favorito porque lo había vetado Felipe.
El cónclave del que surgió Benedicto fue más largo aún: seis meses. También en este caso Felipe vetó al preferido de los obispos y, finalmente, su candidato fue consagrado por un voto.
Las collegia illicita —como llama la Santa Sede a las "asociaciones formadas sin el consentimiento de la autoridad"— han servido a los católicos liberales como San Martín, que sostienen su derecho a profesar su fe y, al mismo tiempo, luchar por las libertades.
La masonería, que admite todos los cultos y sólo rechaza el ateísmo, abrió sus puertas a esos católicos. Y los integró en logias protegidas por el más estricto secreto: algo demasiado valioso cuando se combate contra monarquías absolutas.
Ni la logia de los Caballeros Racionales —que Miranda fundó en Cádiz— ni la logia Lautaro —que San Martín ayudó a establecer en Buenos Aires— estaban dirigidas contra el catolicismo.

Miércoles 7 de enero

El General y el Vicario

El Vicario Apostólico recibe a San Martín, quien se presenta "en traje privado" y "haciendo mucha exhibición" de su agrado por saludar al representante del Sumo Pontífice.
Monseñor, que cumplió cincuenta y dos años el jueves pasado, en Montevideo, es sereno y afable.
Tiene un alto concepto de San Martín, "el hombre que reconquistó del dominio de España todas estas provincias, Chile y gran parte del Perú".

León XII tiene igual propósito

O'Higgins repuso a Rodríguez Zorrilla en el obispado, por lo que debería estar resuelto ya el principal obstáculo para el éxito de la misión. Pero O'Higgins ya no gobierna en Chile: se lo obligó a abdicar el año pasado, y en su lugar está ahora Freire, que ha suprimido órdenes religiosas y confiscado bienes eclesiásticos.
Cienfuegos le aseguró al Vicario Apostólico que no tendrá inconvenientes con las nuevas autoridades chilenas, personas todas de la amistad del canónigo.
Sin embargo, Monseñor ya desconfía del chileno: "A decir verdad, he comenzado a tener nubarrones en la mente, pensando en el carácter de este director de viaje, tan inseguro, tan engañoso y que no hace caso a nada".
Durante la travesía, Cienfuegos se mantuvo taciturno, y cuando habló con Muzi fue en general para echarle en cara los esfuerzos y gastos que había demandado la misión. Se esforzó en todo momento por sugerir que Muzi era un contratado, que debía cumplir una misión en favor del gobierno de Chile o del propio Cienfuegos.
Monseñor quiere saber qué piensa San Martín de Freire. El General le dice que sirvió en el Ejército de los Andes y es hombre de valor.
Para San Martín, lo importante es que la misión se lleve a cabo. Eso removerá obstáculos para el reconocimiento de las repúblicas.
No obstante, él ignora si desaparecido Pío VII —quien murió hace seis meses—, el mandato del Vicario Apostólico conserva vigencia.
Monseñor le tranquiliza: todo sigue igual en la Santa Sede. El nuevo Pontífice es León XII, antes Cardenal Aníbal della Genga, el hombre que Pío VII colocó como presidente de la Congregación de Cardenales. El actual Papa intervino en la elección del propio Muzi y en la redacción de las instrucciones con las que éste ha venido a América.
Cuando se produjo el deceso de Pío VII, el Vicario Apostólico aún no había partido para América. La aciaga noticia le fue transmitida el 21 de julio por el Delegado Apostólico en Génova, y Muzi debió esperar a que el nuevo Papa ratificara la misión. Como era de prever, León XII lo hizo, y el Vicario Apostólico se embarcó el 5 de octubre, dispuesto a cumplir la tarea que le habían impuesto, sucesivamente, dos Pontífices.

Como Enrique VIII

La Congregación resolvió, el 18 de abril del año pasado, que las Provincias Unidas del Río de la Plata —más extensas que Chile y de situación más difícil— necesitaban graves y urgentes remedios. Es así: las cuatro sedes episcopales del país están vacantes, y sometidas a Buenos Aires, que se muestra hostil al Pontificado.
La idea de la Congregación no era desafiar al Gobierno porteño sino, por el contrario, acordar con él.
Dado que "el pueblo se presenta muy religioso", el Vicario Apostólico debía examinar la situación con sumo cuidado y "decidir, en su prudencia, si viera ventajoso el mostrarse investido de facultades pontificias, aun para esas provincias".
Fue por eso que la Congregación le aconsejó detenerse un par de meses en Buenos Aires. En el Vaticano se sabía que cualquier negociación con las autoridades sería difícil. Monseñor debía emplear toda su sabiduría y hacerse de paciencia.
Consalvi le notificó que Rivadavia sueña, como Enrique VIII, con una Iglesia propia: católica pero independiente de Roma.
Muzi, un refinado diplomático, debía tener conversaciones a fondo con el Gobernador Rodríguez y con el mismo Rivadavia.
Cienfuegos se ha convertido en un obstáculo.
El domingo, cuando Azopardo se acercó a L'Eloisa, fue el chileno quien le aconsejó a Monseñor que no bajara. En cambio, descendió el propio Cienfuegos, quien se dirigió al fuerte y parlamentó allí con los dos principales Ministros, Rivadavia y el de Hacienda, Manuel García. Cienfuegos aseguró a ambos que, contra lo dispuesto por la Congregación, Muzi no permanecería en Buenos Aires más de una semana.
El Vicario Apostólico sospecha que hay coincidencia de intereses entre el Gobierno porteño, que

no quiere compromisos con la Iglesia, y Cienfuegos, que pretende hacerse dueño de la misión.
El Arcediano insiste en que Chile la pidió y pagó, razón por la cual el enviado no puede "demorarse" en Buenos Aires.

Visita del Provisor

Hoy se presentó en Los Tres Reyes el Provisor Gobernador del Obispado en sede vacante, Mariano de Zavaleta —un amigo de Rivadavia—, a quien aquí suele llamársele "el Presidente de la Iglesia".
El Vicario Apostólico le dijo que había recibido algunos pedidos de confirmación, ya que por falta de obispo no estaba administrándose el sacramento.
El Provisor quedó en estudiar el caso.

Contra San Martín

Zavaleta desempeña sus funciones secundado por un Secretario Eclesiástico. Es el ex-Director Supremo Gervasio Antonio Posadas, el mismo que hizo a San Martín Gobernador de Cuyo y lo ayudó a formar el Ejército de los Andes.
Luego, Posadas fue tomando distancia del General. Enemigo de Artigas, no admitió la actitud "condescendiente" de San Martín hacia el caudillo oriental.
Por otra parte, Posadas es tío de Alvear y ha estado siempre sujeto a la influencia de su sobrino, hoy convertido en uno de los mayores enemigos de San Martín.
No importa que doce años atrás hayan llegado juntos al Río de la Plata, en el George Canning. No importa que poco después se hayan unido para derrocar al Primer Triunvirato y, de ese modo, desalojar del poder a Rivadavia. Hoy tienen discrepancias insalvables. Alvear ha intrigado contra su antiguo camarada, quien, a su vez, considera que su contrincante "no es digno de llamar la atención de una persona que se respete un poco".
Sin embargo, no fue indiferencia lo que mostró San Martín en el verano de 1815, cuando Alvear ejerció por tres meses el cargo de Director Supremo. Desde Cuyo, lideró la oposición; y cuando el gobierno cayó, ordenó celebrar una misa de acción de gracias por "el fin de la tiranía".
Ahora, Alvear se ha convertido en hombre de confianza de Rivadavia, quien lo ha elegido como Embajador ante los Estados Unidos.
Viajará en pocos días, pero su periplo parece caprichoso: irá de Buenos Aires a Washington, vía Londres.
La escala en la capital británica servirá, según espera Rivadavia, para desautorizar o contrarrestar cualquier gestión que San Martín intente hacer allá.

Jueves 8 de enero

San Martín a Roma

Para retribuirle la visita, el Vicario Apostólico se dirige a la quinta donde se aloja San Martín.
El General habla de su inminente viaje. Dice que piensa "detenerse cerca de dos años" en Europa y que, además de ir a Londres, también visitará Roma.
Su propósito es que se reconozca la independencia de SudAmérica y se admita que el liberalismo es compatible con la fe.
Sea que se organicen como repúblicas o como monarquías constitucionales, estos países pueden ser liberales y, al mismo tiempo, sustentar la religión católica, apostólica y romana.

Autorizado a confirmar

El legado papal también devuelve la visita del Provisor, quien lo autoriza a dar confirmaciones y sugiere que lo haga en la Iglesia de San Ignacio, construida por los jesuitas hace un siglo.
Ahora funciona allí, provisoriamente, la Catedral. Es hasta que Próspero Catelín, un arquitecto e ingeniero francés, traído por Rivadavia, termine la fachada de la verdadera Catedral.
Catelín está construyendo un pórtico neoclásico de doce columnas, que lucirá como un monumento pagano, no como una iglesia. Su modelo es el Palais Bourbon de París, que una hija de Luis XIV mandó a construir, pidiendo que se pareciera a un templo griego. Allá funciona ahora la Asamblea Nacional francesa.

El Gobernador no está

Zavaleta le recomienda a Monseñor que pida audiencia a Rivadavia.

El Vicario Apostólico replica que correspondería dirigirse, ante todo, al Gobernador.
Concurre a la casa de Rodríguez, donde le dicen que éste no se encuentra en la ciudad. El Abate Sallusti piensa que "se marchó al campo para no vernos".
Monseñor va entonces a la casa de Rivadavia, en la calle Reconquista, pero el Ministro no quiere atenderlo en forma privada.
Manda decirle que lo recibirá mañana en el Fuerte.

Viernes 9 de enero

Bernardino César

Acompañado por su séquito, Monseñor se presenta en el Fuerte.
La delegación debe hacer antesala, custodiada por unos doce oficiales. Cuando por fin se abren las puertas del despacho ministerial, Rivadavia recibe al Vicario Apostólico y a sus acompañantes "haciendo gala de una repugnante y soberana prosopopeya". La repulsión despierta en el canónigo Mastai un sentimiento malsano: dice que "la fisonomía del Ministro es israelítica".
Rivadavia da un sermón al Vicario Apostólico, acerca del poder espiritual y la contraposición con el poder temporal. Citando la frase que Mateo pone en boca de Jesús, recuerda que al César y a Dios hay que darles, a cada uno, lo que les pertenece. Habla como si ejerciera la representación de todos los Césares.
Discreto, Monseñor responde que el Sumo Pontífice está dispuesto a tratar los asuntos espirituales con todos los gobiernos.
Luego anticipa que, con anuencia del Provisor, administrará este domingo el sacramento de la confirmación. Rivadavia le responde: "Es usted libre de hacerlo".
De inmediato, el Ministro da por terminada la breve entrevista.

Anuncio

Aparecen, en las puertas de las iglesias y otros sitios públicos, carteles anunciando que el legado papal, Monseñor Juan Muzi, administrará el sacramento de la confirmación, este domingo, en la Iglesia de San Ignacio.
El Vicario Apostólico espera que concurra un gentío.
Está animado por las muestras de adhesión que le han hecho los porteños: "Mi llegada a América se puede llamar un triunfo del Sumo Pontífice por el júbilo y la alegría que ha producido en el ánimo de los mismos americanos", comunica al Papa.
Coincide con él Sallusti: "No he visto jamás una aglomeración semejante, ni tantas manifestaciones de verdadera piedad y de religiosa adhesión al Jefe de la Iglesia de Roma, como las que se hicieron en Buenos Aires al Vicario Apostólico". Y exagera el secretario de la misión: "El entusiasmo de piedad religiosa que se despertó en los fieles al llegar a Roma Pío VII después de su largo destierro, puede en algún modo compararse a la conmoción de Buenos Aires por el Vicario Apostólico".

Sábado 10 de enero

Expulsión del Vicario

Volviendo sobre sus pasos (y anulando la aparente autorización de Rivadavia), el Provisor hace saber al Vicario Apostólico que el domingo no podrá confirmar a nadie.
Alega que no ha presentado "sus credenciales y títulos", y que, en estas condiciones, el ejercicio de funciones episcopales sería "un atentado a la autoridad civil".
En algo tiene razón el Gobierno: Monseñor no ha querido presentarle credenciales para no indisponer a la Corte de Roma con la de España. Si el representante del Papa no reconoce la legitimidad de las autoridades civiles, éstas tienen derecho, dice Rivadavia, a desconocer la representación invocada.
Sin embargo, aquello que podría salvarse con diplomacia y concesiones recíprocas, se ha llevado demasiado lejos.
Ayer, Zavaleta ofició al Gobierno, diciendo que no le constan "el carácter y atribuciones de este individuo".
El "individuo" responde que, si bien no ha presentado credenciales, al llegar a Buenos Aires,

exhibió su pasaporte, firmado por Su Santidad Pío VII y el Cardenal de la Corte Romana, en el cual "suficientemente se declara mi dignidad y facultades pontificias".

Oportunidad perdida

No hay lugar a una negociación. El Argos, haciéndose eco del argumento oficial, sostiene que "a pesar de haberse revestido en esta ciudad del ropaje sacerdotal", Muzi "no ha presentado título alguno, ni aun siquiera el que debiera autorizarlo para decir misa".

Con todo, el Vicario Apostólico manda a Mastai a hablar con Zavaleta, en busca de un compromiso.

Es inútil. El Provisor no sólo reitera que Monseñor no puede ejercer su ministerio; notifica que debe abandonar la ciudad "cuanto antes" y que, mientras tanto, "no puede moverse" de la posada.

"Es un miserable ejecutor de órdenes políticas", concluye el auditor de la misión apostólica.

San Martín piensa que el conflicto entre las autoridades y el enviado del Papa es tan artificial como inoportuno.

La Revolución necesita apoyos externos. Una iglesia local independiente de Roma, así lograra afianzarse, no acrecentaría la firmeza de un gobierno criollo.

La altivez de Rivadavia, y los desaires de Monseñor al Gobierno, impidieron que la misión apostólica sentara, en el par de meses que debió pasar en Buenos Aires, las bases para un entendimiento.

Domingo 11 de enero

La Santa Alianza se prepara

Vaya a saber quién es el lector (u oculto redactor) de El Republicano que se esconde tras la firma "El malicioso prudente".

El periódico publica hoy una carta suya, en la que pregunta, con malicia y prudencia:

"¿No ha llegado a oídos de ustedes que los españoles amenazan con una expedición para reconquistar la América? ¿Y que, como la nulidad de España es notoria, la Santa Alianza se va a tomar este trabajo, para volvernos al estado antiguo de colonias?"

San Martín sabe que los "soberanos de Europa" tienen el afán de emprender semejante reconquista; pero él cada día se reafirma en su creencia: no lo harán si, por ello, deben pagar el precio de una guerra en el Viejo Mundo.

El sector político al que responde El Republicano sabe que la Santa Alianza querría "volvernos al estado antiguo de colonias", y conoce la fuerza de semejante coalición. ¿Por qué ha sido, entonces, tan renuente a las ideas de San Martín? ¿Es tan dificultoso comprender que la suerte de las Provincias Unidas y del Perú están unidas? ¿No está claro quiénes podrían ser socios de nuestros países?

Sólo hay dos fuerzas capaces de evitar la invasión restauradora.

• Inglaterra, porque no quiere que su Imperio —compuesto por la India, Canadá, Australia y Sud-África—sea superado por otro, que incluya la Europa continental y gran parte de América. Inglaterra no tiene tanto interés en anexarse las ex-colonias de Hispano-América como en evitar que se las anexe la Santa Alianza.

• El Pontificado, porque sabe que entre México, América Central y Sud-América hay más de 20 millones de habitantes, en su mayoría católicos, apostólicos, romanos. La Santa Sede no querría entregarlos a una alianza en la que tanto peso tienen Rusia, la tierra de los ortodoxos, y Prusia, país de protestantes. Tampoco querría que se reuniesen facultades políticas y religiosas en un Imperio que debilitaría el secular papel desempeñado por el Sumo Pontífice en Europa y América.

Inglaterra, el Pontificado y la Revolución sud-americana tienen aspiraciones distintas. No obstante, algo los une y es aquello que no quiere ninguna de las partes: el restablecimiento del Imperio hispano-americano y la supremacía de la Santa Alianza.

Lunes 12 de enero

Confirmación en la fonda

Pese a la prohibición oficial, el Vicario Apostólico administra la confirmación en Los Tres

Reyes.
Dirigiéndose a los devotos que colman la posada, exhorta: “Oremos, hermanos, a Dios Padre Todopoderoso, y pidámosle que derrame el Espíritu Santo sobre estos hijos de adopción, que renacieron ya a la vida eterna en el Bautismo, para que los fortalezca con la abundancia de sus dones, los consagre con su unción espiritual, y haga de ellos imagen perfecta de Jesucristo”.
Luego, Monseñor impone sus manos sobre las cabezas de siete niños, unta sus frentes con el Santo Crisma y recita: “Accipe signaculum doni Spiritus Sancti”.
Los niños se retiran de la posada con el Espíritu Santo.
El Gobierno se siente desafiado.

Jueves 15 de enero

Ministro del Infierno

El Jefe de Policía, José María Somalo, entrega los pasaportes para que Monseñor y su comitiva prosigan a Chile. Les advierte que, al pasar por Luján, el Vicario no debe ejercer funciones pastorales.
Muzi recibe, también, una nota que le ha hecho llegar Zavaleta, en la cual señala —“con mayor resentimiento”— que se “admira bastante de que haya venido a América para perturbar la paz de los pueblos”, y le atribuye “un exceso de temeridad”.
En el Gobierno nadie pone en duda que el enviado del Papa está desaconsejado: ha querido debilitar nada menos que la autoridad religiosa de Rivadavia.
San Martín cree que el Ministro debería hacer lo mismo que osó recomendarle a Muzi: dar a Dios lo que le pertenece y quedarse él con la parte del César; lo cual sería un magnífico negocio para alguien que es, apenas, Ministro de Gobierno de una provincia sudamericana.
Napoleón era capaz de humillar y secuestrar a un Papa manso, pero el Emperador sabía que “después de un ejército victorioso, no hay mejores aliados que aquellos que dirigen las conciencias en nombre de Dios”.
San Martín comparte ese criterio.

Fracaso

Termina la gestión del Vicario Apostólico en Buenos Aires.
No ha sido feliz. En parte, por su propia culpa: no queriendo contrariar a Cienfuegos, ha carecido Muzi del tino que le recomendó Monseñor Consalvi en Roma.
El domingo 4, cuando se negó a descender de L’Eloisa para recibir los homenajes oficiales, el Vicario Apostólico dio pie a los desaires públicos que siguieron. Éstos, sin embargo, fueron exagerados e inconvenientes.
En un informe a Roma, Monseñor se queja de Zavaleta, “vil servidor del Gobierno”.
Mastai, por su parte, se va convencido de que Rivadavia es un “gran enemigo de la religión y, por consecuencia, del Papa”. Lo considera “el principal Ministro del Infierno en Sud-América”.

Viernes 16 de enero

Rivadavia se endeuda

García otorga ante el Escribano Mayor del Gobierno, José Ramón de Basavilbaso Ross, amplios poderes a Félix Castro y Guillermo Parish Robertson para negociar un empréstito con Baring Brothers & Co.
Dieciocho años atrás, Baring financió la compra de Luisiana, por la cual Napoleón recibió 15 millones de dólares y Estados Unidos duplicó su territorio.
La presente operación es más módica: un millón de libras esterlinas, que son menos de cuatro millones de “pesos valor real”. Sin embargo, la Junta de Representantes, que autorizó al Gobierno a contraer este empréstito en 1822, juzga que alcanzará para:
• La construcción del puerto de Buenos Aires.
• El establecimiento de pueblos en la nueva frontera, tras el desalojo de los indios que hoy ocupan el sur de la Provincia.
• La creación “de tres ciudades sobre la costa entre esta Capital y el pueblo de Patagónica”.
• Un sistema para “dar aguas corrientes a esta Capital”.
No será un empréstito barato: la provincia tendrá que destinar 13% de sus recursos al servicio de

la deuda.
En el Gobierno dicen que se pagará solo: la paz interior y las tierras ganadas al indio aumentarán el producido del campo, y el nuevo puerto multiplicará la exportación. En un conjunto ampliado de ingresos, los intereses se diluirán.
A San Martín no le asusta el empréstito en sí. Él mismo, cuando era Protector del Perú, mandó a contratar uno mayor: 1.200.000 libras.
Conoce, además, al escocés Robertson y sobre todo a su hermano, Juan. Ambos se hicieron ricos trayendo yerba mate del Paraguay. El gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia los expulsó por contrabandistas, pero ellos siguieron comerciando "en las sombras".
En 1813, Juan fue invitado por San Martín a presenciar el combate de San Lorenzo, del cual guarda una vívida memoria:
"El coronel San Martín, acompañado por dos o tres oficiales y por mí, ascendió al campanario del convento y con ayuda de un anteojo trató de darse cuenta de la fuerza y movimientos del enemigo, y tan pronto aclaró el día pudimos contar claramente alrededor de trescientos veinte marinos desembarcando al pie de la barranca y preparándose a subir a la larga y tortuosa senda, única comunicación entre el convento y el río".
Aunque Robertson es británico y García es criollo, el General cree que el interés de las Provincias Unidas estará mejor defendido por el extranjero.
San Martín desconfía del Ministro, un alvearista que fue secretario de la Asamblea del año XIII y se opuso, entonces, a la declaración de la independencia, así como a la sanción de una Constitución propia: dos objetivos que San Martín consideraba imprescindibles.
Dos años después, García fue enviado por Alvear a Inglaterra como plenipotenciario, con el encargo de pedir que las Provincias Unidas fueran incorporadas a Gran Bretaña y que, para "asegurar este paso", se enviaran tropas británicas al Río de la Plata.
En aquella oportunidad, García no llegó a Londres. En el Janeiro, Percy Smyth, Vizconde de Strangford, Embajador ante la Corte portuguesa de Brasil, lo convenció de que el proyecto era desatinado.
Más tarde, García pidió al Directorio que se permitiera la invasión de la Banda Oriental por fuerzas portuguesas, para acabar con la "anarquía" en que la tenía sumida Artigas.
Ése fue el origen del llamado a San Martín, que se negó a traer su ejército para participar en luchas fratricidas.

Sábado 17 de enero

Bolívar, el seductor

El Argos publica hoy un documento enviado por el Primer Secretario de México, Lucas Alamán, a Rivadavia. Es una comunicación fechada el 4 de junio pasado, y en ella se dice que "por cartas oficiales de S.E. el Libertador de Colombia", Simón Bolívar, "dirigidas a este gobierno desde Guayaquil, se ha enterado este gobierno supremo de la marcha firme y constante que han tomado las provincias del Río de la Plata", lo cual "asegura la estabilidad de su gobierno" porteño.
Al parecer, Bolívar está pidiendo que, desde distintas partes del continente, se dé apoyo a Rivadavia. Ya el sábado 3, El Argos publicó una carta de Torre Tagle, "al gobierno de Buenos Aires", felicitándolo por "la ventajosa marcha que ha observado en el mejoramiento político" de "La Plata". El Presidente del Perú expresa en esa carta la gratitud de su pueblo hacia "un país que dio la base y una fuerza considerable para la libertad del suelo peruviano"; pero no menciona a San Martín.

Plebe y fuerza militar

Los elogios a la marcha "firme", o "ventajosa", del Gobierno de Buenos Aires tienen un objetivo: respaldar al adversario de San Martín.
Al hacer llegar los elogios inducidos por Bolívar, el Ministro de México se congratula de la disolución del Primer Imperio Mexicano, cuyo titular, Agustín de Iturbide, llamado Agustín I, estableció tres años atrás una "pestilente y mortífera tiranía". Todo concluyó cuando "los soldados de la libertad", liderados por el general Antonio López de Santa Anna, destronaron a Iturbide, nombraron un triunvirato y reestablecieron el Congreso, que el Emperador, so pretexto

de “incapacidad”, había disuelto.
Rivadavia le respondió a Alamán el sábado 3. En su contestación, que también se publica hoy, el Ministro festeja “la desaparición de las desgracias que habían afligido a la nación mejicana”, la cual ha recobrado “su honor, su libertad y sus justas esperanzas”.
Ya El Argos había juzgado, en su momento, que la “monarquía despótica” de Iturbide era “despreciable”, por estar apoyada en “la plebe y la fuerza militar”.
Según Alvear y otros, ése es el modelo de San Martín.

Domingo 18 de enero

El triste final de Riego

Ha llegado de Madrid una carta que descorazona.
El absolutismo se ha impuesto en la Península y, al partir el correo de España, Riego acababa de ser “condenado a muerte”.
Según El Republicano, de todas partes llegan a Madrid los pedidos para que, restablecida la monarquía absoluta de Fernando VII, se restituya también la Inquisición.
El Rey, por su parte, está empecinado en la recuperación de sus posesiones americanas.
Se sabe que, por lo pronto, Fernando ha ordenado al Capitán General de la Armada, Juan María de Villavicencio, preparar en Cádiz dos fragatas, dos corbetas y un navío, “cuyo destino debe ser el mar del Sud”. Sería sólo el comienzo: para intentar la aventura, debería formar una escuadra considerable y alistar grandes ejércitos.

Lunes 19 de enero

Equivocándose de enemigo

San Martín no puede evitar el desasosiego: Bolívar no sólo negó las fuerzas colombianas que hacían falta para la expedición a los Puertos Intermedios. Ahora desechó, también, la cooperación de la “Expedición Auxiliar” que Chile había enviado para proseguir la lucha contra los realistas en el sur del Perú.
Esa expedición “está de vuelta en Valparaíso”.
Al parecer, Bolívar le pidió al chileno Francisco Antonio Pinto que sus hombres lo ayudaran, ante todo, a terminar con Riva Agüero. Como Pinto negó tal cooperación, Bolívar ordenó que la “Expedición Auxiliar” regresara a su país.
Las noticias que vienen de Santiago, y que hoy publica El Republicano, aseguran que los oficiales chilenos no querían tomar parte en lo que, a juicio de ellos, era una guerra civil.
San Martín se reafirma en la convicción que el 20 de noviembre transmitió al propio Riva Agüero: no hay que equivocarse de enemigo. Hoy hace falta derrotar a los realistas. Después, si ése fuera el “desgraciado destino” de estos pueblos, habrá tiempo para que los patriotas se maten “unos contra otros”.

Sábado 24 de enero

Volver a empezar

En los últimos días han corrido rumores, según los cuales Riva Agüero se habría “sometido” a Bolívar, permitiendo que “divisiones colombianas” recuperasen las provincias ocupadas por el jefe rebelde.
“Si esto es así, de lo que no tenemos dato alguno”, dice hoy El Argos, será menos inquietante la “retirada” de la Expedición Auxiliar chilena, dado que las fuerzas de Bolívar sumarán “cuatro mil hombres que mantenía estacionados el Sr. Riva Agüero, y los auxilios de caballos y mulas”.
En ese caso, Bolívar habría ganado la guerra civil, en el norte del Perú; pero aún le quedaría la tarea más importante: vencer a los realistas.
En cierto sentido, sería volver a empezar.

Más rumores

Desde Lima ha llegado otra “información” no verificada. “Los realistas habrían proclamado en Arequipa” su separación respecto de Fernando VII y La Serna estaría dispuesto “a entrar en transacciones” con los patriotas, aunque “dejando entrever un cierto anhelo de dirigir por sí la independencia del Perú”.

Domingo 25 de enero

El estandarte de Pizarro
Se han sembrado ciertas sospechas sobre el estandarte del conquistador Francisco de Pizarro —bordado por Juana la Loca— que San Martín atesora.
El trofeo le fue entregado por el Cabildo de Lima en 1821, y en el Perú nadie duda de que es el paño con que Pizarro entró a Cuzco, capital de los incas, unos tres siglos atrás.
Sin embargo, un testimonio de la época dice que el conquistador ingresó con un confalon que en una de las caras (roja) tenía las armas de Carlos V, y en la otra (blanca), una imagen ecuestre del apóstol Santiago.
El estandarte que tiene San Martín exhibe las armas que Carlos V confirió a Lima: tres coronas y una estrella de oro, sobre campo azul, y con dos águilas negras como divisa.
No falta quien objete a San Martín por ostentar un trofeo apócrifo.
Desde el punto de vista histórico, poco importa que éste sea el confalón con el que Pizarro llegó a Cuzco en 1533, o el estandarte que el Emperador eligió para Lima en 1537.

Lunes 26 de enero

El Rey José
Lavalle está en Buenos Aires.
Se supone que este hombre —"el León de Riobamba", como le dicen en Quito— es hombre de San Martín.
Fue, en 1812, uno de los primeros granaderos. Luego, como parte del Ejército de los Andes, peleó en Chacabuco y Maipú, y se marchó a luchar por la independencia del Perú.
Si ha vuelto es porque no soportó a Bolívar (o Bolívar no lo soportó a él).
San Martín va a visitar a su ex-subordinado.
A Lavalle le llama la atención que el "ex Rey José" llegue "vestido de negro" y hable "pestes del Perú".
En realidad, San Martín no está irritado con el Perú, sino con la anarquía que allá reina.
Es contra la anarquía, también, que se pronuncia cuando le dice a Lavalle que "el sistema representativo no puede permanecer ni en Buenos Aires ni en otra parte del América".
Está a favor de los principios republicanos, pero cree que pueblos indisciplinados no pueden ser gobernados por una híbrida asamblea.

Martes 27 de enero

La sucesión del suegro
Hoy, a más de dos años de su muerte, ha culminado el sucesorio de Antonio José de Escalada.
El juzgado por el cual se tramitó, a cargo del Doctor Roque Sáenz Peña, efectuó esta mañana la tasación, cuenta de división y partición de bienes.
Apenas terminado el trámite, se le notificó a San Martín que él y su hija recibirán la parte —valorada en unos 43.000 pesos— que habría correspondido a Remedios.
El General, quien el 10 del mes pasado había aprobado la cuenta del albacea, acrecienta así el patrimonio que deja en América.
El patrimonio
Todo gobierno criollo ha confiscado propiedades a los realistas, y las ha adjudicado a los héroes de la Revolución.
Es así que San Martín tiene hoy bienes raíces en las Provincias Unidas, Chile y el Perú.
El disperso acervo del General —sumando aquello que Merceditas recibió por donación o herencia— está compuesto por estos bienes:
En Buenos Aires, administrados por Manuel de Escalada:
• La casa de la Plaza de la Victoria: esa que Rondeau le cedió en 1819, después de Chacabuco y Maipú. Requiere refacciones varias, pero se puede obtener por ella unos 20.000 pesos.
• En condominio, la casa de su suegro, en la calle de la Catedral y Cangallo. Desde hoy, una mitad pertenece al General y a su hija; la otra, a Mariano de Escalada. Así resultó del sucesorio. La propiedad fue tasada en 60.084 pesos, 5 reales y 1 cuartillo. A la mitad de eso (30.342 pesos, 2 reales y tres cuartillos) hay que añadir una parte de los muebles, cuadros, plata labrada, libros, demás bienes y créditos del abuelo de Merceditas. Así se llega a los 43.000 pesos que habría

heredado la esposa del General.
En Mendoza, administrados por Moyano.:
• La chacra de Los Barriales, construida sobre las 250 cuadras que el gobierno de Mendoza les adjudicó en propiedad, a él y a Merceditas, en 1816.
• Un terreno de 45 varas de frente por 57 de fondo, que compró por 1.170 pesos hace seis años, y donde ha mandado a construir una casa.
En Chile, administrada hasta hace poco por Nicolás Rodríguez Peña:
• La chacra La Chilena, llamada antiguamente "de Beltrán", en Ñuñoa, a dos leguas y media de Santiago. Le fue obsequiada por el gobierno de O'Higgins, en reconocimiento por los servicios prestados a la independencia de Chile. Él decidió que, de todo cuanto allí se produjera, un tercio iría al hospital de mujeres de Mendoza, y a pagar un vacunador que previniese "los estragos de la viruela". Eso fue hace años. Luego la chacra, dada en arrendamiento, fue diezmada por el arrendatario: las viñas están "en un estado de no serlo jamás" y "los potreros, talados hasta el extremo". San Martín le ha ordenado a Moyano que pague a Rodríguez Peña cuanto se le deba; y que, si puede, venda la finca. De lo contrario, deberá alquilarla, pero en su estado actual no puede pedirse por ella más que 2.000 pesos.
En Perú, administradas por Salvador Iglesias:
• Una casa de campo en La Magdalena (o Pueblo Libre, como él mismo rebautizó a este poblado, vecino de la capital, en 1821).
• Otra casa en Jesús María, cerca de Pueblo Libre.
Es importante que San Martín conserve estos "cuarteles generales", en caso de que la guerra tome un curso que lo fuerce a retomar posiciones.

Miércoles 28 de enero

No lo dejen ir

Los periódicos, en general, son adversos a San Martín.
Uno de los escritores públicos que más lo embiste es Juan Cruz Varela, el poeta que en 1818 había celebrado la victoria de Maipú (y exaltado a su héroe, San Martín) mediante un Cántico patriótico.
Amigo de Rivadavia, Varela no disimula su antipatía por el General. Él e Ignacio Núñez fundaron en 1822 "el espantoso Centinela", como llama San Martín al diario que más lo ha hostilizado. Sus "carnívoras falanges" se empeñaron en "bloquear" su "pacífico retiro".
El Centinela apareció por última vez el mes pasado y, según se dice, ha dejado de existir.
Mientras tanto, un raro periódico circula desde ayer en Buenos Aires. Su título: Antón Peluca, padre de la Señora Doña María Retazos, ausente en Santa Fe.
Simula un intercambio de cartas, entre un padre y su hija. Es un truco del escritor para deslizar, en lenguaje coloquial, juicios mordaces sobre el Gobierno.
El sábado pasado, El Avisador Universal lo anunció de esta manera:
"El martes próximo sale el primer número de Antón Peluca, padre legitimo y natural de la señora Doña María Retazos, ausente en Santa Fe, cuya correspondencia epistolar se da a luz, y se defienden las libertades del pueblo".
No hay certeza sobre quién edita este papel público. Antón Peluca es el falso nombre de un compositor de minués, como el titulado "A Doña Gregoria"; pero es dudoso que él sea el autor de estas críticas.
Antón Peluca fue puesto a la venta en la principal tienda de periódicos de la ciudad: la de Michel Ochagavía, en la vereda ancha de la Plaza de la Victoria. Pero ya no se lo consigue. Se rumorea que el Agente Fiscal del Crimen interpondrá un recurso para impedir la aparición de otro número.
Si bien Antón Peluca se protege diciendo que "ningún gobierno ha difundido más luces que el actual" (y finge alabar a su miembros, "americanos de corazón"), sus halagos no engañan a nadie. Los juicios que aparecen en el periódico son muy severos:
• Sostiene que, aun cuando "se han empeñado en desfanatizarlo", el pueblo persiste en la "manía" de ser católico, apostólico y romano, y "recibió con el mayor entusiasmo" la venida del

Vicario Apostólico.
• Denuncia que "los empleos de mayor consideración" los tienen hoy los "enemigos de la Independencia": "empleados godos o de dudoso patriotismo".
• Se pregunta: "¿dónde están los autores del 25 de Mayo?".
• Afirma que la "seguridad individual" no existe, y acusa a los jueces de castigar "sin juicio ni sumaria", y careciendo del "cuerpo del delito".
• Advierte que "la obediencia a los gobernantes nunca debe ser ciega sino racional".
Esta curiosa hoja se distingue de todas cuantas se publican en Buenos Aires, entre otras cosas porque defiende a San Martín y cuestiona al Gobierno.
Dice Antón Peluca:
"La España se arma de nuevo contra la América, y ésta debe sostener su libertad".
"Con este motivo se me ocurre la duda de si será prudencia dejar que el General San Martín salga del país: la ida de este hombre es un triunfo para nuestros enemigos".
"De esto me reservo hablar con más extensión en el número siguiente, como de la clase de gobierno que debe suceder al actual, y calidades personales que deben adornar a los que lo ocupen".
El fiscal no permitirá que haya "número siguiente".
San Martín, a su vez, tiene motivos para agradecer la consideración de Antón Peluca, pero él cree lo contrario: si algo no sería "prudencia" es que él se quedara aquí, como espectador del posible intento español. Su objetivo es abortarlo, y para eso debe actuar en Europa, no en Sud-América.
Pasa los días dedicado a preparar los detalles de su viaje.

Jueves 29 de enero

El dinero que lleva

El General se ha asegurado el sustento de él y su hija en Europa.
También el dinero para la educación de ella.
El verdadero propósito del viaje no será poner a Merceditas en un colegio, pero una vez allá tendrá que hacerlo; y estará obligado a elegir una boarding school. Él pasará tiempo en diligencias dentro y fuera de Londres. Si la niña no estuviera en un pensionado, ¿con quién se quedaría?
Ayudado por el Congreso del Perú, y por Torre Tagle, San Martín formó hace un tiempo un pequeño capital:
• Al otorgarle el título de Fundador de la Libertad del Perú, el Congreso, inspirándose en la reciente historia de Estados Unidos, dispuso que —"a semejanza de Washington"— se le asignara a San Martín "una pensión vitalicia", cuyo monto pasó a comisión. Esa pensión fue fijada luego en "20.000 duros al año". El duro equivale a una onza de plata. En Perú se lo conoce, también, como peso fuerte o peso San Martín. Fue él quien mandó acuñarlo, hace un par de años.
• El ex-Protector fue designado, también, Generalísimo de los ejércitos del Perú, y esto lo hará acreedor a sueldos, pese a no estar en actividad.
• Antes de emprender este viaje a Europa, él envió aquella carta a Valdivieso, en la cual solicitaba "licencia por tres años" y pedía un adelanto de sus sueldos. Entonces le indicó al Ministro que, para el Gobierno peruano, sería "más fácil" pagarle en Londres, con "fondos que la República tenga en Inglaterra". Por disposición de Torre Tagle, le entregarán allá el equivalente de 15.000 pesos en billetes, descontándolos del empréstito.
• Lleva, además, 6.000 pesos que tiene ahorrados.
El gobierno de Buenos Aires le debe, desde 1819, los sueldos correspondientes a su jerarquía de Capitán General de los Andes, que nunca le fue quitada. No obstante, San Martín no ha hecho reclamación alguna. Rivadavia le habría negado ese dinero y él no quiso entorpecer, sin ventaja, el trámite que más le interesa: la emisión de su pasaporte.
Además, el General espera recibir en Londres algún dinero que sus apoderados le envíen desde Buenos Aires.

Así como le encomendó a Moyano que procurase vender La Chilena, le ha pedido a su cuñado Manuel que haga lo mismo con la casa ubicada en la Plaza de la Victoria. En ambos casos, ha dicho que, si la venta fuera imposible, habría que alquilar y remitirle la renta.
Con eso será suficiente. No quiso arrendar Los Barriales, que conserva para un posible retiro.

Viernes 30 de enero

Cómo sufragar el plan

San Martín siempre pensó que la Revolución necesitaba una base de operaciones en Europa.
A su juicio, el sitio ideal era y es Londres.
No para recibir instrucciones ni otros dineros que no fuesen los levantados, mediante empréstitos, entre los particulares de la City.
En 1817, buscó cierto apoyo de Inglaterra, pero no monetario.
Antes de emprender la expedición al Perú, vino a Buenos Aires y se entrevistó con el Cónsul oficioso Roberto Staples. Aparentó, entonces, interés por los consejos de Londres "sobre el camino a seguir". Luego, sugirió que la Armada Real estacionara "alguna fuerza" en el Pacífico Sur, "aun cuando fuera sobre el principio de la más estricta neutralidad". El General quería evitar que los realistas considerasen a Chile un paria, entregado a una aventura sin destino, en ese mar donde España parecía no tener rival.
Por cierto, a San Martín lo acosaban las necesidades. Sin embargo, dijo a Staples —y así lo informó éste a su Gobierno— que no necesitaba "ni dinero, ni armas ni soldados".
Lo mismo hizo saber al Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de Su Majestad Británica en América del Sur, Comodoro Guillermo Bowles, con quien estaba en relación. En un despacho al Secretario del Almirantazgo, John Wilson Croker, Bowles destacó: San Martín "no solicita asistencia de ninguna naturaleza, ni pecuniaria ni de otra clase".
Desde sus inicios, la campaña libertadora exigió grandes esfuerzos a las Provincias Unidas y a Chile.
En noviembre de 1816, Pueyrredón le escribió esta carta a San Martín:
"Van los 200 sables de repuesto que me pidió. Van las 200 tiendas de campaña, y no hay más. Va el mundo, va el demonio, va la carne. Y yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo […]. En quebranto, me voy yo también, para que usted me dé algo del charqui que le mando, y ¡carajo! no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza".
El erario porteño sufragó gran parte del costo de libertar Chile; pero el sacrificio aseguró que la Revolución fuera criolla.
La expedición al Perú requería esfuerzos aun mayores. Era menester comprar buques y contratar oficiales con experiencia en el combate naval. También se debía contar con reservas a fin de ampliar la flota o reponer los buques que se perdieran, emplear nuevos oficiales o disponer de un sitio para el exilio transitorio, si el curso de la guerra se volvía adverso.
La minería proveyó gran parte de los fondos.
El Gobierno chileno, que había otorgado decenas de concesiones para extraer plata del mineral de Agua Amarga, en el Huasco, cerca de Vallenar, obtenía su buena parte por eso.
Hubo, además, donaciones de mineros patriotas, como Gregorio Aracena, que —perseguido por los realistas— habíase refugiado en Mendoza hacia 1815. Allí trabó gran amistad con el General y en 1817 volvió con éste a Chile. Triunfantes San Martín y O'Higgins, Aracena fue designado Gobernador de Vallenar y Jefe de Secuestros del Huasco, encargado de incautar propiedades realistas.
El metal precioso arrancado a la tierra, y los bienes arrancados a los españoles, permitieron que San Martín le dijera a Staples: "No necesitamos dinero".
Militar educado en Europa, el General no le hacía asco a las alianzas; pero rehusaba la ayuda ajena, pues quería que la Revolución condujera a la independencia y no a una mudanza de amo.
Tras la exitosa expedición al Perú, la base de operaciones en Londres y los recursos siguieron necesitándose, en esa etapa, para combatir la Contrarrevolución realista, asegurar el funcionamiento del nuevo Estado, establecer negociaciones diplomáticas y procurar el

reconocimiento británico.
Hoy, base y fondos se necesitan, en principio, para urgir al Gobierno británico, cuyo reconocimiento de los nuevos Estados es cada vez más imperioso.
Las necesidades serían mucho mayores si Bolívar no lograra imponerse y fuere necesario organizar el retorno de San Martín a América, con el fin de reanudar la lucha.
No obstante, el General ignora cuánto dinero habrá en Londres para costear su plan.

"Le arrancaré el alma"

Se lo presentó Paroissien, en 1816, y bien pronto apreció San Martín las "bellas cualidades" de José Antonio Álvarez Condarco, cartógrafo y fabricante de pólvora. "Créame usted que para mí es un hallazgo", le dijo al propio Paroissien.
Tras asumir como Director del polvorín de Mendoza, Álvarez Condarco vino a Buenos Aires, para discutir con Pueyrredón el número y tipo de armamentos que demandaría la expedición a Chile.
San Martín le encomendó, a continuación, una faena mucho más arriesgada: ir a Santiago como enviado especial, para hacer entrega a Marcó del Pont del Acta de Independencia de las Provincias Unidas en Sud-América.
Marcó del Pont hizo quemar el Acta y dispuso que Álvarez Condarco regresara de inmediato a Mendoza. El enviado de San Martín recibió un pasaporte y una advertencia: Chile no admitiría, en su territorio, ni un solo "insurgente" más.
¿Era necesario dar aviso formal a Marcó del Pont sobre la independencia de las Provincias Unidas? ¿Era necesario que con ese fin Álvarez Condarco corriera un riesgo?
En verdad, el trámite diplomático fue una excusa. El propósito de San Martín era que el cartógrafo hiciese un minucioso estudio de los pasos cordilleranos. Envió a Álvarez Condarco por el paso más largo, el de Los Patos, convencido de que Marcó del Pont lo devolvería por el más directo, como así ocurrió: el Gobernador obligó a que el "insurgente" viniera por Uspallata.
Los detalles de ambos pasos, registrados por Álvarez Condarco, ayudaron a organizar la travesía.
Poco después, San Martín, O'Higgins y Miguel Estanislao Soler cruzaron por Los Patos; Juan Gregorio de Las Heras, que debía transportar la mayor parte de la artillería, lo hizo por Uspallata.
Incorporado al Ejército de los Andes con el grado de Sargento Mayor, Álvarez Condarco tomó parte del cruce, sirvió como edecán de San Martín y peleó con valentía en Chacabuco.
Antes de iniciar esa gloriosa campaña, había sido, en Mendoza, padrino de bautismo de Merceditas: una muestra de la estrecha amistad formada entre él y San Martín.
No fue extraño, pues, que Álvarez Condarco resultara elegido para cumplir una delicada misión en Inglaterra.
La Revolución, observó San Martín, "no puede hacerse sin una fuerza naval que domine el mar Pacífico".
Esa fuerza naval sólo podía conseguirse en Londres, y hacia allá mandó el General a su compadre.
Álvarez Condarco viajó "con 100.000 dólares en efectivo y un poder del Director de Chile para girar sobre el Tesoro" de ese país "hasta cualquier suma que considerase necesaria".
En el lenguaje cifrado que lo caracteriza, el General le hizo saber a Bowles que Álvarez Condarco iba a comprar "máquinas, libros para una biblioteca pública y algunos otros efectos necesarios al Estado de Chile". El único favor que le pidió al Comodoro fue que pusiera al enviado en comunicación "con sus amigos en Londres".
Las "máquinas" y los "libros" que debía conseguir Álvarez Condarco eran, por supuesto, barcos de guerra. Él estaba autorizado, además, para "apalabrar oficiales" británicos, a fin de incorporarlos al servicio naval de Chile.
Alcanzados esos primeros objetivos, tenía que permanecer en Londres, con recursos para atender posibles contingencias.
Girando sobre el Tesoro chileno, Álvarez Condarco adquirió, entre marzo y mayo de 1818, dos fragatas:
• La Windham, de 820 toneladas y 34 cañones, que había sido construida en 1801. La nave zarpó

para Chile con oficiales británicos resueltos a integrar la escuadra, y allá fue rebautizada Lautaro.
• La Cumberland, de 1.200 toneladas y 64 cañones, que en Chile se convirtió en la San Martín.
Ambas fragatas fueron las naves más importantes de la incipiente escuadra libertadora.
No bastaba. Había que prepararse para afrontar a un enemigo poderoso: el Virrey del Perú tenía "nueve buques fuertes". "No es cordura", afirmaba San Martín, "atacar esta cuadrilla con menos de igual número de embarcaciones".
Los dólares que llevó Álvarez Condarco debían servir, llegado el caso, para realizar otras compras y contrataciones; pero él se los jugó casi todos "en operaciones de bolsa". También hizo desaparecer los 30.000 pesos que el General había recibido de Buenos Aires y Santiago. Esos ahorros estaban depositados en la casa "H", de Londres, y Álvarez Condarco los pasó a otro banco, que fue a la quiebra.
San Martín está furioso. Acusa a su compadre de ser un "desagradecido" y promete que le "arrancará el alma".
Desde Mendoza, días antes de venir a Buenos Aires, escribió a Paroissien y a García del Río, pidiéndoles que vieran "lo que se puede salvar". Quería que, al menos, le sacaran a "ese pícaro" 16.000 pesos, necesarios para costearse los "seis meses" (dijo entonces) que pasaría en Inglaterra. Algunas semanas atrás, ya en Buenos Aires, despachó un nuevo mensaje a Paroissien: "Si lo creen necesario, impidan que [Álvarez Condarco] se marche a Francia, pues de esto depende mi bienestar".
San Martín tiene dinero para pasar "seis meses" o asegurar su "bienestar" transitorio. Como las "máquinas" y los "libros para una biblioteca pública", estas expresiones son parte de su típico lenguaje en cifra.
Él se siente "cercado de espías" y teme que, como en Mendoza, su correspondencia sea "abierta con grosería".
La verdadera preocupación del General no es su subsistencia, que está segura, sino el coste de su plan.

Incertidumbre sobre el empréstito

Con ese plan siempre en mente, su otra preocupación es el empréstito.
Dada la confusión que reina hoy en el Perú, es difícil saber si los poderes originales de García del Río y Paroissien todavía serán aceptados como válidos.
La presencia de San Martín en Londres puede robustecer a los enviados, pero no se sabe qué hará el banquero Kinder si, para continuar la Revolución, San Martín y los suyos quisieran emplear los saldos del empréstito.
La City de Londres ha seguido con zozobra los acontecimientos del Perú, y se alarma cuando le llegan rumores sobre la expedición que España estaría armando para recuperar sus colonias americanas.
Si Fernando VII reconquistara esos dominios, los bonos peruanos o colombianos se convertirían en inútiles papeles decorados.

La primera tarea

El General sabe que no hay Revolución sin recursos, y le inquieta que, en cierto sentido, hoy se esté peor que al inicio. No se puede contar con las Provincias Unidas ni con Chile.
Su primera tarea, al llegar a Londres, será reunirse con García del Río y Paroissien, ver qué ha pasado con Álvarez Condarco, conocer las cuentas de la Legación, informarse sobre la situación del empréstito y establecer vínculos directos con la City.

Sábado 31 de enero

Se acerca la fecha

Se va un mes de altas temperaturas.
Durante días, la máxima no bajó de 36 grados a la sombra.
Los viejos porteños aseguran que nunca habían sufrido un calor tan tenaz.
Para San Martín, se va un mes de aprestos e intranquilidades.
Casi a diario, su temple ha sido puesto a prueba. Por la dificultosa relación con Doña Tomasa. O por los arduos coloquios con Rivadavia. O por el tenso encuentro con Lavalle. O por la

ingratitud de los escritores públicos. O por los trámites, aún inconclusos, para lograr el pasaporte.
Ahora le han dicho que en pocos días recibirá el documento. A tiempo para que, el 10 de febrero, se embarque en un buque rumbo a El Havre, su escala antes de llegar a Londres.
Está preparando los baúles en los cuales transportará bártulos, atavíos, libros, documentos y gran cantidad de periódicos.
Lo ayuda un niño llamado Eusebio.

Domingo 1° de febrero

El indiecito y su amo

Eusebio es un indiecito peruano, de unos doce años, que el General puso a su servicio en Lima.
Hace dos años el niño lo acompañó a Guayaquil, donde San Martín se entrevistó con Bolívar.
Cuando regresaron a Lima, el Protector decidió renunciar a su cargo y poco después se embarcó (acompañado por Eusebio) en el bergantín Belgrano, que lo depositó en Chile.
Enfermo, San Martín debió quedarse un tiempo allí, siempre con el muchacho a su lado. Luego, el indiecito cruzó los Andes con su amo, y se instaló junto a él en Los Barriales.
En los viajes, Eusebio carga "el baulito y provisiones de boca".
En la vida cotidiana, le ceba el mate al General, y le acerca los chifles de aguardiente o el cigarro de tabaco negro.
Por dos años se ha encargado de cuidar al perro de aguas —lanudo y nadador— que Bolívar le regaló a San Martín. Un perro bautizado, apropiadamente, Guayaquil.
Ahora, sin Guayaquil, Eusebio acompañará a San Martín en la travesía del Atlántico.

Lunes 2 de febrero

Paquetes de periódicos

En Los Barriales, San Martín pasó un tiempo sin leer periódicos. Le fue "muy bien con este sistema": se eximió de leer falsedades y calumnias que hacían blanco en él.
Desde que llegó a Buenos Aires, en cambio, se ha dedicado a coleccionar todos los papeles públicos que se editan aquí, para llevarlos a Londres.
Los que ha dado a Eusebio, para que los empaque, son: El Argos, El Republicano, El Teatro de la Opinión, El Registrador Oficial y El Avisador.
El indiecito hizo dieciséis paquetes, cada uno rodeado por una faja, en la cual el General ha escrito el nombre de la persona a quien se dirige.
Hay, por cierto, periódicos para García del Río y Paroissien; pero también para otros personajes que necesitan enterarse, de primera fuente, sobre los asuntos de Sud-América.
Si algo revela la intención de San Martín son estos bultos.
Hay paquetes para casas editoras. Uno está dirigido a The Morning Chronicle, de Londres, periódico con el cual sus delegados tienen relación. Otro, va para The Courier, que se publica en el burgo escocés de Dundee.
¿Cómo conoce San Martín The Courier? ¿Por qué está interesado en hacerle llegar papeles públicos de Buenos Aires?
Un mapa puede dar la respuesta: Dundee no está muy lejos de Banff, donde Lord Fife tiene su mansión; y The Courier es uno de los periódicos que circulan en esa parte de Escocia.

Martes 3 de febrero

Traidor o incomprensible

Rivadavia se lo ha creído. Dice que San Martín aún está a la búsqueda de "un príncipe de sangre real" para coronarlo en América; y que no le haría asco a un monarca "de la familia española".
La versión le fue pasada a El Republicano, que en su última edición critica a quienes piensan "traer príncipes de Europa, y de España misma, para que nos dirijan".
Ataca, con ese motivo, a Antón Peluca, el raro periódico que la semana pasada exaltó a San Martín. "Por lo visto vais a tomar la defensa de algunos que se han puesto al frente de esos proyectos", dice. Y advierte: "El pueblo es republicano y enemigo de tales principios".
Sin hacer nombres, El Republicano juzga que los buscadores de príncipes, "si no son traidores, son inicuos e incomprensibles".

Olvida el periódico que la Revolución de Mayo se hizo en nombre de Fernando VII. Que muchos patriotas suspiraron por Carlota Joaquina. Que el Congreso de Tucumán contempló coronar a un inca. Que Rivadavia, delegado de Pueyrredón, discutió en Europa un plan para que el Duque de Orleáns (o el Duque de Luca, sobrino de Fernando VII) se convirtiera en Rey del Plata.
Olvida todo eso, y afirma: "El fin de la revolución, el objeto de esos héroes del Veinticinco, no fue dar reyes a la América".
Hoy San Martín no cree que "dar reyes" sea posible ni conveniente; pero deja que corran las habladurías. Sabe que, si él las respondiese, correrían igual.

Evocando a aquellos matuchos

Un día como hoy, hace once años, se libró el combate de San Lorenzo.
Desde entonces, no pasa un 3 de febrero sin que el General recuerde aquel enfrentamiento.
El año pasado, la efemérides lo sorprendió mientras cruzaba la Cordillera, de regreso a Mendoza.
El Capitán Manuel Olazábal, que había salido a su encuentro, tendrá siempre presente el momento en que vio cómo San Martín se le acercaba:
"El General cabalgaba una hermosa mula zaina, con silla de las llamadas húngaras y, encima, un pellón y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. Un riquísimo guarapón (sombrero de ala grande, de paja de Guayaquil) cubría aquella hermosa cabeza […]. El chamal, poncho chileno, cubría el cuerpo de granito endurecido en el vivac desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones y polainas y guantes amarillos".
También llevará grabado Olazábal que, no bien se apeó de la mula zaina, San Martín lo puso en un aprieto:
—¿Recuerda usted, hijo, este día en 1813?
—No, señor.
—¡Qué diablos! ¿Cómo es que usted se ha olvidado que este día, y a estas horas, los matuchos me tuvieron tan apurado en San Lorenzo? ¡A fe que no lo han de haber olvidado ellos!
—Es cierto, señor, pero yo no tenía presente la fecha de este día.
No era de extrañar que Olazábal tuviera escasa memoria de la fecha. A pesar de haberse alistado en el Regimiento de Granaderos a Caballo el 7 de enero de 1813, su condición de "cadete bisoño" (tenía, entonces, doce años y una semana) le había impedido formar parte de aquella expedición en la cual el Regimiento recibiría su bautismo de fuego. La carrera de Olazábal junto al General comenzó más tarde, con el cruce de la Cordillera y los combates en Chile.
Sin embargo, a San Martín se le hacía imposible aceptar el olvido de aquel acontecimiento que él ha evocado, hoy, una vez más.

Miércoles 4 de febrero

Alvear también

En el puerto desembarcan el equipaje de Parish, un pariente de los hermanos Robertson, a quien Canning ha encargado representar, con el título de Cónsul General, los intereses del comercio británico en Buenos Aires.
A juicio de Rivadavia, esta designación, así como el empréstito del que se hará cargo la Baring Brothers, supone el reconocimiento de la independencia.
Para hacerlo aun más cierto, el mes próximo un enviado de Rivadavia irá a Inglaterra e intentará hablar con el propio Canning. Es nada menos que Alvear, quien pasará por Londres antes de dirigirse a Washington, a iniciar su actividad diplomática.
Rivadavia quiere solicitar la mediación de Canning para evitar que el conflicto con Brasil —por la ocupación de la Banda Oriental, que ya lleva tres años— derive en una guerra que, advertirá Alvear, sería perjudicial para el interés comercial de Inglaterra en el Plata.
Sin embargo, no hay forma de conciliar posiciones: el Imperio no está dispuesto a resignar ese territorio, al cual rebautizó Provincia Cisplatina, y Buenos Aires no acepta otra cosa que la restitución.
En realidad, Rivadavia no pretende una mediación sino el apoyo de Inglaterra.
El viaje de Alvear tendrá, además, el objeto de neutralizar las acciones de San Martín en Londres. El enviado hará saber que el General no puede hablar en nombre de Chile o de Perú,

países que “ha abandonado”. Tampoco en nombre de las Provincias Unidas, donde “no quiso ser hombre público”.
Alvear, en cambio, ostentará su condición de antiguo Director Supremo y actual representante del gobierno de Buenos Aires.
San Martín cree que Rivadavia no conoce la posición de Canning. Él, en cambio, la sabe bien: en octubre de 1822, el Secretario inglés discutió sobre el reconocimiento con García del Río y Paroissien.
Inglaterra protegerá a sus comerciantes en América, pero no admitirá que ellos definan la política exterior del país. Como ya lo ha demostrado, Londres puede consentir que la City acuerde empréstitos a las ex-colonias, e incluso designar cónsules que atiendan intereses comerciales en Buenos Aires, México o Colombia. Pero no acepta que se lo fuerce a un reconocimiento explícito: acto reservado al Foreign Office, que es la Secretaría de Asuntos Exteriores del Gabinete británico.
Si el reconocimiento se hiciera a destiempo, podría causar un desagradable conflicto con España.
Canning querría reconocer la independencia sud-americana; pero, a su juicio, la política exterior no puede subordinarse a simpatías e impulsos. Sostiene que, como Secretario de Asuntos Exteriores, él debe medir cada uno de sus pasos, procurando que no dañen las relaciones de Inglaterra con el resto de Europa.
Sobre Canning habrá que influir de otro modo.
En el Parlamento, los miembros que representan a los comerciantes presionan para que Inglaterra reconozca ya mismo a los nuevos Estados. Aspiran a obtener de ellos algunas prerrogativas, que les permitan aumentar el tráfico mercantil.
Los debates parlamentarios, a la vez, encuentran eco en la prensa y pueden incidir sobre la opinión pública.
Aquello que los ingleses lean en sus periódicos puede hacer que se forme un clamor por el reconocimiento. Esto es más necesario hoy que dos años atrás, cuando San Martín dispuso que García del Río y Paroissien se establecieran en Londres.
En esa época, el Secretario de Asuntos Exteriores era Lord Castlereagh, más inclinado a reconocer la independencia sud-americana. Sin embargo, ya entonces, San Martín ordenó a sus delegados que entablaran relaciones no circunscriptas a comerciantes y parlamentarios. Les dijo que debían hablar con editores y escritores públicos.

Jueves 5 de febrero

Emperador del Perú

San Martín espera que García del Río y Paroissien aún sean vistos como representantes “ante las potencias europeas”.
Ése es el título que, a fines de 1821, les dio el Consejo de Estado del Perú, a instancias del propio San Martín.
La Junta Gubernativa que sucedió al Protector declaró “insubsistentes” los poderes; pero García del Río y Paroissien comunicaron el año pasado a Lima que “permanecerán en Europa” para velar “por los intereses del Perú”, “hasta que se presente en Londres persona con poder”.
Según las últimas cartas que San Martín recibió de Londres, nadie se había presentado, y los dos delegados se movían en los medios políticos y financieros sin que se cuestionara su representación.

Ataque al sistema constitucional

En un aspecto, el mandato que llevaron García del Río y Paroissien ya no tiene vigencia para el propio San Martín.
Hace dos años, “por si acaso dejo de existir o dejo este empleo”, él resolvió “mandar a García del Río y a Paroissien a negociar no sólo el reconocimiento de la Independencia de este país” sino “las bases del gobierno futuro que debe regir”.
El General creía que “para conservar el interior del Perú” y adquirir “respetabilidad exterior” hacía falta “un gobierno vigoroso” y la “alianza o protección de una de las potencias de primer orden de Europa”.

Las potencias que se presentaban “bajo un carácter más atractivo” eran, a su juicio, “la Gran Bretaña y la Rusia”.
Gran Bretaña, “por su poder marítimo, sus créditos y vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones”.
Rusia, “por su importancia política y poderío”.
El 24 de diciembre el Consejo de Estado comisionó a Paroissien y García del Río para que contratasen un empréstito.
Era el fragmento público de una misión que incluía aspectos secretos.
Tan secretos que las instrucciones del Consejo fueron redactadas en clave, reemplazando las letras por números de esta forma:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L
4	8	12	16	20	24	28	32	36	40	44	48

M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	X	Z
1.4	1.5	1.6	1.7	1.8	1.9	2.0	2.1	2.3	2.2	2.4	2.5

Paroissien, conforme esa clave, se escribía:
1.7 4 1.9 1.6 36 2.0 2.0 36 20 1.5
Cifrado en las instrucciones se hallaba el mandato de pactar el establecimiento de una “monarquía limitada” en el Perú.
A ese efecto, los enviados debían ofrecer a un noble europeo —de acuerdo con el orden de preferencias establecido en las propias instrucciones— el título de Emperador, bajo estas tres “precisas condiciones”:
a) Que abrazase “la religión católica”.
b) Que viniese a América con, a lo sumo, una guardia de hasta “trescientos hombres”.
c) Que “al tiempo de su recibimiento” jurase “la Constitución que le diesen los representantes de la nación [peruana]”.
El orden de preferencias era éste:
1. “Explorar como corresponde y aceptar” que “el Príncipe de Sussex-Cobourg” [sic] pasara a “coronarse Emperador del Perú”.
2. En su defecto, aceptar a un príncipe “de las dinastías reinantes de la Gran Bretaña”, dando “preferencia al Duque de Sussex”.
3. “Si lo anterior no tuviese efecto”, admitir “alguna de las ramas colaterales de Alemania, con tal que ésta estuviese sostenida por el gobierno británico; o uno de los príncipes de la Casa de Austria con las mismas condiciones y requisitos”.
4. En caso de encontrar “obstáculos insuperables” por parte del gobierno británico, dirigirse “al Emperador de la Rusia como el único poder que puede rivalizar con Inglaterra” y “aceptar un príncipe de aquella dinastía, o algún otro a quien el Emperador asegurase su protección”.
5. “En defecto de un príncipe de la Casa de Brunswik, Austria o Rusia”, acceder a que fuese “alguno de la Francia o Portugal”.
6. “En último recurso”, admitir, de la Casa de España, al Duque de Luca, pero éste no podría “en ningún caso venir acompañado de la menor fuerza armada”, ni siquiera de esa guardia de hasta 300 hombres que podía consentirse a los otros.

Las bases de San Martín

A entender de San Martín, para que Europa se viera obligada a reconocer la independencia, el Perú debía tener un monarca europeo. No obstante, partidario del régimen “monárquico constitucional”, él exigía que el candidato se sometiera a la Constitución peruana.
Era una Constitución todavía no sancionada, pero de la cual existía un bosquejo: el Estatuto Provisional que el propio San Martín redactara el 8 de octubre de 1821, diciendo que allí quedaban “puestas las bases” para el futuro sistema de gobierno.
El General opinaba que nada debía hacerse contra la voluntad del pueblo. Él mismo había esperado, antes de declarar la independencia, que los habitantes de Lima manifestasen “su

voluntad decidida", por medio de "personas visibles, así como por el voto y aclamación general del público" en el Cabildo.
Asumió luego el Poder Directivo, cuyas atribuciones, "sin ser las mismas", eran la del Poder Legislativo y del Ejecutivo; pero el Estatuto anticipaba que esta fusión sólo sería lícita mientras existieran "enemigos en el país".
Dispuso que, aun en estado de guerra, el Poder Directivo no podía asumir "funciones judiciarias" porque la existencia de jueces independientes "es la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo".
Adelantó, por último, que las "nociones del gobierno" deberían ser formadas, en su momento, por "el pueblo mismo".
Era la anticipación de un sistema que la Santa Alianza no vacilaría en llamar "representativo".

Todo ha cambiado

Hoy sería imposible hallar el monarca europeo que buscaba San Martín.
A decir verdad, lo fue casi desde el mismo momento en que García del Río y Paroissien se establecieron en Inglaterra.
En el Congreso de Verona —que comenzó dos meses después de arribar los delegados a Londres—, "los soberanos de Europa" se obligaron a "emplear todos sus medios y unir todos sus esfuerzos para destruir el sistema de gobierno representativo de cualquier Estado de Europa donde exista, y para evitar que se introduzca en los Estados donde no se conoce".
Como primera tarea, las partes confiaron "a la Francia" el "cargo de destruir" el liberalismo en la Península. Firmaron el acuerdo Rusia, Prusia, Austria y la propia Francia.
El Duque de Wellington —vencedor de Napoleón en Waterloo— representaba a Inglaterra, pero no estuvo presente cuando se aprobó tal "cargo", que suponía invadir España y restaurar el absolutismo. Sin embargo, Londres nada hizo para evitar esa restauración.
Aun cuando San Martín siguiera siendo el Protector del Perú, ¿adónde irían sus hombres a buscar la cabeza de una monarquía constitucional, sujeta a normas liberales?
¿A Inglaterra, que no se anima siquiera a reconocer la independencia de estos países?
¿A Rusia o Austria, abanderadas del absolutismo?
¿Al diminuto Ducado de Brunswick, cuyo Duque Carlos, menor de edad, se encuentra bajo tutoría inglesa?
¿A Francia, que mandó los Cien Mil Hijos de San Luis a devolverle el poder absoluto a Fernando VII?
¿A Portugal, cuyo Rey se niega a reconocer la independencia de Brasil, declarada por su propio hijo?
¿A España, que era la opción última en la época liberal, y ahora se halla bajo una ominosa monarquía "por derecho divino"?
Europa nada tiene que ver, hoy, con la de 1821.
Perú tampoco. Su disyuntiva, ahora, es ésta: si Bolívar cae derrotado, los realistas volverán al poder y los patriotas deberán reemprender la Revolución; si Bolívar triunfa, no habrá monarquía constitucional sino dictadura.

Reanudar la lucha

Si de buscar un noble se tratara, la tarea sería sencilla para San Martín. Tiene las llaves de puertas que sus delegados no podrían abrir.
Lord Fife puede ponerlo en relación con la familia de Jorge IV, y presentarle a duques y condes.
San Martín, sin embargo, no está en busca de un monarca.
Hoy no se puede pensar en la forma "ideal de gobierno". Hay que dedicarse a salvar la libertad del Perú.
Él tendrá que hacer mucho, pero la tarea más ambiciosa será, tal vez, armar una fuerza naval. La necesitará para volver al Perú, si Bolívar no puede con los realistas.

Viernes 6 de febrero

Retirada en desorden

Ha llegado del Janeiro el periódico A Estrela Brasileira, con noticias que, no se sabe cómo,

llegaron del Perú al Brasil.
Según esa fuente, Bolívar —sintiéndose, se presume, en situación de inferioridad— hizo "propuestas de paz" a Canterac, quien las rechazó.
Luego hubo una batalla "que terminó en completa victoria de los realistas", tras lo cual Bolívar emprendió "una retirada en desorden", rumbo a Trujillo.
A Estrela también dice que en Buenos Aires luchan dos partidos: "uno despótico militar", cuyo "jefe oculto es el general San Martín"; y otro "civil constitucional" que dirige "el Ministro Rivadavia".
A San Martín no le preocupa esta especulación. Le inquieta, sí, lo que se dice sobre el Perú. De ser fidedignas, las noticias de A Estrella confirmarían sus temores y justificarían su prisa por llegar a Londres, a poner en marcha el plan.
Una carta, recibida por un comerciante inglés, dice que "Canterac marchaba sobre Lima con más de cuatro mil hombres, y la consternación dominaba los ánimos de todos sus habitantes".

Sábado 7 de febrero

Le entregan el pasaporte

San Martín recibe el pasaporte que ha esperado pacientemente:
El Gobierno de Buenos Ayres.
Por cuanto pasa á Inglaterra el Ecsmo. Sor. D.n José de San Martin General de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, Cap.n General de los Egercitos de Chile, fundador de la libertad del Perú.
Por tanto el Gob.no ordena á cuantos dependan de su jurisdicción, y ruega y encarga á las autoridades de otras jurisdicciones, no le opongan embarazo alguno, y antes por el contrario le presten los aucsilios que necesitase y excsigiese en su transito.
Para este efecto se le ecspide el presente pasaporte, que serbirá tambien para su comitiva, firmado y sellado en Buenos Ayres á siete de Febrero de mil ocho cientos veinte y cuatro.

Bernar.no Rivadavia

Junto con el pasaporte, viene esta nota de Rivadavia:
"Buenos Aires, 7 de febrero de 1824. El Gobierno Delegado pasa a manos del Señor General Don José de San Martín el pasaporte que ha solicitado para sí y su comitiva en su transporte a Europa. Él queda haciendo los más fervorosos votos porque este viaje sea tan feliz en la ida como en el regreso a su patria. Bernardino Rivadavia".

Domingo 8 de febrero

Un buque mercante

El navío espera en la rada exterior.
Tiene siete años. En sus orígenes era una gabarra militar, de 300 toneladas, con ocho cañones. Luego, la gabarra fue transformada en este barco mercante, que transporta hasta 2331/3 toneladas de carga a través del Atlántico.
Le Bayonnais es, según el General José de San Martín, "un buen buque".
Junto con su carga, lleva uno que otro pasajero. Tiene, para ese fin, doce camarotes.
Esta semana zarpará rumbo a Europa, llevando a "St. Martin, Jozé (ex-Général), sa fille et leur domestique" y otros dos viajeros.
Así lo ha asentado, en el libro de a bordo, el Capitán Coutard.
El destino será El Havre, en el norte de Francia, puerto donde tiene su base Le Bayonnais. Allí, San Martín, su hija y Eusebio transbordarán a un buque inglés que los cruzará a Southampton, en la costa opuesta del Canal de la Mancha; o English Channel, como le llaman los ingleses.
Desde Southampton proseguirán por tierra a Londres.
No parece prudente que el Fundador de la Libertad del Perú viaje en un buque de bandera francesa y se detenga, siquiera unas horas, en El Havre. En el reino de Luis XVIII, él ha de ser visto, por fuerza, como un enemigo.
San Martín no imagina problemas. Confía en haber engañado a todos cuando, año y medio atrás, proclamó al abandonar Lima: "He dejado de ser un hombre público".
Por otra parte, Le Bayonnais sale ya, y él no puede esperar otro buque. A fines de abril llegará,

en su viaje inaugural, el paquebot Countess of Chichester, que unirá Buenos Aires con Falmouth, Inglaterra, transportando pasajeros y correspondencia. Pero, teniendo en cuenta la misión que San Martín cumplirá en Londres, más de dos meses sería, acaso, una demora excesiva.
Le Bayonnais no es un paquebot y, habiendo aceptado viajar en buque mercante, el General podría haber optado por uno que, en vez de la bandera francesa, hiciera ondear la Union Jack.
Él siente, sin embargo, una urgencia difícil de explicar.

Lunes 9 de febrero

Cueros, plumas y pieles

Ha comenzado la carga de Le Bayonnais.
En este viaje llevará, del Río de la Plata para desembarcar en El Havre:
• 10.039 cueros.
• 2 fardos de plumas de ñandú.
• 1 cajón de piel de chinchilla.
Los cueros de Sud-América son apreciados por los franceses.
Las plumas de ñandú —aunque menos estimadas que las del avestruz africano y del emú de Australia— las quieren para vestidos y sombreros.
La piel de chinchilla, densa como ninguna, los atrae por su sorprendente suavidad.
San Martín está familiarizado con estos animales.
Los ñandúes vagan por Cuyo.
La chinchilla (cuyo nombre, de origen quechua, significa pequeño [animal] valiente y silencioso) forma colonias que pueblan, hasta muy alto, la cordillera de los Andes.

Martes 10 de febrero

Porteños sin puerto

Una carreta de grandes ruedas, tirada por dos caballos, entra al río con San Martín, Merceditas y Eusebio.
Al llegar a cierta profundidad, los pasajeros pasan a un bote que los lleva hasta Le Bayonnais.
Mientras tanto, las mercaderías llegan al buque en chalandras.
Buenos Aires no tiene muelle.
Tenía uno, de piedra, pero fue destrozado por una tormenta, hace ya más de tres años. Rivadavia mandó a demoler lo poco que quedaba en pie y con los escombros, más canto rodado traído de Montevideo, renovar el empredado en la calle de la Florida.

Vendavales y navegación

Amén de echar abajo el embarcadero, aquella tormenta, que duró tres días, se llevó 60 barcazas.
La Sudestada es un vendaval que llega por las tardes, levantando tierra y, a menudo, arrasando lo que encuentra. Suele traer lluvias y dejar inundaciones.
No es mejor el Pampero, originario del oeste, que empuja al río hacia adentro. Cuando sopla, la rada exterior puede bajar a 8 pies, y la interior a 5. En ocasiones, un Pampero deja los bancos de arena al descubierto, y hay gente que pasea a caballo sobre ellos.
De cualquier modo, no hacen falta los vientos para entorpecer el anclaje de buques mayores. Con tiempo calmo, la rada exterior tiene apenas 18 pies, y la interior 8. Si la marea es alta, pueden llegar a 25 y 13; pero, aun así, muchos capitanes prefieren no acercarse: temen a las rocas que bordean la costa y al cementerio de escoria que infinitos naufragios formaron bajo las aguas.
La navegación por el río tampoco es fácil. Los marinos dicen que el Plata es “el infierno del navegante”.
El Gobierno ha hecho colocar boyas en los bancos Chico y Ortiz, y tiene varios pilotos a sueldo que guían a las embarcaciones por las radas.
No obstante, hay que llegar a estas radas. No existen cartas de navegación, salvo unas que trazó el Comodoro Peter Heywood, del buque británico Nercus, que no son perfectas pero valen más que nada.
En Londres, The Times publicó hace dos años una guía elemental, donde se lee: “Después de pasar Punta Atalaya, por ningún motivo se acercará un buque a 6 millas de la costa”. El periódico hizo recomendaciones sobre cómo proceder a Ensenada, Punta Lara y la rada exterior

de Buenos Aires.

Muelle nuevo

Rivadavia pretende despejar el lecho del río, profundizar los canales de acceso y construir un muelle nuevo.

Con ese propósito, hace dos años trajo de Inglaterra a un ingeniero hidráulico, Santiago Bevans, y de Francia, a un ingeniero militar, conocido por todos como Monsieur Catelin. Pero Bevans juzgó que Buenos Aires no era un puerto natural. Aconsejó construir un desembarcadero en la Ensenada de Barragán y hacer un camino que lo uniera con la ciudad.

A Rivadavia no le atrajo la idea de un puerto distante, y menos aun el costo estimado por Bevans. Postergado el proyecto, Catelin está empeñado ahora en extraer agua en la Recoleta, por medio de un pozo artesiano: la idea de la cual se ha burlado el General.

El Coronel Juan O'Brien, guerrero de la Independencia, que fue edecán de San Martín, se ha ofrecido a traer obreros irlandeses para levantar el puerto. Propuso, además, un método para sufragar los gastos: "un pequeño impuesto a la navegación". El gobierno desechó la iniciativa por temor a que esto afectara al comercio.

Ahora Rivadavia se ilusiona con que el empréstito pague la construcción de un gran puerto.

En tanto, las balandras de Mr. Cope —un comerciante inglés que ha hecho fortuna con este negocio— seguirán transportando la carga a los barcos. Y los pasajeros no podrán abordar si no le pagan 8 pesos y 4 reales a algún botero, como el que acaba de llevar a San Martín hasta Le Bayonnais.

Miércoles 11 de febrero

Zarpa el barco

Le Bayonnais ya está en viaje.

Hoy zarpó de Buenos Aires y mañana estará en Montevideo, ciudad que provoca en San Martín una rara melancolía.

En 1783, su padre, el Capitán Juan de San Martín y Gómez, fue desplazado del cargo de Teniente Gobernador del Pueblo Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú.

El Inspector Militar del Virreinato, Antonio Olaguer y Feliú, lo había incluido en una lista de "excedencia". Luego de treinta y seis años de servicio no era fácil, para Don Juan, concebir otro modo de vida.

Se dirigió entonces a Montevideo, con la esperanza de encontrar allí un empleo decoroso.

Aprovechando una visita del Virrey Juan José Vértiz a la ciudad, le acercó una nota, ofreciéndose para dar "instrucción militar a los indios". La respuesta del Virrey fue decepcionante: "Si ocurriese motivo, se tendrá presente el deseo que manifiesta".

Don Juan obtuvo, entonces, permiso para volver a España.

Regresó, desde la misma Montevideo, en la fragata Santa Balbina. Se embarcó con su esposa, Doña Gregoria, y sus hijos: María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José Francisco. Este último volvió a ver la ciudad, desde el río, cuarenta años después.

En 1812 él venía de Londres a Buenos Aires, para iniciar su campaña, y la George Canning recaló allí para descargar mercancías.

Fue una breve parada, como la que hará ahora Le Bayonnais.

Memorias de la travesía

Bailén: la medalla que no lo abandona.

No puede quedar inconclusa

Este solemne mar en forma de S impidió, durante siglos, que los europeos conocieran la existencia de América.

Cuando, finalizando la Edad Media, el Nuevo Mundo ya no pudo conservar su escondite, América se volvió española, portuguesa e inglesa.

Hoy, tiene poco de su pasado precolombino; pero tampoco es ese apéndice de Europa que imaginaron los conquistadores.

Forma un ramillete de países nuevos, integrado por criollos, europeos afincados, indígenas, mestizos y, en ciertos casos, africanos libertos.

En los doce años transcurridos desde que San Martín surcó este mar, de Londres a Buenos Aires,

el mapa del sub-continente fue transmutado.
El mismo San Martín forzó a que las Provincias Unidas declarasen su independencia, tras lo cual hizo con O'Higgins la libertad de Chile y fundó por sí solo la del Perú.
Bolívar, de su parte, libertó a Venezuela y a Colombia.
Sucre y los granaderos de San Martín lo hicieron con Quito y Guayaquil, unidas luego a la Gran Colombia.
Paraguay se proclamó República, aunque esté hoy bajo una dictadura.
La Banda Oriental rompió los lazos con España y, derrotado el artiguismo en Tacuarembó, es hoy parte del Brasil.
En México, José María Morelos fue ejecutado, pero en 1821 el último Virrey español, Juan D'Onojú, debió rendirse ante Iturbide y firmar el Acta de Independencia del Imperio Mexicano.
Todo pasó en estos doce años.
El largo viaje de Buenos Aires a Londres hace que San Martín recapitule esta intensa historia, así como su propia aventura en SudAmérica.
Su primer encuentro con los matuchos, en San Lorenzo.
Su abrazo, en Yatasto, con Belgrano, un hombre "lleno de integridad y talento natural, que no tendrá los conocimientos de un Moreau o un Bonaparte en punto a milicia", pero es de lo mejor "que tenemos en América del Sur".
El épico cruce de los Andes, esa masa montañosa que recorre el Occidente de Sud-América, y en cuyas estribaciones, como Bolívar, se batió por la independencia.
Sus dos grandes batallas en América, Chacabuco y Maipú.
La sorpresa de Cancha Rayada, donde sus 8.000 hombres fueron vencidos por los 5.000 realistas de Mariano Osorio.
La expedición al Perú y la odiosa relación con Cochrane.
La emocionante entrada en la Ciudad de los Reyes.
La glacial reunión de Guayaquil.
Penurias. Días de gloria. Desencantos.
En el Perú lo fatigó que se lo llamara "tirano" y se presumiera que codiciaba ser "Rey, Emperador y hasta demonio".
En Chile lo ofendió que se lo acusara de haber "robado", junto con O'Higgins, "a troche y moche".
En su propio país, las Provincias Unidas, tierra a la que confiesa "amar" pese a todo, le dolió ser "tratado como un Ecce Homo" y "saludado con los honorables dictados de ambicioso, tirano y ladrón".
A menudo, a lo largo de estos años, ha querido huir a algún sitio lejano y "olvidar que existen hombres".
Sin embargo, hoy dice que "doce años de Revolución" le han "curtido de tal modo" que "nada" le hace "impresión".
Sabe, además, que la obra no puede quedar inconclusa.

Vidas novelescas

Para llevar adelante su plan en Londres, San Martín confía en los dos embajadores que envió a Inglaterra un par de años atrás.
Son hombres de su entera confianza, están identificados con la causa de la Revolución, conocen el carácter de los ingleses (uno de ellos es inglés, él mismo) y hablan ese endemoniado idioma.
Los dos han tenido vidas distintas pero, ambas, impregnadas de fantasía.
Paroissien
Nació, treinta y nueve años atrás, en Barking, un paraje ubicado en las afueras de Londres.
Lo bautizaron James, nombre derivado del hebreo Ya'akov, una de cuyas variantes en castellano es Diego, el apelativo que le pusieron en el Río de la Plata.
Lleva, por cierto, un apellido francés. Es que desciende de una familia protestante de Normandía.
Hace 139 años, Luis XIV puso fin a la libertad de cultos y mandó a aniquilar las herejías. Los atroces dragons se lanzaron entonces a perseguir hugonotes, como llamaban en Francia a todos

quienes se habían apartado de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Los antepasados de Paroissien, seguidores de Calvino, buscaron refugio en Inglaterra. Su descendencia perdería todo vínculo con Francia.
James dejó truncos sus estudios de química y, aunque tampoco completó los de medicina, avanzó más en ellos; a tal punto que, a los veintidós años, hacía prácticas en hospitales.
Fue entonces cuando, leyendo un periódico, se sintió atraído por un anuncio del Board of Trade: fuerzas británicas habían ocupado la ciudad de Buenos Aires, en Sud-América, y establecido allí gobierno en nombre de Su Majestad.
El nuevo dominio requería colonos británicos, y James corrió a inscribirse. Poco después se embarcó rumbo al Río de la Plata.
Estaba llegando cuando otro buque de igual bandera se acercó con la noticia: Buenos Aires ya no pertenecía a Inglaterra. Los españoles la habían reconquistado el 12 de agosto del año anterior.
En cambio, el Reino Unido estaba en posesión de una ciudad ubicada sobre la otra orilla del río. Era Montevideo, capturada pocos días antes por el Brigadier General Samuel Auchmuty.
Paroissien descendió allí el 28 de febrero de 1807. Semanas más tarde, comenzó a formarse en esa ciudad un gran ejército que intentaría recobrar Buenos Aires.
Auchmuty contaba con el remanente de la fuerza que había conquistado Montevideo. Whitelocke llegó, al frente de un numeroso ejército, dispuesto a comandar la operación. T. J. Backhouse arribó de Ciudad del Cabo con una "fuerza de tareas". Por último, entró Craufurd, a quien inicialmente se le había encargado la ocupación de Chile y Perú.
Se armó así un ejército de 11.000 efectivos. Con la protección de una flota comandada por Charles Stirling (23 naves de guerra con más de 650 cañones), Whitelocke se lanzó a recuperar Buenos Aires.
Paroissien, enrolado como cirujano asistente de aquel ejército, habría querido integrar la fuerza invasora; pero se le ordenó permanecer con la guarnición de 2.000 hombres que tendría a su cargo la custodia de Montevideo.
El 7 de julio de 1807, en la plaza de toros de Buenos Aires, Whitelocke firmó su rendición. El acuerdo estipulaba, en su artículo 2: "Las tropas de Su Majestad Británica conservarán durante el tiempo de dos meses, contados desde el día de la fecha, la Fortaleza y Plaza de Montevideo".
Allí estaba Paroissien. Allí estaban, también, Beresford y un criollo que lo había ayudado a huir cuando —fracasada la primera invasión inglesa— el invasor era trasladado de Buenos Aires a Catamarca.
El criollo era Saturnino Rodríguez Peña, y había dejado en libertad a Beresford en complicidad con Manuel Aniceto Padilla, representante de Miranda en el Río de la Plata.
Desde Montevideo, Beresford partió pronto a Londres. Rodríguez Peña y Paroissien, en cambio, se embarcaron rumbo al Janeiro, donde estaba ensamblándose una estación de la Armada Real británica.
Comandante en Jefe de la estación era el Almirante Sidney Smith, quien dos meses antes había llegado con la familia real portuguesa, trasladada por los ingleses para protegerla de Napoleón.
En el Janeiro estaba la Reina, María la Loca —desquiciada desde 1799— con su hijo Don Juan, el Príncipe Regente, y la esposa de éste, Carlota Joaquina.
Carlota, hermana de Fernando VII, era Princesa de Portugal e Infanta de España; y, según las malas lenguas, amante de Smith.
El 19 de mayo de 1808, Rodríguez Peña y Paroissien se reunieron con el almirante inglés, quien los recibió —según palabras de Paroissien— "como un hermano recibe a otro".
Rodríguez Peña le hizo saber que prominentes criollos alentaban la idea de tener a Carlota en Buenos Aires, ungida como "Regenta", mientras durase el cautiverio de Fernando.
Citó en favor del propósito a Manuel Belgrano, Antonio Luis Beruti, Juan José Castelli (primo de Belgrano), Mariano Moreno, Juan José Paso, Cornelio Saavedra, Hipólito Vieytes y su hermano Nicolás Rodríguez Peña. Don Juan no estuvo de acuerdo, pero Carlota sí. A fines de septiembre de aquel año le anunció a su marido que se trasladaría a Buenos Aires, acompañada o precedida por Smith y la flota británica.

Paroissien debía cumplir, antes, una importante misión. A ruego de Carlota y del Almirante, se embarcó el 5 de noviembre rumbo a Buenos Aires. Según las instrucciones recibidas, tenía que trabar relación con los partidarios de la Princesa y preparar el terreno para la llegada de ella.
En el mismo buque viajaba un comerciante español que portaba una carta de Carlota al Virrey del Río de la Plata, el francés Jacques Antoine Marie de Liniers et Bremond (llamado Santiago de Liniers por los porteños), vencedor de Beresford.
Carlota le advertía al Virrey que Paroissien era un "subversivo".
La intriga era obra del secretario de la Princesa, José Presas y Marull, un catalán que Rodríguez Peña había presentado a Sir Sidney, y éste recomendado a Carlota. Presas hizo que la Infanta recelase tanto de Rodríguez Peña como de Paroissien, a quienes este tejedor de insidias acusaba de ser "dobles agentes" que, tras su aparente lealtad a los Borbones, ocultaban un peligroso "republicanismo".
El comerciante español no esperó a que el barco llegara a Buenos Aires. En Montevideo se adelantó y denunció a Paroissien ante las autoridades locales.
El inglés fue arrestado y sometido a interrogatorio, en presencia del mismísimo Francisco Javier de Elío, Virrey designado por la Junta de Cádiz y no reconocido por Buenos Aires. El resultado del interrogatorio fue que, sin mucho fundamento, Paroissien fue enviado a prisión.
Sobrevino, entonces, un cambio político. Como Liniers y Elío estaban enfrentados, España optó por reemplazarlos a ambos: la Junta Suprema Central designó, como nuevo virrey, a Baltasar Hidalgo de Cisneros; y como nuevo Gobernador de Montevideo, a Vicente Nieto.
Una vez instalado, Cisneros requirió que le enviasen a Paroissien. En Buenos Aires se acusó al inglés de "alta traición" y se decidió, en principio, deportarlo a España para que allá se lo juzgara.
Su defensor —aquel Castelli que, según lo dicho por Rodríguez Peña a Sir Sidney, auspiciaba la regencia de Carlota— logró suspender la deportación, pero no pudo sacar a Paroissien de la cárcel. Le abrió las puertas Moreno, 17 días después de la Revolución de Mayo: el 11 de junio de 1810.
Tres días más tarde, el propio Moreno le encomendó a Castelli una misión trascendente.
La Junta Superior Provisional Gubernativa había resuelto formar un ejército, cuya primera tarea sería sofocar la contrarrevolución que encabezaba Liniers en Córdoba. Como Secretario de Guerra, Moreno eligió para esa tarea a Castelli, porque lo sabía de sangre fría.
Castelli atrapó a Liniers y, cumpliendo una orden del propio Moreno, lo hizo fusilar sin juicio previo.
El Ejército Auxiliar del Perú o del Norte, como se lo llamó, emprendió entonces una marcha hacia el noroeste, dispuesto a afianzar la autoridad de la Junta en la mayor parte del territorio.
La dirección política la tenía Castelli, quien llevó a Nicolás Rodríguez Peña como secretario, a Monteagudo como auditor y a Paroissien como médico jefe.
El inglés asistió a la victoria de Suipacha, entró en Potosí y, ya convertido en asistente de un oficial, tuvo su bautismo de fuego en el desastre de Huaqui, por el cual fue removido Castelli.
Tras la derrota, Paroissien se trasladó a Chuquisaca, donde Juan Martín de Pueyrredón presidía la Audiencia.
Ambos hombres se conocían del Janeiro, adonde Pueyrredón había concurrido con cartas de porteños que clamaban por la regencia de Carlota.
Enterado Pueyrredón de lo ocurrido en Huaqui, dispuso la retirada hacia Jujuy. Primero, subió de Chuquisaca (a 9.000 pies de altitud) hasta Potosí (a 13.500). Allá arriba estaba la Ceca, donde el jefe revolucionario se incautó de toda la plata, acuñada y sin acuñar, y la hizo bajar a lomo de mula hasta Salta (3.800 pies).
Fueron 45 los hombres que descendieron, por esos abruptos paisajes, con las monedas y los vellones que rebosaban las alforjas. Uno de ellos fue Paroissien.
El inglés contribuyó así a formar un erario para la Revolución.
Se quedó luego en el norte, asistiendo a Pueyrredón en la reorganización del ejército que pronto, bajo la conducción de Belgrano, defendería Salta y Jujuy, e intentaría recuperar el Alto Perú.

Sirvió en ese ejército hasta 1812, cuando fue destinado a Córdoba. Allí asumió como director de la fábrica de pólvora que, siendo gobernador-intendente de esa provincia, Pueyrredón había instalado un par de años antes.
El propio Pueyrredón lo hizo promover a teniente de artillería y logró que la Asamblea del año XIII le otorgase la ciudadanía de las Provincias Unidas. Fue el primer extranjero naturalizado.
Estando Paroissien en Córdoba, llegaron San Martín y Guido. Venían del norte.
Guido, Secretario de la Intendencia de Chuquisaca, había tenido que abandonar el Alto Perú tras las derrotas de los patriotas en Vilcapugio y Ayohuma.
San Martín, nombrado al frente del Ejército del Norte tras aquellas derrotas, había dejado el mando pretextando una enfermedad.
Ambos hombres se habían encontrado en Tucumán y de allí habían bajado a Córdoba. El propósito de San Martín era establecerse en Cuyo para iniciar desde allí el Plan Continental.
Fue en Córdoba donde el inglés entabló amistad con San Martín, quien permaneció varias semanas en la provincia y aplaudió los avances de la fábrica de pólvora: le atribuía gran importancia, con vistas a su plan.
Cuando el General partió rumbo a Mendoza, Paroissien habría querido acompañarlo; pero debió quedarse en Córdoba, para no abandonar la fabricación de explosivos.
Permaneció allí hasta 1815, cuando su fábrica explotó.
Acaso la calamidad fue, siquiera en parte, responsabilidad del propio Paroissien: habiendo dejado sus estudios por la mitad, él era sólo la mitad de un químico.
De médico tenía un poco más; y de aventurero, todo.
En 1816 consiguió del Director Supremo (que era Pueyrredón) un nombramiento: Cirujano Jefe del Ejército de los Andes.
El puesto le garantía trato continuo con el General. La salud de éste ha sido siempre endeble.
Su “tremenda enfermedad del pecho”, como él la llama, suele dejarlo sin aire.
La expulsión de sangre por la boca (“hematemesis”, dicen los médicos) le paraliza y alarma a quienes lo rodean. Nunca se supo si obedece a una úlcera, a lesiones recibidas en la Península, o a ambas cosas.
Eso que los chilenos denominan “chavalongo” le produce accesos de fiebre.
Sus “cólicos nerviosos”, cuando se presentan, lo aturden por un momento.
La gota le entorpece, cada tanto, la articulación de la muñeca derecha.
El opio le calma algunos dolores, pero se le ha hecho vicio.
En ocasiones, ni el opio ni otros remedios le dan resuello.
Durante el Cruce de los Andes, hubo tramos en los cuales debió ser transportado en camilla.
Al cuidado de este enfermo crónico estuvo Paroissien durante toda la gesta emancipadora.
No obstante, el inglés no se limitó a examinar y recetar.
Peleó en Chacabuco (como ayudante de campo del General Soler) y también en Maipú; estuvo en Cancha Rayada y, luego de esa sorpresa, curó al herido O’Higgins. En 1820 se embarcó en la expedición al Perú como edecán de San Martín.
Llegó como Coronel a Lima y allí fue ascendido a Brigadier General.
San Martín, “con la idea de hacer hereditario el amor a la gloria”, creó la Orden del Sol, con “ciertas prerrogativas que son transmisibles a los próximos descendientes”. Después de “derogar los derechos hereditarios” provenientes de los tiempos de “nuestra humillación”, el General creyó “justo subrogarlos con otros que, sin herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo a los que se interesan en ella”.
La Orden se otorgaba en tres grados: Fundador, reservada a “los guerreros libertadores”; Benemérito, para personalidades insignes; y Asociado, para quienes hubieran prestado servicios extraordinarios al Perú.
Muchos criticaron la creación de la Orden por entender que con ella se establecía una “nobleza republicana”.
Uno de los “nobles” fue Paroissien.
El 16 de diciembre de 1821, en solemne ceremonia, San Martín colgó sobre su pecho la insignia

de la Orden, en grado de Fundador. Era un sol de oro, con doce rayos apareados y en el centro un botón que, en esmalte blanco y rojo, decía: “El Perú a sus Libertadores”.
Paroissien no fue el único inglés galardonado como Libertador. También hubo soles para Miller, Guise y Roberto Foster.
Entre los criollos, uno de los condecorados fue García del Río.
El 5 de enero de 1822, Paroissien y García del Río partieron para Europa. Iban a la búsqueda de aquel Emperador y aquel empréstito que San Martín quería.
Se detuvieron en Santiago y Buenos Aires, pasaron dos semanas esperando un buque en el Janeiro y, el 4 de julio, iniciaron la travesía del Atlántico.
Mientras ellos cruzaban el océano, ocurría algo que no habrían podido imaginar, ni Paroissien ni García del Río: San Martín iba a Guayaquil a pedir al apoyo de Bolívar para concluir la guerra de la independencia, pero estos dos grandes hombres no llegaban a un acuerdo y San Martín tomaba la decisión de dejar el Perú.
Cuando los enviados llegaron a Falmouth, el 29 de agosto, hacía cuatro días que San Martín había anunciado en Lima su decisión de “abandonar la vida pública”, convocar un Congreso y alejarse del país.
La noticia tardaría algunas semanas en llegar a Inglaterra y, desde su arribo, dejaría sin efecto la búsqueda del monarca constitucional.
Guayaquil no sólo había impedido el rápido triunfo de las armas sino desbaratado una gestión que debía asegurar el reconocimiento de la independencia del Perú, la “respetabilidad exterior” y una alianza poderosa.
Hoy, con el Perú anárquico, la suerte de Bolívar incierta, el liberalismo acorralado en España y la Santa Alianza deseosa de imponer —también en América— la monarquía absoluta, la situación es distinta de aquella que existía un año y medio atrás, cuando Paroissien regresó a su tierra.

García del Río

Nació hace cuarenta años, en Cartagena de Indias, frente al Caribe, en lo que fue el Virreinato de la Nueva Granada y hoy es la República de Colombia.
Su padre era un comerciante gaditano, residente en América, que en 1802 lo llevó a educarse en España.
Ya mozo, García del Río atendía en Cádiz la tienda de su tío Ildefonso. Allí conoció a San Martín y a otros americanos, bastante mayores que él, concentrados en esa ciudad, el bastión de la resistencia a la invasión francesa.
En 1811, Cartagena hizo algo que no había hecho ningún virreinato, capitanía o ciudad: se despojó de la máscara de Fernando VII y proclamó su “independencia absoluta” respecto de la Península.
El padre de García del Río, un manifiesto enemigo de la Revolución, se rebeló contra la osada Junta de Gobierno cartagenera y terminó refugiado en Santa Marta, que era un baluarte realista.
Una vez allí, le escribió a su hijo para que regresase a América y se reuniera en Santa Marta con él.
Así fue que, sin brío alguno, García del Río volvió a Nueva Granada en 1812.
Pocos meses después, al despuntar 1813, su padre murió. “Libre para manifestar mis sentimientos, reprimidos por el respeto a la opinión paterna”, confiesa él, “abracé con entusiasmo la justa causa de la emancipación americana”.
Nombrado secretario de la Legación Granadina en Londres, García del Río fue a Inglaterra para secundar a otro cartagenero, José María del Real, cuya misión era lograr que se reconociera la independencia de Nueva Granada.
Él mismo ha contado la pasión que entonces le despertó Inglaterra:
“Júzguese de la impresión que produciría en un joven de veinte años, pero amante del estudio y de las cosas serias, el aspecto de aquella magnífica capital de Inglaterra, que es a la vez la Babilonia, la Tiro, y la Roma de los tiempos modernos; y el sesgo que daría a mis ideas la introducción en una sociedad cuya aristocracia es tan ilustrada y tan caballerosa; cuya vida doméstica es tan pura en la clase media; donde entra el corazón en todo lo que se hace como en

todo lo que se dice. Júzguese de lo que influiría en la formación de mi carácter el examen de las instituciones de esa pequeña isla [...] de aquella constitución, noble monumento de sabiduría, bajo cuyo influjo la filosofía, la poesía y todas las artes y ciencias útiles habían llegado a más alto grado que en ninguna otra comunidad de aquel imperio".
Mientras tanto, su Cartagena natal se transformaba en "la ciudad heroica" de la cual habló Bolívar. En 1815 debió resistir, hasta lo indecible, el asedio de Pablo Morillo.
Este oficial español —que había participado, como San Martín, en las batallas de San Vicente y Bailén— fue elegido por Fernando VII para comandar una "expedición pacificadora" que llegó al Caribe con 65 buques y 15.000 hombres, resuelta a recuperar Venezuela y Nueva Granada.
Morillo sitió durante tres meses a esa ciudad "absolutamente independiente". No cejó hasta que, muerto un tercio de la población por el hambre, las epidemias o el fuego "pacificador", un día (en el que habían ocurrido 300 decesos) los habitantes ya no tuvieron fuerzas para resistir.
Tras hacerse de Cartagena, Morillo dominó Nueva Granada y, después, Venezuela.
Hizo fusilar, en 1816, a patriotas como Camilo Torres Tenorio, que era (él sí) un pacificador.
El enviado de Fernando VII escatimó la clemencia. Cuando se le pidió que la tuviera para el esclarecido científico Francisco José de Caldas, respondió "España no necesita de sabios", y apresuró la ejecución.
Al llegar estas noticias a Londres, García del Río resolvió no volver a Nueva Granada.
Desgarrado, escribió un opúsculo conmovedor (Sitio de Cartagena) y en 1818 aceptó una oferta de Antonio José de Irisarri para trasladarse a Santiago.
Guatemalteco, Irisarri había sido fugaz Director Supremo de Chile y pronto volvería a dicho país como Ministro de O'Higgins. Al igual que éste, era enemigo de José Miguel Carrera, caudillo de la Patria Vieja.
Aquel período de independencia (1810-1814) acabó con el Desastre de Rancagua, tras el cual varios patriotas huyeron a las Provincias Unidas. Carrera lo hizo con sus hermanos Juan José y Luis. Su lugarteniente Manuel Rodríguez quedó en Chile, librando una guerra de guerrillas.
San Martín acogió a O'Higgins en Mendoza, desde donde ambos intentaron y lograron la reconquista de Chile.
Cuando O'Higgins asumió en 1817 como Director Supremo, Rodríguez se esforzó por destituirlo y enviarlo a la cárcel junto a San Martín. Se conjuró para ello con los Carrera, que operaban desde las Provincias Unidas.
Los conjurados pagaron con sus vidas. Juan José y Luis, así como más tarde José Miguel, fueron fusilados en Mendoza. Rodríguez cayó asesinado en Chile.
Según los carreristas, O'Higgins y San Martín tienen, desde entonces, las manos ensangrentadas. Esto sulfura al General: las ejecuciones —jura— fueron abominables excesos de oficiales subalternos.
En todo caso, Irisarri fue, en 1818, una adecuada carta de presentación para García del Río ante el Gobierno de O'Higgins.
El cartagenero, para entonces, más que un hombre de letras, se había vuelto un diestro diplomático, y trabado relación con gobiernos que le importaban a Chile; así como le importarían, llegado el caso, al Perú independiente.
En Londres había formado amistad con venezolanos muy allegados a Bolívar: Andrés Bello y Luis López Méndez.
La situación del Río de la Plata, a la vez, le era familiar, luego de haber tratado con Belgrano y Rivadavia. También con el excéntrico Manuel de Sarratea, quien persuadió a los anteriores de las bondades de un plan que fracasó antes de empezar. Consistía en dirigirse a Carlos IV —desterrado en Italia por Fernando VII, temeroso de que su padre le disputara el trono— y proponerle la coronación de su hijo menor, Francisco de Paula de Borbón, como soberano de un Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile, a establecer en Buenos Aires.
Sus relaciones y experiencia en Londres, así como la confianza de Irisarri, convirtieron a García del Río en Subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile.
Los menesteres protocolares no le absorbieron todo el tiempo. También se entregó en Santiago a

sus tareas de publicista. Fundó y dirigió dos periódicos, El Sol de Chile, en 1818, y El Telégrafo, en 1819, que fueron simientes de cultura y divulgadores de las ideas o acciones del gobierno.
Integrante del círculo íntimo de O'Higgins y San Martín, hizo amistad en Santiago con Paroissien.
Llegado el momento, integró, como el inglés, la expedición al Perú, pero en su caso como miembro del Estado Mayor y, junto con Monteagudo, consejero político del General.
Al tiempo que Bolívar vengaba a Cartagena, derrotando a Morillo y entrando a Santa Fe de Bogotá, este cartagenero avanzaba, junto a San Martín, hacia la conquista de Lima.
Corría el año 1820.
Virrey del Perú era entonces Joaquín de la Pezuela, el jefe militar que había derrotado a Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma, y a Rondeau en SipeSipe, arrebatando así el Alto Perú a las Provincias Unidas.
El 11 de septiembre de 1820, apenas desembarcadas las tropas libertadoras en Paracas y establecidas en Pisco, el Virrey libró un oficio a San Martín.
El General no salía de su asombro: Pezuela le proponía negociar la paz. Era una oferta que él no habría esperado tan pronto.
Consultó con García del Río quien, apenas pisado el Perú, ya era un protagonista de la liberación.
En respuesta al Virrey, San Martín se manifestó "deseoso" de "prestarse" a todo cuanto condujera "a la conclusión de la guerra"; pero puso una condición: no debían contradecirse "los principios" fijados por "los gobiernos libres de América".
Esa hábil redacción equivalía a decir que el ejército invasor sólo estaba dispuesto a pactar una rendición honorable.
La negociación tuvo lugar en una casa de campo sita en Miraflores, cerca de Lima, y duró cinco días: del 26 de septiembre al 1o de octubre.
Quienes se encontraron no fueron el General y el Virrey sino los delegados de uno y otro.
Los de San Martín, el propio García del Río y Guido. Los de Pezuela, el Conde del Villar de Fuente, Coronel del Ejército; y Dionisio Capaz, Teniente de Navío.
También Hipólito Unanue. El Virrey lo envió como secretario de las deliberaciones, porque dijo que esa función requería "una persona de acreditada probidad y luces". Unanue era un catedrático que había sido Cosmógrafo Mayor y Protomédico General del Virreinato.
Las deliberaciones no exigieron consultar a los astros ni a Esculapio, el dios de la Medicina. Habría hecho falta, en cambio, un espíritu de avenencia que ninguna de las partes tenía.
Sólo se pusieron de acuerdo en un armisticio que debía durar ocho días. Acto seguido, los realistas instaron a los patriotas a "adoptar y jurar la Constitución" española de 1812, como lo había hecho Fernando VII, y los patriotas, a su vez, demandaron que España reconociese al Perú como un Estado independiente.
Tras cinco días de ociosas discusiones, los hombres de Pezuela exigieron que el ejército revolucionario volviera a Chile, y los de San Martín dijeron que, "habiendo llenado ya cuanto sus instrucciones les permitían", regresarían en consulta a Pisco.
El General y el Virrey testimoniaron, días más tarde, su fingida sorpresa por el desenlace de las negociaciones.
San Martín le escribió a Pezuela: "Nunca esperé" que el resultado de las conversaciones "fuese tan diametralmente opuesto a mis más sinceros deseos"; y advirtió que, siendo "imposible conciliar las ideas" del Virrey "con las intenciones de América en general, las del gobierno de Chile y las de las Provincias Unidas", el destino de esos pueblos debía quedar "librado al éxito de las armas".
Pezuela se quejó, ante Fernando VII, de la "maldad e hipocresía" de los "enemigos del orden", y se aventuró a decir, respecto de San Martín y los suyos: "Tal vez no tienen país a que regresar; quizá Chile los despidió de su seno a la manera que se extraen las víboras emponzoñadas, sin oprimirlas, para evitar su mortal picadura". Era por eso, conjeturaba el Virrey, que los revolucionarios no prestaban oído a sus "proposiciones"; sólo escuchaban "el eco de su

desesperación”.
Desesperación fue, en verdad, la de los realistas.
San Martín reembarcó sus tropas, las hizo descender en la bahía de Huacho y estableció su cuartel general en la vecina ciudad de Huaura, 40 leguas al norte de Lima.
Al enterarse del desembarco, el huachano Manuel Salazar y Vicuña le envió de regalo el caballo blanco que San Martín montaría hasta el momento de dejar el Perú. Le ofreció, además, la hacienda Cañaveral de El Ingenio y todas sus posesiones, que incluían varias decenas de esclavos.
Durante siete meses despachó desde El Ingenio, convertida en sede de su gobierno provisional. García del Río, que hacía las veces de Secretario de Gobierno, redactaba y rubricaba decretos que eran suscritos por el General.
Lo primero fue establecer un Reglamento Provisional para fijar el modo en que se administraría el territorio bajo la protección del Ejército Libertador: Trujillo, Tarma, Huaraz y Huaura. El reglamento, promulgado el 8 de octubre, dispuso que esos departamentos quedarían bajo el mando de un Presidente, quien tendría incluso el derecho de patronato. Las “leyes, ordenanzas y reglamentos” que no estuvieran “en oposición con los principios de libertad e independencia”, seguirían vigentes.
Luego de organizar la porción del Perú que ya era libre, era preciso dotar al país naciente de un pabellón.
La proposición de Miller era una bandera azul marino —porque del mar había llegado la Revolución— y un sol en el centro. San Martín, ante quien las parihuanas volaran acrobáticamente durante un sueño, apenas desembarcado él en Paracas, sugirió que la bandera del Perú tuviese los colores rojo y blanco de esas aves que habían participado en semejante salutación onírica. García del Río agregó que el blanco estaba en la enseña de las Provincias Unidas, y el rojo en la de Chile, de modo que la combinación celebraba a los dos países que habían concurrido a libertar el Perú.
El 21 de octubre fue creada por fin la bandera. La formaban cuatro triángulos equiláteros —blancos el superior y el inferior, encarnados los laterales— y en el centro había un escudo, abrazado por laureles, que ocultaba parte de los triángulos para mostrar la Cordillera, el mar y el sol refulgente.
El decreto lo firmaron San Martín y García del Río. El cartagenero era ya el coautor del mayor símbolo patrio del Perú.
La bandera fue mandada a bordar, para ser enarbolada en la ceremonia que el General planeaba y realizó el 27 de noviembre. Desde un balcón mudéjar tallado en cedro —típico de la arquitectura colonial peruana— proclamó ese día la independencia del Perú y agitó la bandera rojiblanca.
García del Río no se cansaba de decir que el ejército patriota había venido “a atacar con 3.700 hombres [en verdad, eran más de 4.100] un país defendido por más de 20.000 y por el hábito de obedecer”. Tal acto de “arrojo” tenía una sola explicación: “San Martín contaba con otro ejército, que era el de la opinión pública”.
La prisa del Virrey por negociar fue, según García del Río, prueba de que también Pezuela sabía que muchos peruanos adherirían al ejército llegado de Chile.
Tanto invasores como invadidos fueron incapaces de imaginar la magnitud de esa adhesión: los pueblos proclamaban espontáneamente su libertad, y hasta hubo deserciones en las filas del ejército realista.
Torre Tagle, Gobernador de Trujillo, anunció su desacato al Virrey tan pronto como San Martín desembarcó en las costas peruanas.
Actos como el de Salazar y Vicuña, el dueño de El Ingenio, mostraban que gran parte de los pobladores habían estado aguardando el momento de la independencia.
El bravo Regimiento Numancia —haciendo poco honor a la empecinada población celtíbera celebrada por Cervantes en El Cerco de Numancia— se rindió sin necesidad de ser asediado, y se plegó a las fuerzas del General.
Donde los patriotas encontraban resistencia, daban combate y ganaban, desde escaramuzas hasta

lo que García del Río llamó “la memorable jornada de Pasco”, por la batalla que ganó Arenales.
Los oficiales realistas que mantenían incólume su lealtad a España, observaban que el Virrey era tan incapaz de ganar la paz como la guerra.
A tres meses de la malograda negociación de Miraflores, un motín, encabezado por los generales La Serna y Canterac, forzó la renuncia de Pezuela. La Serna fue, entonces, ungido Virrey. Mientras tanto, Arenales se batía con los españoles en las sierras, Miller los perseguía por la costa y Cochrane los hostigaba desde el mar.
El 25 de marzo de 1821 llegó a Huaura un enviado de Fernando VII. O de las autoridades constitucionales de España, que gobernaban a nombre del Rey.
Era el capitán Manuel Abreu y venía a negociar con San Martín. Éste lo recibió junto con García del Río y le anticipó que estaba dispuesto a entablar conversaciones con el Virrey.
Después de conferenciar cumplidamente con el General, Abreu pasó a la capital, donde hizo conocer a La Serna las instrucciones que traía de Madrid: buscar, a como diera lugar, la paz con los revolucionarios.
El Virrey designó como sus representantes al propio Abreu, Manuel del Llano y Mariano Galdina. Los de San Martín eran García del Río, Guido y José Ignacio de la Rosa.
La reunión de los representantes se realizó en la hacienda de Punchauca, cerca de Lima, a principios del mes de mayo; pero el avenimiento no fue posible porque los americanos expresaron que no podían iniciar negociación alguna sino sobre la base de la independencia.
Se acordó, sin embargo, otro armisticio y una entrevista personal de ambos jefes, San Martín y La Serna, que se inició en la misma hacienda, prosiguió en Miraflores y concluyó a bordo de la fragata Cleopatra.
El General, según García del Río, “peroró con elegante simplicidad”, y concluyó exponiendo la oferta que ambos habían discutido:
1. Que se proclamase de común acuerdo la Independencia del Perú.
2. Que se formase una regencia o gobierno provisorio, compuesto de personas de ambas partes que mereciesen la confianza pública.
3. Que se nombrasen enviados por una y otra parte que pasaran a la Península a expresar a Su Majestad el Estado del Perú y los poderosos motivos que habían llevado a tomar aquella determinación.
Para evitar “toda causa de disgusto y de recelo”, San Martín insinuó que él mismo podría integrar la delegación a Madrid.
Durante las conversaciones llegó a mencionarse, también, que la regencia o gobierno provisorio podría tener por máxima autoridad a La Serna, y que una vez reconocida la independencia del Perú, el país se organizaría como una monarquía constitucional, regida por su propia ley pero teniendo como Rey a un príncipe de la Casa real de España.
El brigadier Andrés García Camba le advirtió al Virrey que la proposición de San Martín era una “verdadera zalagarda” y, al igual que otros jefes realistas, le rogó que no se dejara engañar.
Aquel oficial no estaba lejos de la verdad. Los colaboradores más estrechos del General, entre los cuales estaba García del Río, no dudaban que San Martín “conocía a fondo la política” de Madrid y estaba, por lo tanto, “bien persuadido” de que el gobierno español “no aprobaría jamás ese tratado”. Su “principal objeto” era que La Serna reconociera la independencia porque, aun cuando Madrid rechazase luego el resto del plan, sería muy difícil para la Corona deshacer tal reconocimiento.
La Serna advirtió que estaba en una trampa. El Rey, a través de su enviado, le había ordenado negociar con San Martín y éste le había hecho una proposición que tenía la apariencia de ser muy generosa. Aceptarla, no obstante, suponía admitir que el Perú ya no le pertenecía a España. Se le ofrecía presidir una regencia, pero la oferta se la hacían los patriotas. San Martín aparentaba disposición para ir a Madrid, pero eso significaba que el jefe de los revolucionarios se presentaría a la Corte de Fernando VII, avalado por el propio Virrey. Las invitaciones de San Martín, detrás de las cuales estaba el talento diplomático de García del Río, situaron a La Serna frente a una encrucijada. Optó, entonces, por rehusar todo acuerdo, disponer una retirada

estratégica y concentrar fuerzas. El 6 de julio, sin esperar a que concluyera el armisticio, abandonó Lima con 6.000 hombres y fue a refugiarse en el Real Felipe, la fortaleza del Callao. Más tarde se uniría con Canterac, quien tras el fracaso de Punchauca había marchado con el grueso del ejército realista a La Sierra, escabrosa región rodeada de picos andinos.
San Martín, a su vez, entró a la Ciudad de los Reyes, y el sábado 28 de julio, en la Plaza de Armas, juró la independencia ante 16.000 almas.
Alzando la bandera que él mismo había instituido, gritó: "El Perú es, desde este momento, libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos, y por la justicia de su causa, que Dios defiende. ¡Viva la Libertad! ¡Viva el Perú!".
De inmediato, se dio a la tarea de integrar su gobierno.
"La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Nueva Granada, Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata" le había "hecho conocer" los males que ocasionaba "la convocación intempestiva de congresos, cuando aún subsistían enemigos". Persuadido de que "primero es asegurar la independencia", y luego establecer las instituciones sólidamente, decidió asumir el poder pleno:
El 3 de agosto emitió este decreto:
1. Quedan unidos desde hoy en mi persona el mando supremo político y militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de Protector.
2. El Ministerio de Estado y Relaciones Exteriores está encargado a Don Juan García del Río, Secretario del despacho.
3. El de la Guerra y Marina, al Teniente Coronel Don Bernardo Monteagudo, auditor de guerra del Ejército y Marina, Secretario del despacho.
4. El de Hacienda, al doctor Don Hipólito de Unanue, Secretario del despacho. 5. Todas las órdenes y comunicaciones oficiales serán firmadas por el respectivo Secretario del despacho y rubricadas por mí, y las comunicaciones que se me dirijan vendrán por medio del Ministerio a que correspondan.
6. Con la posible brevedad se formarán los reglamentos necesarios para el mejor sistema de administración y el mejor servicio público.
7. El actual decreto sólo tendrá fuerza y vigor hasta tanto se reúnan los Representantes de la nación peruana y determinen sobre su forma y modo de gobierno.
Unanue era el mismo que, habiendo sido Cosmógrafo Mayor y Protomédico General, fuera elegido por Pezuela como secretario de las frustradas negociaciones en Miraflores.
San Martín conocía a muy pocos notables en el Perú, y no quería que el suyo fuera visto como un gobierno de ocupación.
A la vez, García del Río tenía, desde la fugaz negociación de Miraflores, buen concepto de Unanue. Sabía que este hombre de sesenta y cinco años había convivido, más que comulgado, con los virreyes. Sin haber llegado a manifestarse por la independencia política, hacía tres décadas que defendía la existencia de una identidad nacional que tarde o temprano debía conducir a la autonomía. El primer número de su periódico Mercurio Peruano, publicado a partir de 1791, lo había encabezado el ariqueño con un artículo titulado "Idea General del Perú", en el cual anticipaba: "El principal objeto de este periódico es hacer más conocido el País que habitamos".
En tal país, Unanue había bregado por la educación popular.
Su formación era poco común. Luego de estudiar latín, gramática y filosofía en el Seminario de San Toribio, había dejado los estudios teológicos para graduarse de médico en la Universidad de San Marcos. Se quejaba, sin embargo, del elitismo que tenía la educación en el Perú, y pugnó por fundar, en un hospital, una nueva escuela de medicina, abierta a gran número de estudiantes. Acudió a los virreyes (y aun a Fernando VII) hasta que logró establecer el Colegio de San Fernando, donde los estudiantes aprendían —además de anatomía, fisiología y cirugía— materias que iban desde las matemáticas hasta la física.
Esto no podía sino seducir a García del Río, quejoso del oscurantismo colonial, que había hecho de la educación "un velo impenetrable", con el cual se ocultaba al pueblo en general "los idiomas

extranjeros, la química, la historia de la naturaleza y la mecánica general del universo", así como las ideas capaces de iluminar "las relaciones que ligan al hombre en sociedad y a las sociedades entre sí".
San Martín comenzó a gobernar, junto a García del Río y los otros dos ministros, haciendo las veces de comandante, presidente y legislador.
El Estatuto Provisional, dado el 8 de octubre "para el mejor régimen de los departamentos libres, ínterin se establece la Constitución permanente del Estado", proveyó a una organización algo más acabada del poder.
Por dicho Estatuto se creó un cuerpo consultivo, el Consejo de Estado, al que San Martín y García del Río concedían gran importancia.
Ambos hombres creían difícil "conservar el interior del Perú" y adquirir "respetabilidad exterior" sin el reconocimiento y protección de alguna potencia. Más aún si, en los "departamentos libres" se actuaba como un ejército ocupante, rompiendo tradiciones y alejando a personalidades que, habiendo sido parte del régimen colonial, se avenían a la nueva situación.
Fue por eso que, con el subterfugio de llamar "títulos del Perú" a los que habían sido de Castilla, incorporó algunos "marqueses" y "condes" al Consejo de Estado. Éste quedó compuesto así:
• Los tres Ministros de Estado, el neogranadino García del Río, el tucumano Monteagudo y el ariqueño Unanue.
• El Presidente de la Alta Cámara de Justicia, el neogranadino Francisco Javier Moreno y Escandón.
• El General en Jefe del Ejército unido, el salteño Rudecindo Alvarado.
• El Jefe del Estado Mayor General del Perú, el porteño Las Heras.
• El Gobernador Militar y Político de Lima, el limeño Riva Agüero.
• El Teniente General Conde de Valle-Oselle, Marqués de Montemira, un octogenario limeño al cual La Serna confió el poder al abandonar la capital, y que terminó pidiendo la protección de San Martín.
• El Deán de esta Santa Iglesia, el neogranadino Francisco Javier de Echagüe.
• El Inspector General de los Cuerpos Cívicos y Comandante General de la Legión Peruana de la Guardia, el limeño Marqués de Torre Tagle.
• El Conde de la Vega del Ren, limeño que en 1814 se había rebelado sin éxito contra la autoridad virreinal.
• El Conde de la Torre-Velarde, también limeño.
En los cuatro meses que ejerció García del Río su ministerio, impulsó la creación de la Biblioteca Nacional del Perú y editó La Biblioteca Colombiana. Quiso, también, sumar a la bandera otro símbolo. Le propuso, entonces, a San Martín que llamara a un concurso para escoger himno.
Fueron siete las composiciones presentadas y, el día establecido, se las ejecutó todas en presencia del Protector.
Al finalizar la que tenía música de José Bernardo Alcedo y letra de José de la Torre Ugarte ("Somos libres, séamoslo siempre"), San Martín se puso de pie y, sin permitir que otro diera su opinión, exclamó: "Sin disputa, éste es el Himno Nacional del Perú".
No faltaron quienes objetaran la segunda estrofa de la canción:
"Por doquier San Martín inflamado,
Libertad, libertad, pronunció,
y meciendo su base los Andes
lo anunciaron, también a una voz".
Se decía que mostraba, de parte del Protector, una excesiva complacencia consigo mismo.
No obstante, el himno se ha impuesto y es el que aún entonan los peruanos.
Amén de promover la cultura, García del Río compartió con San Martín otros empeños.
El más notable consistió en hacer justicia a los aborígenes.
Fue él quien redactó el decreto que, rubricado por San Martín, borró las diferencias entre criollos e indígenas:

“Después que la razón y la justicia han recobrado sus derechos en el Perú, sería un crimen consentir que los aborígenes permaneciesen sumidos en la degradación moral a que los tenía reducido el Gobierno Español, y continuasen pagando la vergonzosa exacción, que con el nombre de tributo, fue impuesta por la tiranía como signo de señorío. Por lo tanto declaro:
1. Consecuente con la solemne promesa que hice en una de mis proclamas del 8 de setiembre [del año anterior, 1820, antes de desembarcar en Pisco], queda abolido el impuesto que, bajo la denominación de tributo, se satisfacía al Gobierno Español.
2. Ninguna autoridad podrá cobrar ya las cantidades que se adeuden por los pagos que debían haberse hecho hasta fines del año último, correspondientes a los tercios vencidos del tributo.
3. Los comisionados para la recaudación de aquel impuesto deberán rendir las cuentas de lo percibido hasta esta fecha al Presidente de su respectivo Departamento.
4. En adelante no se denominarán los aborígenes, indios o naturales; ellos son hijos y ciudadanos del Perú, y con el nombre de Peruanos deben ser conocidos”.

Dado en Lima á 27 de agosto de 1821.
José de San Martín
Juan García del Río

Fundador de la Orden del Perú, ex-Ministro y uno de los primeros patriotas en ejercer genuino poder en la antigua tierra de los Incas, García del Río partió hace dos años en aquella misión a Londres, en busca de fondos y del monarca que ayudara a formar un Perú independiente y fuerte.
Ahora, aquella ilusión está agrietada. Es necesario repararla, y García del Río volverá a ser importante para San Martín.
Su imaginación política y sus dotes diplomáticas serán puestas, en Europa, al servicio del actual proyecto, el cual consiste en auxiliar a esa Revolución que, dos años y medio atrás, parecía avanzar a paso firme hacia su triunfo definitivo.

El traidor

En la Península se juzga duramente a aquellos americanos que —tras formar parte del ejército español— pasaron a luchar contra España en América.
San Martín es, luego de Miranda, el más prominente de los “traidores”.
La lista la integran otros revolucionarios como Carrera y Alvear.
Todos ellos saben, porque lo experimentaron en la misma España, que se viven tiempos de situaciones cambiantes, y que las lealtades también lo son.
Antes de su pasaje a América, San Martín debió seguir, como soldado, los vaivenes de la inconstante política exterior española:
Con Inglaterra, contra Francia. En 1793, España declaró la guerra a Francia, a raíz del descabezamiento de Luis XVI, primo de Carlos IV. Inglaterra (como Austria y Prusia) fue aliada de España. San Martín debió luchar entonces contra la Revolución Francesa, en nombre de los Borbones y al lado de los ingleses. Lo hizo en Banyulssur-Mer, Port Vendrés, Saint Elme y Collioure. La guerra concluyó en 1795 con la firma de la Paz de Basilea.
Con Francia, contra Inglaterra. Por el Tratado de San Ildefonso, en 1796, España y Francia se comprometieron a luchar contra Gran Bretaña, cuya flota era una amenaza para los buques españoles en sus viajes a y desde América. Carlos IV declaró, en consecuencia, la guerra a Inglaterra. San Martín, que hasta el año anterior había luchado contra los franceses, tuvo que tenerlos de su lado, en una guerra dirigida a proteger el monopolio comercial de España en sus colonias. La guerra, que dañó más de lo que favoreció al comercio español, duró hasta la firma de la Paz de Amiens, en 1802.
Con Napoleón contra Inglaterra y Portugal. En 1800, España celebró un acuerdo con Napoleón: a cambio de Luisiana, en América del Norte, Bonaparte crearía una colonia española en Italia. Ambas partes decidieron luchar juntas contra Inglaterra y contra el aliado de ésta, Portugal. San Martín integró parte de una fuerza que invadió Portugal en 1801. La paz luso-española llegó pronto, con el Tratado de Badajoz; pero la lucha contra Inglaterra, que pareció terminar con la Paz de Amiens, se reanudó en 1803: los términos de aquella paz habían sido violados. Napoleón se preparó entonces a invadir Inglaterra, con la ayuda de España; pero en 1805 las flotas

francesas y española fueron aniquiladas por los británicos de Horacio Nelson en la batalla de Trafalgar, frente a Cádiz.
Con Napoleón contra Portugal. Tras el desastre de Trafalgar, Napoleón ensayó una estrategia diferente para doblegar a Inglaterra: decretó el "bloqueo continental". Ningún aliado de Francia, o país conquistado por las fuerzas francesas, podía comerciar con el Reino Unido. Sólo se resistió Portugal, que seguía abasteciendo a Inglaterra. Fue entonces que Francia y España firmaron el tratado de Fontainebleau, en 1807, para invadir Portugal y repartirse su territorio.
Con Inglaterra y Portugal contra Napoleón. Napoleón pretextó, en 1808, que para llegar a Portugal sus fuerzas debían atravesar España. Lo que hizo el Emperador, en verdad, fue mandar a su cuñado, el Mariscal Joaquín Murat, a ocupar (más que trasponer) el territorio español. Luego, Napoleón coronó a su hermano José como Rey de España e Indias. San Martín debió luchar ahora contra los franceses, y se destacó en la célebre batalla de Bailén. Ésta provocó la evacuación de Portugal y una retirada del invasor; pero enseguida llegó Napoleón en persona, con su Gran Ejército de 250.000 hombres, para retomar la ofensiva y entrar en Madrid. La defensa de España y Portugal estuvo a cargo de Arturo Wellesley, el futuro Duque de Wellington. En el sitio de Badajoz, San Martín sirvió a las órdenes del General Beresford, el mismo que dos años antes había invadido Buenos Aires.
Ésta era la situación en 1811: España e Inglaterra peleaban juntas contra Napoleón.
Los españoles peninsulares confiaron a Wellington el comando de la lucha en España.
Los españoles americanos, con ayuda de los ingleses, se trasladaron a América, que el Emperador creía propiedad de su hermano José, para resistir las posibles incursiones napoleónicas en el Nuevo Mundo.
No hubo traición.
Una vez en América, aquellos españoles americanos debieron hacerse cargo de dolores y decepciones de pueblos huérfanos, que habían sido relegados por la Corona y eran desdeñados por la Suprema Junta Central o el Consejo de Regencia.
Hay dos documentos sin los cuales es difícil comprender la Revolución americana y advertir por qué hombres como San Martín pusieron sus vidas al servicio de ella.
Uno de tales documentos pertenece a Torres Tenorio. El otro, a Bolívar.

Memorial de agravios

Torres Tenorio fue, entre 1814 y 1816, Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada.
En 1819 los realistas lo fusilaron, hicieron descuartizar su cadáver y exhibieron la cabeza en la punta de una lanza.
Diez años antes, Torres Tenorio había escrito, a solicitud del Cabildo de Santa Fe, un conmovedor ruego a la Suprema Junta Central, que ejercía el poder del Estado por ausencia de Fernando VII.
Estos son algunos de sus párrafos:
• Torres alude al "feliz momento" en que Santa Fe de Bogotá recibió la noticia de la "augusta instalación" de la Suprema Junta Central, "en representación de nuestro muy amado soberano, el señor Don Fernando VII".
• "Sin detenerse un solo instante en investigaciones", dice, el Ayuntamiento prestó "solemne juramento" a la Junta, "aunque sintió profundamente en su alma" que en ella estuvieran representadas todas las provincias de la Península, y "no se hiciese la menor mención, ni se tuviesen presentes para nada los vastos dominios que componen el imperio de Fernando en América".
• No obstante, señala, "se acalló este sentimiento, y el cabildo se persuadió de que la exclusión de diputados de América sólo debería atribuirse a la urgencia imperiosa de las circunstancias".
• Luego llegó una Real Orden de la Junta, en la cual se reconocía que "los vastos y preciosos dominios de América no son colonias o factorías, como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española", por lo que les correspondía estar representadas.
• "No es explicable el gozo que causó esta soberana resolución en los corazones de todos los

individuos de este Ayuntamiento", dice Torres. Pero advierte que, "en medio del justo placer" causado por la orden, "el Ayuntamiento no ha podido ver sin un profundo dolor que, cuando de las provincias de España aun las de menos consideración se han enviado dos vocales a la Suprema Junta Central, para los vastos, ricos y populosos dominios de América, sólo se pida un diputado a cada reino y capitanía general".

• No obstante, se resolvió "poner en ejecución" la Real Orden y nombrar el número de diputados requerido.

• El memorial destaca esa obediencia para luego preguntarse la razón de una representación desigual.

• Tomando el caso de Nueva Granada, dice que la desigualdad no puede fundarse en la geografía, ya que ese virreinato se encuentra entre el Atlántico y el Pacífico, y es dueño del istmo de Panamá, "que algún día tal vez les dará comunicación" a ambos océanos.

• Tampoco por la extensión de los territorios, porque Nueva Granada tiene 67.200 leguas cuadradas y toda España 15.700.

• Tampoco por la población, dado que la región más poblada de la Península es Galicia, con 1.345.803 almas y Nueva Granada pasa de dos millones.

• Tampoco por las riquezas, porque de América manan "ríos de oro y de plata", y su suelo fecundo no podrá ser agotado por la extracción de productos naturales.

• Reconoce Torres que, "en cuanto a la ilustración", América no puede creerse "igual a las provincias de España", dados los gobiernos despóticos, "enemigos de las luces", que ha padecido, sin imprentas y con la filosofía sustituida por una oscura "jerga metafísica". No obstante, hace notar que "España misma se queja hoy de estos males", y que la Junta auspicia, según sus propias palabras, "mejorar la educación pública, tan atrasada" en España.

• En un esfuerzo por evitar la segregación, Torres recuerda que los españoles de América son "descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España; de los que han extendido sus límites y le han dado en la balanza política de la Europa una representación que por sí sola no podía tener". Y recuerda "la continua emigración" desde la Península: "españoles europeos, que han venido a establecerse sucesivamente y que han dejado en ellas sus hijos y su posteridad". Exclama, entonces: "Tan españoles somos como los descendientes de Don Pelayo", en alusión al legendario fundador del Reino de Asturias, que vivió hace más de 1.100 años.

• Y alerta: "No temáis que las Américas se os separen. Aman y desean vuestra unión; pero éste es el único medio de conservarlas. Es preciso tener presente que cada virreinato de América se compone de muchas provincias, que algunas de ellas valen más por sí solas que los reinos de España. La industriosa Quito cuenta con 500.000 almas, y su capital sola, con 70.000; es una presidencia y comandancia general: residen en ella el tribunal de la real Audiencia, el de cuentas y otras autoridades; hay silla episcopal, universidad y colegios. ¿Por qué motivo, pues, no podrá o deberá tener a lo menos dos representantes de los que toquen al virreinato?"

• Tanto más se podrá decir de otras provincias y otros virreinatos "y principalmente de los opulentos y de Méjico y el Perú".

• "¿No se oirán jamás las quejas del pueblo?", se pregunta Torres. "¿No se les dará gusto en nada? ¿No tendrá el menor influjo en el gobierno? Si la presente catástrofe no nos hace prudentes y cautos, ¿cuándo lo seremos? ¿Cuando el mal no tenga remedio? ¿Cuando los pueblos, cansados de opresión, no quieran sufrir el yugo?".

El memorial terminaba con una advertencia y un ruego.

La advertencia: "Todo puede tener fatales consecuencias. Son incalculables los males que se pueden seguir, si no hay un pronto y eficaz remedio. La América no tendrá esperanza mientras no se camine sobre la igualdad".

El ruego: "¡Quiera el cielo oír los votos sinceros del Cabildo y que sus sentimientos no se interpreten a mala parte! ¡Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna!".

Los votos fueron interpretados "a mala parte", como lo prueba el martirio de Torres; y América

comenzó a marchar hacia su “separación eterna”.

Carta de Jamaica

En la Carta de Jamaica, escrita en Kingston y dirigida a un ciudadano británico, Bolívar alegó hace nueve años que la traición no fue de los patriotas americanos.

Éstos son sus conceptos más salientes:

• “El lazo que unía a América con España está cortado”.

• Nos ataba una cultura y una religión en común, así como nuestro apego a “la cuna y la gloria de nuestros padres”.

• Sobre todo, nos amarraba nuestro “hábito a la obediencia”.

• Aceptábamos que se nos considerase “propios sólo para el trabajo” y, a lo sumo, “simples consumidores”. Tolerábamos, además, “restricciones chocantes”. Nos estaba prohibido cultivar “los frutos de Europa”, o producir cosas “que el Rey monopoliza”. Se nos impedía fabricar aun aquello que España no fabrica. La metrópoli retenía “los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad”. Sólo podíamos: cultivar añil, café, caña, cacao y algodón; criar ganado y cochinillas; y excavar minas.

• Frente a esto, nuestra actitud “ha sido, por siglos, puramente pasiva”.

• No teníamos participación alguna en “las transacciones públicas”, porque nos faltaba hasta una “tiranía activa”. Los grandes déspotas se reservan el derecho de dictar la “ley suprema”, pero permiten que los súbditos actúen en la administración. “Son persas los jefes de Ispahán, turcos los visires del gran señor, tártaros los sultanes de la Tartaria”. Nosotros vivíamos en un estado de “infancia permanente”, nuestra “existencia política era nula”.

• No obstante, “no nos alzamos contra España”.

• Súbitamente, Napoleón entró en la Península, apresó a Carlos IV y Fernando VII, y les arrancó “las ilegítimas cesiones de Bayona”. España desapareció como nación independiente. “Las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron a los frágiles gobiernos de la Península”.

• Entonces quedamos en la orfandad.

• Decidimos establecer “juntas populares, bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas”.

• Pero en la sitiada Cádiz se constituyó un Consejo de Regencia, que no tenía el voto de nadie ni el aval del Rey. Esa Regencia —falta de territorio, tesoro y soldados— nos declaró la guerra, “sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia sino también de legitimidad”.

• “No estábamos preparados para desprendernos de la metrópoli”, pero debimos hacerlo. “Inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo”, tratamos en el primer momento de “proveer a la seguridad interior”. Luego, a la “seguridad exterior”.

• Y tuvimos que “subir de repente” —sin los conocimientos previos y sin la práctica de los negocios públicos— a actuar como “legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un Estado”.

• Así como pasó con las provincias romanas al desplomarse el Imperio, los virreinatos y capitanías generales de América formaron “cada una un sistema político, conforme a sus intereses y situación, o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones”.

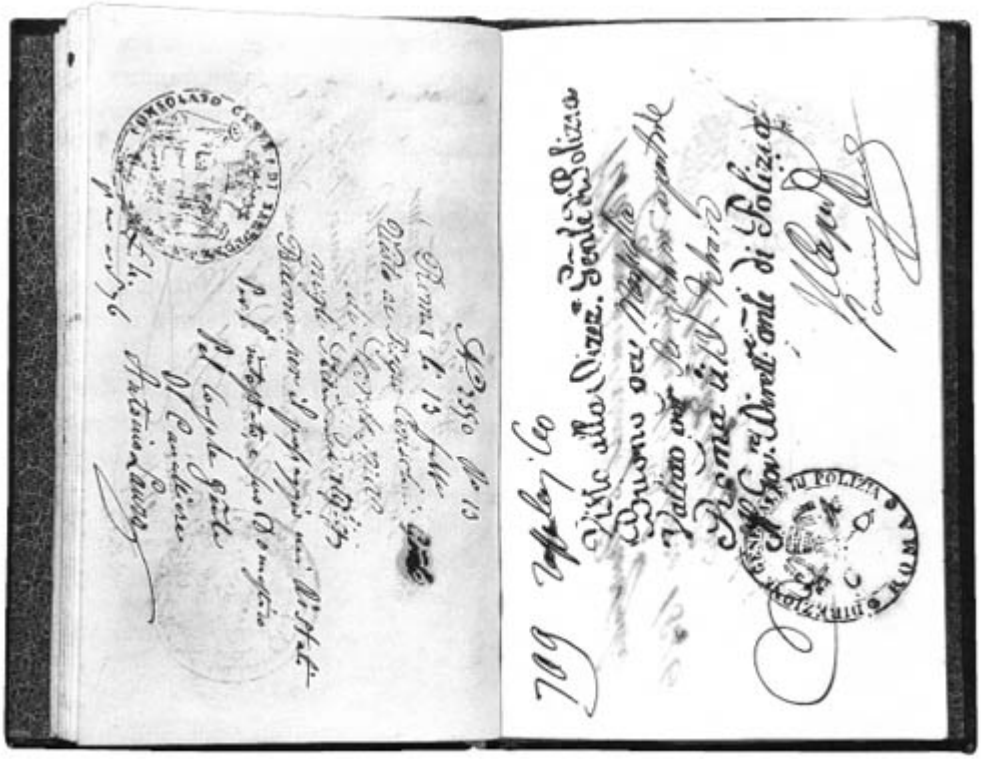
• Hay una diferencia: al caer Roma, sus provincias restablecieron “antiguas naciones”. Nosotros, “que no somos indígenas, ni europeos, sino una mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”, nos hallamos en un caso “extraordinario y complicado”.

• “¿Seremos capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República?

• En cualquier caso, “el destino de América se ha fijado irrevocablemente”. “El velo se rasgó” y hoy somos conscientes de la dominación que padecimos.

• “Hemos visto la luz” y no aceptamos “volver a las tinieblas”.

Arrestado en Francia



Pasaporte del General.

Viernes 23 de abril

Un individuo sospechoso

Desde la borda, San Martín contempla el suicidio del Sena, que ha elegido morir en esta bahía.

Una colina se recorta contra el cielo y, a medida que Le Bayonnais se acerca a puerto, aparecen los pormenores de esas murallas medievales que envuelven a El Havre de Gracia.

A setenta y dos días de abandonar Buenos Aires, el buque está llegando a su destino.

El 19 de febrero entró en el Janeiro, donde cargó 4.473 sacos de café, y siete días más tarde reanudó su viaje. San Martín cumplió los cuarenta y seis años en la bahía de Guanabara.

Luego vino el cruce del Atlántico que, por una vez, “no fue borrascoso”. El viaje habría resultado “excelente”, a no ser por “el trato dado a los pasajeros”, que fue “lo más pésimo”. San

Martín promete “no volver a embarcar en buque mercante”.
Para la indisciplinada Merceditas, la travesía fue más penosa: “Lo más del viaje lo pasó arrestada en el camarote”. Su padre ha comenzado a controlar los “resabios” de la niña.

El dueño de Le Bayonnais

En el puerto esperaba Martin Laffitte, un prolífico hombre de negocios. Su compañía naviera, Martin Laffitte et Cie., es la propietaria de Le Bayonnais.
Él mismo es de Bayona. Tiene cincuenta y un años y es un antiguo capitán de marina mercante. En Burdeos se lo ha acusado de contrabando; pero en El Havre goza de prestigio.
Además de tener su naviera, es socio de la Compagnie des apparaux maritimes du Havre, fundada el año pasado, que posee un gran dique carenero y toda clase de aparejos para reparar buques.
Martin representa, por otra parte, los intereses de un hermano menor. Antiguo regente (y luego gobernador provisional) de la Banca Central de Francia, Jacques Laffitte es ahora miembro de la Asamblea Nacional y, al mismo tiempo, un hombre de las finanzas. En El Havre, Martin actúa como corresponsal de:
• La poderosa banca Jacques Laffitte et Compagnie.
• La mayor aseguradora del reino, la Compagnie royale d’assurances sur la vie, fundada por el propio Jacques.
• Una gran caja de ahorro y previsión, la Caisse d’Épargne et de prévoyance, que Jacques creó junto con otros banqueros.
El hombre que recibió al General en la escollera es, por tanto, un personaje de influencia.
Eso no eximirá a San Martín de estorbos inesperados.

Secuestro de los periódicos

Mientras los ganapanes descargan mercancías y baúles, el Comisario de Policía, Louis Joseph Lequesne, le pide a San Martín su pasaporte.
Lo examina y le informa que por resolución del Prefecto de Policía del reino, fechada el 26 enero, “los extranjeros provenientes de América del Sur deben ser retenidos en El Havre, y sus pasaportes remitidos a Su Excelencia el Ministro del Interior”.
San Martín protesta: él es Generalísimo del Estado Peruano, Capitán General de Chile y Oficial General de las Provincias Unidas. No parece que semejantes títulos sean aquí un salvoconducto.
Mientras San Martín discute, funcionarios de aduana revisan sus baúles y le encuentran los 16 paquetes de periódicos.
Lequesne le advierte que algunas de esas hojas son ilegales en Francia. Se refiere, en particular, a El Argos, cuya introducción al reino fue prohibida el 5 de diciembre del año pasado.
El comisario muestra esta carta que el alcalde de El Havre le envió el 18 de diciembre:
“Señor, acabo de ser informado por el Señor Subprefecto que S.E. el Ministro del Interior ha creído su deber prohibir la entrada de […] El Argos de Buenos Aires, atento los peligros que podrían resultar de la circulación de [hoja tan revolucionaria], y me encarga vigilar que ellas no sean introducidas en esta villa”.
Laffitte hace notar que los periódicos de San Martín no serán introducidos a El Havre. Fueron descargados para trasbordarlos a un buque que partirá rumbo a Inglaterra, y las personas a quienes se dirigen están identificadas por las fajas que rodean cada paquete.
Inmutable, Lequesne dispone el secuestro de los paquetes y hace saber a San Martín que no podrá dejar El Havre hasta que el Director General de Policía de Francia decida “si los Tribunales han de ser requeridos”.
El pasaporte será remitido de inmediato a París.
San Martín pregunta si se lo retendrá en la comisaría. Lequesne responde que no: deberá alojarse en una posada de la ciudad, donde estará bajo vigilancia.

Por culpa de El Argos

Laffitte no debería asombrarse.
Su hermano, cabeza de los liberales en la Asamblea Nacional, vive denunciando la intolerancia de la Restauración. Hace seis años, Jacques perdió su cargo en la Banca Central por defender la

libertad de prensa.
Para San Martín, todo suena a ironía. Él ha debido soportar, largo tiempo, los embates de El Argos.
En 1822, cuando García del Río y Paroissien pasaron por Buenos Aires, se quejaron ante Rivadavia por la forma en que El Argos atacaba al General. Rivadavia se limitó a decirles —sin persuadirlos— que él no tenía "parte alguna" en el periódico, y que "por decoro" debía "guardar silencio" ante lo que se decía en esta hoja pública.
Sólo una vez El Argos tuvo con el General un gesto de hidalguía. Fue a fines del año pasado, en un artículo escrito por el inglés Santiago Wilde, días antes de dejar éste el puesto de editor.
Wilde no lo presentó a San Martín como un general exitoso; dijo, por el contrario, que "su alma" había sido "más grande que su fortuna". No obstante, lo reconoció como un "héroe que, por un camino erizado de peligros, elevó nuestra reputación y gloria nacional".
Fuera de ese efímero y temperado elogio, el General siente que El Argos siempre le fue ingrato. Y, ahora, él es detenido por culpa de ese periódico.
También (en su fuero íntimo ha de reconocerlo) por su propia imprudencia: no era atinado venir a Europa en un buque francés, obligándose a descender en este reino.

Sábado 24 de abril

Cruzada contra la libertad

San Martín imaginaba que El Havre sería una escala sin riesgos y ahora su presencia será escudriñada, en París, por funcionarios que prejuzgan.
Hombres como San Martín son, para Luis XVIII, traidores (a su primo Fernando) y partidarios de un disolvente liberalismo.
Según dice Laffitte, el Ministro del Interior, el Conde Corbière, es un cruzado contra la libertad de prensa.
La Policía del reino, dependiente del Ministro, por un lado protege a los ciudadanos, y por otro husmea su vida privada.
La lucha contra el delito no la conduce la Prefectura, ni es librada con gendarmes uniformados. Como en la era de Napoleón, esa tarea corresponde a Eugène François Vidocq, un ex-presidiario que devino confidente de la policía, y luego fue designado al frente de la Brigade de Sûreté. Los colaboradores de Vidocq son, al igual que él, antiguos delincuentes.
El secreto y la autonomía que amparan a la Brigada permiten que ésta sirva, también, como policía política. Un régimen absolutista necesita de disfraces y artificios.

Domingo 25 de abril

Monsieur de Saint Martin

Parte rumbo a París el coche del correo. Lleva este informe del Sub-prefecto de El Havre al Director de la Policía del reino:
"Monsieur Joseph de Saint Martin, proveniente de Buenos Aires, ha desembarcado en este puerto el 23 de este mes, portador de un pasaporte emitido por el Ministerio de Asuntos Extranjeros para dirigirse a Inglaterra. He ordenado sobre el terreno una vigilancia activa con respecto a este extranjero cuya intención no sería entrar al interior del Reino sino partir muy pronto para Londres, donde dice que debe atender asuntos personales. En el interrogatorio adjunto, V. verá el título que se adjudicó Monsieur de Saint Martin en ocasión de ser interrogado por el Comisario de Policía. Cuando presentó a la aduana sus baúles, éstos fueron escrupulosamente examinados y, aunque la declaración hecha decía que sólo contenían efectos personales de este extranjero, en uno de los baúles fueron hallados dieciséis paquetes de periódicos foráneos, algunos de los cuales son de introducción prohibida. Estos paquetes fueron secuestrados en el acto por Monsieur Lequesne, Comisario de Policía. Después del secuestro, una persona que se presentara por Monsieur de Saint Martin declaró que los periódicos no debían ser introducidos a Francia, sino que estaban destinados para casas inglesas, y existía en efecto, sobre cada uno de los paquetes, direcciones que concordaban con esta declaración. Pero, como medios de esta naturaleza podrían ser siempre empleados para favorecer la introducción de periódicos prohibidos, creí mi deber hacer el secuestro, correspondiendo a V., Señor Director

General, decidir si los Tribunales han de ser requeridos para entender en el asunto o si, al contrario, habrá de levantarse el secuestro con la obligación de reexportar los periódicos".

Lunes 26 de abril

Nouveaux amis

Laffitte visita a San Martín, y le presenta a tres comerciantes.

Henri Philippon es directivo de una aseguradora y Monsieur Blaye es corredor de seguros.

Monsieur Lataillades, a su vez, representa a una compañía marítima que fundó en Burdeos el emigrado español Juan José Zangroniz.

Se entabla, entre los comerciantes y San Martín, una amistad, ocasional pero bienvenida: ayuda a sobrellevar la espera.

El General, más familiarizado con el francés que con el inglés, entabla largas conversaciones. Se interesa, por ejemplo, por la historia de El Havre.

Este puerto, hoy abrumado por las mercancías que entran y salen, en otros tiempos fue castrense.

Durante el reinado de Luis XIII, el Cardenal Richelieu hizo construir el arsenal y levantar una fortaleza. Bajo el Imperio, Napoleón ordenó que se añadieran otros fuertes.

El corso visitó dos veces la ciudad: primero como Cónsul, en 1802, luego como Emperador, en 1810. El Havre, por su parte, le profesó admiración. Más aún: durante los Cien Días de 1814, los dos regimientos de línea que aquí había, y los havrenses en general, aguardaron anhelosamente el retorno de Napoleón.

Luis XVIII (no Bonaparte) era visto como "el usurpador".

Compartimentos médicos

La "tremenda enfermedad del pecho" no le molestó a San Martín durante el cruce del Atlántico. Él ya tiene observado que no siempre se agrava con la proximidad del mar.

Con todo, esta ciudad, tan húmeda y fría, no parece la más ajustada a su salud.

La región de El Havre está divida en tres "compartimentos médicos". Eso es lo que decía el Doctor Sorerie, el primer médecin de la ciudad. Según recuerda Laffitte, la división es así:

• En la cumbre de aquella colina, la de Ingouville, no hace falta médico.

• En la parte media, se lo necesita un par de veces por año.

• Aquí abajo es indispensable, siempre.

No sólo por preservar su salud, San Martín espera que se lo deje salir de aquí cuanto antes.

Es la esperanza que ha transmitido a su hermano Justo, que vive en París, y a quien hoy le ha escrito una carta.

Ayer lo había hecho Laffitte, quien sintió la obligación de anoticiar al hermano del General sobre lo ocurrido en este puerto.

El hermano realista

Es el mayor y es también militar.

No importa que haya permanecido en España y, tras la restauración de Fernando VII, formado parte de los llamados "serviles". Si lo hizo —piensa José— fue porque se lo aconsejaba su conciencia.

Justo ha tenido, siempre, apego a la Corona.

En 1794, con sólo dieciocho años, ingresó a la Guardia de Corps: la tropa de la Casa Real. Para eso debió acreditar, mediante testigos, que su madre, Gregoria Matorras, y su abuelo, Domingo Matorras, eran "cristianos viejos, honrados y de sangre limpia, sin haber sido procesados por ningún exceso ni vicio torpe, no ser herejes ni judíos nuevamente convertidos ni delatados al Santo Oficio de la Inquisición ni castigados por éste ni ejercido oficios viles".

La pureza de su padre, Juan de San Martín, la probó con un oficio firmado en el Palacio Real de Aranjuez por el Duque de Alcudia, que no era sino Manuel Godoy, el notorio "Ministro Universal".

Años más tarde participó de la revuelta que hizo abdicar a Carlos IV para que ascendiera su hijo, Fernando VII; y acompañó a éste en un tramo del viaje a Bayona, que terminaría en aquel inesperado cautiverio real.

También Justo fue prisionero de los franceses, en 1809, pero logró fugarse.

Cuando el enemigo fue expulsado de España, y el Borbón restablecido en el trono, él volvió a las cercanías de la realeza.
En 1818, mientras José de San Martín derrotaba a los realistas en Maipú, Fernando VII convertía a Justo en Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.
El contraste entre ambos hermanos se mantuvo largo tiempo.
Hace tres años, a la par que José proclamaba la independencia del Perú y se convertía en su Protector, Justo seguía sirviendo al Rey en España.
Pidió el retiro poco después, y sólo porque le negaron el ascenso a coronel. Creía merecer el rango en razón de su foja, que mostraba "catorce acciones de guerra, con la ocupación de fortalezas que tenían los enemigos".
El retiro le fue otorgado, pero con cargo de continuar, pasivamente, agregado al Estado Mayor de Madrid, y la Corona le paga un sueldo de 900 "reales de vellón".
Ahora está en Francia con permiso. Es porque el año pasado acreditó, con un certificado médico, la necesidad de tomar "los baños de Bañeras", como llaman en la Península a las aguas termales de Bains-Bagnères. Se trata de una villa de los Pirineos, de antigua fama, a la cual aludió Montaigne en uno de sus ensayos.
El permiso le fue concedido por cuatro meses, pero en diciembre Justo logró una prórroga, hasta mediados de este año.
José ha recibido noticias de que Justo no está en los Pirineos sino en París, y piensa que por su condición y vinculaciones puede ayudar a resolver la contrariedad que se ha presentado en El Havre.

Martes 27 de abril

Carta de Paroissien

A la 1 de la tarde le entregan una carta de Paroissien, que está junto con García del Río en París.
San Martín debe apresurarse a responder: la diligencia regresará a la capital en una hora.
"Ignoraba que usted y García estuvieran en ésa. Dé usted a éste un millón de abrazos de mi parte", escribe el General.
A continuación pide o, más bien, ordena: "Véngase usted sin perder un solo momento".
Insiste en justificarse por haber viajado en Le Bayonnais: "Mi venida a ésta ha sido por la necesidad de aprovechar el buen buque que me ha conducido". Sin embargo, sabe que ha cometido un error.
"Deseo partir a Inglaterra en el instante que llegue el pasaporte de París", dice, y concluye, imperativo: "Repito que se venga sin pérdida".
"Republicanismo exaltado"
En París, el estudio del caso se demora.
El Conde Corbière sabe muy bien quién es "el individuo" detenido en El Havre. Recuerda que "ha jugado un papel destacado en las revoluciones de la América Meridional, de la cual ha sido uno de sus primeros jefes y de los propagadores más ardientes".
Por eso, al Ministro le preocupa que San Martín haya venido a Europa portando periódicos y folletos, "todos ellos impregnados de sentimientos del republicanismo más exaltado".

Miércoles 28 de abril

"Nuevas intrigas"

La impresión, en El Havre, es que el General será autorizado a proseguir viaje, pero éste ya no tendrá la reserva que él habría querido.
Se sabe que el Conde ha prevenido al Príncipe de Polignac, Embajador de Francia en Londres, sobre "la misión" de San Martín en ésa. El Ministro cree que, "en las actuales circunstancias", esa misión "se relaciona ciertamente con nuevas intrigas políticas".

Jueves 29 de abril

Que parta prontamente

El Sub-prefecto de El Havre recibe esta nota del Conde Corbière:
"He releído vuestra carta del 26 de este mes, relativa a Monsieur de Saint Martin, proveniente de Buenos Aires y retenido en el Havre. Os envío adjunto el pasaporte de este extranjero,

documento que en este punto no es susceptible de mi visa, y el acta del secuestro de los periódicos y folletos que fueron hallados entre sus efectos. Levantad el secuestro de esos papeles, pero con cargo de reexportación. Vigilad además que parta prontamente y dadme aviso de su embarco, comunicándome las observaciones a las que haya dado lugar su permanencia en el Havre".

El gobierno español ha sido alertado, desde París, sobre la presencia de San Martín en Europa.

Viernes 30 de abril

Vigilar los puertos

El Sub-prefecto recibe una ulterior comunicación del Conde. El Ministro no disimula su impaciencia: San Martín, dice, deberá "reembarcarse en el acto para la Inglaterra".

Además, instruye al Sub-prefecto que dé "las órdenes necesarias en toda la costa de vuestro departamento para que desde ya no le sea admitido a este extranjero desembarcar en ninguno de esos puertos".

Sábado 1° de mayo

Vino Paroissien

Paroissien ha llegado a El Havre. Estaba en París, junto con García del Río. El General esperaba encontrar a ambos en Inglaterra; pero desde finales de febrero ellos se encontraban en la capital francesa, donde Paroissien se enteró, por Justo, sobre lo sucedido aquí.

Sin demoras, San Martín es puesto en situación:

1°) "Es evidente que la Santa Alianza ha tenido la intención de prestar auxilios a España para que volviese a subyugar a sus antiguas colonias. Suprimida la libertad en la Península, ensalzado el despotismo, entronizada la superstición, y triunfante el poder absoluto en todo el continente europeo, esta confederación de déspotas se propuso extender su sistema al nuevo mundo".

2°) "El gobierno británico, inquieto por las declaraciones que hizo el francés cuando invadió la Península, trató no sólo de vigilar los pasos de la Santa Alianza, sino de tomar las medidas más adecuadas para trastornar sus planes. A ese fin se puso de acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos, acerca de la conducta que debían seguir ambos, en caso de que la Santa Alianza interfiriese en los asuntos de América. El lenguaje empleado por el Presidente Monroe en su último mensaje al Congreso es consecuencia de la perfecta armonía que prevalece sobre esta cuestión entre los dos gobiernos".

3°) García del Río pasó a París, en febrero, para estimar los efectos que pudiera haber tenido en Francia esta "perfecta armonía"; y el 23 de ese mes le había enviado a Paroissien una carta en la cual decía: "Es de absoluta necesidad que te prepares para venir".

El inglés se dirigió entonces a la capital francesa y se unió a García del Río en ciertas reuniones informales. Un allegado a Chateaubriand les dijo que el mes próximo se reunirá (en Friburgo, Basilea o Praga) un congreso donde las potencias europeas discutirán la situación de las antiguas colonias españolas. Según este informador:

• Inglaterra mandaría a un representante, bajo condición de que se considere irreversible la independencia de tales territorios.

• España estaría resignada, y sólo aspiraría a que se le pagaran algunas compensaciones.

• El representante francés en tal congreso será Polignac. Convendría que García del Río tuviera antes, "bajo cualquier pretexto", una entrevista con el Príncipe, a cuyo efecto el propio allegado de Chateaubriand le ha entregado una carta de presentación.

Amenaza en el Janeiro

Según un rumor que corre en Londres, y ha recogido la prensa de París, Río de Janeiro está bajo la "amenaza" de una "flota" francesa.

En Francia se responde que hay allí sólo "algunos barcos" franceses y que "no representan hostilidad" hacia el imperio o el Emperador, Pedro I.

No es fácil discernir la diferencia entre "flota" y "algunos barcos". Tampoco imaginar por qué los buques se han emplazado frente a Río de Janeiro.

Domingo 2 de mayo

Cerca de Chateaubriand

San Martín sigue imponiéndose de las novedades, y a la vez, dudando de algunas que Paroissien trajo de París.
El General, que ha empleado tanto y con tal provecho la guerra de zapa, sabe cómo engañar al enemigo mediante maniobras de distracción; y sabe, también, que es necesario estar siempre alerta, para no ser uno la víctima de los engaños.
Espera que, si el conocido de García del Río en París es fiable, permita resolver esta situación que se ha planteado en El Havre, y que le impide proseguir a Inglaterra.
En cuanto a Polignac, habrá que tratarlo con sumo cuidado. Al parecer, es un fanático, que cree recibir órdenes de la Virgen María y pretende, en su país, la "restauración integral" del Ancien Régime. Está, por lo tanto, a favor de la ayuda que Francia ha prestado a Fernando VII y de toda la que pueda prestarle en el futuro.
Eso no significa que García del Río no tenga el encuentro y, luego, se analice con inteligencia lo que depare.

Lunes 3 de mayo

El Lady Wellington

Llegó a El Havre el paquebot Lady Wellington, procedente de Southampton, Inglaterra.
Es un buque de 40 toneladas, de una sola cubierta, que ondea la bandera británica.
En él se embarcará San Martín mañana.

Martes 4 de mayo

Rumbo a Southampton

Al caer la tarde, sus ocasionales amigos havrenses —Laffite, Lataillades, Philippon y Blaye— acompañaron al General hasta el muelle.
Los baúles y la caja con periódicos "impregnados del más exaltado republicanismo" ya habían sido llevados al Lady Wellington.
San Martín se despidió de Laffitte, de los otros comerciantes, y abordó el buque.
Lo acompañaban Merceditas, Eusebio y Paroissien.
Enfrente, a 75 millas, quedaba Inglaterra.

El retorno a Inglaterra

Vajilla y cubiertos de plata, estilo Luis XVI, con las iniciales "S.M.".

Miércoles 5 de mayo

Después de doce años

San Martín ya ha pisado suelo británico.

La evocación es inevitable.

Fue de este país que partió, doce años atrás, para iniciar su aventura americana.

La fragata George Canning, que lo transportó entonces a Buenos Aires, no existe más: se hundió el año pasado, cuando venía del África con una carga de aceite de palma y marfiles.

También ha naufragado, en América, gran parte del Imperio español. Pero ahora es necesario prevenir su rearme.

El hotel Star

El General y su comitiva se alojan en una señorial casa de postas: The Star Hotel.
Es un edificio de cuatro plantas, que se levanta en la High Street de Southampton.
Su fachada exhibe grandes ventanas y un único balcón que recorre, de lado a lado, el primer piso. Dentro, subsiste una construcción medieval, de la cual brotan cúpulas normandas.
Se accede pasando por debajo de un gran arco, donde un cartel anuncia:

Coches a Londres, salvo domingos.

Jueves 6 de mayo

Comercio y política

San Martín y Paroissien examinaron hoy hechos recientes, vinculados a la relación de Inglaterra con América.
Hay un documento, presentado al Parlamento, que conviene leer con cuidado:
"A la Honorable Cámara de los Comunes del Reino Unido.
Los abajo firmantes, comerciantes de la ciudad de Londres, manifiestan:
Que practican el comercio con los países de América anteriormente bajo el domino de España.
Que la entera extinción de la autoridad española en la mayor parte de aquel continente, y la incitación de nuestro propio Gobierno, llevó a los peticionantes a embarcarse en ese vasto comercio, con plena confianza en que recibirían la más completa protección, en provecho de ellos y del país todo. Las medidas adoptadas por el Gobierno demostraron sin duda su ansiedad por adquirir y asegurar aquel intercambio. En 1822, el Parlamento aprobó una ley autorizando la importación de cultivos, productos y manufacturas de 'cualquier país o lugar de América que sea o haya sido parte de los dominios del Rey de España', fuera en buques británicos o en buques construidos en otros países. Al año siguiente, se designaron cónsules en aquellos puertos, y subsecuentemente hubo la declaración del Gobierno de Su Majestad de que, en su opinión, 'el reconocimiento de esos nuevos estados que han establecido de facto su existencia política separada, no puede dilatarse mucho'.
Que muchos millones de capital han sido embarcados en este comercio.
Que grandes establecimientos comerciales han sido fundados, tanto en Sud-América como aquí.
Que la pasada experiencia proporciona las más sólidas bases para creer que este intercambio comercial podrá extenderse grandemente, dado que la recíproca demanda de productos de los respectivos países está en constante incremento.
Que por consiguiente los peticionantes se hallan considerablemente confundidos por el hecho de que aquellos países continúen 'sin existencia política reconocida'. No pasa semana sin que ellos no sean asaltados por rumores de la más alarmante naturaleza, que los colocan en situación de duda e incertidumbre, lo cual es gravemente destructivo de la confianza, tan esencial al éxito de toda empresa comercial. Vuestra Honorable Cámara debe ser consciente de que no puede llevarse a cabo un intercambio comercial permanente, con seguridad y provecho, si el intercambio está sujeto a constantes alarmas de cambios políticos, que necesariamente producen súbitas y excesivas alteraciones en el valor de la propiedad embarcada.
Que los peticionantes están en condiciones de afirmar, y de probar inequívocamente a Vuestra Honorable Cámara, que en varios estados de Colombia, Buenos Aires y Chile no queda ni el menor vestigio del dominio español, y que cada estado goza de su gobierno propio y separado, libre de toda interferencia de una fuerza hostil.
Que la revolución que ha producido esta alteración en la condición política de aquellos países ya lleva 15 años de progreso. En Buenos Aires, no ha habido un soldado español en pie de guerra por ocho años; en Chile, no lo ha habido por cuatro años; y en Colombia, el tercer Congreso Constitucional Anual está ahora reunido. En ninguno de esos estados existe partido o persona alguna en posesión de autoridad, excepto el Poder Ejecutivo constituido.
Que los peticionantes humildemente sostienen que esos estados han establecido de facto su existencia política separada y, de acuerdo con las prácticas internacionales en situaciones precedentes, tienen derecho de ser reconocidos como independientes
Por lo tanto:
Los peticionantes muy humildemente ruegan que Vuestra Honorable Cámara dé a esta materia la

más seria consideración, y adopte las medidas que a su entender resulten adecuadas, a fin de promover el inmediato reconocimiento de la independencia de tales estados sud-americanos".
Es difícil que estos argumentos conmuevan a Canning:
1. No fue él quien anunció que el reconocimiento era inminente. La predicción la hizo Lord Castlereagh, poco antes de cortarse la garganta con un abrecartas. Canning asumió la Secretaría tras aquel suicidio, ocurrido dos años atrás, y nunca se sintió obligado por los dichos de su antecesor.
2. Con sentido práctico, evita riesgos políticos innecesarios. No quiere provocar a la Santa Alianza, y menos a su propio Rey, que no sólo desconfía de él: aborrece la idea de enfrentar a Fernando VII.
3. Canning cree que se debe mantener, y forzar a que Europa mantenga, la situación de facto en Sud-América. Los comerciantes, piensa el Secretario, deberían satisfacerse con esto. No es a ellos a quienes corresponderá decidir el momento oportuno para reconocer la "existencia política" de las ex-colonias españolas.
4. Los cónsules que él designó en aquellos "puertos" —como dicen los propios comerciantes— están encargados de tutelar relaciones mercantiles.
San Martín, por su parte, no cree oportuno que Inglaterra reconozca sólo a Colombia, Chile y las Provincias Unidas: podría interpretarse que, al restringir de tal modo su relación política con SudAmérica, Inglaterra consiente la primacía de España en el Perú.
En opinión del General, las razones mercantiles son exiguas para el gobierno británico, e insuficientes para la Revolución. Hay razones políticas que deben ser expuestas, de ser posible al propio Rey.

El incumplimiento de Fernando

Dos hechos podrían retraer la benevolencia de Jorge IV hacia los Borbones:
La suspensión de pagos. Desde hace tiempo, Fernando VII mostraba inquietud por "el trastorno que los anteriores tiempos de calamidad causaron a las fuerzas del Real erario". Su obsesión era la "enorme deuda pública".
Ahora, el monarca español ha resuelto suspender el pago de tal deuda. Llenará sus arcas deshonrando empréstitos.
En la City, banqueros londinenses están formando un comité de damnificados. Reclaman la protección del gobierno de Su Majestad.
La flota francesa en Sud-América. Inglaterra teme que el destino de los barcos franceses, estacionados frente a la costa de Brasil, sea el Río de la Plata.
Desde París ha llegado una refutación, publicada por Le Journal des Débates:
"Las más absurdas versiones han circulado en Londres respecto de una supuesta flota de 18 barcos, grandes y pequeños, que habrían anclado simultáneamente en el puerto de Río de Janeiro".
Sin embargo, la publicación parisina no deja de alarmar. Niega que haya tal flota, pero sugiere que debería haberla:
"Tenemos sólo cinco buques en la costa de Brasil, y ellos no son suficientes para proteger a nuestro comercio y a nuestros ciudadanos en esa costa infectada de corsarios y piratas, y donde revoluciones internas amenazan diariamente la propiedad y la vida de sujetos de Su Majestad".
Según se dice en Londres, no son "sólo cinco" los buques franceses estacionados frente al Janeiro. Hay, por lo menos, seis veleros y un transportador armado. Cualquiera sea el número, alarma que París alegue la necesidad de una presencia naval en Sud-América, para hacer frente a "las revoluciones internas".
La declaración abulta el recelo de quienes imaginan una inminente expedición borbónica, orientada a rescatar las antiguas colonias de España, cuya independencia aún no ha reconocido Inglaterra.
Acaso esto ayude a que el Rey y Canning comprendan la urgencia en reconocer la "existencia política" de aquellos dominios.

Viernes 7 de mayo

El Rey, Canning y Carolina

Miembro del Parlamento desde sus veintidós años, Canning es poseedor de una inteligencia superior.

Eso es, al menos, lo que dicen sus partidarios y, con renuencia, también sus enemigos.

El Primer Ministro William Pitt el Joven lo designó, en 1796, Sub-secretario de Asuntos Exteriores.

Otro Primer Ministro, Lord Liverpool, le ofreció, en 1812 la Secretaría; pero entonces Canning la rechazó: pretendía encabezar, al mismo tiempo, la Cámara de los Comunes. A su juicio, no bastaba con el talento que todos le admiraban. Para conducir la diplomacia británica, sostenía Canning, hacía falta una gran dosis de poder.

Años después fue Presidente del Board of Control, encargado de supervisar a la imperial Compañía Británica de las Indias Orientales.

A fines de 1820, enfrentado con el actual Rey, renunció a su cargo.

Esto es parte de una historia que, por entonces, tuvo en vilo a Inglaterra.

Bigamia y escándalos

El mayor de los nueve hijos varones de Jorge III se casó secretamente, en 1785, con María Ana Fitzherbert: una doble viuda que profesaba la religión católica.

Él debería haber perdido, por eso, su derecho a la sucesión real: es la pena establecida por la Ley de Instauración (1701) para el príncipe heredero que despose a una católica.

Su matrimonio, por otra parte, debería haberse anulado: es la sanción prevista por Ley de Matrimonios Reales (1772) para el príncipe heredero que se case (como fue el caso) sin consentimiento del Rey y el Honorable Consejo Privado del Reino.

Sin embargo, un pacto de silencio le permitió al Príncipe continuar por varios años (con algunos períodos de descanso) su relación conyugal y, sobre todo, salvaguardar su condición de heredero al trono. Con Jorge III sujeto a frecuentes ataques de locura, nadie quería desatar un conflicto sucesorio que trajese inestabilidad al reino.

Ocurrió, sin embargo, que en 1795 el Rey obligó a su hijo a casarse con una prima, Carolina de Brunswick-Wolfenbüttel. Eso transformó al Príncipe de Gales en bígamo.

El matrimonio con Carolina duró apenas dos noches; pero bastó para que ella concibiera una niña, Carlota Augusta, que con el tiempo sería esposa del Príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo: el noble a quien García del Río y Paroissien vinieron a ofrecer, por mandato de San Martín, la corona del Perú.

Después de aquellas dos noches, el Príncipe y su segunda esposa siguieron caminos diferentes; pero él no pidió el divorcio (para no poner de manifiesto su bigamia) y ella nunca dejó de considerarse Princesa.

En 1811, con el padre declarado finalmente insano, el hijo debió hacerse cargo de la Regencia. Nueve años más tarde, a la muerte de Jorge III, se aprestaba a coronarse Rey cuando Carolina exigió que se la reconociera como Reina consorte.

Movido por su odio a esa segunda esposa, antes de coronarse el Príncipe Regente pidió que el Parlamento sancionara un Ley de Dolores y Penas, por la cual su matrimonio habría quedado disuelto y Carolina habría perdido la condición de Reina consorte.

A manera de justificación, el Príncipe Regente la acusó de adúltera. Ella aceptó que lo era: estaba casada, recordó, con el marido de Mrs. Fitzherbert, es decir… con el propio Príncipe Regente.

A decir verdad, habiendo pasado veintinueve años desde la ruptura del fugaz matrimonio, ambos cónyuges habían mantenido múltiples relaciones.

Carolina, por ejemplo había sido amante de Canning.

Cuando el Príncipe Regente remitió su pedido al Parlamento, Canning defendió en público el derecho de Carolina al título de Reina consorte y renunció a la Junta de Control, para hacer manifiesto su repudio al intento de conculcar tal derecho.

El proyecto fue aprobado por la Cámara de los Lores, pero despertó tal oposición en el pueblo que la Cámara de los Comunes no llegó a tratarlo.

Como respuesta, el Príncipe Regente ordenó que, de ser necesario, se usara la fuerza para impedir que el día de su coronación Carolina ingresara a la Abadía de Westminster.
Esa noche, además, ella cayó enferma, y murió tres semanas más tarde. Se desconocen las causas de la muerte, pero se sabe que durante su agonía Carolina dijo haber sido envenenada.
Canning dio crédito a esa versión.
Quedó, así, confirmado como enemigo del Rey.
No obstante, cuando Castlereagh se suicidó, Liverpool, que ya era Primer Ministro, creyó que se debía ofrecer otra vez la Secretaría (y esa vez también el liderazgo de la Cámara de los Comunes) al hombre más apto para conducir las relaciones externas del Reino.
El Primer Ministro argumentó, ante Jorge IV, que nadie aventajaría a Canning en tareas tan delicadas como administrar las posesiones del Índico o mantener el equilibrio en Europa, contrapesando a la Santa Alianza.
El Rey se resignó, pero aún hoy conserva sus recelos.
Canning, por su parte, se propuso observar, y observa, la discreción necesaria para no desafiar al monarca.

Sábado 8 de mayo

Noticias viejas

El Times publicó ayer una carta de su corresponsal en el Callao, "un oficial naval empleado en esa estación".
La carta fue despachada 136 días atrás: el 23 de diciembre del año pasado.
Si en Mendoza y Buenos Aires las noticias del Perú llegaban con algunas semanas de atraso, aquí San Martín deberá acostumbrarse a recibirlas luego de tres o cuatro meses.
La carta del "oficial naval" es una mezcla de optimismo mal fundado e informes que lo contradicen:
Extrema ponderación de Bolívar. "De todos quienes, durante la prolongada guerra de la independencia, han estado al frente del Perú, Su Excelencia el General Bolívar es generalmente reconocido como el más apropiado para conducir los asuntos de la República. Hay una intrepidez en todos sus actos, y una integridad de conducta en su proceder, que no puede sino imponerse a todo sentimiento partidista y todo prejuicio, uniendo a los peruanos de toda clase y descripción. Tengo razones para confiar en que él se yerga en el constructor del Imperio Peruviano, estableciendo por fin su independencia bajo bases firmes, sabias y liberales."
Predicciones sobre Riva Agüero. "Entiendo que Riva Agüero tiene muchos partidarios en Lima, los cuales le profesan gran adhesión, y también seguidores en otras partes del Perú; pero no hay temor que haga más daño. Su última deslealtad será indudablemente la prolongación innecesaria de la guerra."
"Se ha informado confidencialmente que el Almirante Guise (un antiguo comandante de la Armada británica), quien últimamente zarpó de Arica con una expedición, tenía la intención de apoyar la causa de Riva Agüero; pero yo presumo que él debe haber abandonado ahora toda esperanza de asistir a ese general en el cumplimiento de sus designios."
No volverán. "Hay muchas personas, todavía, que esperan en vano la recuperación del poderío español, pero yo estoy persuadido de que no está lejano el tiempo en que el Perú quede completamente emancipado, y Gran Bretaña encuentre oportuno reconocer a este país como independiente, a fin de asegurar nuestros privilegios comerciales."
"Bolívar y sus fuerzas marchan desde Trujillo; y se considera, en consecuencia, que Lima está a salvo de cualquier incursión realista, aunque puede pasar algún tiempo antes de que Su Excelencia arribe con sus tropas."
"Es probable que el año próximo sea el más memorable de toda la revolución, porque Bolívar parece decidido a superar los obstáculos que han impedido el progreso de su ejército."
O'Higgins y San Martín. "El ex-Director Supremo de Chile, O'Higgins, está residiendo en la Ciudad de Lima; y entiendo que todavía retiene el rango de Capitán General del Perú, así como de Chile. El General habla el inglés tolerablemente bien, y posee las maneras e ideas de un inglés. San Martín reside en Mendoza; pero casi nada se oye sobre él."

Ahora San Martín residirá en Inglaterra, pero seguirá oyéndose poco de él. Procurará, con su habitual sigilo, que el optimismo de este "oficial naval" no resulte injustificado.

Avance español hacia Lima

Según el Morning Chronicle, a fines de diciembre se esperaba que los españoles entraran "de un momento a otro a Lima".

Reproduciendo las inverosímiles cifras publicadas en Buenos Aires, el Chronicle reporta que Bolívar tiene 12.000 hombres y cuenta con ingentes refuerzos que, no se sabe cómo, llegarán de Panamá. "Lo único que Bolívar necesita ahora es dinero", dice el periódico.

"Lo único."

En verdad, Bolívar necesita, también, otras cosas. Entre ellas, una decidida acción de Inglaterra que coarte cualquier intento de enviar, desde Europa, refuerzos a los realistas.

Rumbo a Londres

A las 9 de la noche, San Martín y su comitiva subieron a la diligencia que los lleva a Londres.

El carruaje partió del Star, con correspondencia y esos cuatro pasajeros.

Domingo 9 de mayo

Otra vez en Londres

El alba rayó antes de las 5: a mitad de la primavera, amanece muy temprano.

A las 6, el carruaje ya estaba en Londres.

El viaje fue descansado y, sobre todo, rápido.

La diligencia recorrió, en ciertos tramos, hasta tres leguas en una hora.

El cochero se detenía, cada hora u hora y media, para mudar de caballos, pero las paradas era muy breves. Al aproximarse a una posta, el hombre hacía sonar su corneta para que los puesteros aprontasen los animales de refresco.

Era admirable la destreza de esos hombres, que desenganchaban los caballos cansados y enganchaban los de reemplazo, todo en menos de dos minutos.

Los pasajeros también debieron ser prestos. Cuando la diligencia se detuvo en una "posada de parada" para que tomaran un refrigerio, el cochero avisó que a los quince minutos haría sonar su corneta y un minuto más tarde se marcharía, sin aguardar a los rezagados.

La comida estaba servida de antemano, y hubo que engullirla dentro de ese cuarto de hora.

Relaciones que importan

Para el plan que trae ahora, San Martín podrá valerse de sus relaciones con antiguos oficiales británicos, algunos de los cuales son parte de la nobleza, están en el Parlamento, ocupan cargos diplomáticos o tienen, por alguna razón, acceso a la Corona.

El General trabó tales relaciones siendo integrante del ejército español, cuando Napoleón invadió la Península e Inglaterra acudió en auxilio de la resistencia.

Los dos más importantes (ambos escoceses, y amigos entre sí) son Lord Fife y Charles Stuart.

Lord Fife. Nadie estuvo tan vinculado a San Martín, en España, como James Duff, Vizconde de Macduff. A la muerte de su padre heredó el título que ostenta hoy día, Conde de Fife.

Su linaje es épico. El clan de los Macduff fue, durante la Edad Media, el más poderoso del Reino de Fife, en el norte de Escocia. Su celebridad era tal que, cuando Shakespeare debió bautizar al enemigo mortal de Macbeth, decidió llamarlo Macduff, Barón de Fife.

El actual y verdadero Lord Fife es el que, en 1811, ayudó a San Martín a dejar España y venir a Londres, con cartas de recomendación y algunas letras de crédito.

Aquí, San Martín pudo conocer planes que —cuando Inglaterra estaba en guerra con España— los británicos habían forjado para apoderarse de las colonias hispanas en América.

El hermano de este amigo, Alexander Duff, fue uno de los oficiales que invadieron Buenos Aires en 1806.

Claro está que el plan más valioso fue el concebido en 1800 por Maitland, que incluía el cruce de los Andes.

De aquí, San Martín y otros patriotas partieron rumbo a Buenos Aires a principios de 1812.

Poco después, Lord Fife regresó a su patria.

Allegado al Príncipe Regente (hoy Jorge IV), y masón como éste, fue Gran Maestre de la Gran

Logia de Escocia. Ahora es miembro del Parlamento. Sus influencias servirán para hacer llegar, a quienes gobiernan Inglaterra, las inquietudes del General.
Charles Stuart. El pasaporte con el que San Martín ingresó al Reino Unido en 1811 lo había extendido el Cónsul inglés en Lisboa, Charles Stuart, un íntimo colaborador de Wellington.
Este hombre es hoy una pieza importante de la diplomacia inglesa. Desde la caída de Bonaparte sirve como Embajador en Francia y lleva, por lo tanto, la difícil relación con Chateaubriand.
Su deber es evitar fricciones innecesarias con la Santa Alianza, para no comprometer la paz en el continente; y al mismo tiempo, mantenerse alerta a cualquier acto, por intrascendente que parezca, del cual pudiera inferirse que "los soberanos de Europa" pretenden "decidir la suerte" de América.
Stuart viene con frecuencia a Inglaterra para rendir cuentas a Canning.

Bello y su red

Fueron cuatro los meses que San Martín pasó en Inglaterra, entre 1811 y 1812, antes de partir para el Río de la Plata. En Londres juró "repudio a todos los tiranos y las tiranías" y fue admitido en el quinto grado de la Gran Reunión Americana. Era la logia pseudo-masónica fundada aquí, en 1808, por Miranda: el hombre que intimó con los leaders políticos de este país y los incitó a intervenir en Sud-América.
En los "trabajos" (o sesiones) de la Gran Reunión, San Martín trabó amistad con Bello y López Méndez. Ambos habían venido meses antes, junto con Bolívar, a pedir que Inglaterra apoyara la incipiente revolución venezolana, que debía enfrentar los intentos realistas de reconquistar la colonia.
Cuando San Martín llegó a Londres, Bolívar, sin haber conseguido una asistencia formal, había tenido que volver a Venezuela para combatir a la Contrarrevolución.
Tras él había partido Miranda, para hacerse cargo del gobierno de la República.
Bello y López Méndez permanecían aquí, propagando las ideas de la Revolución.
Ahora, López Méndez ya no está: fue llamado a Caracas hace tres años.
En cambio, Bello continúa aquí, y tiene relaciones de primer orden.
Ha desarrollado una firme amistad con José María Blanco White, un religioso y escritor sevillano, hijo de irlandés, que vive en Inglaterra desde 1810.
A través de él, Bello está relacionado con el Barón de Holland, hispanista inglés —autor de una biografía de Lope de Vega— que ha convertido su palacete londinense, Holland House, en un salón literario y político. En esa excelsa casona tienen lugar largas tertulias a las cuales concurren desde Wellington hasta Canning.
Blanco White comenzó a publicar, apenas llegado a Londres, un periódico titulado El Español, que pronto fue prohibido en España; pese a su tono moderado, la Regencia halló que exaltaba la independencia sudamericana. En la Corte de Cádiz se llegó a citar ese papel público como prueba de que Blanco White era "un enemigo de su patria, peor que el mismo Napoleón".
Blanco White formó lazos con el Río de la Plata cuando vino, en 1811, Manuel Moreno. Éste debió haber llegado como acompañante de su hermano, quien saliera de Buenos Aires con el encargo de conseguir el apoyo inglés a la Revolución. Pero Mariano Moreno no llegó: enfermó y el Capitán de la goleta Fame, en la que se dirigían hacia este país, le administró un remedio equivocado. Aquel héroe de la independencia murió frente a las costas de Brasil; su cadáver fue envuelto en una bandera británica y arrojado al mar. Manuel y el otro secretario, Guido, prosiguieron viaje y aquí trataron de sustituir a Mariano.
Fue entonces cuando Blanco White entabló amistad con este porteño, a quien distinguió. Testimonio de ello fue la publicación, en El Español, de fragmentos de Representación de los Hacendados y Labradores. Era un libro de 1809, en el cual Mariano había sostenido: "Debieran cubrirse de ignominia los que creen que abrir el comercio con los ingleses en estas circunstancias es un mal para la nación y para la provincia".
Blanco White también ayudó a Manuel a publicar el libro Vida y memorias de Mariano Moreno, en el cual se acusó al Presidente de la Junta gubernativa del Río de la Plata, Saavedra, de haber mandado a envenenar a su hermano.

Los Moreno estaban fuertemente ligados a Bernardo de Monteagudo, que después figurase tanto en la Revolución de Perú. No sólo fue, junto a García del Río, uno de los tres ministros de San Martín: cuando García vino a cumplir su misión en Londres, el Protector resolvió que Monteagudo, además de ser Ministro de la Guerra y Marina, se hiciera cargo del departamento de Estado y Relaciones Exteriores, que quedaba vacante.
Blanco White es, por todo eso, un conocedor de la Revolución y un aliado de los patriotas más decididos.
En España se decía que lo subsidiaba el Foreign Office, y hay bastante de cierto en esa especie. Además de pagarle por informes y traducciones, el ministerio británico compraba 600 ejemplares de cada edición de El Español y los distribuía en América. Lo hacía a través de la firma Gordon & Murphy, con agentes en México, Cartagena de Indias y Buenos Aires.
Bello, fino jurista y eximio literato, fue redactor de ese periódico, que dejó de publicarse en 1814. En estos diez años, él ha seguido siendo bibliotecario y profesor privado del religioso, convertido ahora en ministro anglicano.
Los lazos que lo unen a Blanco White —y a través de éste al selecto mundillo de Holland House— hacen que Bello tenga acceso a información confidencial y alterne con grandes personalidades.
Todo ese capital lo comparte ahora con García del Río. Ambos han formado una estrecha amistad y empezaron a editar el año pasado La Biblioteca Americana.
En la primera y hasta ahora única edición, hubo desde poesías hasta láminas sobre la flora y fauna sudamericanas. En cuanto a la situación política de Sud-América, se dejó sentado que también la evolución cultural depende del libre comercio:
"La política española tuvo cerradas las puertas de América por espacio de tres siglos a los demás pueblos del globo; y no satisfecha con privarla de toda comunicación beneficiosa con ellos, la impidió también que se conociese a sí misma".

Asociación, no subordinación

Durante su campaña en Sud-América, San Martín mantuvo relaciones con Inglaterra por intermedio del Comodoro Bowles y Staples.
Bowles fue, después de eso, Capitán del yate real, William and Mary. Ahora es Contralor General del servicio de Guardacostas de Su Majestad, que tiene a su cargo las labores de aduana, la reserva naval y la prevención de ataques a la isla.
Staples, a su vez, se dedica al comercio. Está asociado a Kinder, el agente al que García del Río y Paroissien confiaron la colocación del empréstito peruano.
A ambos hizo San Martín confidentes, en 1817, de su plan de libertar el Perú.
Él se enorgullece de no haberles pedido "asistencia, ni pecuniaria ni de ninguna otra clase".
En cambio, les hizo notar "la urgente necesidad de alguna fuerza inglesa" entre Chile y el Perú, requerimiento que, hábilmente, no fundó en la necesidad de la Revolución, sino en la conveniencia de Inglaterra.
La Armada Real —recuerda haberles dicho— debía proclamarse "neutral" en el conflicto entre España y sus colonias; pero "hacer respetar el comercio inglés, muy expuesto a las tropelías de los españoles". Por cierto, él no ignoraba el efecto disuasivo que, para los realistas, tendría una flota británica estacionada en la región.
Por miramiento, dijo entonces que "desearía" recibir de Londres alguna indicación sobre "el camino a seguir" respecto del Perú. Pero hizo dos insinuaciones que, según interpretó apropiadamente Bowles, estaban destinadas a "despertar el celo" de Inglaterra:
1. Aseguró que el antiguo Presidente de la Junta Provisional de Gobierno de Chile, Carrera, desterrado en las Provincias Unidas, preparaba su regreso a Chile para destituir a O'Higgins; y agregó que Carrera había ofrecido la isla de Chiloé y el puerto de Valdivia a los Estados Unidos, "como precio de una decidida ayuda a la causa de la Revolución".
2. Cuando Bowles le preguntó si, como se decía, la Revolución tenía una "conexión portuguesa", San Martín respondió: "Usted no debe sentir la menor aprensión en cuanto a que nos volvamos portugueses; tenga cuidado que no formemos conexión con Rusia".

Los mensajes no admitían dudas: Inglaterra debía asistir a la Revolución sin esperar resarcimiento, o correría el riesgo de perder influencia en un continente donde —derrotada España— podían primar desde los Estados Unidos hasta Rusia.
En 1818, San Martín se dirigió a Lord Castlereagh, acompañando una carta de O'Higgins al Príncipe Regente. En ella, el Director Supremo de Chile reclamaba a Su Majestad Británica que hiciera esfuerzos similares a los realizados "por la pacificación de Europa", que habían sido coronados "por el feliz éxito". El pedido fue reiterado tras la batalla de Maipú, que según San Martín había "decidido el destino de Sud-América". La mediación sugerida no era un pedido de auxilio. Era una "oportunidad" que la Revolución le daba a Inglaterra: la de sellar la paz en América.
San Martín aclaró a Bowles y Staples que la Revolución necesitaba "medios de transporte" y demostró "el deseo de emplear tantos oficiales extranjeros como pueda".
Sin embargo, no quería que la empresa libertadora quedase subordinada, y por eso no solicitó "asistencia pecuniaria" ni donación de buques. Hizo ingentes esfuerzos para que las Provincias Unidas y Chile reunieran fondos propios y poco después envió a Álvarez Condarco a Londres, en aquella misión que culminó en la compra de la Lautaro y la San Martín.
Además de obtener esas fragatas, Álvarez Condarco contrató a un imaginativo y eficaz oficial, que no era otro que Cochrane.
El Lord salió hacia Valparaíso y allá se hizo cargo de la escuadra chilena. Nadie podía negar su pericia naval, pero Cochrane —que también había integrado el Parlamento— era una figura asaz controvertida en Inglaterra, por su insubordinación y conducta vejatoria, al extremo de haber sido destituido del Almirantazgo y expulsado de la Casa de los Lores.
Durante la expedición al Perú, Cochrane capturó la fragata Esmeralda: una hazaña que extinguió el poder naval español en esos mares. Sin embargo, su impaciencia, sus celos y su inadaptación hicieron que fuera, para San Martín, una espina tan dolorosa como lo había sido para sus superiores en Inglaterra. Tenía afanes de conquistador, más que de libertador, y terminó apartándose de la lucha. De todos modos, Cochrane —al frente de numerosos capitanes británicos— fue primordial en la gesta.
A diferencia de Alvear, San Martín nunca imaginó a Inglaterra "dirigiendo" los asuntos de Sud-América. Lo prueba aquella condición que puso cuando envió a García del Río y Paroissien a ese país, en busca de un emperador: el Perú no tendría ni las leyes ni la religión de Inglaterra.
Ahora San Martín viene a pugnar por el reconocimiento de la independencia de Sud-América. Lo hace en el entendimiento de que esto afianzará la Revolución y, al mismo tiempo, contendrá cualquier devaneo que la Santa Alianza pudiera tener allende el Atlántico, y ahorrará así otra guerra europea.

Lunes 10 de mayo

Escriba revolucionario

Los papeles públicos, incitados por la Legación del Perú, alertaron la semana pasada sobre la detención de San Martín en Francia.
"El General San Martín permanece en El Havre, a la espera de un pasaporte para Inglaterra", dijo el Times.
Si la venida del General hubiese sido turbada por más tiempo, el episodio se habría transformado en un conflicto entre ambas naciones.
La Legación, conocedora de la influencia que los periódicos tienen sobre el Parlamento, se ocupa de atraer a quienes escriben en ellos.
Hasta tiene escritores públicos a sueldo, pagados para postular que se reconozca a las antiguas colonias de España como Estados independientes.
En las cuentas de la Legación se anota, todos los meses, cuánto percibe William Walton, escritor del Morning Chronicle.
Walton es inglés, pero fue educado en España y Portugal. Sirvió a Inglaterra como agente en Santo Domingo, participando de la conspiración contra los franceses, liderada por Juan Sánchez Ramírez. Eso fue en 1809. Luego conoció parte de Sud-América.

En 1811 estaba aquí y trabó relación con Guido y Manuel Moreno, quienes habían llegado en aquel fatídico viaje durante el cual muriese Mariano.
Ambos concertaron con él "acuerdos de publicación" de "noticias y artículos" sobre el Río de la Plata en el Morning Chronicle.
Bolívar citó a Walton en su Carta de Jamaica, la famosa misiva que escribió en 1815 al británico Henry Cullen. Allí dijo:
"En Nueva España había en 1808, según nos refiere el Barón de Humboldt, 7.800.000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias, ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo que parece exacto; pues más de 1.000.000 de hombres han perecido, como lo podrá usted ver en la exposición de Mr. Walton, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio".
El venezolano se refería a un libro de Walton, An exposé of the dissentions of Spanish America, publicado en Londres el año anterior.

Estado de relativa pobreza

En el Chronicle, Walton ha pintado a San Martín como éste quiere que se lo vea: alguien que ha dejado de ser hombre público en Sud-América y viene a Europa para llevar una vida austera y recoleta:
"Entendemos que el patriota sudamericano, General San Martín, de quien se decía que se había enriquecido mediante exacciones al pueblo de Lima, ha arribado a Havre-de-Grace en estado de relativa pobreza. Sólo tiene con él un sirviente, un muchacho mulato, y se dice que su ingreso anual es apenas suficiente para permitirle vivir un digno retiro".
La llegada de San Martín a Londres no ha sido anunciada.
El General no quiere ser centro de la atención.
Su sola presencia será importante y, cuando sea oportuno, él expondrá ante quien corresponda.
Su renuncia al gobierno de Lima causó aquí, si no decepción, alguna sorpresa.
No obstante, San Martín es reconocido en Inglaterra como un americano ilustre. Lo prueba el tratamiento que los papeles públicos dieron, en su momento, a la liberación de Chile y Perú.
La campaña de San Martín
(1817-1822) según la siguió

Éxito completo en Chacabuco. "El ejército de Buenos Aires, comandado por el General San Martín, y destinado a libertar a Chile de los españoles, ha logrado un éxito completo. El 12 de febrero, los patriotas derrotaron a los realistas cerca de Chacabuco, y el resultado de esta victoria fue la completa caída del poder español en esta interesante porción del continente Sud-Americano."

28 de mayo de 1817

Beneficios para el comercio británico. "El éxito del General San Martín en la conquista de Chile ha causado gran demanda de mercancías británicas en Buenos Aires para abastecer a los nuevos mercados. Las armas de los Independientes han hecho que los depósitos de Buenos Aires ya no puedan satisfacer las demandas; y en consecuencia, numerosas órdenes fueron recibidas ayer para despachar mercaderías frescas a Buenos Aires. Uno de los agentes comerciales, al dar su orden, observó: 'Ustedes tienen razón de regocijarse por el triunfo de nuestras armas. Gran Bretaña hará bien en no interferir en nuestros asuntos, porque debe estar segura de que obtendrá más beneficios del libre comercio en el nuevo mundo que del Rey y su sistema de prohibiciones en el viejo'. Nosotros por ahora coincidimos con las opiniones de quien eso ha escrito, en tanto procura persuadirnos de las considerables ventajas que sin duda puede esperarse de Buenos Aires y de la costa occidental de Sud-América. La victoria obtenida por el General San Martín ha puesto en manos de los patriotas 2.000 millas de costa del Océano Pacífico. No hay un solo puerto que reconozca la soberanía de Fernando VII en toda la extensión que va de la Patagonia al

Perú."

28 de mayo de 1817

Los realistas aniquilados en Maipú. "Nosotros habíamos dado Chile por perdido, y no podíamos imaginar que el General San Martín fuera capaz de oponer adecuada resistencia [a los realistas que estaban en vías de recuperar Chile]. Él, sin embargo, no se desanimó, y habiendo hecho que sus fuerzas se replegaran a los llanos a orillas del Maipo, a unas 10 millas de Santiago, se dispuso a dar batalla. El día 5 a la 1 de la tarde atacó a los españoles; y después de un severo conflicto de cuatro horas, él los desbarató por completo. Ellos tuvieron 1.500 muertos, y dejaron en el campo de batalla igual cantidad de prisioneros, con todo sus efectos, municiones y artillería. La caballería persiguió a los que huían e hizo otros 1.000 prisioneros. En suma, el ejército realista fue completamente aniquilado."

21 de julio de 1818

Victoria sobre La Serna. "Éste es un extracto de una carta de Buenos Aires, fechada el 10 de diciembre: 'Un expreso ha arribado en este momento de Chile, confirmando la noticia recibida dos días atrás según la cual el General San Martín, en el pasado mes de noviembre, destruyó el ejército de 4.000 hombres al mando del General [De la] Serna, cerca de Lima, habiendo hecho caer a la mitad de ese ejército en una emboscada, luego de fingir una retirada y dejado unos efectos sin valor a expensas del ejército realista. Nosotros hemos sabido de esto por el General Güemes, gobernador de Salta, quien fue informado por el gobernador de Atacama, cerca de Lima; y se suponía que el ejército patriota entraría inmediatamente en Lima, dado que el Virrey se había retirado a la fortaleza del Callao. Se esperan noticias oficiales de un momento a otro."

12 de marzo de 1821

Gloriosa noticia. "Carta de Buenos Aires trae la gloriosa noticia de la captura de Lima por el General San Martín. La confirmación oficial aún no ha arribado a Buenos Aires como consecuencia de una fuerte nevada en los Andes."

17 de noviembre de 1821

Los españoles abandonan Lima. "Un buque que arribó ayer de Valparaíso puso fin a todas las dudas que el mundo comercial pudiera tener, trayendo la información oficial sobre la caída de Lima. Nosotros la presentamos sin prólogo alguno a nuestros lectores: [Versión completa, traducida al inglés, de la comunicación del General San Martín al Supremo Director de Chile, fechada en Lima el 19 de julio; y versión completa, traducida al inglés, del mensaje dirigido por O'Higgins al pueblo de Chile el 14 de agosto, aclamando la liberación del Perú]. El Virrey abandonó la ciudad el 4 de julio, junto con sus tropas, que suman unos 5.000 hombres. De ellos, unos 2.000 se dirigieron hacia el sur, a lo largo de la costa, bajo el comando de La Serna. Los otros 3.000 marcharon hacia la sierra, bajo el comando de Canterac. La solemne declaración de la independencia se realizó el 15, y no se ha producido interrupción alguna de la pública tranquilidad. Callao, aparentemente, no se había rendido hasta el 20 de julio a las fuerzas de Chile."

28 de noviembre de 1821

El valor y la sabiduría. "Por noticias del 15 de agosto, provenientes de Chile, se sabe que era 'imposible describir las demostraciones de alegría con las que el pueblo de Chile celebró las noticias referidas a la liberación de la capital del Perú, lograda merced al valor y la sabiduría del General San Martín'."

10 de diciembre de 1821

Constitución provisoria. "Estatuto provisional dado por el Protector del Perú, General San Martín. Regirá hasta que una constitución permanente sea establecida." [Versión completa, traducida al inglés.]

28 de mayo de 1822

La entrevista de Guayaquil. "Un amigable encuentro estaba previsto que tuviera lugar entre los generales San Martín y Bolívar en Guayaquil, para establecer un mutuo entendimiento sobre varios puntos de interés general para Sud-América. San Martín ha convocado a una Asamblea Constitucional que debe reunirse el 1° de mayo. Él se reservó el derecho de nombrar diputados

suplementarios por los tres distritos que aún están en manos de los realistas".

15 de julio de 1822

La renuncia. "Nos ha llegado un periódico publicado en Mendoza, el 29 de octubre, que dice: 'Hemos recibido la siguiente e importante información de Chile. En el presente mes Su Excelencia General San Martín arribó a Valparaíso. Su abdicación del supremo comando del Perú, y su separación del brillante teatro de su gloria'." [Versión completa de la renuncia, traducida al inglés. "Paisanos: Presencié la declaración de la independencia de los estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público […]".

4 de febrero de 1823

Martes 11 de mayo

Una fábula asombrosa

Acompañado de Paroissien, el General va a la City.

Pasa frente al imponente Guildhall —la sede del Lord Mayor— y se dirige a las oficinas de Kinder, que están allí nomás, en la calle Basinghall.

El agente que obtuvo el empréstito para el Perú es socio de Staples, aquel cónsul oficioso con el cual San Martín discutió su plan de libertar el Perú.

Kinder jamás imaginó que tendría ocasión de conocer al héroe sudamericano de quien tanto ha oído hablar.

San Martín, por su parte, tiene un objeto práctico: hacerse de los 15.000 pesos que le fueron librados desde Lima.

Él podrá cobrar ese dinero, pero Kinder le explica en detalle algo que ya le había anticipado Paroissien: el empréstito ha dado pábulo a una gran preocupación. Como todo lo referido al Perú, será endeble hasta que Inglaterra reconozca la independencia o Bolívar se afiance.

Mientras tanto, importa que la plaza no pierda certidumbre sobre la recuperación del dinero invertido. El saldo del empréstito —del cual, hasta el momento, sólo se han remitido a Lima 170.000 libras— permanecerá en Londres hasta que se conozca el destino del Perú.

Esos fondos, a los que Kinder, García del Río y Paroissien tienen libre acceso, son necesarios para sufragar los gastos de la Legación, y el principal objeto de tales erogaciones es presionar en favor del reconocimiento.

San Martín cuenta con ellos, además, para el caso de que Bolívar sea derrotado y haya que enviar desde aquí una fuerza destinada a reanudar la lucha.

La historia del empréstito

Los fondos reunidos por Kinder fueron aportados por gran cantidad de ahorristas que respondieron a este llamado, publicado dos años atrás en los periódicos de Londres:

"Un empréstito de 1.200.000 libras esterlinas ha sido contraído, en nombre del Estado del Perú, con Sus Excelencias John García del Río, fundador de la Orden del Sol, y últimamente Ministro de Estado de Relaciones Exteriores, y el General Paroissien, fundador de la Orden del Sol, y Oficial de la Legión del Mérito de Chile, Enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios del Gobierno Peruano con este propósito.

El monto del empréstito será emitido en bonos pagaderos al portador de 100, 200 y 500 libras, cada uno de los cuales rendirá un interés anual de 6 por ciento. Los intereses serán pagados semestralmente, el 15 de abril y el 15 de octubre de cada año, en Londres, en el banco de los señores Everett, Walker, Maltby, Ellis and Co.

Las rentas derivadas de la Casa de la Moneda y de la Aduana serán hipotecadas para asegurar el pago de los intereses y la devolución del empréstito. Los bonos serán pagados anualmente a la par durante 30 años, en proporciones iguales cada año, comenzando en 1826 y concluyendo en 1856.

La actual deuda del Estado de Perú no alcanza a 61/2 millones de dólares, lo cual representa aproximadamente la mitad de este empréstito.

El producido neto de la Casa de la Moneda es, según el promedio de cinco años, de unos 275.000 dólares o 55.000 libras esterlinas, y el de la Aduana, bajo la ventaja del libre comercio, no puede

ser inferior a medio millón de libras esterlinas".
El dinero recaudado se depositó en dos cuentas que Kinder abrió en Everett & Co., en la calle Lombard. Una cuenta, a nombre del empréstito (Peruvian Loan Account); la otra, a nombre del Estado del Perú y el propio agente (State of Peru - Thomas Kinder Jr., Esq.).
García del Río, Paroissien, Kinder y el banco tomaron, además, una precaución: enviaron un "representante especial" a Lima, a fin de que San Martín ratificara el contrato y las facultades de Kinder para obligar al Perú.
El elegido fue un joven comerciante, Robert Proctor, a quien también se le encargó que abriera un banco en Lima, Robert Staples & Co. Ese banco, propiedad de Staples y Kinder, sería el responsable de recibir las remesas que hicieran, desde Londres y a favor del Perú, Kinder o Everett & Co. También estaría a cargo de enviar a Inglaterra los dineros que quisieran repatriar los comerciantes británicos en Lima.
Proctor zarpó a principios de diciembre de 1822, ignorando que San Martín ya no gobernaba el Perú.
La noticia de la "abdicación" llegó a Inglaterra en febrero.
A esa noticia siguieron, aquí, meses de incertidumbre. Los ahorristas sintieron que se les cortaba el resuello: San Martín había abandonado Lima y Bolívar no se decidía a entrar.
El empréstito estaba garantido por el Perú independiente, con la plata acuñada y sin acuñar de la Casa de la Moneda, más los ingresos de aduanas. En caso de que España pudiera restablecer su colonia, desconocería el empréstito. Los acreedores, en ese caso, lo perderían todo.
En agosto de 1823 se supo que el Congreso peruano había aprobado el empréstito.
Sin embargo, dos meses más tarde llegaron, en el mismo buque:
• El decreto de Riva Agüero —uno de los últimos que firmó, antes de perder el gobierno— promulgando la ratificación que, a fines de 1822, el Congreso había hecho del empréstito.
• La noticia de que Lima había sido reconquistada por los realistas en junio.
Quedó en duda la existencia del Perú independiente.
Y si tal Estado aún existía, resultó incierto que García del Río y Paroissien fueran sus legítimos representantes.
El Congreso ya había revocado los poderes de ambos enviados, en cuanto "a la forma de gobierno". Esto significaba que ya no podían ofrecer la corona del Perú.
Al ratificarse el empréstito se fue más allá, anticipando que el Gobierno del Perú designaría un "agente extraordinario", en reemplazo de los dos comisionados que en su momento había designado San Martín.
García del Río y Paroissien decidieron que seguirían actuando, como si nada ocurriera, hasta la llegada de ese agente.
Pero la plaza no estaba convencida.
Se sabe que el Perú no es un reino imaginario; pero la historia de Gregor MacGregor había vuelto impresionables a los inversionistas.

El Príncipe de Poyais

El escocés MacGregor, como San Martín, combatió contra Napoleón en la Península y, en 1811, partió para Sud-América a luchar por la independencia de las colonias españolas. Allá se le conoce por su nombre hispanizado, Gregorio.
Miranda lo hizo General de Brigada de Caballería; Bolívar lo ascendió a General de División y le confirió la Orden de los Libertadores.
Casado con Josefina Lovera, tiene un vínculo familiar con el Libertador de Colombia: su esposa es prima de Bolívar.
Hace cuatro años MacGregor llegó a Londres con ella.
Se presentó aquí como Príncipe de Poyais, un supuesto principado de la Costa del Mosquito, en América Central.
Según dijo, el Rey George Frederic Augustus I, soberano de aquellos dominios, le había obsequiado 8.000.000 de acres de tierra fértil, minas nunca explotadas y una fastuosa ciudad —St. Joseph, construida en el siglo XVIII por residentes británicos— que lucía una admirable

catedral y una Ópera deslumbrante.
En ese territorio, relató MacGregor, él había formado un país, con gobierno y ejército propios. Su viaje a Londres tenía por objeto ofrecer lucrativos negocios a los comerciantes y un porvenir venturoso a las familias que desearen colonizar su principado.
Para persuadir a inocentes, MacGregor hizo publicar una guía de Poyais, escrita por un ficticio Capitán Thomas Strangeways: Sketch of the Mosquito Shore, including the Territory of Poyais, descriptive of the country.
En las 350 páginas de tal guía se presentaba a Poyais como un país de maravillas: en la Costa del Mosquito no se conocían, siquiera, tormentas o enfermedades tropicales. Además, los metales preciosos (oro, plata) aguardaban que alguien fuese a arrancarlos de la tierra con sus manos.
El mítico principado se volvió expectable cuando MacGregor abrió la Legación del Territorio de Poyais en la calle Dowgate Hill, de la City, y logró que el Mayor William John Richardson asumiera como jefe.
Poco después, MacGregor y Josefina se instalaron en Oak Hall, la casona de campo de Richardson, en Wanstead, Essex, unas 21/3 leguas al nordeste de Londres. Allí, el "Príncipe" ofreció suntuosos banquetes a diplomáticos y comerciantes.
La aceptación del personaje fue tal que Christopher Magnay, Lord Mayor de Londres, le brindó una recepción oficial en el Guildhall.
MacGregor abrió también legaciones en Glasgow, Stirling y Edimburgo, donde se dedicó a vender parcelas de tierra en su principado, a un precio que (si tal principado hubiese existido) habría sido magnánimo. Cobraba el acre de feraces suelos a 6,25 libras: la paga de un bracero por mes y medio de trabajo.
En Escocia, asimismo, hizo imprimir "dólares de Poyais"; y allá como aquí reclutó colonos, que el año pasado se embarcaron rumbo a la Costa del Mosquito.
Los colonos compraban, con libras esterlinas, esos "dólares" que, suponían, habrían de necesitar en el principado.
El Honduras Packet zarpó de Inglaterra con 70 incautos.
El Kennersley Castle partió de Escocia con 200.
Cuando llegaron a la tierra prometida se encontraron con que Poyais era una jungla inhóspita, sólo habitada por un puñado de nativos. En vez de la esplendente St. Joseph, se toparon con las ruinas de un modesto asentamiento, abandonado hace casi un siglo.
Las enfermedades tropicales segaron la vida de la mayor parte de aquellos incautos.
Recogidos por el Mexican Eagle, un buque de las Honduras Británicas, los sobrevivientes emprendieron el regreso.
De los 270 hombres que habían partido de Gran Bretaña, el 12 de octubre llegaron menos de 50.
Para entonces, MacGregor ya había abandonado Londres. Se dice que ahora está en París.
Antes de huir, colocó aquí un empréstito por 200.000 libras, en títulos al portador de 100 cada uno.
Los tenedores, por cierto, han perdido su dinero.
No pocos inversionistas deducen que prestar al Nuevo Mundo —distante y desconocido— es asumir riesgos en exceso.

Ante los tribunales

Los acreedores del Perú comenzaron, ya en 1822, a promover acciones legales. Si hasta ahora no han logrado que la justicia cancelara el empréstito y ordenara la devolución del dinero, fue sólo por razones de procedimiento.
Los jueces se han amparado en vicios de forma para evitar un pronunciamiento político: mientras el Gobierno británico tolere las relaciones económicas con el Perú, pero no reconozca la existencia de ese país, no quieren ser ellos quienes firmen la fe de nacimiento.
Esto, sin embargo, no puede prolongarse. Si la incertidumbre aumenta, la justicia proveerá, en algún momento, protección a los ahorristas.
Hasta ahora, los juicios que se han llevado a cabo son éstos:

HODGSON VS. SAN MARTÍN Y OTROS

Esta demanda fue interpuesta, al promediar 1822, ante la Corte del Lord Mayor.
Los demandados eran el Protector del Perú y sus representantes en Londres.
El demandante, un tal Hodgson, no había podido descargar mercancías en el Callao, el año anterior, porque ese puerto estaba controlado por los realistas y sitiado por los patriotas.
San Martín había declarado la independencia de Lima, el 14 de julio, pero La Serna no se había rendido, y la fortaleza del Real Felipe estaba en manos de sus hombres.
Las Heras, que tenía el Callao bajo sitio, no pudo tomar el fuerte hasta el 21 de septiembre.
Fue en ese período que llegó el buque con la mercadería de Hodgson. Éste concluyó que España no había perdido todavía su colonia, y reclamó que los "insurgentes" lo indemnizaran por las pérdidas sufridas. Él entendía que el dinero debía salir de los fondos que se habían colectado en Londres, a nombre de un supuesto Perú independiente.
La demanda fue rechazada, pero sólo porque la justicia de la ciudad es incompetente para resolver un litigio internacional.

JONES VS. GARCÍA DEL RÍO Y OTROS

El año pasado, un tal Jenkin Jones y otros dos inversores demandaron por fraude a García del Río, Paroissien, Kinder, William Everett y los socios de éste en el banco. Lo hicieron ante la Chancery, una "corte de equidad", que puede apartarse de la fría ley para resolver sobre lo que es justo.
Alarmados "por las fluctuaciones del Perú", los actores observaron que "las minas y otros recursos de aquel país habían sido dados en garantía" por individuos que ya no tenían poder, y que el país mismo se hallaba "agitado y aturdido".
Yendo más allá, afirmaron: "El Perú es todavía una provincia y dependencia del Reino de España". En virtud de esto pidieron que se cancelara el empréstito. Por si hiciera falta una razón, agregaron que el sedicente gobierno del Perú no había sido "reconocido por el Gobierno de Su Majestad".
Tales argumentos fueron suficientes para que la Corte dispusiera inmovilizar los fondos del empréstito. No contento con eso, Jones se dirigió a Canning, rogando que no se reconociera al gobierno del Perú.
La demanda llegó el año pasado a Lord Eldon —Lord High Chancellor—, máxima autoridad judicial del Reino Unido.
Al resolver el caso, Lord Eldon comenzó por preguntarse:
1. Si él mismo, "como el Juez del Rey", tenía derecho a interferir en un contrato "con un país que el Rey no reconoce".
2. Si la justicia británica debía asistir a quienes habían facilitado "dinero a una colonia alzada contra su metrópoli", siendo que esa metrópoli está en buenas relaciones con Gran Bretaña.
Por fin rechazó la demanda, pero sólo por una razón de forma: los demás tenedores de títulos del Perú no habían otorgado mandato a Jones y los otros dos que demandaron la cancelación. "Podría haber tenedores que, a diferencia de los demandantes, quisieran la continuidad del empréstito", sentenció Lord Eldon.
Las preguntas que el juez se había hecho a sí mismo quedaron sin respuesta.
Esto confirma la necesidad del reconocimiento.
"Un país que el Rey no reconoce" es muy débil; está expuesto a ser considerado "una provincia" o "dependencia", o un reino inexistente, como Poyais.

KINDER VS. EVERETT Y OTROS

El banco donde están los fondos del Perú decidió el año pasado que no desembolsaría "ni un penique" del empréstito mientras la "propiedad" del dinero fuera "incierta".
Ocurrió cuando, conforme las noticias provenientes del Perú, se hizo verosímil que España reconquistara aquel territorio.
Kinder procuró retirar el saldo de 5.666 libras de la cuenta a nombre del empréstito, y 70.000 de la cuenta a nombre del Perú. Los cheques fueron rechazados y el agente demandó al banco.
El caso llegó hasta una corte superior, King's Bench, y Paroissien dice: "Obtuvimos un triunfo completo sobre Everett".

No fue tanto. Es cierto que el tribunal le ordenó al banco pagar las 75.666 libras. Sin embargo, el juicio dejó sentados algunos precedentes incómodos:

• El Lord Chief Justice —la segunda autoridad judicial del país, después del Lord Chancellor— no admitió que García del Río y Paroissien fuesen "enviados", en tanto ellos "no han sido reconocidos como tales por el Gobierno británico".

• Paroissien creyó necesario ocultar que era General de Brigada y declaró que había estado "presente" en Perú "durante la mayor parte de la lucha entre los patriotas y los españoles". Como "testigo" de esa guerra, debió negar que los criollos hubieran violentado normas internacionales. Declaró que "la guerra fue conducida de acuerdo con los principios de las contiendas civilizadas, que los cautivos fueron tratados como prisioneros de guerra, que tales prisioneros fueron canjeados según el rango, y que, aun cuando, a veces, uno y otro bando cometieron atrocidades, éstas no formaron parte de un sistema".

• Reconoció que el poder para "hipotecar propiedad nacional del Perú" les había sido otorgado, a él y a García del Río, por San Martín, "entonces en control militar de la mayor parte del Perú, y ocupando la capital, Lima".

• Debió admitir que su autoridad había sido "revocada el 22 de noviembre de 1822", aunque aclaró que no había recibido "notificación oficial" hasta mucho después, y que al conocer este hecho lo había comunicado al banco.

• El Lord Chief Justice observó que las credenciales de García del Río y Paroissien los designaba "enviados, embajadores y plenipotenciarios a todo el mundo". El Procurador General, con sarcasmo, pidió seguridades de que sus facultades no fueran "más allá" de este mundo.

• Paroissien fue obligado a admitir la "abdicación" de San Martín, "la toma de Lima por los realistas", la existencia de "facciones y divisiones" entre los patriotas, y la "actual partición del país, donde, aparte de las fuerzas realistas, hay dos poderes que se dividen el territorio".

• El abogado de Everett dijo que, "si aquellos que hipotecaron los recursos del Perú no tenían poder para hipotecarlos, el dinero es propiedad de los suscriptores del empréstito, y el banco, como depositario, tiene la obligación de custodiar ese dinero en favor de sus dueños". Comunicó, asimismo, que su cliente había resuelto no consignar el dinero en la Court of Chancery por consejo del propio Presidente de esa Corte. Éste había advertido que ni los demandantes ni los ahorristas podían alegar ignorancia sobre la naturaleza del empréstito: se trataba de dar auxilio económico a insurgentes, empeñados en destituir a un gobierno colonial que mantenía relaciones pacíficas con Inglaterra. Si esos fondos eran depositados en la Corte, quedarían para la Corona.

• El Lord Chief Justice dijo que no se pronunciaría sobre la legalidad del empréstito porque las partes no lo habían requerido. Opinó que el banco no tenía derecho a retener las 5.366 libras depositadas a nombre del empréstito, pero sí las 70.000 libras depositadas a la orden del Estado del Perú: "Los agentes que celebraron este contrato fueron designados por el General San Martín, quien entonces ostentaba el comando supremo; pero este General llamó a un Congreso y abdicó de su poder; otras resoluciones siguieron y ahora parece que, dejando a un lado a los realistas, a los cuales ciertamente ninguna de las partes considera el Estado del Perú", hay dos fuerzas hostiles compitiendo por el dominio.

• El jurado no siguió el criterio del Lord Chief Justice: decidió que el banco debía reintegrar todo el dinero a Kinder. Sin embargo, el expediente queda como muestra de la labilidad del empréstito, y deja en evidencia que no se podrá procurar más recursos en esta plaza.

BOUSFIELD VS. GARCÍA DEL RÍO Y OTROS

En este juicio, fundado en razones similares a las de los anteriores, los demandados opusieron una excepción por falta de mérito.

El juez no ha entrado aún en la consideración del caso.

La llegada de un amigo

Todo esto turba a San Martín.

Su plan se enfrenta con una paradoja. Si hubiere que acudir en auxilio de los patriotas, harían falta los dineros del empréstito; a la vez, será difícil conservar esos dineros si en Perú los patriotas no logran afianzarse, cuanto antes, por sí solos.

Las noticias que llegan de Lima no dejan de alarmar.
Los poderes de García del Río y Paroissien son, por otra parte, "insubsistentes", según se lo declaró en Lima el año pasado. Si los enviados de San Martín están todavía aquí, y administran fondos del empréstito, es sólo porque se han aprovechado de la confusión reinante en el Perú.
El 29 de diciembre último llegó a Londres un nuevo representante, nombrado por aquella Junta. Por fortuna, es un viejo conocido de San Martín: Juan Parish Robertson, aquel escocés que asistiera, por invitación del General, a la batalla de San Lorenzo.
Paroissien, por su parte, conoce a Robertson desde 1807.
Ambos se habían trasladado al Río de la Plata apenas sabido en Londres que Buenos Aires era británica.
Ambos habían llegado a Montevideo cuando la capital del Virreinato estaba otra vez en manos españolas.
Ambos habían aguardado en vano que Whitelocke la recapturase.
Ambos se habían identificado luego (en papeles diferentes) con las fuerzas independentistas.

Emperador desterrado

San Martín recibe una carta desde Southampton.
La ha remitido Iturbide, el hombre que estuvo al frente de aquella "monarquía despótica" que El Argos juzgaba "despreciable", por estar apoyada "en la plebe y la fuerza militar".
Habiendo sido realista y combatido durante una década contra los insurgentes, Iturbide terminó proclamando, en 1821, "la nación mexicana", que por 300 años no había tenido "voluntad propia, ni libre el uso de la voz".
La historia de este aristócrata criollo da testimonio de las contradicciones que han caracterizado a la Revolución de las antiguas colonias españolas.

De vírgenes y fusilamientos

La lucha por la independencia comenzó en el antiguo Virreinato de Nueva España hacia 1810, cuando el sacerdote jesuita Miguel Hidalgo se alzó contra el Virrey y profirió en Guanajuato el Grito de Dolores: "¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Viva Fernando VII".
Hidalgo formó un ejército de indios y mestizos que, pese a estar mal armado, llegó a los arrabales de la capital matando guachupines, como algunos llaman allá, con desdén, a los españoles.
Las dos facciones levantaban la bandera de la fe. Los realistas peleaban en nombre de la nívea Virgen de los Remedios; los insurgentes, bajo la advocación de la morena Virgen de Guadalupe.
No obstante, los realistas decían estar en guerra contra la herejía y se amparaban en la Inquisición. El Santo Oficio, en efecto, acusó a Hidalgo de "apóstata de la religión, negador de la virginidad de María, materialista, libertino, abogado de la fornicación, sedicioso y sectario de la libertad francesa".
El cura pagó tales pecados (pero, sobre todo, el de la derrota) cuando fue capturado y fusilado en Chihuahua, en 1811.
Su obra fue seguida por un subordinado, también sacerdote: Morelos, que en 1812 controlaba el sur del país, y en 1813 hizo reunir en Chilpancingo un Congreso constituyente.
Ante aquel congreso presentó Morelos sus "Sentimientos de la Nación", un escrito en el cual proponía: "Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra [y] que el dogma sea sostenido por la jerarquía de la Iglesia, que son el Papa, los obispos y los curas, porque se debe arrancar toda planta que Dios no plantó".
Esa profesión de fanatismo no le ahorró el odio de los católicos de estirpe, exasperados porque Morelos pretendía, por otro lado, abolir las castas y subdividir los latifundios cañeros.
Al igual que Hidalgo, su sucesor permitió que lo vencieran. Eso le valió ser juzgado por la Inquisición y fusilado, en 1815.
Su lugar lo tomó Vicente Guerrero. La insurgencia estaba menguada. Pero la lucha prosiguió otros cinco años, hasta que, en España, Fernando VII fue obligado a jurar la Constitución de 1812. Entre someterse al liberalismo peninsular y proclamar la independencia, muchos realistas creyeron conveniente fomentar un gobierno propio.

Iturbide, que había luchado contra Guerrero, selló entonces un pacto con el insurgente. Juntos firmaron el Plan de Iguala, que se proponía establecer: 1) la independencia, 2) el monopolio de la religión católica, 3) la unión de todos los grupos sociales.
El plan previó que "Fernando VII y en sus casos los de su dinastía, o de otra reinante", serían "los Emperadores" del nuevo Estado, "para hallarnos con un monarca ya hecho y precaver los atentados de ambición".
Sin embargo, previendo que Fernando VII "no se resolviese a venir a México", se dispuso que una Junta de Regencia escogiera "la testa que ha de coronarse".
Fernando no se resolvió y la testa que se coronó fue la de Iturbide, quien entró a la capital al frente del Ejército Trigarante, formado por realistas e insurgentes, que se había constituido para garantir los tres principios de Iguala: "religión, independencia y unión".
El imperio de Agustín I, que se amplió por la anexión de Guatemala, resultó efímero.
El año pasado, el General Antonio López de Santa Ana se levantó en armas y exigió la instauración de un régimen republicano.
Itrubide abdicó y vino a buscar refugio en Europa.
Se dirigió a Italia con:
• Su esposa y los ocho hijos de ambos.
• Su sobrino José Malo.
• El coronel polaco Carlos Beneski, quien, tras naufragar en 1822 frente a México, devino uno de sus oficiales más importantes del país.
• Su confesor, José Treviño.
• Su secretario privado, Francisco de Paula Álvarez.
• La familia de su secretario privado (padre, esposa, dos hijos).
• Empleados y sirvientes.
Trasladado el Emperador en desgracia y aquella corte en el buque Rawlins, de la Compañía Alemana de las Indias, llegaron a Livorno y se alojaron en una residencia que Paulina Bonaparte Borghese —la hermana menor de Napoleón— tenía cerca de allí. Era una magnífica villa frente al mar, en Viareggio.
No obstante, Iturbide soñaba con el retorno a México y, después de tres meses en Italia, pasó a Inglaterra en busca de ayuda.
Llegó el 1° de enero a Londres, donde ha hecho amistad con García del Río.
Su familia arribó dos meses más tarde y desde entonces ha residido en Bath, en el suroeste de Inglaterra. Hay allí unos famosos baños termales, y la ciudad fue reconstruida el siglo pasado, con casas de fachadas idénticas, todas en piedra caliza amarillenta.

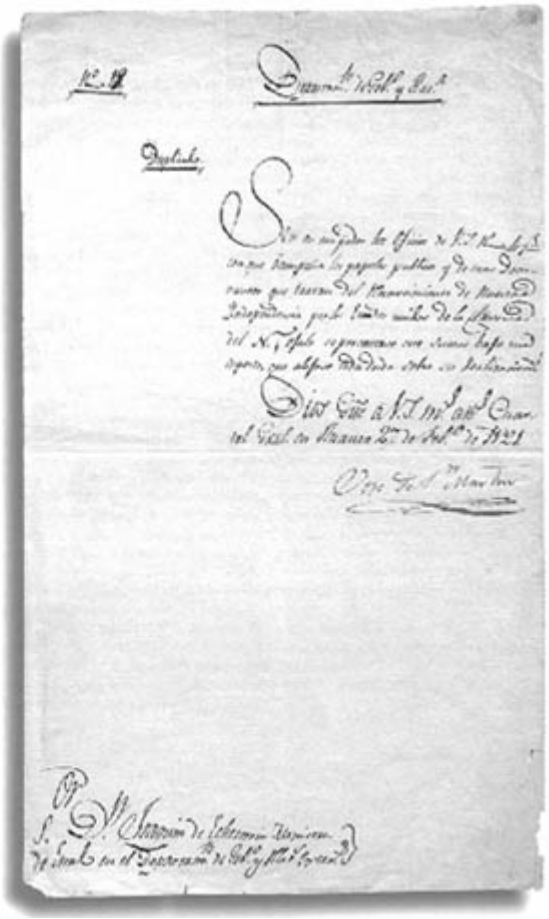
Admirador de sus virtudes

La carta que recibió San Martín dice:
"En Londres esperé mucho tiempo lograr la satisfacción de hacer el conocimiento personal con el apreciable Libertador del Perú. Al llegar ayer a Southampton, vi anunciada la entrada de usted; ocurrí luego al Star, y tuve el sentimiento de saber que pocas horas antes había usted marchado".
Según afirma, Iturbide fue a Southampton "con el objeto" de conocer a San Martín, a quien le ruega "tenga la bondad" de volver a aquella ciudad, "sin dar la menor idea a persona alguna, ni aun de haber recibido carta mía, pues deseo que no sea conocido absolutamente este paso".
Iturbide espera que "nuestro buen amigo D. García del Río" haya dicho algo al General sobre el esperado encuentro y, en la esperanza de que éste se realice, declara a San Martín: "Soy verdadero admirador de sus virtudes y mérito".

Las faenas de Juan y Diego

Londres,
12 al 27 de mayo

Las faenas de Juan y Diego



Carta con elogios a Monroe.

Miércoles 12 de mayo

Confirmando a los delegados

San Martín no puede prescindir de García del Río y Paroissien.

Ellos tienen las relaciones necesarias, dominan el inglés, llevan los negocios de la Legación y administran el dinero del Perú. Sin todo eso, es imposible llevar a cabo el plan que el General se ha propuesto.

Mucho menos cuando, fiel a su estilo, él pretende obrar con un sigilo extremo. Quiere valerse de sus hombres de confianza, aptos para las delicadas misiones a cumplir. No desea, en cambio, participar por sí mismo de negociaciones con autoridades británicas, que podrían dar lugar a interpretaciones equívocas.

Sin embargo, García del Río tiene admitido en juicio que sus poderes, y los de Paroissien, fueron revocados el 22 de noviembre de 1822.
San Martín concibe un plan para que ambos sigan actuando aquí como delegados del Perú.
Los instruye para que envíen un despacho a Lima, agradeciendo "la distinción de haber sido nombrados, de nuevo, ministros en Europa".
En la nota pondrán que la renovación del mandato les fue "informada por el Exmo. Don José de San Martín"; y, dando la decisión por segura, se comprometerán a "corresponder a tan alta confianza", solicitando una constancia escrita del nuevo nombramiento, a fin de exhibirla ante quien corresponda.
En los próximos meses, los dos actuarán con el aval del ex-Protector del Perú, presente en Londres, y copia de la nota despachada a Lima.

Temen un acuerdo anglo-francés

Luego de consultar con San Martín, García del Río y Paroissien envían un informe al Perú.
Basados sobre "declaraciones públicas" y "acuerdos con los Estados Unidos", afirman que Inglaterra —decisiva por su "preponderancia marítima"— se ha comprometido a impedir que una potencia extraña intervenga en la contienda entre España y las antiguas colonias.
Sin embargo, reconocen algo que es preocupación permanente de San Martín: "No está fuera de la esfera de la probabilidad que el Gobierno británico conviniese en varios puntos con la Santa Alianza". Este acuerdo de "los soberanos de Europa", como los llama el General, se volvería imposible, únicamente, si el compromiso de Inglaterra con Sud-América se extendiera "más allá de lo que reclamen los intereses mercantiles de la nación".
García del Río y Paroissien advierten, también, sobre otro peligro: si la Santa Alianza comprende que "Inglaterra está inmóvil en su resolución de no consentir que la América vuelva al yugo", puede consentir la independencia de esos países, a cambio de que ellos acepten monarcas europeos.
En ese caso, las incógnitas serían dos:
1. Cómo se repartirían, entre las dinastías, "los diferentes tronos del nuevo mundo". En el informe se dice que Inglaterra resistiría "todo lo posible" que un Borbón se estableciera en América, por temor a que Francia extendiese su influencia. No obstante, Francia podría obtener, además del apoyo español, el de Rusia.
Asignar un monarca de Europa a cada Estado americano es una idea que el propio San Martín había presentado, años atrás, al Comodoro Bowles. Las condiciones, sin embargo, han cambiado. Entonces se trataba de garantir la independencia de Sud-América, pero con reyes sujetos a constituciones patriotas. No es esto lo que propiciaría la Santa Alianza, auspiciante de las monarquías absolutas.
2. Qué posición tomarían los Estados Unidos, recelosos de ver "a los Estados americanos constituidos en monarquías". García del Río opina que, "si hay acuerdo entre Inglaterra y Francia —y salvo el caso inverosímil de que se quisiera imponer tal acuerdo por la fuerza— los Estados Unidos tendrían finalmente que aceptar".

Jueves 13 de mayo

Noticias de las Malvinas

Según el Times de hoy, "una carta de Buenos Aires" dice que el gobierno porteño está creando "un asentamiento en Port Louis, una de las islas Falkland".
La carta señala que inicialmente fueron a instalarse en dichas islas "unos 100 colonos" y que, al partir la misiva, otros se aprestaban a seguirlos.
"Este asentamiento", subraya el periódico, "puede resultar muy útil para los navíos que deben redondear el Cabo de Hornos".

Viernes 14 de mayo

Se juega el Imperio mismo

Señalados comerciantes de la City han presentado un memorial al gobierno británico, pidiendo que se establezcan dos nuevas líneas marítimas: una con Colombia y otra con México.
Según el Morning Chronicle, el petitorio fue "recibido favorablemente" por las autoridades, pero

“hasta que no se reconozca la independencia de tales Estados, será imposible demandarlos o ser demandados por ellos ante los tribunales británicos”, lo cual hace al comercio con Sud-América y México muy inseguro.
Siguiendo con su campaña en favor del reconocimiento, agrega el periódico:
“El efecto que causa en la moral de los sud-americanos y los mexicanos esta demora en reconocer su libertad, puede resultar profundamente dañino para el interés británico. Es una insolencia decirles a esas naciones que el gobierno de Inglaterra está secretamente inclinado a cultivar con ellas una provechosa relación comercial, pero que por ahora ese intercambio no debe hacerse a la vista de la Santa Alianza y los Borbones. Es como si un individuo aceptara una invitación a cenar, pero pidiera al anfitrión que le dejase entrar por la puerta trasera para no ser visto por los vecinos, por temor a que éstos juzgaran que tiene malas compañías”.
Cambiando luego el tono de fábula por el de una solemne invocación, el Chronicle afirma:
“Cuanto más los ministros británicos se nieguen a aceptar la independencia y soberanía de los nuevos Estados americanos, mayor será el perjuicio que causarán a los comerciantes británicos, a los fabricantes británicos, y a la economía británica en general, la cual puede resultar paralizada”.
“El libre comercio con todo el continente americano es necesario no sólo para la prosperidad, sino para la existencia misma del Imperio Británico”.
En efecto, el papel público advierte que “esas vastas regiones quedarían otra vez cerradas al comercio con Inglaterra si una rama de los Borbones alguna vez las gobernase por derecho divino. Ante tal circunstancia, de no extender una poderosa ayuda a la causa de la independencia, Inglaterra se convertiría en su propio verdugo”.
El temor no es infundado. El mismo periódico afirma que las tropas francesas permanecen en España, “justo cuando Fernando VII ha comenzado a hablar de una expedición que iría a embestir las libertades de América”.
Aunque “el gobierno inglés ha señalado inequívocamente que no vería con indiferencia” un intento franco-español de recuperar las colonias de España en América, y el presidente de los Estados Unidos Monroe “ha hecho la misma advertencia”, el Chronicle cree necesario que esos compromisos no queden en retórica.
Lo mismo piensa un grupo de banqueros y comerciantes que se reunirán hoy en Londres para acordar cómo proseguir la presión sobre su gobierno.

Sábado 15 de mayo

Mackintosh y Hall

San Martín ha hecho llegar al Morning Chronicle algunos de los papeles públicos que trajo, “destinados a casas inglesas”.
Son parte de esos periódicos “inflamados de republicanismo” que le fueran confiscados por unos días en El Havre.
El Chronicle dice hoy: “Hemos recibido varios números de una nueva serie de El Argos, un periódico publicado en Buenos Aires. Corresponden a principios de febrero”.
Se destaca, sobre todo, un artículo referido a la Santa Alianza. El papel porteño afirma que “sólo Inglaterra” puede frenar la carrera de esos “tiranos”, movidos por su “insaciable ambición”.
Para eso, el primer paso debe ser el reconocimiento de los nuevos países americanos.

Abanderado del reconocimiento

Sir James Mackintosh es un historiador y filósofo escocés. Heredero de Kyllachy —una extensa propiedad en Escocia, cerca de Aberdeen— se ha entregado de lleno a la política.
Como devoto de Cicerón, procura brillar, también él, en el difícil arte de la oratoria. La Cámara de los Comunes está habituada a sus enjundiosos pero infinitos discursos.
Es más conciso cuando se dedica a su otra pasión: escribir artículos para los papeles públicos.
Varias razones vinculan a Mackintosh con los revolucionarios hispanoamericanos que residen en Londres:
Asociación con el Morning Chronicle. Ha sido accionista y director del Morning Chronicle, tal vez el periódico londinense que con más fervor ha defendido, y defiende, a los nuevos Estados.

El periódico es propiedad de Daniel Stuart, hermano de la primera esposa de Mackintosh. Durante un tiempo, éste tuvo una parte de la sociedad editora, pero luego se la vendió al propio Stuart, a condición de que se le permitiera seguir usando el periódico como tribuna.
Íntima relación con los Maitland. La segunda hija de Mackintosh se llama Maitland, en honor a James Maitland, Conde de Lauderdale, un íntimo amigo de Mackintosh, a quien éste le ha confiado la administración de Kyllachy. Este lord es hermano de Tomás Maitland, aquel general británico que, diecisiete años antes de la proeza consumada por San Martín, concibió un plan semejante al de éste.
Vínculos con Lord Fife. Los escoceses Mackintosh y Lord Fife se conocen muy bien. La diferencia de edad no es excesiva (uno tiene cincuenta y ocho; el otro, cuarenta y siete) y la actividad política los ha hecho compartir vicisitudes.
La contratación de Cochrane. Fue Mackintosh, junto con otros tres políticos —Sir Francis Burdett, Henry Peter Brougham y Edward Ellice— quien hizo, en 1817, que Álvarez Condarco conociera a Cochrane.
Relaciones con el Rey. En su momento, Mackintosh alertó a la opinión pública —mediante artículos en los periódicos— sobre la insania de Jorge III y su consiguiente incapacidad para gobernar. Sostuvo entonces que el Parlamento estaba facultado para nombrar a su hijo mayor, el actual Jorge IV, como Príncipe Regente. La tesis, muy resistida al comienzo, terminó por imponerse trece años atrás. Comenzó entonces, de hecho, el reinado del actual monarca; primero como Regente y, tras la muerte de su padre, como Rey propiamente dicho. Jorge IV no se olvida del apoyo que recibió de Mackintosh.
Tampoco del que ofreció el amigo de Mackintosh, Lord Lauderdale, justo al momento de la coronación. Todo ocurrió durante aquel grotesco episodio, cuando Carolina —abandonada por el Príncipe pero todavía su legítima esposa— reclamó que, al convertirse él en Rey, ella pasara a ser Reina consorte. El Parlamento formó un comité secreto para resolver el asunto, y los argumentos de Lord Lauderdale, integrante de aquel comité, fueron decisivos para frustrar la aspiración de Carolina. Eso le ganó la gratitud eterna del hoy Jorge IV.
Amistad con Canning. Mackintosh ha mantenido, por años, una amistad con el Secretario no perturbada por su relación con Jorge IV, ni por las diferencias políticas: Canning es tory y Mackintosh, whig. Ambos hombres discrepan, no sobre la conveniencia de reconocer a las ex-colonias españolas, sino acerca de la oportunidad propicia. Mackintosh cree que es preciso hacerlo ya; Canning no se deja presionar y, en el Parlamento, ambos han tenido más de una polémica. Sin embargo, eso no ha alterado el afecto que los une.
Aval de Bolívar. El interés de Mackintosh por los nuevos países no se limita a lo político. Hace tres años, vendió buques, armas y equipos militares a la Gran Colombia, surgida de la fusión de Colombia y Venezuela. La venta fue pactada por Mackintosh, aquí en Londres, con el venezolano López Méndez. Ambos convinieron un precio de 186.475 libras, cancelado por López Méndez mediante bonos de deuda, que entregó con una tasa de descuento sorprendente: 60 por ciento. Mackintosh, así, recibía un título por 100 y daba recibo por 40. Cuando buques, armas y equipos llegaron a Cartagena de Indias, el Vicepresidente de la Gran Colombia, Francisco de Paula Santander, se negó a recibirlos: sostuvo que el contrato firmado por López Méndez era ruinoso. Se mandó a hacer, entonces, una tasación, que dio la razón a Santander pero fue rechazada por Mackintosh. Por fin, el Presidente Bolívar aceptó el "ruinoso" contrato, sólo para no perjudicar el crédito del país en Londres.
Esta semana, Mackintosh pugnó en la Casa de los Comunes, una vez más, por el reconocimiento de la independencia sud-americana.
En su discurso sostuvo que "todo hombre debería leer" el libro de Basil Hall, que permite conocer la importancia del comercio con aquella parte del mundo.
Se refería a Extractos de un diario escrito en las costas de Chile, Perú y México en los años 1820, 1821, 1822, en dos tomos, obra del marino británico que conoció a San Martín en Perú.
La segunda edición de ese libro acaba de aparecer en Edimburgo y Londres.

Admirador de San Martín

Hall navegó un tiempo por el Índico y ya había escrito, hace seis años, Recuento de un Viaje de descubrimiento a la costa occidental de Corea y las islas Gran Loo-Choo. Allí relataba sus incursiones por ignotos mares orientales y su visita a Cantón.
Durante sus diversas aventuras Hall conoció a muchos personajes, pero aquí interesa destacar dos:
• Napoleón. Lo visitó en Santa Helena y le recordó que, muchos años atrás, Sir James Hall —su padre— lo había conocido en la escuela militar de Brienne-le-Château, cerca de Troyes. Sir James, un notable geólogo británico, de paso por esa ciudad francesa —junto con un vulcanólogo, rumbo a Sicilia— había hechizado al futuro Emperador, contándole sus cinco ascensiones al Vesubio.
• Bernabé Escalada. El hermanastro de Remedios, cuando todavía era Ministro Contador general del Ejército y Real Hacienda de las Filipinas.
Hace cuatro años, Hall fue puesto al mando de la Conway, una fragata de 26 cañones, destinada al Pacífico Sur.
Zarpó de Inglaterra y en el Río de la Plata se unió al Comodoro Thomas Hardy, para proseguir, días más tarde, a Valparaíso. Fue en Buenos Aires donde conoció al suegro de San Martín, para quien llevaba saludos de Bernabé, y de quien obtuvo una carta de presentación para el General: "Mr. Basil Hall, Capitán de la fragata inglesa Conway, nos ha visitado y quiere tener el gusto de decirte habernos visto. Ha estado en Manila y ha conocido a Bernabé".
Hall encontró a San Martín el 25 de junio de 1821, en la rada de Callao.
Ese día lo describió en su Diario:
"Nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible. En la conversación aborda inmediatamente los tópicos sustanciales, desdeñando perder tiempo en detalles. Escucha atentamente y responde con claridad y elegancia de lenguaje, demostrando admirables recursos en la argumentación y abundancia de conocimientos".
Esa primera impresión fue luego confirmada por el propio Hall, que tiene en alta estima a San Martín.
Esto importa. Hall —cuyo libro sobre Sud-América "todo hombre debería leer", según Mackintosh— está ahora de vuelta en Inglaterra, y el General estará en contacto con él.

Domingo 16 de mayo

Muerte de Lord Byron

Tenía sólo treinta y seis años.
George Gordon Byron, el controvertido autor de Don Juan —a quienes unos amaron y otros odiaron con idéntico fervor— era pariente de Fife.
Vivió hasta los diez años en Aberdeen, y pasaba, junto con su madre, largas temporadas en Banff.
Los últimos años estuvo en Italia; pero en julio del año pasado viajó a Cefalonia y se sumó a la Guerra de la Independencia griega.
Las empresas libertadoras fueron una de sus varias pasiones, y acaso la más noble. Hace un tiempo tuvo una goleta a la cual bautizó Bolívar.
En Grecia fundó la Brigada Byron y ayudó en la lucha contra el Imperio Otomano; pero no fue abatido por el fuego turco sino por una extraña fiebre, que los médicos no pudieron curar con sucesivas sangrías.
Lord Byron murió en Missolonghi el 19 de abril. Ayer, sólo 26 días más tarde, la noticia llegó a Londres. Las nuevas del Perú —tanto más distante y peor comunicado con Inglaterra— arriban con dos o tres meses de retardo.
El abuelo del poeta, Capitán John Byron, desembarcó hace cincuenta y nueve años en el islote Saunders, al noroeste de la Gran Malvina. Dos años más tarde, un subordinado suyo, John Macbride, estableció allí un punto de recalada para buques balleneros, Port Egmont.
Byron sostenía que las islas eran un magnífico puerto natural, no sólo para la caza de ballenas y lobos marinos, sino como escala y aprovisionamiento de los buques británicos en viaje a o desde el Estrecho de Magallanes o el Cabo de Hornos.

Sin embargo, cuando él puso pie allí, ya había un asentamiento francés, Port Louis, en la isla Soledad. Lo había fundado el marino y matemático Louis-Antoine de Bougainville, a quien luego Luis XV ordenó restituir esas posesiones a España, dueña de aquella parte del mundo desde la conquista.
La Corona española tomó posesión de Port Louis y, en 1770, expulsó a los ingleses de Port Egmont. Después hubo un confuso episodio: España, "animada por el amor a la paz" y procurando mantener "la buena armonía con Gran Bretaña", devolvió el puerto pesquero e Inglaterra lo abandonó "voluntariamente". Las islas pasaron a las Provincias Unidas, herederas del Virreinato, y en 1816 —durante el gobierno interino de Antonio González Balcarce—, el Ministro de Guerra, Beruti, ofició a San Martín —todavía Gobernador de Cuyo— solicitándole que enviara presidiarios a Buenos Aires, con el fin de trasladarlos a las Malvinas.
En el presente, según lo publicado anteayer aquí, el gobierno de Buenos Aires está colonizando el archipiélago.

Partida secreta

Hace unos días, el periódico The Sun dijo que Iturbide había abandonado secretamente Inglaterra con destino a México.
El Times desautorizó estas "absurdas versiones" y afirmó que el mexicano estaba en Bath, reunido con su familia.
Hoy, el Morning Chronicle publica una carta, firmada "Mercator", que repite, con alguna variante y mayor énfasis, la misma coartada: Iturbide partió el lunes de Londres con dirección a Somersetshire, junto con algunos de sus hijos, "para poner a éstos en una escuela". Agrega el anónimo informante: "En unos pocos días, el director de The Sun lo encontrará con su esposa en Bath, si se toma el trabajo de preguntar por él".
Estas desmentidas provienen de amigos de Iturbide, temerosos de que la noticia sobre el retorno llegue a México en un navío más veloz que el del antiguo Emperador.

Lunes 17 de mayo

Averiguar la opinión del Gobierno

Esta mañana San Martín les escribió al Licenciado Manuel Ignacio Molina y a Guido, su "lancero amado".
Molina es un abogado cuyano: el mismo que representó a Mendoza en 1810, cuando la Junta de Buenos Aires fue ampliada para albergar a diputados del interior y formar, así, la Junta Grande.
Cuando San Martín era Gobernador de Cuyo, Molina colaboró con el General, quien le confió, en 1816, una tarea de la mayor responsabilidad.
Derrotado Rondeau en Sipe-Sipe, y perdido así el Alto Perú, la pretensión de San Martín era pasar a Chile sin demora, para iniciar el ataque contra los realistas desde otro flanco. Eso requería de más hombres, más armas y más dinero.
Molina fue enviado a Buenos Aires, a parlamentar con el Director Supremo y logar todo aquello.
Pueyrredón no le proveyó ni los hombres ni las armas, pero asignó al Ejército de los Andes 5.000 pesos mensuales, que a la postre representarían la primera contribución de Pueyrredón al Plan Continental.

"Menos tiempo del que pensaba"

En su carta a Molina, el General finge entusiasmo y anota que el "interés británico por la independencia" de las nuevas naciones —demostrado mediante los empréstitos de Perú, Colombia y México— impedirá la intervención de la Santa Alianza en América.
Fernando VII y sus aliados, sugiere, se quedarán con las ganas.
Por eso, le adelanta al Licenciado: "Permaneceré en Europa menos tiempo del que pensaba".
Da a entender que ya no hay tareas aquí, y que el temperamento inglés no lo invita a quedarse: "El interés es lo que mueve a lo general de estas gentes". Si alguien hace "un convite", no debe dudarse que tiene "algún objeto político o de especulación".
San Martín simula vivir, debido a ello, "en un aislamiento insufrible para nuestras costumbres".

Mensaje a Guido

En la carta que dirigió a Guido, dice San Martín que su niña ya está internada en un colegio.

Él, insinúa, no tardará en abandonar Inglaterra.
A decir verdad, Merceditas está al cuidado de una señora, esposa de un antiguo oficial británico, que se encuentra a la búsqueda de un colegio para la chiquilla, y parece haber encontrado uno que se ajusta a los requerimientos del General.
Él da todo por concluido para hacer más verosímil que se dispone a dejar Londres.

Nada es cierto

Previendo que su correspondencia pudiera ser interceptada, el General trata siempre de hacer perder la pista a cualquier lector intruso.
No piensa que los empréstitos, por sí solos, puedan frenar a la Santa Alianza. Si decidió venir a Londres fue, precisamente, porque juzgó que dichos empréstitos —los cuales ya llevaban tiempo de concedidos— eran insuficientes para prevenir una intervención de "los soberanos de Europa" en América.
San Martín está aquí para tratar de que el reconocimiento de los nuevos Estados se haga explícito.
Eso le exige dar y recibir convites con un "objeto político".
No se halla, por lo tanto, aislado.
Hay una frase de su carta a Molina que —en medio de tanta afectación— revela la verdadera razón de su presencia en Londres:
"averiguar la opinión del pueblo y gobierno británicos con respecto a la América".
Si debe averiguar la opinión del Gobierno es porque los empréstitos no hablan por sí solos.
Algo, por otra parte, ya ha averiguado. Y es algo de suma importancia para las Provincias Unidas.
Le advierte a Molina que es indispensable tener "un gobierno central", porque sólo eso "nos pondría en estado de ser prontamente reconocida nuestra independencia".
Las autoridades británicas —le consta a San Martín— dudan que Buenos Aires represente a las demás Provincias. El Foreign Office no tomará decisión alguna sobre el antiguo Virreinato del Río de la Plata mientras no se pruebe que las leyes e instituciones bonaerenses imperan en las demás Provincias.

Martes 18 de mayo

Buenas noticias

Hoy se ha conocido una noticia de sobrada importancia, que acaso sea preludio al reconocimiento de los nuevos países americanos.
Semanas atrás, Canning había informado a la Casa de los Comunes acerca de "graciosas y corteses ofertas" que terminaba de hacer a España. A guisa de "mediación", había asegurado a Madrid que, si el gobierno de Fernando VII consentía la independencia de sus ex-colonias, Inglaterra concedería preferencias al comercio español en América, aun en perjuicio del comercio británico; pero si España rechazaba el trato, Inglaterra se consideraría en libertad de reconocer a los nuevos Estados.
Ahora se sabe que, a última hora del sábado, Mr. Elliot —un agregado a la embajada británica en Madrid— se presentó al Foreign Office con informes del Embajador. España no acepta la "mediación" propuesta por Canning. Según el Times, "la terquedad de Fernando respecto de Sud-América pronto obligará a Mr. Canning a cumplir sus reiteradas promesas y reconocer, como quizás hubiera sido sensato haber hecho tiempo ha, soberanías que de ningún modo Fernando puede anular".
El Chronicle va más allá: cree que el rechazo de la "mediación" británica es "una muy afortunada circunstancia" y que habilita al reconocimiento inmediato.
Agrega que "este gran acto de justicia hacia 20 millones de americanos ya no puede ser dilatado sin afectar la seguridad y prosperidad del Imperio Británico".
¿Por qué la seguridad? Porque el reconocimiento de esos países "puede prevenir una guerra europea".
¿Por qué la prosperidad? Porque "el capital comprometido en ellos es inmenso, si se suman los préstamos otorgados, más lo invertido en minas y manufacturas".

Hacia el futuro, “no es posible calcular la magnitud del beneficio que Gran Bretaña obtendría del inmediato reconocimiento de las libertades de la población americana”.
San Martín y los suyos se sienten alentados por las noticias. Ellos no contemplan el interés británico sino el de Sud-América, pero comprenden que —para apresurarse a reconocer la independencia de los nuevos Estados— Inglaterra debe avistar un beneficio propio.
Lo que estos patriotas han hecho —desde los tiempos en que San Martín hablaba con el Comodoro Bowles en Buenos Aires o le escribía a Lord Castlereagh desde Santiago— no ha sido pedir ayuda sino destacar que había, entre Sud-América a Inglaterra, un interés coincidente.
El modo en que Madrid reaccionó a la propuesta de Canning ha desatado las manos del gobierno británico. Hay, además, motivos para esperar que la causa independentista avance en el Perú. El Chronicle dice hoy que los españoles se aproximaron a Lima, a fines del año pasado, confiados en “que la traición de Riva Agüero sería exitosa; y que sus fuerzas se unirían a las tropas realistas”; pero ahora se ha hecho manifiesto que “los españoles tienen en Bolívar un enemigo muy distinto a cualquiera con el que hayan debido que enfrentarse antes”.
Si Bolívar triunfa, San Martín ha de celebrarlo. Es cierto que ha temido, y aun teme, que el venezolano no pueda o no quiera vencer. No es eso, sin embargo, lo que ansía el Fundador de la Libertad del Perú. No abandonó el gobierno de Lima, y la lucha, para que el venezolano fracasara. Lo hizo para que completara la obra, ya que estaba en mejores condiciones.

El retorno del Emperador

El rechazo de la “mediación” no es el único motivo de aliento para la Legación. García del Río celebra, también, algo que el Times se ha visto forzado a reconocer: “Parece ahora evidente que el exEmperador Iturbide ha abandonado Inglaterra rumbo a México, su lugar natal y el país de su fugaz dominio. Partió de Southampton el martes 11, habiendo dejado Londres el 5, bajo el pretexto de pasar un tiempo en Bath”.
El Chronicle puntualiza que Iturbide zarpó desde Cowes —isla de Wight, frente a Southampton— en el Spring, un velero armado. Lo acompañaban, además de su esposa y dos de sus hijos, Beneski, el italiano Macario Morandin, el inglés John Armstrong, su confesor y otro sacerdote, José López.
Todos ellos confiaban en que México recibiría al ex-Emperador con alborozo.
El Spring lleva a bordo una imprenta. De ella saldrán las proclamas de Iturbide cuando el velero amarre en costas mexicanas.
El periódico aclara que “Mercator” —autor de la carta publicada el sábado, por la cual se negaba la partida de Iturbide— es “un caballero que se dedica al comercio” y está “relacionado como pocos, en la City de Londres, a los asuntos sudamericanos”. No lo nombra de primera intención, pero acto seguido dice que Iturbide dejó algunos papeles para su “agente comercial”, Mr. Mathew Fletcher, “respetable comerciante de la City”. Éste es “Mercator”, que cumplió con su deber de ocultar, mientras pudo, el plan del antiguo Emperador. En caso de trascender dicho plan, tal vez el embajador español habría demandado que Canning impidiera la salida de Iturbide, so pena de interpretar que Inglaterra sirve como centro de operaciones a los enemigos de España.
Con el mexicano ya en alta mar, las opiniones se sueltan. El Times dice: “Iturbide ha sido llamado a retornar a México por un fuerte sector, el cual espera que su presencia y el ascendiente de su nombre puedan unir a los mexicanos en apoyo de su independencia, contrarrestar las intrigas de los agentes españoles, aquietar los ánimos de las facciones, y prevenir la división de su antiguo imperio, dado que cada provincia por separado sería fácil presa para una expedición de la madre patria”.

Carta a Mr. Quin

Circulan, además, copias de una carta que Iturbide dejó a Michael Joseph Quin, un abogado y escritor público que colabora con el Morning Chronicle, y cuyos artículos sobre España han sido muy bien recibidos por Blanco White.
Resuelto adversario de la Santa Alianza, Quin es autor de una Historia Secreta del Consejo de Verona, en la que se revelan ominosos detalles sobre la invasión de España por los Cien Mil

Hijos de San Luis, y la restauración allí del despotismo.
Habiendo trabado amistad con Iturbide, Quin trató en vano de que Canning ayudara al antiguo Emperador en su expedición a México.
Iturbide partió de todas maneras, y Quin se ha quedado a velar por el prestigio del ex y, acaso, futuro Emperador. También por el bienestar de los seis hijos de éste que no viajaron a México —dos varones y cuatro niñas—, internados en prestigiosos colegios ingleses.
La carta de Iturbide dice cosas que el mexicano ya le había anticipado a García del Río, pero que no son del todo convincentes:
• "Las principales provincias de México están en este momento desunidas: las de Guatemala, Nueva Galicia, Oyaca, Yacatecas, Querétro, y otras, suficientemente atestiguan ese hecho".
• "Mi retorno ha sido solicitado por diferentes sectores del país, que me consideran necesario para el establecimiento de la unanimidad allí".
• "Como se me ha asegurado que está en mí contribuir en gran medida a la amalgama de los intereses separados de las provincias, y tranquilizar en parte esas encolerizadas pasiones, susceptibles de conducir a la más desastrosa anarquía, voy con tal objeto, sin ninguna otra ambición que la gloria de contribuir a la felicidad de mis compatriotas".

Los bonoleros

Quienes tienen bonos de México temen que la restauración de Iturbide afecte sus créditos.
Sus voceros, en cambio, sostienen que Iturbide está dispuesto a reconocer la deuda e incrementar el comercio con Inglaterra.
El Chronicle recuerda que el mexicano "deja seis hijos en Inglaterra, lo cual sugiere que quiere mantener una conexión con este país"; y cita a Hall, el amigo de San Martín, para defender a Iturbide: "Observamos que el Capitán Basil, en cuyo juicio confiamos más que en el de cualquier otro individuo que haya visitado América, habla favorablemente de Iturbide, y considera improbable que él traicione a México en favor de los españoles".

Miércoles 19 de mayo

Cena en honor de Hurtado

Esta noche, en la City of London Tavern, hubo una cena en honor de Manuel José Hurtado, Ministro Plenipotenciario de Colombia.
La ofreció Herring, Graham and Powles, firma que contrató el empréstito colombiano.
Ante Mackintosh y otros cinco legisladores —todos ellos partidarios del inmediato reconocimiento de los nuevos Estados de América— el colombiano aseveró que Bolívar terminaría pronto con la Contrarrevolución en el Perú.
Hurtado está esperando que Canning lo atienda, para transmitirle igual confianza.
San Martín, mientras tanto, tiene cifradas esperanzas en dos entrevistas que mantendrán sus hombres.
Mañana, García del Río y Paroissien se verán con el representante del Presidente Monroe ante el gobierno inglés.
Hace siete años, al mismo tiempo que Álvarez Condarco vino a comprar buques en Inglaterra, otro enviado de San Martín, Manuel Aguirre, fue a hacer lo propio a los Estados Unidos. En aquella oportunidad, el General lo hizo portador de esta carta, escrita en Buenos Aires y dirigida al Presidente Monroe:
"Encargado por el Supremo Director de las Provincias Unidas de SudAmérica del mando del Ejército de los Andes, el cielo coronó mis esfuerzos con la victoria del 12 de febrero [en Chacabuco] sobre los opresores del hermoso reino de Chile. Restaurados los sagrados derechos de la naturaleza en los habitantes de aquel país por influencia de las armas nacionales y el impulso eficaz de mi gobierno, la fortuna ha franqueado un campo favorable a nuevas empresas que aseguren el poder de la libertad y la ruina de los enemigos de América.
Para estos objetos el Director Supremo de Chile ha considerado como instrumento principal el armamento de una escuadrilla con destino al mar Pacífico, que unida a las fuerzas que han de prepararse en el Río de la Plata, concurra a sostener las ulteriores operaciones militares del ejército de mi mando en el continente meridional. Y convencido de las ventajas que promete

nuestra actual situación política, he repasado los Andes a concertar, entre otras cosas, las garantías de mi gobierno en esta capital en honor a las estipulaciones que celebre su íntimo aliado Director Supremo de Chile para la ejecución del plan que se ha confiado a Don Manuel Aguirre.
V.E., que tiene el honor de presidir un pueblo libre por los mismos principios que hacen derramar sangre a los americanos del Sur, espero se dignará prestar al comisionado aquella protección compatible con las relaciones actuales de ese gobierno, teniendo la alta satisfacción de asegurar a V.E. que las armas de la patria, bajo mis órdenes, nada dejarán de hacer para dar consistencia y religiosidad a las promesas de ambos gobiernos.
Me felicito de la ocasión agradable que se me ofrece para tributar a V.E. todo el homenaje del profundo respeto y consideración con que se honra en ser de V.E. su humilde servidor.

José de San Martín".

El General piensa ahora que la acción conjunta de los Estados Unidos e Inglaterra puede frenar, definitivamente, cualquier intento de reconquista por parte de España y la Santa Alianza.
El martes próximo, García será recibido por Polignac. El General no espera nada del gobierno de Luis XVIII, pero los delegados creen que el Ministro francés es más atinado que muchos miembros de la Corte de Su Majestad Cristianísima. Él podría abrir una fisura, así fuera muy delgada, en la posición de Francia sobre SudAmérica.

Jueves 20 de mayo

Con Mr. Rush

Tras preparar con San Martín lo que debería decirse, García del Río y Paroissien mantuvieron hoy una conversación privada con el Embajador de los Estados Unidos, Richard Rush.
Teniendo en cuenta la doctrina fijada el año pasado por el Presidente Monroe, así como las adecuadas relaciones que hoy existen entre Inglaterra y los Estados Unidos, los comisionados se mostraron partidarios de que el gobierno norteamericano aconsejase al inglés el reconocimiento, sin dilaciones, de los nuevos países de América.
Rush replicó que era necesario obrar con tino. España ha informado a Inglaterra que no reconocerá la independencia de sus antiguas colonias, y no admitirá a ninguna otra potencia "el derecho de hacerlo o de intervenir en esta cuestión".
Fue ante esa declaración que Canning, con la debida suavidad, propuso una "mediación". Rush dio a García del Río y Paroissien algunos detalles de la oferta británica y el rechazo español:
"Persuadido de que era imposible a la España recobrar sus antiguas colonias, Inglaterra quiso darle todo el tiempo necesario para meditar sobre sus verdaderos intereses, y convencerse de que era indispensable reconocer la independencia de aquellos países, procurando sacar algún partido de semejante reconocimiento.
Una vez que estas consideraciones y oficios, tan amistosos como desinteresados, fueron desbaratados por España, el gobierno británico se considera libre de los vínculos que voluntariamente se había impuesto, y sin necesidad de ulterior explicación, seguirá más tarde o más temprano la conducta que prescriban sus intereses".
García del Río y Paroissien alertaron a Rush sobre un peligro: las potencias continentales acaso intenten "separar al gobierno británico del norteamericano, halagando las ideas aristocráticas que prevalecen en el Consejo de Jorge IV".
El representante de Monroe no cree que eso ocurra. Inglaterra está dispuesta a "aventurar una guerra, si fuese necesario, para sostener lo que ha declarado en distintas ocasiones; a saber, que no permitirá que ninguna potencia europea, con excepción de la España (y ésta tan sólo por sus propios recursos) interfiera a fuerza armada en los asuntos de América".
Durante la conversación se pronosticó que, en dos o tres meses, Londres reconocerá la independencia de Colombia; y la de México, si la expedición de Iturbide tiene un desenlace inmediato, sea éste "feliz o desgraciado", y no sobreviene una guerra civil. Luego seguiría el reconocimiento del Río de la Plata, Chile y el Perú. El requisito esencial que ponen los ingleses es que haya, en los nuevos Estados, "estabilidad y orden".
Para San Martín, todo luce promisorio, salvo la negativa de Inglaterra a reconocer la existencia

del Perú mientras la resistencia realista no esté aniquilada. Hace tres años él proclamó la independencia peruana, y desde entonces los patriotas no han dejado de gobernar buena parte del antiguo Virreinato. La existencia del Estado peruano no puede desconocerse, así una fuerza enemiga amenace su seguridad, riesgo que suelen correr incluso los Estados de larga data.
El reconocimiento, por lo demás, es necesario para debilitar a esa fuerza, quitándole toda esperanza de recibir refuerzos de Europa. Sujetar el reconocimiento del Perú a que existan allí la "estabilidad" y el "orden", equivale a decir que Inglaterra adoptará esa decisión cuando ya no sea necesaria.

Viernes 21 de mayo

Memorias de Iturbide

Se anunció hoy que, "en una semana o diez días", aparecerán unas breves memorias de Iturbide, traducidas al inglés.
En ellas, el antiguo Emperador presenta las razones por las que asumió el poder absoluto, y los hechos que llevaron a su abdicación.
Mientras tanto, circulan los más diversos rumores sobre los propósitos de Iturbide en su regreso a México. Algunos lo suponen conjurado con franceses y españoles, a fin de recuperar su corona imperial.
El Chronicle ha sostenido que "Iturbide sólo quiere la independencia. Ni Francia ni España están, en lo más mínimo, interesadas en semejante objetivo".

Peligro en Portugal

El Chronicle dice hoy que "Portugal se ha convertido en el teatro donde la Santa Alianza se prepara silenciosamente para los ataques que intenta hacer en América".
El país está dividido en:
• "El partido del Rey o, en otras palabras, el partido de Inglaterra", como el Chronicle afirma sin pudor. El jefe político de esta fracción es el liberal Pedro de Sousa Holstein, Duque de Palmella.
• "El partido de la Reina", Carlota Joaquina, la misma que Belgrano y otros patriotas quisieron en su momento coronar en el Río de la Plata. Carlota planea destronar a su esposo y llevar adelante, junto al hijo de ambos, el Infante Don Miguel, un proyecto que demanda el acuerdo del otro hijo, Don Pedro, Emperador de Brasil. Se trataría de reunir a Portugal con Brasil para luego intentar, junto con España, la reconquista de América. Se dice que el embajador francés, Juan-Gillaume, Barón Hyde de Neuville, es "el Corifeo de los conspiradores". El año pasado llegó a Lisboa y dijo: "He venido a poner fin a la supremacía e influencia de Inglaterra". Los complotados sostienen que Inglaterra, así como su "servil" Rey Don Juan, y los Estados americanos surgidos al amparo del comercio inglés, están dominados por la masonería. Don Miguel ha jurado "destruir la pestilente secta de los masones".

Lunes 24 de mayo

Riva Agüero, arrestado

De París llegan noticias sobre el arresto de Riva Agüero en el Perú. Han sido tomadas del periódico El Constitucional, de Santiago de Chile. Esto significa que hace ya varias semanas concluyó la guerra civil y Bolívar quedó libre para cumplir con la faena a la que se comprometió en Guayaquil: expulsar a los realistas del Perú.
En Liverpool, Manchester y Leeds, los comerciantes se han asociado para reclamar el inmediato reconocimiento de las independencias sudamericanas.
Circulan rumores según los cuales esa declaración sería inminente. Como consecuencia, ayer se produjo en la City un alza de 1% en las cotizaciones de los bonos de aquellos países.
Todo parece encaminarse. El único traspié es el provocado por el British Monitor, según el cual Iturbide declaró antes de su partida que "el empréstito de México fue una estafa".
El periódico afirma hoy que, si Iturbide tiene éxito, "no se pagará ni un centavo de ese empréstito". Esto podría acrecentar la incertidumbre sobre México y, por extensión, afectar a Sud-América.

Martes 25 de mayo

Con Polignac

Polignac recibió esta mañana a García del Río.
Ambos hombres tuvieron un diálogo cordial, aunque tenso por momentos. El uno estaba obligado a representar fielmente las posiciones de su gobierno; el otro, no podía desperdiciar la ocasión de transmitir a la Corte de Luis XVIII las inquietudes de los revolucionarios de Sud-América:
—¿Qué noticias tiene usted sobre la América del Sur?
—Las tengo muy buenas.
—Además de buenas, deben ser ciertas.
—Pues están confirmadas.
—¿En qué consisten?
—Los nuevos gobiernos están fortaleciéndose, y la llegada de comisionados ingleses ha dado muchos ánimos.
—¿Cómo no veis que la Inglaterra obra en esto por su propio interés y no por el vuestro?
—En este caso, el interés inglés está felizmente combinado con el nuestro.
—Inglaterra os reconocerá para aprovecharse del comercio; pero si sois atacados, os abandonará.
—¿Cree V.S. que la España está en condiciones de atacarnos?
—No por sí sola, pero sí con ayuda.
—¿La ayudaría la Francia, si la Inglaterra reconociera la independencia de aquellos países?
—Cualquiera sea la conducta de la Inglaterra, la Francia es bastante fuerte y poderosa para obrar de modo independiente. Con sólo enviar una escuadra a bloquear algún punto de la América, la pondría en apuros.
—En el caso de la América del Sur, no bastaría con una escuadra, ni podría bloquearse un solo punto. España envió unos 50 o 60.000 hombres, y hoy apenas quedan unos débiles restos de aquellas fuerzas.
—Todo depende de la oportunidad y la estrategia.
—En cuanto a un bloqueo, ¿está V.S. segura de que los ingleses lo respetarían?
—Ambas potencias están comprometidas a que, habiendo declarado una de ellas un bloqueo en alguna parte del mundo, la otra no lo obstruya.
—Sin embargo, la Inglaterra, así como los Estados Unidos, ha dicho que no admitirá en la América ninguna intervención foránea.
—No hay que confiar en palabras. Vuestros países necesitan, antes que promesas huecas, una mediación; Inglaterra no puede ejercerla, pues tiene un interés propio que la vuelve parcial a favor de la América.
—¿No podría decirse, acaso, que la Francia también tiene un interés propio? La Casa de Borbón enlaza a los gobiernos francés y español.
—El interés francés no es egoísta. La Inglaterra, en cambio, no os dará nada en balde; y vosotros necesitaréis mucho. Os falta un largo camino que recorrer y muchos riesgos que atravesar. Los Estados americanos aún no son estables; allí tenéis el caso de México. La Inglaterra nombró comisionados ante el gobierno mexicano, y ahora Iturbide ha ido a trastornar ese gobierno.
—He tenido ocasión de intimar con Iturbide en Londres, y sé que él va dispuesto a unir opiniones entre el pueblo, el clero y la fuerza armada, para evitar un desmembramiento del Estado.
—Me permito dudar de que ése sea su propósito. Iturbide tiene una ambición demasiado grande; y no es el único en América. Bolívar querrá imitar a Napoleón, y luego habrá una anarquía. Para alejarla deberían establecerse gobiernos monárquicos bajo una Constitución.
Esta tarde, García del Río y Paroissien examinaron con San Martín los dichos de Polignac, representante de Francia en Londres.
Sospechan que la mención a las monarquías constitucionales fue una lisonja del Príncipe. Él representa a la Santa Alianza, y el ideal de ésta no son las monarquías constitucionales sino las absolutas. Sus teóricos sostienen que la presunta voluntad divina —ejercida a través de un Rey—

está por encima de toda Constitución.
Por otro lado, interpretan que Polignac, al hacer una innecesaria ostentación de fuerza, ha demostrado lo contrario de cuanto proclamó: un país que realmente pudiera "poner en apuros" a la América no habría de vanagloriarse de ello como lo hizo el Príncipe.
Asimismo, si el Ministro francés puso tanto empeño en mostrar las desventajas que tenía confiar en Inglaterra, y criticó tan agriamente a este país, fue porque conoce la fortaleza de la tácita alianza entre ingleses y sudamericanos: una alianza que impediría a Francia intervenir en América.
La entrevista ha sido oportuna. Polignac estará la semana próxima en París, y sin duda transmitirá a Chateaubriand aspectos de la conversación con García.

Trágica excursión aerostática

La Revolución americana no debe seguir el curso de Mr. Harris, cuyo viaje fue júbilo al principio y tragedia al final.
Este hombre —que hace poco acompañara a un tal Graham en un viaje aéreo desde la calle Berwick, en el Soho, hasta Rochester, en el condado de Kent— se propuso cumplir por sí mismo una travesía aun más larga.
Con ese fin mandó a construir un gran aeróstato de seda, que llevaba inscripto el nombre The Royal George.
La elevación del suntuoso globo tuvo lugar ayer en los jardines de la Eagles Tavern, ubicada en la City-road. Una banda ingresó ejecutando estridente marcha. Detrás iba Mr. Harris, de jacket, con pantalones de color azul profundo y "lazos dorados en profusión". Sujeta a su brazo, Miss Stock: una joven de 18 años, ataviada con un vestido de muselina blanca, un shawl verde y un sombrero de paja al cual iba prendido un ramillete de rosas.
Los dos se dirigieron resueltamente a la canasta del globo, forrada en terciopelo carmín, y se montaron a ella.
Un millar de personas, que colmaba los jardines y se extendía por las calles aledañas, celebró la elevación, aplaudiendo al grito de ¡Bravo!
Todo auguraba una feliz excursión; pero el globo cayó en Beddington, cerca de Carshalton. Tanto Mr. Harris como la damisela murieron en el accidente.
La independencia de las colonias españolas, que comenzó con bravos, aplausos y atuendos con lazos de oro, podría precipitarse como el globo de Mr. Harris, si los vientos británicos no soplaran con fuerza en la dirección correcta.

Miércoles 26 de mayo

Informe a Lima

García del Río y Paroissien despachan a Lima un informe sobre la entrevista con Polignac:
Tenemos el honor de acompañar a V.S., con este oficio, la minuta de la conferencia que el Sr. García del Río tuvo el 25 del corriente con el Excmo. Sr. Príncipe Julio de Polignac, Embajador de S.M. Cristianísima en Londres.
El Príncipe, aunque muy adicto servidor de la familia de Borbón, es generalmente respetado por su ilustración y por su carácter honrado y caballeroso. Él ha tenido ocasión de conocer los sentimientos del Gabinete británico en lo relativo a la cuestión de la independencia americana, y de calcular cuál será la conducta que éste siga en todos los casos que puedan ocurrir. Informará de todo, sin duda alguna, a sus gobiernos; más a pesar de que sus informes y su opinión propenderán a hacer adoptar al [Gobierno francés] un partido racional y saludable, es difícil [creer] que sus miras [prevalezcan] sobre la influencia del [gobierno ruso] y de la parte servil del [Parlamento francés], que desean ambas sofocar todo germen de libertad y poner de nuevo a la América bajo el yugo español.

G. García del Río Diego Paroissien
Jueves 27 de mayo

Un corto viaje

El General tiene pensado realizar, él mismo, algunas gestiones ante Lord Fife; pero esperará a que maduren algunos hechos.

Debe creer lo que Rush dijo a sus hombres: que el Gobierno británico se siente de veras libre para reconocer a los países sudamericanos, ahora que España ha rechazado la oferta de mediación.
La entrevista con Polignac, a la vez, lo ha persuadido: el gobierno de Luis XVIII no acompañará a España si Inglaterra reconoce a los nuevos Estados y, no obstante, Fernando VII se empeña en reconquistar Sud-América. Él no se deja engañar por las bravatas del Príncipe ni por sus veladas amenazas de bloqueo.
A eso se suma que, a juzgar por los últimos informes llegados a Inglaterra, Bolívar ha salido del atolladero en el cual se encontraba.
Todo obliga a que se espere un tiempo prudencial antes de promover nuevas acciones.
Por eso ha aceptado pasar unos días en Alfreton, en el condado de Derbyshire. Allí vive la prometida de Paroissien, y éste quiere que la familia de ella conozca al ilustre General, de cuya amistad tanto se ha ufanado.
García del Río ha de permanecer en la Legación, y San Martín estará de regreso antes de dos semanas.
El viaje permitirá que el General y su antiguo ayudante de campo cambien impresiones y discurran sobre el futuro.
Paroissien ya hace sus planes. Una vez reconocida la independencia del Perú, y afianzado allá el gobierno patriota, regresará a Lima a fundar una corporación minera: Potosí, La Paz, and Peruvian Mining Association.
San Martín ha aprendido a no anticiparse.

Vacación en Derby

Para el aliño.

Apuntes de viaje

Lunes 31 de mayo

San Martín y Paroissien están hoy en el "corazón de Inglaterra".

Han llegado a Deddington, 17 millas al norte de Oxford. Es una villa medieval, ocre por las casas de piedra caliza.

Se alojan en el Unicorn, una posada con vista al mercado, desde la cual se divisa San Pedro y San Pablo, iglesia que lleva aquí la mitad de un milenio.

Cerca de este sitio, el Obispo Odo de Bayeux ordenó en el siglo XI que se construyera un castillo. Odo era medio hermano de Guillermo El Conquistador, y participó de la exitosa invasión normanda.

Fue él quien encargó el bordado de los exquisitos tapices de Bayeux: treinta y cinco escenas que ilustran el inexorable avance de Guillermo, y los movimientos postreros de Haroldo, el último rey anglosajón, que en 1066 fue derrotado y muerto en la batalla de Hastings.
Odo se enroló luego en la Primera Cruzada y murió en Palermo, camino a Jerusalén. El castillo que hizo construir aquí lo sobrevivió casi un cuarto de siglo, pero al fin fue demolido piedra por piedra.
Los tapices aún existen, en Bayeux, Normandía.
Napoléon —deseoso de conquistar, también él, Inglaterra— los había hecho llevar a París. Quería que le dieran ánimo e inspiración.
Es una historia que seduce a San Martín.

Martes 1° de junio

Salieron temprano de Deddington y, sin detenerse en Banbury, fueron a desayunar en Mollington. El pueblo, de 70 casas, se alza en un collado, sobre el Valle del Caballo Rojo.
Comieron algo en la taberna donde se detienen las diligencias, y continuaron viaje.
Hicieron otro alto en la posta Craven Arms, en el poblado de Southam. En 1641, Carlos I pasó por allí y, como al arribo no lo saludaron con repiques de campanas, ordenó cerrar la iglesia hasta que el pueblo pagara una multa. Un año más tarde, en Southam se libró una de las primeras batallas de la Guerra Civil, entre las fuerzas del Rey y las del Parlamento.
San Martín y Paroissien pasaron por Southam y llegaron a Long Itchington: una villa a la vera del camino, con casas de ladrillo y techos de tejas. Allí no abundan los cottages con muros entramados de madera, que San Martín ha admirado en este andar por la campiña inglesa.
Comieron (muy mal) en un pub ubicado al borde del canal de Warwick y Napton, que corta la ciudad de este a oeste.
Los caminos —comentó Paroissien— no son aptos para transportar el carbón y el volumen de las manufacturas que hoy produce Inglaterra.
Para ampliar y mejorar esos caminos, la Corona ha entregado su administración a particulares. Como San Martín está comprobando, hoy todos son turnpikes, o caminos de portazgo: en ellos hay, cada tanto, una barrera que sólo levantan contra el pago de un derecho de paso. No obstante, esto no permite hacer lugar al alud de productos que requieren transporte.
Los carros, por otra parte, no son el medio de transporte ideal para mercancías muy voluminosas o frágiles.
Ha sido necesario construir una red de vías acuáticas y usar embarcaciones de carga, tiradas desde la costa por caballos que avanzan por un camino de sirga.
El canal que hoy conoció San Martín es subsidiario del Oxford, y éste se vincula con el Grand Junction, o Gran Empalme, una arteria por la cual se puede transportar bienes de Coventry a Londres.
Los canales son hoy imprescindibles; sin embargo, Paroissien vaticinó al General que el transporte acuático perderá importancia apenas se propague el ferrocarril.
De Long Itchington, los dos hombres siguieron viaje a Coventry: la primera ciudad, en este itinerario, sobre la cual San Martín tenía noticias. Es famosa por su lana, sus tejidos y sus relojes.
También por las leyendas.
La tradición local pretende que Saint George, patrono de Inglaterra, no nació en Capadocia, como se acepta en el mundo entero, sino aquí, en Coventry.
San Jorge, miembro de la guardia de Dioclesiano, se negó a emprender la lucha contra el cristianismo, razón por la cual el Emperador ordenó someterlo a tormentos y, por fin, decapitarlo.
Durante siglos, reinos, regiones y aun ciudades (como Coventry) han pugnado, en Europa y Asia Menor, por asociarse al santo.
Como lo sabe San Martín, en España se dice que San Jorge bajó del Paraíso, con una legión de caballeros, y ayudó a recobrar Valencia de los moros, en una batalla “en la cual no murió cristiano alguno”.
Los catalanes, que lo llaman Sant Jordi, dicen que el santo mató al dragón (para salvar a una

princesa) en Tarragona, no en Libia.
Coventry es famosa, también, por Lady Godiva: la bella sajona que se paseó desnuda en un caballo blanco. Lo hizo para que su esposo —Leofric, Conde de Chester y Mercia, señor de Coventry— se dignara a rebajar los impuestos que azotaban a la población.
San Martín y Paroissien, cuya diligencia ha llegado muy tarde, no tienen tiempo para pasearse por la ciudad. No lo tienen, siquiera, para comer.
Pasarán la noche aquí, y mañana temprano reanudarán el viaje.

Miércoles 2 de junio

A primera hora dejaron Coventry y, poco después, llegaron hambrientos a Nuneaton, una población de 5.000 habitantes.
El coche había recorrido casi 3 leguas en menos de una hora.
San Martín y Paroissien desayunaron frente a la plaza del mercado, en la posada donde paran todas las diligencias.
Es un edificio de frente rústico, pintado de blanco. Un cartel volante, que rechina sobre la arcada, proclama el nombre del establecimiento: The Bull Inn.
Cuando llegaron, aún no había parroquianos; pero el viejo Noah, un violinista ciego, ya hacía sonar el instrumento.
Paroissien le explicó a San Martín: Noah comienza a ejecutar su violín cuando oye la corneta de las diligencias, que los cocheros hacen sonar al aproximarse. Él interpreta siempre lo mismo y luego revolea sus ojos inútiles, rogando limosna.
La ciudad luce tan sosegada que cuesta imaginar aquí un disturbio. Sin embargo, los vecinos aún comentan sucesos recientes, de los cuales se desprende que la producción mecánica —a la vez que asegura grandes volúmenes y menores costes— está variando la organización de estas comunidades.
Las nuevas industrias requieren que los trabajadores estén reunidos; y la reunión otorga poder a quienes, por separado, no lo tendrían.
Nuneaton fue conmovida, días pasados, por la acción de trabajadores quejosos por los bajos salarios.
Primero se dirigieron contra aquellos colegas que se resignaban a la mala paga. Los sacaban de sus casas y los paseaban en burro, en medio de burlas, insultos y hasta algún guijarrazo.
Luego, declararon una huelga y salieron a forzar la adhesión de los más pasivos. Marcharon, ejercitando sus vozarrones y ejecutando desafinados instrumentos musicales. Se detenían frente a cada fábrica y no dejaban de producir ruidos intolerables, hasta que los operadores abandonaban el establecimiento para integrarse a la protesta.
Lo más alarmante ocurrió cuando cientos de personas se encaminaron a la casa de un capataz. Miembros de la turba tiraron la puerta abajo, apalearon al hombre y lo arrastraron por la calle. Estaban por arrojarlo malherido a un arroyo, pero antes intervino el Jefe de Policía.
Como consecuencia, los habitantes del pueblo convocaron a fabricantes y tejedores, que se reunieron en asamblea. Se acordó una lista de pagas mínimas y se formó un comité de vecinos, que recogerá fondos para ayudar a los tejedores desvalidos. Uno de los participantes en la asamblea dirigió este mensaje a los trabajadores: “Preservad la paz y una conducta ordenada, en cuyo caso podréis contar con la asistencia de los habitantes respetables de esta villa”.
Dicen que eso no ha acallado las quejas en algunas fábricas.
Mientras desayunaban, el General recordó que hoy se cumplen tres años de su entrevista con La Serna en la hacienda de Punchauca. Cuesta creer que hayan pasado tantas cosas en tan poco tiempo.
Paroissien y San Martín viajaron todo el día. Se detuvieron a comer en el tosco Old Cock, de Twycross, y llegaron con luz a esta villa, Ashby-de-la-Zouch, donde visitaron los baños termales: unos espléndidos edificios de piedra, con columnas dóricas, que terminaron de construirse dos años atrás.
Se llaman Ivanhoe, en homenaje al mítico héroe, enemigo del pérfido Juan Sin Tierra.
San Martín indagó si las aguas de los Ivanhoe Baths serían apropiadas para sus males.

Paroissien opina que esos baños son aptos, en particular, para tratar el reuma. Sus aguas tienen más muriato de soda que la marina, y elementos que no existen en el mar. Además, en Ivanhoe un baño salino puede tomarse caliente.
San Martín y Paroissien han ido también a ver las ruinas del castillo que mandara a construir Lord Hastings, el favorito de Eduardo IV. Él no pudo disfrutarlo, ya que, muerto su protector, Ricardo III lo hizo decapitar. Es una historia que ha recogido Shakespeare.
Ya se ha ido el día. Ambos hombres están cenando en el Queen's Head Inn and Posting House, donde pasarán la noche.
Paroissien explica al General por qué este pueblo tiene un nombre tan extraño. En inglés, ash es fresno, y al campo de fresnos se le llama ashby. La palabra se repite en la toponimia británica y, para distinguir a este Ashby de otros, se le agregó el apellido de una familia que, en el medioevo, poseía las tierras circundantes. Era francés —de la Souche—, pero una grafía corrupta lo transformó en de la Zouch.

Jueves 3 de junio

Llegaron a Derby por un camino miserable; pero a San Martín le interesaron sobremanera las minas de carbón, las vías del ferrocarril y el canal Cromford, por el cual transportan grandiosas cantidades de piedra caliza. Todo es prueba de una pujanza difícil de igualar, que dará a Inglaterra cada vez más preeminencia en el mundo.
Según Paroissien, en este condado el ferrocarril comenzó en 1819, con la apertura de la línea Mansfield-Pinxton, que pasa cerca de Cranfield Hall, la casa de su prometida.
El almuerzo fue, hoy, a orillas del río Derwent.
Luego, la diligencia siguió viaje, pasó por Alfreton y, antes de llegar a South Normanton, dejó a ambos viajeros frente a la mansión llamada Carnfield Hall: su destino.
A las 8 de la noche, Paroissien y San Martín ingresaron a la casa.
Los aguardaban Mr. Joseph Wilson, su esposa y la hija de ambos, Isobella, que es la prometida de Paroissien.
El General fue presentado a la familia en el lujoso Grand Hall, que tiene sus paredes revestidas de roble.
Con la estufa encendida, se sentaron todos a conversar. Los Wilson no disimulaban su regocijo por la llegada del héroe sudamericano.
La casa es antigua. Se la construyó a poco de terminar la Edad Media y, durante tres siglos, fue pasando, de generación en generación, a miembros de una familia Revell. En 1797, el coronel Tristam Revell murió sin descendencia y, conforme su última voluntad, Carnfield Hall quedó para un alto magistrado, John Eardley Wilmot. Éste, que jamás vivió en la casa, confió su cuidado al abuelo de Isobella, el abogado William Wilson. A la muerte de Wilmot, hace nueve años, el abuelo organizó una subasta. No recibió, al parecer, ninguna oferta, y terminó adjudicando la propiedad a su hijo Joseph, el padre de Isobella.
Se dice que la mansión está habitada por fantasmas. En ella fue asesinado por sus sirvientes Robert Revell. También murieron aquí, a corta edad, los hijos del Reverendo Francis Revell, un libertino que vivía en Carnfield Hall con su esposa y su amante.
Al parecer, Robert se dedica a subir o bajar escaleras, mientras que los hijos del Reverendo juegan por las noches en el jardín.
San Martín, que no se asusta de los vivos, menos se dejará asustar por muertos.

Viernes 4 de junio

Hoy ha sido día de descanso.
Con la guía de sus anfitriones San Martín recorrió la casa, contemplando muebles antiguos, piezas de porcelana, cristalería, obras de arte y retratos de familia.
Más tarde, con Paroissien e Isobella, paseó por el parque, bordeando estanques medievales y admirando la riqueza botánica del bosque contiguo.
Está interesado en este pueblo de mineros y tejedores.
Le han dicho que el siglo pasado un vecino de South Normanton, el inventor Jedediah Strutt, patentó una máquina de tejer medias que ha provocado una revolución. Es la que hoy se conoce

como Derby Rib machine.
Las medias han impulsado la industria textil de esta región.
Al General le interesa ver cómo la organización industrial imita a la Naturaleza, haciendo que unas comarcas se dediquen a determinada producción y otras se entreguen a producciones diferentes. En el intercambio está el progreso.
Sábado 5 de junio
San Martín fue con Paroissien, Mr. y Mrs. Wilson a ver las tropas del Corps of Yeomanry Cavalry. Es un pequeño cuerpo de caballería, formado por voluntarios, como el padre de Isobella.
Los hay en distintos condados, desde los años en los que Inglaterra temía ser invadida por Napoleón. Al principio fueron integrados pequeños terratenientes, o yeomen, que deseaban defender su país y sus tierras.
San Martín quiso saber qué instrucción recibían y cuáles eran sus vínculos con el ejército británico.
Los miembros de esos cuerpos no están obligados a combatir en el extranjero y, dentro de Inglaterra, hoy se los emplea, sobre todo, para afrontar disturbios civiles.
Terminada la visita a las tropas, el grupo se dirigió a Doe Lea, 11 millas más allá de Alfreton. Los Wilson querían que San Martín conociera Hardwick Hall: la mansión palaciega de Bess, una mujer que en el siglo XVI llegó a ser la más rica de Inglaterra, después de la reina Isabel I.
Sus propiedades fueron multiplicándose con cada una de sus cuatro bodas.
El segundo marido, Sir William Cavendish, ya le había comprado otro palacete, a 20 millas de Doe Lea: Chatsworth, donde se dice que estuvo presa la trágica María, Reina de los Escoceses.
Hardwick Hall fue adquirida por Bess durante su matrimonio con George Talbot, sexto Conde de Shrewsbury, poseedor de una de las mayores fortunas británicas.
Hay quienes afirman que María también estuvo recluida en esa casa. Como presunta evidencia, en una habitación están, grabados sobre la puerta, el escudo de armas escocés y las iniciales MR; pero María fue ejecutada tres años antes de que Hardwick Hall comenzara a construirse.

Domingo 6 de junio

Éste fue el último día que el General pasó en Carnfield Hall.
Paroissien lo condujo a dar un paseo por el canal y quiso que se llevara un recuerdo del lugar. Como buen inglés, Paroissien es aficionado a los esbozos y las acuarelas; pero hoy, cuando había comenzado a pintar para San Martín, los colores se le cayeron al agua.
Al regreso, los Wilson dieron al General una cena de despedida.

Lunes 7 de junio

Paroissien alcanzó al General a Derby, de donde parten las diligencias para Londres.
San Martín le agradeció las atenciones que él y la familia Wilson le habían deparado en estos días.
Le encomendó, también, que no demorase su regreso.
Si las noticias que llegan del Perú son buenas, y el gobierno inglés reconoce a los nuevos Estados, la fajina habrá terminado.
En cambio, si del Perú vienen malos presagios y Canning sigue demorando la decisión oficial, será necesario obrar con diligencia para ayudar a la Revolución.
No se puede prescindir, siquiera, de alguna idea extrema: organizar una Expedición al Pacífico, para cooperar con la Revolución desde las costas de Colombia, Perú o Chile.
Ahora el General ya está en viaje a Londres.
No se siente bien. Acaso haya tomado frío ayer, en el canal. Lo cierto es que tiene “un fuerte constipado”.

Mientras San Martín está fuera de Londres

Algunas noticias los alcanzan en camino, pero son pocas. A lo largo del itinerario fijado por Paroissien es difícil hallar periódicos de Londres y, cuando se los encuentra, llevan mucho retraso. Hay nuevas que esperarán el regreso de San Martín en la Legación.

Éstas son algunas de ellas:
Guerra de zapa. Según noticias llegadas el miércoles 26 a Madrid, los españoles están armando en Cádiz una expedición de 36.000 hombres, que se echaría a la mar a principios de julio, rumbo a Sud-América.
El Times del 27 desprecia la información. Dice que los españoles "lanzan, a intervalos, falsas noticias sobre buques y armamentos que estarían prontos a partir rumbo a Sud-América, con el fin de sojuzgar a aquellos gobiernos".
Según el periódico, con tales falsedades España procura posponer "lo que esperamos sea el inminente reconocimiento de la Independencia de los Estados Sud-Americanos por el gobierno británico".
Los franceses se quedan. A juzgar por un despacho fechado en Madrid el viernes 21, las tropas francesas —que debían abandonar España el 1° de julio— se quedarán allí hasta enero. Insinuando que expresa la posición oficial de Inglaterra, el Times ha urgido a los franceses a "volver a su propio país", advirtiendo: "Nosotros consideraremos que cualquier sanguinario tumulto, disturbio o conmoción en los Estados allende el Atlántico, es consecuencia de la continuidad de Francia en la Vieja España".
Sofocan la rebelión en Portugal. En Lisboa fue sofocada una rebelión de la Reina Carlota Joaquina y el Infante Don Miguel. Dicha rebelión contaba con el apoyo de algunos ciudadanos franceses pero, sugestivamente, el gobierno de Luis XVIII apoyó al monarca. De tal suerte, Inglaterra y Francia se han unido para sostener a Don Juan y su gobierno liberal contra aquellos que, al grito de "Mueran los masones", querían reunir a Portugal con Brasil y formar alianza con España para reconquistar las colonias de ésta. Al parecer, no le faltaba razón a García del Río cuando afirmaba que la Corte francesa albergaba posiciones disímiles, y que valía hacer esfuerzos por encontrar una fisura en la política de Francia sobre las antiguas colonias españolas. Aun Hyde de Neuville, a quien se suponía del lado de Don Miguel, concurrió al palacio de Bemposta, acompañado de otros diplomáticos, para libertar al cautivo Don Juan.
Fernando VII dictó una amnistía. El hecho provocó regocijo en Madrid. No obstante, aún se desconoce la extensión de esa amnistía. Si alcanzara a los constitucionalistas, sería señal de reconciliación, y abriría esperanzas sobre una actitud más liberal, también respecto de América.
Alvear en Inglaterra. Llegó a Liverpool, como pasajero del Lindsays. El arribo se demoró varios días, y Robertson temía que la fragata hubiese naufragado. Es que en las últimas semanas furiosos temporales se devoraron —según se afirma— "más de 800 embarcaciones en una grande extensión del Océano Atlántico". La cifra parece exagerada. Alvear dice que trae noticias sobre la división del ejército realista en el Perú, pero no son ésas sus verdaderas primicias: afirma que una parte de aquel ejército se asocia a los liberales de la Península, mientras que la otra se identifica con el gobierno despótico de Fernando VII. El viajero ha sido designado Embajador de las Provincias Unidas ante los Estados Unidos. No se sabe por qué ha elegido pasar por Inglaterra antes de dirigirse a destino. Se dice que ha venido a concluir un empréstito para Buenos Aires, pero el poder para contratar con Baring Brothers lo tienen Castro y Robertson. Es probable que Alvear haya venido a desautorizar las gestiones que pudiera realizar aquí San Martín, sobre todo si involucrara en ellas a las Provincias Unidas.

Enfrentamiento con Alvear

Londres,
12 al 30 de junio

Enfrentamiento con Alvear

Copas de cristal, con el monograma de San Martín.

Sábado 12 de junio

Los dos en Londres
San Martín le escribe a Paroissien:

Londres y junio 12 de 1824.

Sr. Don Diego Paroissien.
Mi querido amigo:
El 8 llegué felizmente, pero con un fuerte constipado que hasta hoy no he podido tomar la pluma.
Su sobrino de usted me ha tomado una casa en Park Place, Regent Park, New Road Nº 12. Estoy con comodidad y en buena situación.

Me he encontrado en mi pequeño baúl un paño de manos que, creo, pertenece a la casa de esos señores. A su regreso se lo entregaré.
Las noticias recibidas del Perú son las más favorables. Parece indudable que el General La Serna y Canterac han transado con Bolívar. Si es así, puede asegurarse la total emancipación de toda la América.
Tenga usted a bien de manifestar a Mr. Wilson y a sus amables esposa y señorita, mis más sinceros reconocimientos,
asegurándoles mi afecto y amistad.
Para el 18 espero tener el gusto de verlo. Su antiguo amigo,

J. de San Martín

El General reitera en esta carta su inveterada tesis: si se afianza la libertad en el Perú, quedará asegurada "la total emancipación de la América". A la inversa, de no consolidarse la independencia peruana, las Provincias Unidas y otros Estados nuevos (se den cuenta o no) corren peligro.
Por eso le alegran los avances de Bolívar. Dejando a un lado sus sentimientos, ansía el éxito del venezolano.

Alvear también

Hoy Alvear llegó a Londres.
Había desembarcado el sábado pasado en Liverpool, donde Robertson y Ladislao Martínez le tenían preparada una gran recepción.
San Martín recuerda muy bien a Martínez.
Cuando él llegó a Buenos Aires, en 1812, se encontró con un joven de veinte años, apodado Napoleón Chico, que había luchado con gran valentía contra el invasor inglés. Era el propio Martínez, mencionado hasta en Gloriosa Reconquista de la Ciudad de Buenos Ayre, el romance del capellán y poeta Pantaleón Rivarola.
Creado el cuerpo de Granaderos, Martínez revistó allí como oficial, pero al poco tiempo cambió las armas por el comercio. Sus métodos para hacer negocios, se dice, son poco cristianos. Lo cierto es que le han permitido amasar una fortuna: tiene, entre otras propiedades, grandes extensiones de tierra en la Provincia.
Este hombre, que ha mantenido buenas relaciones con Rivadavia, está aquí buscando capitales para explotar minas en los Andes.
Junto con Robertson, en Liverpool alojó a Alvear en el suntuoso Hotel de Waterloo, que empezó a construirse el día de la famosa batalla y ahora sirve como punto de reunión a la alta sociedad del lugar.
El domingo ambos anfitriones ofrecieron, en el mismo hotel, un espléndido banquete.
Ya camino a Londres, la comitiva descendió en Soho, Birmingham, para ver la fábrica de Robert Boulton, esa donde se acuñaron las monedas de cobre que el año pasado comenzaron a circular en Buenos Aires.
Robert heredó dicha fábrica de Mathew Boulton, quien se hizo famoso cuando se asoció con James Watt —el inventor de la máquina a vapor— en otra sociedad, Boulton & Watt, que fabrica bombas de agua.
En la fábrica de Robert se hacen candelabros plateados, artefactos de bronce, botones de acero, hebillas, joyas de marcasita que imitan diamantes y cajas laqueadas. En una sola fábrica, Alvear pudo comprender el interés de los ingleses por asegurar nuevos mercados y multiplicar así los compradores.
Las monedas se acuñan mediante máquinas de vapor, capaces de escupir hasta 84 piezas por minuto.
Son máquinas peligrosas: en corto tiempo han dejado mancos a seis hombres.
Alvear no sólo visitó la ceca de Boulton. Se quedó un día en Birmingham, recorriendo una fábrica de vidrio y otras muchas de varios artefactos.
Manufactureros y comerciantes le solicitaron que, en sus contactos con las autoridades de este país, urgiera el reconocimiento de las Provincias Unidas.

Dejando Birmingham atrás, Alvear y sus acompañantes continuaron viaje y se detuvieron en el sur de Gales para ver las minas de carbón, que ocupan varias millas de superficie. Iriarte, quien acompaña a Alvear, dice que "aquel espacio parece encantado, porque una vez puestas las máquinas en movimiento, ya no se necesita la mano del hombre: ellas solas desempeñan la tarea de la extracción del carbón por la bocamina, y no se ven otros vivientes racionales que los que se ocupan en el acarreo".

Hermanos que hoy se odian

Alvear se aloja en una casa de Bedford Square, a un costado del Museo Británico. Es una zona elegante, donde habitan abogados y jueces.

Dicen que esta noche Alvear irá a la Ópera Italiana, donde Gioachino Rossini, que se halla en Londres, dirigirá El Barbero de Sevilla.

El General no quiere encontrarse con su viejo camarada y Alvear prefiere no ver a San Martín.

Hace trece años partieron juntos de aquí, rumbo al Río de la Plata. Viajaron en la fragata George Canning, y al llegar a Buenos Aires quedaron hermanados en la Logia Lautaro. Poco después dieron por tierra con el Primer Triunvirato y, 26 días más tarde, cuando San Martín desposó a Remedios, Alvear fue el padrino de velación.

Hoy, Alvear abomina a San Martín por "su tiranía y crueldades en Chile; su carácter detestable; sus tendencias al absolutismo; su cobardía en las funciones de guerra en Chile y Perú; sus irregularidades en Lima, su conducta en la familia en la que se ha enlazado en Buenos Aires y con su esposa, Doña Remedios de Escalada".

El distanciamiento comenzó en 1813, cuando Alvear presidió la Asamblea del año XIII.

Esa Asamblea no declaró, como San Martín pretendía, la definitiva independencia de las Provincias Unidas.

Tampoco estableció un régimen de gobierno que —haciendo partícipe al interior— diera cohesión al nuevo Estado.

No sólo eso: rechazó, con argucias, los diplomas de los diputados orientales, que obedecían a Artigas.

San Martín temía que un gobierno centralista, renuente a la independencia y ofuscado con Artigas, terminara obsequiándole las Provincias Unidas a Portugal o Inglaterra.

El temor creció cuando la Asamblea, además de concentrar el poder en un solitario Director Supremo, nombró como tal a un tío de Alvear, Gervasio Antonio de Posadas. Éste declaró traidor a Artigas y le puso precio (6.000 pesos) a su cabeza.

Se gestaba así una dictadura porteña, ante la cual se alzarían Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, unidas a los orientales de Artigas en la Liga de los Pueblos Libres.

Fue para luchar contra esa liga que, años después, los gobiernos porteños le reclamaron infructuosamente a San Martín su retorno a la patria.

De cualquier manera, la relación con Alvear se dañó, pero no se fracturó, en el 13. Fue Posadas, en definitiva, quien designó a San Martín Gobernador de Cuyo, permitiéndole "establecerse en Mendoza", como preveía Maitland.

La ruptura se produjo cuando Alvear, sucesor de su tío en 1815, pretendió hacer de las Provincias Unidas un protectorado inglés.

Eso probó que San Martín había interpretado bien las señales, aunque su presagio no había llegado al extremo de anticipar que Alvear pudiera escribirle al Primer Ministro inglés:

"Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy dispuesto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen. Es necesario que se aprovechen los momentos, que vengan tropas que impongan a los genios díscolos, y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V.E. me dará sus avisos con la reserva y prontitud que conviene preparar oportunamente la ejecución".

Peligros del reconocimiento parcial

Hoy, ninguno de estos hombres quiere ver a Inglaterra enseñoreada en América; ambos aspiran,

sí, a que los británicos reconozcan a los nuevos Estados.
Sin embargo, Alvear no está demasiado impaciente. Él piensa que las Provincias Unidas han sido reconocidas de hecho.
San Martín no coincide; algunos ingleses tampoco.
Esta mañana, el Times recomendó prestar atención a un petitorio de los comerciantes de Londres. Ellos quieren que el gobierno del Reino Unido reconozca "a los Estados de Buenos Aires, Chile y Colombia", dado que es inseguro tratar con gobiernos que la propia Inglaterra no considera legalmente establecidos.
Los comerciantes observan que España no ha enviado por mucho tiempo soldado o funcionario alguno a Buenos Aires, Santiago o Bogotá, y deducen que los españoles perdieron las esperanzas de recuperar aquellas posesiones.
San Martín no cree conveniente que Inglaterra reconozca a unos Estados sí, y a otros no.
Si no se admite la independencia del Perú, se alentará los devaneos borbónicos de reconquista.
No hay razón para correr ese riesgo; sobre todo si el Virrey, como parece, ha tenido que pactar con Bolívar.

17 millones

San Martín querría que Canning pensara como el Times, que a raíz de un reciente mitin en Liverpool —cuyos mercaderes también demandaron el reconocimiento de Sud-América— se preguntó:
"¿Pueden acaso esos ricos y fuertes países volver a ser españoles? Lo que Inglaterra, con todo su poderío, pudo ejecutar contra 21/2 millones de norteamericanos, puede España, en su debilidad y aturdimiento, perpetrar contra 17 millones? ¿Qué motivo puede influir en el ánimo del Gobierno de Su Majestad para demorar este gran acto de justicia?".
El General no se fía en que todo marche sin contratiempos en el Perú. No cree, por otra parte, que España haya desistido de sus propósitos; y sigue pensando que el reconocimiento de Inglaterra es imprescindible para prevenir la solidaridad entre Borbones franceses y españoles.

La caída de Chateaubriand

No quiere ilusionarse, siquiera, con una noticia llegada de París.
El domingo pasado, la Guardia Real impidió el ingreso de Chateaubriand al Palacio de las Tullerías. Un ujier se acercó el Ministro y lo persuadió de que se dirigiese a su Ministerio, en el Boulevard de los Capuchinos, donde lo aguardaba una correspondencia "muy importante".
Chateaubriand se encaminó a su despacho y encontró allí una carta del Presidente del Consejo de Ministros, Conde de Villèle, que decía: "Señor Vizconde, cumpliendo con disposiciones del Rey, transmito a usted la resolución adjunta".
Era su destitución.
Villèle preside el Consejo desde hace dos años.
Ya ejercía ese cargo cuando los Cien Mil Hijos de San Luis entraron a España para reponer el absolutismo.
Sin embargo, nadie ignora que él consintió a desgano la expedición. Fue forzado por Chateubriand, quien antes había conseguido, en el Congreso de Viena, que la Santa Alianza auspiciase la invasión de la Península y la confiara a Francia.
Ahora, el beligerante Chateaubriand ya no tiene poder alguno. Esto echa algunas sombras sobre el proyecto americano de Fernando VII.
No obstante, Francia y España siguen unidas por la sangre de sus monarcas, y detrás de ellas está la Santa Alianza.

Domingo 13 de junio

Park Place

La morada de San Martín fue escogida, como el General dijo ayer en su carta, por el sobrino de Paroissien.
Se trata de Charles John Myles.
Él firmó el contrato de alquiler, obligándose a pagar en nombre de los inquilinos ("for tenants").
Los alquileres serán cancelados por la Legación del Perú, de la cual Myles es Primer Oficial y

Secretario.
El cargo era ocupado, hasta hace unos meses, por Pedro Crentzer, enjundioso criminólogo que publicó aquí un estado comparativo de las cárceles en Europa y América.
Cuando Crentzer tomó otros rumbos, Paroissien nombró a este sobrino, a quien la Legación le paga un sueldo de 300 libras al año.
Park Place es el nombre de una calle nueva, que de un lado presenta catorce casas de alto, todas idénticas y unidas por las medianeras.
La número 12 es de hospedajes, y Myles alquiló allí el par de habitaciones que ocupará San Martín.

Una joya en la corona

Regent's Park comenzó a erigirse en 1810 y sólo ahora la obra se aproxima a su fin.
Abarca mucho más que el grandioso parque. La zona que lo envuelve pretende eclipsar, con sus edificios y jardines, el esplendor del París napoleónico. Eso exigió, en su momento, el Príncipe Regente.
Ensombrecer a París no será fácil, pero el área ya ha hecho méritos para ser nominada "la joya de la Corona".
En estos 500 acres, donde supo haber un coto de caza real, se ha construido —además del parque, vedado al público— un canal que une a Londres con varios condados, y se han trazado calles donde se levantan mansiones exquisitas.
Todo es obra de John Nash, el arquitecto predilecto del ex-Regente, hoy Jorge IV.
Se dice que, en Brighton, este hombre transformó admirablemente una casa greco-romana, convirtiéndola en un palacio indio que combina en su interior arte chino e islámico. El edificio, conocido como Royal Pavilion, lo construyó Nash para que el Regente tuviera suntuoso alojamiento siempre que se acercara al Canal de la Mancha; una excursión que, ahora como Rey, sigue haciendo cada tanto, pues según su médico, el aire marino alivia el mal de gota.
Para construir Regent's Park Nash tuvo a su disposición todo cuanto quiso. El Rey es, al fin de cuentas, su mecenas.
Según las habladurías, Jorge IV paga, con tal mecenazgo, los favores que recibe de Mary Anne Nash.
El arquitecto no parece incómodo por el supuesto perjurio de su esposa. Le cuesta afrontar los débitos que no se cancelan con talento, sino con vigor y lozanía. Se define a sí mismo como "un grueso y demacrado enano de setenta y dos años, de cabeza redonda, con nariz respingada y ojos pequeños".
Ni Jorge IV ni Mrs. Nash son más delgados; pero tienen más gracia y menos años. El Rey, sesenta y uno; ella, cincuenta y tres.
El presunto romance es objeto de sátiras públicas. Tiempo atrás se divulgó un grotesco dibujo, que mostraba a los opulentos Jorge y Mary Anne hocicándose en el interior del yate real.
Si estas hablillas tienen tanta difusión es porque, con su Regent's Park, Nash se ha convertido en una atracción para los londinenses.
Este sitio, que él creó con imaginación y empeño, es el más elegante de la Londres actual; y aquí, decidió Myles, debía vivir San Martín.

El Diorama

Desde hace treinta años, Londres tiene entre sus atracciones las gigantescas pinturas exhibidas en el teatro Panorama.
Una pared semicircular es revestida con pinturas contiguas que forman una escena única.
La imagen colma la visión de los espectadores, quienes —sentados frente a la pared— sienten que están dentro de un paisaje o una batalla.
Sin embargo, estas pinturas son estáticas.
Una reciente invención ha venido a restarle espectadores a Panorama.
El inventor fue un francés llamado Luis Jacques Mandé Daguerre.
Este hombre, que ha sido fabricante de espejos, escenógrafo y realizador de pinturas panorámicas, se las ingenió tiempo atrás para combinar sus oficios y crear imágenes que parecen

cobrar vida.
El Diorama, como se llama su invento, fue introducido en Londres meses atrás por un tal Jacob Smith, y funciona cerca de la casa de San Martín.
Los concurrentes sólo llegan a sus asientos luego de atravesar un largo corredor oscuro. Los fuerzan a eso para hacerles sentir que están separándose del mundo exterior.
Una vez sentados, ven aparecer ante sus ojos, por ejemplo, El valle de Sarnen en Suiza, una de las muestras más celebradas.
En principio, la vista no difiere mucho de una pintura panorámica. Hasta que comienza a producirse una transformación, relatada por el Times en estos términos: "De un calmo, suave, delicado, sereno día de verano, el horizonte cambia gradualmente, volviéndose tan oscuro que no puede sino anunciar una tormenta".
La transformación del valle radiante —pintado sobre los lienzos que tapizan las paredes— es provocada por una linterna mágica, un sistema de espejos, pantallas, postigos y cortinas.
El cambio es acentuado mediante sonidos que se crean con diversos dispositivos e instrumentos.
En un momento, sólo quedan a la vista ciertas imágenes, que pueden ser nubes o pájaros. Es entonces cuando el piso de la sala (en realidad, una plataforma giratoria) comienza a rodar delicadamente. Los espectadores no advierten que son ellos quienes se mueven: tienen la ilusión de que son las nubes las que se desplazan y los pájaros los que vuelan.
El Diorama es caro (1 chelín), pero el espectáculo lo vale.

Lunes 14 de junio

Recogimiento

Fue un día lluvioso y frío.
A las 8 de la mañana la temperatura era de 45,8 grados: unos 7,7 en el termómetro sueco.
El mediodía fue templado —63.8 grados (alrededor de 17,7)— pero, de todos modos, al convaleciente General no le convenía salir a la calle.
Permaneció en la casa, en compañía de su hija.

Martes 15 de junio

Tormenta

Tampoco hoy pudo salir.
Hubo una tormenta eléctrica, tan descomunal como persistente.
Comenzó a las 9 de la mañana, con relámpagos constantes y truenos que ensordecían.
Luego, cayó agua en torrentes.
La lluvia paró, cerca de las 12; pero se reanudó poco después, y el diluvio fue aun mayor.

Miércoles 16 de junio

Diorama o realidad

La Legación del Perú recibe, todos los días, el Morning Chronicle y el Times.
A San Martín el inglés lo pone en apuros, pero él no necesita hacer el esfuerzo de leer los papeles públicos. Las noticias le son comentadas por un miembro de la Legación, donde todos (hasta los ingleses) hablan el castellano.
A menos que los periódicos londinenses sean una suerte de Diorama, y produzcan ilusiones con apariencia de realidad, los acontecimientos siguen siendo favorables para la Revolución.
De Bogotá llega una novedad importante. El Coronel John Potter Hamilton, Primer Comisionado de Su Majestad Británica, fue a la Gran Colombia en misión oficial, acompañado por el Coronel Patrick Campbell y el secretario de la misión, Mr. Cade.
Allí vieron primero al canciller, Pedro Gual, y luego fueron recibidos, el 8 de marzo, por el Vicepresidente de la República, General Santander.
La audiencia tuvo lugar en el Palacio de Gobierno. Santander estaba sentado en un trono y rodeado por ministros, jefes militares y altos funcionarios de la República.
Hamilton le obsequió, en nombre de Su Majestad Británica, una suntuosa tabaquera para rapé.
Aquí, según dicen en la Legación, se espera que Mackintosh presente esta noche, en el Parlamento, el pedido de los mercaderes de Londres. Ayer se lo entregó en mano a Canning.

Jueves 17 de junio

El próximo paso

La sesión de ayer, en la Cámara de los Comunes, decepcionó a quienes esperaban que Canning se mostrara más dócil.

Mackintosh presentó el petitorio, firmado por un centenar de mercaderes londinenses que ansían el reconocimiento de algunos Estados sudamericanos.

El Ministro se levantó para expresar que estaba "gratificado por la importancia de aquellos en cuyo nombre se había introducido el petitorio", aunque dijo estar obligado a abstenerse "de cualquier declaración explícita sobre este tema".

Sin embargo, destaca el Times, luego de sentarse volvió de inmediato a erguirse y —"así como las mujeres dicen lo más importante en la post data"— informó que Inglaterra se había negado a participar en un Congreso de los Grandes Poderes para arreglar las diferencias entre Sud-América y la Vieja España.

Quienes tratan con el Ministro saben que él, como Lord Bacon, cree que el tiempo es "el mayor innovador". Habiendo transcurrido tantos años sin que las antiguas colonias se arrepintieran de proclamarse soberanas, la Madre Patria bien podría obtener la gracia y el mérito de ser la primera en reconocer a los nuevos Estados.

El General cree que la dilación puede ser deletérea y espera que regrese Paroissien para realizar, junto con García del Río, algunos movimientos.

Durante el viaje a Derby se convino que, hacia fines de este mes, la Legación organizaría una reunión de los banqueros que han abierto empréstitos a Sud-América, embajadores sudamericanos, el Ministro de los Estados Unidos e influyentes políticos británicos como Lord Ormond.

El propósito es mostrar que los mercaderes no están solos en su reclamo, el cual se funda en intereses comerciales, políticos y diplomáticos de mucho peso.

San Martín ha aceptado que se invite al propio Alvear, porque la presencia de un ex-Director Supremo de las Provincias Unidas, al lado del ex-Protector del Perú, aparentará unidad y robustecerá la demanda de reconocimiento.

Viernes 18 de junio

Garantía a Colombia

Ayer se conoció aquí el discurso que el Coronel Hamilton pronunció ante el Vicepresidente de Colombia:

"Señor: Es mi ardiente deseo que esta comisión que el Rey de Inglaterra ha despachado a la República de Colombia sirva para establecer una firme y sólida alianza entre los dos países. Nuestros mutuos intereses requieren este acuerdo, y yo confieso que no percibo ningún obstáculo para el logro de tan deseable propósito. No puedo sino reconocer que Inglaterra ignora, al presente, mucho sobre Sud-América, una región con la cual la Naturaleza ha sido tan pródiga, haciendo que la producción propia de los climas tropicales se combine en abundancia con la de los países templados de Europa.

En cambio, si Su Excelencia me lo permite, deseo asegurarle que la nación británica no ignora los sacrificios que ha hecho el pueblo de Colombia durante el sanguinario y arduo conflicto para evadir un opresivo estado de esclavitud.

Puedo asegurar con confianza que el pueblo británico siente el más vivo interés en el bienestar y la prosperidad de Colombia; y Su Excelencia me permitirá declarar que, personalmente, participo en toda su extensión de esos generosos sentimientos.

Se dice, Señor, que Francia quiere asistir a España para reconquistar estos países. No tenga el pueblo de Colombia temor alguno a tal invasión, porque en Gran Bretaña encontraréis un firme y constante amigo. Tengo el honor de presentar a Su Excelencia esta tabaquera, de parte de Su Majestad Británica, en testimonio de su estima".

En la Legación no saben qué credenciales dio el Foreign Office al Coronel, pero dudan que lo hayan instruido para que fuera tan lejos.

Canning, empeñado en evitar las ofensas a España, habría aconsejado que se omitiera toda referencia a la guerra "sanguinaria" contra la "esclavitud" de los españoles.

El Secretario, por otra parte, no habría querido que se denunciara, en nombre de Inglaterra, que Fernando VII intenta reconquistar América; y menos que se mencionara a Francia, dando por hecho la disposición de los Borbones franceses a apoyar tal aventura.
Por último, Canning, renuente a reconocer formalmente la existencia de aquellos países, menos se anticiparía a prometerles ayuda militar en caso de que se los invadiera.
En su fuero íntimo, Canning coincide con todo lo dicho por el Coronel. No obstante, piensa que, si no se quiere causar lo que teme, hay que abstenerse de anunciarlo. En este caso, lo temible es una innecesaria guerra con España y Francia en el continente americano.

Sábado 19 de junio

27, Grafton Street

Hace trece años San Martín pasó bajo el dintel de esa puerta.
Esta casona de cuatro plantas, con el frente de ladrillos purpúreos y ventanas de guillotina, era la vivienda de Miranda.
Era, también, la sede de la logia llamada Gran Reunión Americana, fundada en 1798 por el dueño de casa, quien oficiaba de Gran Maestre.
San Martín lo recuerda todo: los muebles de caoba, las sillas de rejilla, los almohadones de tafilete rojo y los biombos japoneses. También un cuadro de La última cena, copias de Rafael, un busto de Cervantes y un mapamundi de Mercator.
Ausente Miranda —que ya había marchado a Venezuela— San Martín fue recibido aquí, en 1811, por López Méndez.
La biblioteca del tercer piso, con sus anaqueles empachados de libros (había unos seis millares), era el sitio donde se realizaban los "trabajos" de la logia. San Martín fue iniciado en el 5° grado de esa Gran Reunión Americana, junto con Alvear y José Matías Zapiola, quien luego cruzó los Andes y peleó como un valiente en Chile.
Al aceptar el grado, el General juró "no reconocer por gobierno legítimo de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos y trabajar por la fundación del sistema republicano".

Pasión colombina

La casa, según decía el mismo Miranda, era "el punto fijo para la Independencia y Libertades del Continente Colombiano".
Él no imaginaba que el nombre Colombia (por Colombo, el apellido original de Cristóbal Colón) fuera a designar sólo una porción de ese continente.
La restricción la hizo Bolívar, al anunciar en su Carta de Jamaica:
"La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central […]. Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio".
Miranda soñaba con que todos esos dominios, desde el Mississippi hasta Tierra del Fuego, formaran un solo país llamado Colombia, a cuya capital se la bautizara Colón. El gentilicio debía ser colombianos, "nombre más sonoro y majestuoso que colombinos".
Los Estados Unidos de América habían asociado su nombre al de un "falsario".
Fantasiosas cartas de Américo Vespucio hicieron creer al cartógrafo alemán Martin Waldseemüller que "una cuarta parte del mundo" había sido "descubierta por Américo Vespucio", y semejante creencia lo llevó a designarla América.
Miranda quería reivindicar al verdadero descubridor.
En 1781 compró en Kingston la copia original de una carta de Colón, dirigida a Fernando I. Es una misiva escrita con amargura, y una inmodestia comprensible, por el hombre que había sufrido injusta prisión, y a quien se le negaban mercedes reales:
"Si esta generación es demasiado envidiosa o endurecida para llorar por mí, sin duda aquellos que van a nacer lo harán, cuando se les diga que Cristóbal Colón, con su propia fortuna, el peligro de su vida y la de sus hermanos, con poco o ningún gasto de la Corona de España, en veinte años y cuatro viajes, rindió mayores servicios que jamás hombre alguno haya rendido a Príncipe o Reino".

La pasión por el navegante ligur hizo que Miranda fuera en 1789 a Cogoleto, cerca de Génova, con el ánimo de conocer la "patria inmortal de Cristóbal Colón".
El periódico que fundó aquí en Londres, y que él mismo redactaba con la cooperación del guayaquileño José María Antepara, se llamó El Colombiano.
Y Colombeia llamó Miranda a su formidable archivo personal: 63 tomos, empastados por él mismo, que reúnen desde el acta de matrimonio de sus padres y un método para aprender a tocar la flauta traversa, hasta secretos de Estado y la correspondencia con su amigo Vansittart: el hombre que presentó al gobierno inglés, en 1796, el primer plan para apoderase del Perú.

Lazos con Inglaterra

El plan Vansittart preveía tomar Buenos Aires, establecerse en Chile y "confluir hacia el Callao".
A diferencia de Maitland (y de San Martín), Vansittart no concibió el paso de los Andes sino que propuso llegar a Chile por mar, "rodeando el Cabo de Hornos".
Maitland, que era colega de Vansittart en el Parlamento, incorporó el cruce de la cordillera, basado en la inteligencia provista por los hermanos Allende.
En todo caso, la idea era la misma: llegar a Lima desde Buenos Aires.
Miranda estaba al tanto de planes semejantes y había participado en la elaboración de algunos.
Como le confesó al Primer Ministro Pitt, desde 1782 tuvo "inspiraciones para solicitar auxilio de Inglaterra con el fin de conseguir la independencia absoluta" de su "tierra natal".

Fracasos de Ocumare y Coro

En 1803, Miranda —luego de desposar a su ama de llaves, la inglesa Sarah Andrews, veinticuatro años más joven que él— se estableció en esta casa.
En octubre la pareja tuvo aquí su primer hijo, Leandro.
El niño no tenía aún dos años cuando su padre se fue, en agosto de 1805, a intentar la liberación de Venezuela.
Dejó a Sarah preñada de su segundo hijo (que, como él, se llamaría Francisco) y se dirigió primero a los Estados Unidos, donde mantuvo reuniones con Thomas Jefferson y James Madison.
Allá arrendó dos buques y reclutó 200 hombres.
Pasó entonces a Haití, donde el presidente Alejandro Petión le facilitó dos goletas.
Con esta escuadra, y enarbolando una bandera de su creación (amarilla, azul y roja), pretendió desembarcar en Ocumare.
No pudo; fuerzas realistas tomaron las dos goletas y apresaron a 60 de sus hombres.
Él se retiró a Barbados, donde inició negociaciones con el Comandante de las Fuerzas Navales Británicas del Caribe, el Almirante Alejandro Cochrane, tío del marino que luego comandaría la Armada de San Martín.
Como resultado, zarpó hacia Venezuela con 5 bergantines, 3 cañoneras, 2 barcos desarmados y 400 hombres.
Tomó la fortaleza del puerto llamado La Vela de Coro y ocupó la ciudad Santa Ana de Coro. En ambos lugares izó su bandera tricolor, pero no logró despertar sentimientos de libertad entre los pobladores, que le mostraron hostilidad y lo movieron a abandonar Venezuela.
Malograda su aventura libertadora, a fines de 1807 regresó a Londres.
Leandro ya había cumplido los cuatro años, y a Francisco le faltaba poco para tener dos.
Guerrero de la independencia norteamericana, Miranda había contribuido a la conquista de Florida. Héroe de la Revolución Francesa, había llegado a Mariscal de Francia y participado, como segundo jefe del Ejército del Norte, en la toma de los Países Bajos.
A los sesenta años, con el fracaso de Ocumare y Coro a cuestas, parecía que había llegado la hora de su retiro.

Las Juntas y Londres

No fue así.
Apenas vuelto a Londres, comenzó a promover, desde aquí, revueltas en Sud-América.
En 1808 envió cartas a los Cabildos de Caracas, México, La Habana y Buenos Aires, instándolos a que formaran juntas, como las de la Península, y enviaran a Londres "personas autorizadas y

capaces", para ver con el gobierno inglés "lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo".
Su idea era la de siempre: ofertar a los ingleses "comercio libre a cambio de protección", pero sin aceptar que Inglaterra subrogara a España como poder colonial. Ese mismo año se dirigió al Cabildo de Buenos Aires, felicitándose de que la ciudad hubiese rechazado las invasiones inglesas de 1806 y 1807:
"He tenido la satisfacción de ver que mis amonestaciones al gobierno inglés, en cuando a la imposibilidad de conquistar o subyugar a nuestra América, fueron bien fundadas, al ser repelida con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa".
En 1810, Caracas y Buenos Aires hicieron lo que pedía Miranda: formar juntas y enviar personas autorizadas y capaces a Londres, para negociar con el gobierno inglés.
El 16 de abril, Caracas constituyó la Junta Suprema Defensora de los Derechos de Fernando VII.
Buenos Aires estableció, 36 días más tarde, su propia Junta Provisional Gubernativa que, a sólo cuatro días de hacerse cargo, comisionó a Matías Irigoyen para que se dirigiera a Londres.
Aquí, Irigoyen fue recibido por Miranda, quien lo llevó al despacho del Ministro de Asuntos Exteriores (y hermano del Vizconde Wellington), el Marqués Wellesley. Ante él, Irigoyen solicitó la protección de Inglaterra, a fin de resguardar a Buenos Aires de cualquier ataque. No obtuvo un compromiso formal, porque Inglaterra no podía ser aliada de España y, al mismo tiempo, aliada de las colonias que se alzaban contra España. No obstante, le fueron facilitados los trámites para que adquiriese fusiles privados.
La Junta de Caracas no envió uno sino tres delegados a buscar la protección inglesa; y también en este caso (o con más razón en este caso) el vínculo con el Gabinete británico fue Miranda.

Bolívar ante Wellesley

La delegación era encabezada por Bolívar, quien se había ofrecido a costearla y presidirla. Junto con Bello y López Méndez, hizo el trayecto de La Guaira a Portsmouth en el bergantín Wellington, facilitado por el Almirante Alexander Cochrane, el mismo que había auxiliado a Miranda en su fallida expedición a Coro.
Los comisionados de Venezuela llegaron a Portsmouth el martes 10 de julio de 1810. Miranda los estaba esperando desde el viernes 6. Fue Vanssitart quien le confirmó que ya estaban en tierra británica.
Al arribar a Londres, los tres fueron recibidos en esta casa, donde se alojaron.
Enseguida Miranda notificó al Duque de Gloucester, miembro de la familia real, la presencia en Londres de "los enviados de Caracas, en misión ante este gobierno, para ofrecer su amistad y un comercio libre en todos los puertos del extenso territorio de Venezuela".
Luego hizo que tales comisionados fueran recibidos, como Irigoyen, por el Marqués Wellesley.
Las reuniones con el Secretario sumaron cinco. Bolívar y los suyos concurrieron a Apsley House —la suntuosa residencia del Marqués— el 18 y el 19 de julio, el 4 y el 10 de agosto, y el 9 de septiembre.
Bolívar pretendía que Inglaterra reconociera al gobierno de Caracas; pero los ingleses, liderados por el hermano del Secretario, estaban luchando en la Península contra Napoleón, en alianza con la Regencia española. Apoyar a los rebeldes venezolanos habría sido tanto como prevaricar.
Los comisionados prometieron beneficios comerciales, pero el Marqués no se conmovió. A su juicio, la independencia de las colonias americanas desintegraría el imperio español, facilitando el triunfo de Napoleón, primero en la Península y luego en América.
La misión, en definitiva, fue un fracaso.
Después de pasar dos meses aquí, Bolívar se volvió a Venezuela. Un mes más tarde, Miranda siguió sus pasos.
En el tiempo que pasaron juntos en esta casa, celebraron simposiums en los cuales se fraguó el futuro de Venezuela.
Una vez en Caracas, no tardaron en hacer lo que había sido programado aquí: forzar la declaración formal de independencia, tras lo cual Miranda fue ungido dictador.

Aquí se preparó San Martín

Junto a la esposa y los dos hijos de Miranda, en la casa permaneció su secretario, Tomás Molini, y la esposa de éste.
También quedaron Bello y López Méndez, los anfitriones de San Martín y los otros americanos del Plata que, en 1811, vinieron a Inglaterra antes de dirigirse a su país de nacimiento.
Durante cuatro meses, el General (entonces Teniente Coronel del Ejército español) preparó aquí la expedición que pasaría de las Provincias Unidas a Chile y Perú.
Él desconocía aquellos territorios. Aunque nacido en el antiguo Virreinato del Río de la Plata, sus padres lo habían llevado a la Península cuando apenas tenía cinco años, y jamás había regresado a esas remotas tierras.
Necesitaba saberlo todo: desde la topografía de los países hasta los planes militares que los ingleses habían concebido —en algunos casos con la asistencia de Miranda— cuando pensaban desapoderar a España de sus colonias.
Los documentos y los contactos del propio Miranda (sumados a los proporcionados por Lord Fife) sirvieron a su propósito.
La Gran Reunión Americana fue el ámbito donde, a lo largo de cuatro meses, San Martín preparó su futura hazaña.
Él no quiere hablar de las logias. Insiste:
"Aunque han tenido una gran influencia en la Revolución de aquella parte de América, yo no puedo hablar sobre ellas sin violar los más sagrados compromisos".
No hace falta que agregue más nada.

La prisión de Miranda

San Martín ya estaba en el Plata cuando, de Venezuela, llegó la infausta noticia a esta casa.
Desatada la Contrarrevolución, Bolívar —que debía defender el principal bastión de las fuerzas republicanas— no supo hacerlo. Dejó que le arrebataran Puerto Cabello y su imponente fortín, el castillo de San Felipe, donde quedaron 1.700 quintales de pólvora y un incalculable número de piezas de artillería y municiones.
Derrotado, Bolívar huyó y admitió "haber perdido la última y mejor plaza" de la República.
Al enterarse de semejante pérdida, Miranda masculló: "Le Venezuela est blessé au coeur", "Venezuela está herida en el corazón".
Él no podía hacer que sus hombres avanzaran hacia un suicidio colectivo. Había llegado el momento de capitular, y eso fue lo que hizo, de la manera más digna posible.
La capitulación disgustó a Bolívar, y lo movió a una acción inesperada: integró una partida que secuestró a Miranda, lo engrilló y lo entregó, "por traidor", a los españoles.
El "Precursor de la Independencia Americana" terminó sus días en un calabozo de La Carraca, cerca de Cádiz, en 1816.

El verdadero Libertador

En esta casa, López Méndez siguió obrando, como si entre Miranda y Bolívar nada hubiese sucedido.
Su misión fue ayudar, desde Londres, a ganar la Guerra de la Independencia, liderada ahora por Bolívar en solitario.
La residencia fue convertida en centro de reclutamiento, y en 1817 López Méndez conformó aquí la Legión Británica: 6.500 oficiales y soldados, entre ingleses, irlandeses, escoceses y galeses.
López Méndez se encargó también de comprar los buques que transportarían a esos hombres —el Perseverance, el Tartare y otros—, así como armas, pertrechos y uniformes.
A principios de 1819 la Legión llegó a La Angostura para robustecer el ejército de Bolívar y permitir la reunión del Congreso que puso la piedra fundamental de la nueva República.
Los británicos se distinguieron tiempo más tarde en las batallas de Boyacá y Carabobo, tras las cuales Bolívar condecoró, a cada uno de ellos, con la Estrella de Libertadores de Venezuela.
Con exageración, Bolívar llegó a decir: "El verdadero libertador es López Méndez. Nada podría haber hecho yo sin los oportunos y eficaces auxilios de toda clase que él me proporcionó en Londres".

Casa de familia
Sarah Andrews sigue viviendo aquí, en Grafton Street, con sus hijos. Leandro ya tiene veinte años; Francisco, dieciocho.
La Gran Reunión Americana ha desaparecido.
Bello dejó la casa en 1814, cuando desposó a María Ana Boyland, con quien tuvo tres hijos. Enviudó hace un par de años, y meses atrás volvió a casarse, con Isabel Dunn. Él sigue en Londres y su casa (6, Solls Row, Hampstead Road) no está lejos de Park Place.
El General tiene deseos de reencontrarlo. Es un hombre de exquisita cultura y de muchas amistades. Reanudar la amistad con él resultaría tan placentero como útil.
López Méndez, en cambio, ya no está aquí. Se marchó hace tres años, cuando le fueron revocados los poderes. Ahora es Ministro Plenipotenciario de Colombia ante las cortes de Francia, los Países Bajos y las Ciudades hanseáticas.

Domingo 20 de junio

Maitland ha muerto
Tenía sesenta y cinco años, y hace sólo cinco meses se lo llevó una apoplejía.
Fue en Corfú.
Thomas Maitland no conoció a San Martín, pero predijo su hazaña.
En 1800 presentó al gobierno de Pitt aquel plan para ganar control de Buenos Aires, tomar posiciones en Mendoza ("indudablemente el lugar más indicado"), coordinar acciones con un ejército en Chile, cruzar los Andes, derrotar allí a los españoles y proseguir por mar al Callao. "El fin de nuestra empresa sería indudablemente la emancipación del Perú y Quito", concluía el plan.
Cuando San Martín tomó posiciones en Mendoza, diez años atrás, Maitland era Gobernador de Malta.
Poco después fue nombrado Alto Comisionado de las islas Jónicas y Comandante en Jefe de las fuerzas británicas en el todo Mediterráneo, salvo Gibraltar. Tenía, además, jurisdicción sobre la Costa Berberisca, excepto Marruecos.
Se ha dicho de él que era un déspota benevolente.
No muchos saben que fue, también, un militar de gran talento y visión.
Hippisley vive
Es aquel inglés que proveyó información sobre los Andes a Maitland. Las había obtenido no sólo de Godoy sino de otros jesuitas, expulsados de América. En particular de tres hermanos mendocinos, los Allende, que lo ilustraron acerca de los pasos cordilleranos: una inteligencia que Maitland tuvo en cuenta para proponer que —ahorrando el temerario viaje por mar alrededor del Cabo de Hornos— un ejército cruzara la cordillera desde Mendoza.
El inglés se llama John Hippisley. No ha muerto, pero está muy viejo: ya ha cumplido setenta y nueve.
Vive en Grosvenor Square.

Lunes 21 de junio

Malas noticias
De México han llegado noticias que, de conservar vigencia, serían luctuosas.
El periódico Águila Mexicana dice:
"Nuestros hermanos han sufrido grandes pérdidas en Lima, y la sangre de los patriotas ha fluido en torrentes.
La Santa Alianza tranquilamente piensa que puede disponer de nosotros. Ha hecho particiones en el mapa: la República de Colombia será asignada a Francia, Perú a Inglaterra, y México a España.
Cartas de Guayaquil no dejan dudas sobre la crítica situación de Bolívar. Lo que ha completado su desaliento, luego de sus derrotas, es la convicción que ahora tiene acerca de que la inmensa mayoría de los habitantes del Perú es irremisiblemente devota del Rey Fernando y la augusta dinastía de los Borbones. El Virrey La Serna lo persigue sin pausa, al frente de un ejército de 9.000 excelentes soldados, casi todos europeos.

El ejército de Chile ha abandonado definitivamente a Bolívar, y regresa a su país a marcha forzada".

El peligro de la dilación

Canning comunicó a la Corte de España que nada resolverá, en cuanto al reconocimiento de los nuevos Estados, hasta tanto no regresen el Coronel Hamilton y otros comisionados que se hallan en América.

El Ministro quiere oír los informes de estos británicos, a fin de que su decisión no se funde en las insuficientes y contradictorias noticias de los papeles públicos. Tampoco en la interesada opinión de comerciantes como los de Manchester, que esta semana se sumaron, en el clamor por el reconocimiento, a sus colegas de Liverpool y Londres.

Las dilaciones de Canning, sin embargo, pueden resultar fatales.

Es necesario que la presión sobre el Secretario no se confine a los mercaderes y a los periódicos.

A San Martín lo reconforta que esta noche vuelve Paroissien y mañana, según lo acordado, la Legación brindará su agasajo a diplomáticos extranjeros, incluido el Embajador de los Estados Unidos, junto a miembros del Parlamento y banqueros de la City.

Miércoles 23 de junio

Posar para la posteridad

La mañana fue miserable: tormentosa y fría.

No es un acontecimiento. El observatorio de Greenwich dice que, hasta donde llegan los registros, nunca había caído tanta agua, ni hecho tanto frío, como en este otoño.

Paroissien desayunó con San Martín en Park Place y luego lo acompañó al atelier de John Jackson, en el número 7 de Newman Street.

Hicieron el trayecto en el quitrín de Paroissien: un carruaje de dos ruedas, con una sola fila de asientos, que no protege por completo de la lluvia.

El General posó por primera vez para el retratista inglés y se interesó por su historia.

Es hijo de un sastre de Yorkshire. Se inició como pintor de miniaturas, para luego pasar a la copia de cuadros y culminar retratando modelos al natural. Merced a la protección de Sir George Beaumont, expuso ya hace muchos años en la Royal Academy, y desde 1818 es académico de número. Ha viajado por Flandes, Holanda y Roma, retratando a gente ilustre o adinerada. Imita el estilo del afamado Joshua Reynolds y lo hace tan bien que, a veces, cuesta distinguir si una obra es de Reynolds o suya.

Paroissien había insistido en que San Martín tuviera un retrato que fuera, por su fidelidad y estilo, comparable al de los grandes héroes de la Historia.

El General posó pacientemente y luego Paroissien lo llevó a su casa.

Jueves 24 de junio

"A su debido tiempo"

Alvear recibió con entusiasmo la respuesta que Liverpool dio esta tarde al Marqués de Landsowne en la Cámara de los Lores.

El Marqués preguntó si el Gobierno contemplaba el reconocimiento de la independencia sudamericana, y Liverpool respondió: "El Gobierno no tiene ningún compromiso, directo ni indirecto, con potencia alguna para reconocer o no la independencia de aquellos Estados; y se siente enteramente libre para determinar sobre este punto, según los intereses de la nación inglesa".

La ambigüedad de la respuesta permitía cualquier interpretación. Sin embargo, el Primer Ministro agregó: "Habiendo dado el paso de proponer al Gobierno español que fuese el primero en reconocer a sus ex-colonias, haciéndole ver la conveniencia que le resultaría de tal procedimiento, y habiendo rehusado el Gabinete de Madrid acceder a tal propuesta, el Gobierno inglés queda ya libre, aun con respecto a España, para hacer (a su debido tiempo) el reconocimiento de aquellos nuevos Estados, y para contraer con ellos obligaciones tanto morales como de cualquiera otra especie".

También mencionó Liverpool que "el Gobierno ha enviado comisionados a varios de aquellos Estados para que, formando una idea exacta de la situación respectiva de ellos, se pueda

determinar sobre el asunto en cuestión."
Según Alvear, hoy Inglaterra le ha notificado a España que reconocerá a los nuevos Estados, y admitido que el envío de "comisionados" es una medida preparatoria.
San Martín es más escéptico. El rechazo de la propuesta de mediación se conoce desde el 15 del mes pasado. Se presumió entonces que, librada ya de todo compromiso, Inglaterra procedería al reconocimiento de los nuevos Estados; pero no fue así.
Ahora, el Gobierno quiere esperar el regreso de los comisionados, y eso sólo para que las autoridades determinen "sobre el asunto en cuestión".
De todo lo dicho por Liverpool, lo que más preocupa a San Martín es la expresión "a su debido tiempo".
Él cree que ese tiempo es ahora.
La actitud del Gobierno inglés se le hace vacilante. Esto que dice el Primer Ministro, aunque suene alentador, es un retroceso respecto de lo expuesto por el Coronel Hamilton al Presidente Santander en Colombia.
Como ha dicho el Times, "lo más improbable en el mundo" es que ese comisionado haya sido infiel a las instrucciones que recibió. El periódico arriesga que el discurso del Coronel pudo incluso haber sido "preparado en Downing Street, antes de que la misión partiera de Inglaterra".
Por eso, el mismo Times confiesa su "dificultad para reconciliar el lenguaje y los sentimientos de Hamilton con los empleados en Inglaterra acerca de la misma materia".
Idéntica dificultad tiene San Martín.

Viernes 25 de junio

Como un aturdido

"San Martín está conduciéndose en Londres como un aturdido", dice Alvear.
Las Provincias Unidas han sido reconocidas "en los hechos", y Alvear juzga estéril el empeño de San Martín por confirmar esto mediante un acto solemne.
A él no lo desvela el destino del Perú, y no consiente que las mismas Provincias Unidas estén inseguras mientras Lima siga amenazada.
A su juicio, es improcedente que San Martín intime a las autoridades británicas, por vía de distintos intermediarios, a reconocer la independencia de los Estados americanos.
Liverpool ha dicho que su Gobierno decidirá, oportunamente, "según los intereses de la nación inglesa". ¿Qué otra cosa podría esperarse? ¿Pretende San Martín que el Gabinete británico decida asunto tan delicado de manera extemporánea? ¿O que vulnere el propio interés de Gran Bretaña?
Para Alvear, una sucesión de pequeños hechos consumados vale más que las decisiones grandilocuentes que —él interpreta—querría San Martín.

Ahórquenlo si lo encuentran

El Duque de Bellune, que fue Ministro de Guerra de Luis XVIII hasta octubre del año pasado (y estuvo a cargo de preparar la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis), sabe muy bien que, sin el reconocimiento y la protección de Inglaterra, la independencia sudamericana puede tener corta vida.
Esta semana, en París, el Duque distribuyó a sus pares este memorial:
"Nosotros dijimos un mes atrás que Inglaterra no podía reconocer la independencia de Sud-América, dada la derrota de Bolívar en Perú, la anarquía que prevalece en todas partes, y el ridículo en el que quedaría Inglaterra si, al tiempo que ella reconociera la independencia de los Estados americanos, España, como es probable, tomara posesión de ellos y volviera a ponerlos bajo su dominio.
La escena que tuvo lugar en el Parlamento, entre Sir Mackinthosh y Mr. Canning no ha cambiado nuestra opinión sobre este asunto. Es evidente que ambos oradores se habían puesto de acuerdo previamente, respecto del punto en cuestión, sobre la pregunta que haría uno y la respuesta que daría el otro. Cada uno desempeñó bien su papel, el Parlamento aplaudió, el telón cayó y, por una vez, la obra dejó a todos satisfechos.
Examinemos lo que se dijo, dejando los enigmas y las frases ininteligibles para quienes aman

esas cosas. La posición de Sir Mackintosh quedó reducida a muy poco; en verdad, a nada. En efecto, ¿de qué le serviría a Bolívar que Inglaterra le dijera: 'Usted es independiente', si al mismo tiempo le dijera a España: 'Usted tiene el derecho de ahorcar a Bolívar si lo apresa'?".
El Duque da por segura la derrota de Bolívar, exagera en cuanto a la anarquía reinante en Sud-América y considera "probable" que España reconquiste sus antiguas colonias.
Más que notificaciones a sus pares, estos dichos parecen tener como destinataria a Inglaterra.
Francia querría disuadir a Canning de reconocer la independencia de Sud-América.
En último caso, desearía que el reconocimiento no fuera acompañado de un compromiso de defender a los nuevos Estados.
De cualquier manera, hay en el memorial algunos juicios que no pueden desdeñarse.
Es cierto que Inglaterra demora una definición sobre este asunto, y que el Parlamento ofrece más una representación artística que genuinos debates sobre Sud-América.
También es cierto que, para ser efectivo, el reconocimiento no puede ser "tácito" ni falto de un compromiso de protección.
Eso es lo que reclama San Martín.
A veces, ni García del Río comprende su urgencia. O su "aturdimiento", como dice Alvear.

Sábado 26 de junio

La pérdida del Callao

San Martín conocía el hecho, nada lisonjero; pero hoy tomó estado público en Londres.
La Revolución perdió, 20 semanas atrás, la Fortaleza del Real Felipe del Callao, que estaba en su poder desde 1821 y albergaba a 2.000 hombres.
No la perdió por acción del enemigo, sino por la sublevación de rioplatenses, chilenos y peruanos.
Dos suboficiales mulatos, Dámaso Moyano y Francisco Oliva, provocaron un motín para evitar que parte de esas tropas fueran enviadas al norte e incorporadas al ejército de Bolívar.
No les fue difícil lograr adhesiones: los oficiales estaban al día y, en cambio, la tropa llevaba cinco meses sin percibir su paga.
Los sublevados arrestaron a la oficialidad y al gobernador del Callao, que a la sazón era el General Alvarado.
Después entregaron el mando al coronel realista José María Casariego. La bandera española volvió a flamear en el Callao.
Los calabozos del castillo se vaciaron de realistas y se llenaron de patriotas.
Testimonio de un capitán
Ayer llegó de Nueva York una copia de esta carta, que un capitán norteamericano despachó desde la isla Puná, frente a Guayaquil:

"Puná, Febrero 20, 1824

Una insurrección de las tropas negras, que tomaron los castillos del Callao contra el Gobierno Patriota, tuvo lugar alrededor del día 5.
Lanchas guardacostas fueron establecidas, para impedir la partida de los buques que allí estaban.
Los insurrectos comenzaron por saquear algunas embarcaciones y maltratar a los capitanes.
Desembarcaban a quienes hallaban a bordo y los confinaban al castillo. Logramos escapar la noche del 8. Mantuvimos nuestra línea de navegación; pero varios tiros cayeron cerca de nosotros.
Tras quedar aparentemente fuera del alcance de las baterías, pregunté al Capitán de una corbeta británica, la Fly, si podía anclar mi buque bajo la protección de sus cañones. Me dijo que no, porque había en tierra muchos súbditos británicos, cuya vida corría peligro.
Antes de que tomáramos contacto con ella, la propia corbeta fue blanco de varios disparos, y uno de ellos llegó a escasísimos pies.
El Capitán mandó un oficial a tierra, a fin de reclamar, y la respuesta de un General negro fue que, si la Fly disparaba un solo tiro, ellos masacrarían a todos los extranjeros que tenían cautivos y reducirían el Callao a cenizas".

De otra Tebaida

Esta semana han llegado noticias sobre el naufragio, en el Río de la Plata, de un bergantín británico que se dirigía del Janeiro a Buenos Aires.
Chocó contra uno de los peligrosos bancos del Plata y se hundió casi de inmediato.
El capitán, cuatro tripulantes y un pasajero abandonaron el buque, dejando diecinueve personas a bordo, para ir en busca ayuda.
Una goleta salió de inmediato a socorrer a los náufragos y pudo salvar a ocho.
Los otros once quedaron en cuatro balsas y, al momento de salir estas noticias de Buenos Aires, el 31 de marzo, se temía que todos ellos hubiesen perecido como consecuencia de un vendaval.
Una de las balsas, hallada por un buque inglés cerca de Montevideo, sólo tenía un chal de una mujer.
El bergantín hundido era el Agenorea.
Su nombre provenía de La Tebaida, el poema de Estacio.
San Martín llama "Mi Tebaida" a su chacra mendocina, pero no por el drama latino, derivado de la mitología griega.
Los Barriales evoca, en cierto sentido, a Tebas: la desértica región del Alto Egipto, próxima a la capital del Imperio Medio, donde comenzó el eremitismo.
La misma evocación llevó, en España, a llamar La Tebaida Berciana a una región al pie de los Montes Aquilanos (o del Bierzo), cuyos valles insociables, bordeados por picos de hasta 2.000 metros, eran ideales para el retiro. Como lo fue hace 900 años el Valle del Silencio, donde San Genadio halló una cueva para meditar y orar.
A su regreso del Perú, San Martín se sentía como aquellos cristianos que, para huir de las persecuciones o las fatigas, y entregarse a la vida penitente, se convertían en ermitaños y se refugiaban en alguna tebaida.
Ahora, su humor es otro. Ha empezado a pensar que, acaso, deba volver al Perú.

Domingo 27 de junio

Altercado en casa de Robertson

Hoy hubo un episodio de lo más ingrato, durante una cena, en casa de Robertson.
Los concurrentes eran todos sudamericanos. No había más inglés que el anfitrión.
Luego de que empezaran a circular las botellas, alguien mencionó el Protectorado del Perú y esto inició una discusión:
García del Río: Ningún otro sistema que el arbitrario, el militar, podría consolidar el orden en los nuevos Estados. La América necesita gobiernos fuertes, vigorosos, temibles; todo lo demás son teorías pueriles, utopías. Si el General San Martín hubiera dado fuertes palos, no se habría visto precisado a salir del Perú.
San Martín: Es verdad, tuve que descender del Gobierno; el palo se me cayó de las manos por no saberlo manejar.
Alvear: ¿Conque, General, se le cayó a usted el palo por no saberlo manejar?
San Martín: Sí, señor.
Esto dio lugar a una molesta alegación de Alvear, que desató una polémica en la cual intervinieron casi todos los comensales. Iriarte, allí presente, pronosticó: "Algunos se irán de aquí con las cabezas rotas".
Alvear dijo que había oído "con disgusto la antisocial doctrina" de San Martín, y defendió el "sistema representativo", haciendo gala de liberalismo.
El mismo Iriarte dice que ambos hombres "se detestan uno al otro" y aunque tomó el lado de Alvear en la discusión, sentencia: "En Alvear obra un sentimiento de envidia por el nombre glorioso de su adversario. En San Martín, el encono que profesa a Alvear tiene su origen en el conocimiento que de él tiene".
Le cabe razón a Iriarte. A San Martín le cuesta aceptar lecciones de patriotismo, y conciencia republicana, del hombre que pidió al Rey inglés un "palo", no para sostener un gobierno americano sino para someter las Provincias Unidas a la Corona británica, alegando que no estaban "en edad ni en estado" de gobernarse por sí.
En medio del altercado, el General expuso su pensamiento:

“Odio todo lo que es lujo y distinciones; en fin, todo lo que es aristocracia.
Por inclinación y por principios, amo el Gobierno Republicano; pero comprendo que este género de gobierno no es realizable en América.
El grado de libertad que un país goce debe estar en proporción exacta a su grado de civilización; si la libertad supera a la civilización, hay anarquía; y si la civilización supera a la libertad, hay opresión.
En América no hay ilustración bastante para formar un gobierno libre. Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que orgullo nacional, y esto lo poseen hasta los más estúpidos salvajes; pero para defender la libertad se necesitan ciudadanos, no de café, sino de instrucción y elevación de espíritu.
Es un error creer que la mera implantación de instituciones libres hará que sean inmediata y debidamente comprendidas, cualquiera haya sido el estado social.
Nuestros países no pueden (al menos por muchos años) regirse de otro modo que por gobiernos vigorosos; más claro, despóticos.
Lo importante es que sean buenos gobiernos, y esto no se medirá por la liberalidad de sus principios, sino por la influencia que tengan en la felicidad de los pueblos.
El modo de conciliar la necesaria autoridad con las instituciones deseables es, a mi modo de ver, un gobierno monárquico constitucional.
A falta de ese régimen, para mantenerme en el Protectorado, yo debía convertirme en dictador, lo cual era contrario a mis sentimientos y mis convicciones más firmes.
Por eso digo que se me cayó el palo”.
En un punto, se dio por terminada la cena y Paroissien se llevó a San Martín a Park Place.
“Este Alvear no es digno de llamar la atención de una persona que se respete un poco”, comentó el General en el trayecto.

Vida despreocupada

Alvear y los suyos sólo piensan en el empréstito de la City y la próxima misión a los Estados Unidos.
Actúan como si pertenecieran a un país universalmente reconocido, cuya existencia estuviera fuera de duda.
Por eso llevan una vida despreocupada.
Desde que llegaron, han frecuentado la Ópera Italiana y teatros ingleses como Covent Garden, Drury Lane o Hymarket, amén de otros que, según Iriarte, son “más subalternos”.
En el Sadler’s Wells, el teatro de los marinos, vieron combates y borrascas representados “muy a lo vivo y al natural”.
El Drury Lane es un teatro importante que, según el mismo Iriarte, ofrece en la puerta “una escena de corrupción e inmoralidad”. Él ha visto cómo “más de 150 jóvenes se presentan allí todas las noches” y se ofrecen a los hombres solos. Las hay “muy lindas y elegantes”, y algunas son “de buena familia” pero, habiendo tenido “un desliz”, fueron expulsadas de sus casas y se han visto obligadas a prostituirse en Londres.
Cuidadoso, Iriarte se preocupa de aclarar: “Yo visito el salón por distraerme, pero jamás pequé”.

Lunes 28 de junio

Última vez

El General fue con Paroissien a posar, por última vez, para Jackson.
El pintor les habló sobre la colección del Marqués de Stafford, que se exhibe en la Cleveland House.
Stafford es el hombre más rico de Europa, y ha empleado parte de su fortuna en adquirir obras de grandes pintores continentales. Sobre todo, del Renacimiento italiano.
San Martín y Paroissien prometieron ir a la Cleveland House.

Martes 29 de junio

Arte e impaciencia

Paroissien fue a buscar a San Martín y se encontró, en Park Place, con Heywood y su esposa Frances, que es la señora a cargo de Merceditas.

A Heywood le atrae la pintura.
Él protege a un promisorio artista, Clarkson Stanfield, que pinta marinas, una pasión de San Martín.
No tardaron mucho en ponerse de acuerdo para ir, los tres, a Cleveland House.
La colección es única.
Apenas uno entra a la galería lo abordan imágenes sobrecogedoras.
A la izquierda, un cuadro de Annibale Carracci, el venerable clacisista romano-boloñés.
Arriba, tres obras de Rafael.
Frente a ellas, David y Abigail, del barroco Guercino.
El arte abstrae a San Martín hasta cierto punto.
No puede dejar de pensar en la pérdida del Callao, la demora de Bolívar en llegar a Lima y la mora de Inglaterra en expedirse.

Miércoles 30 de junio

Bolívar, dictador

Eso que no entiende (o finge no entender) Alvear, lo ha comprendido muy bien Bolívar.
El venezolano ha aceptado la "odiosa autoridad" que le confiere el título de Dictador porque sabe que, en las actuales condiciones, el Perú se ve reducido "al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico para salvarse".
El problema es que, de momento, Bolívar sólo podrá ejercer tal autoridad sobre una porción del territorio.
La proclama por la cual comunicó que aceptaba los poderes despóticos está fechada así: "Cuartel general en Trujillo, 11 de marzo de 1824, año 14º de la independencia".
Bolívar reconoce que la independencia del Perú tuvo su inicio con San Martín, pero al dirigirse a los peruanos desde su cuartel general demuestra que —antes de ser un real Dictador— debe completar la obra, ganando una guerra inconclusa y de resultado aún incierto.
La proclama, que ya obra en poder de la Legación, dice:
"PERUANOS: los desastres del ejército, y el conflicto de los partidos parricidas, han reducido el Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un dictador para salvarse. El Congreso constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional.
Yo hubiera preferido no haber venido jamás el Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.
Peruanos: vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos, y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo os declaro a nombre de Colombia, y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.
Peruanos: el campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad; ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la Dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú, y dejándoos la libertad".

A Bruselas

San Martín va a la casa de los Heywood a despedirse de Merceditas: el sábado el General partirá para Bruselas, según le dice a la niña, para "visitar al tío Justo", que se encuentra en los Países Bajos.
A la noche se descarga un temporal.

El increíble Capitán Heywood

El esposo de Frances —la encargada de custodiar a Merceditas—es un hombre que conoce bien a San Martín y ha estado más de una vez en el Río de la Plata.

Nació en la isla de Man, Mar de Irlanda.
Era un muchacho de quince años, alto y lleno de tatuajes, cuando ingresó a la Marina Real.
El primer viaje de Heywood pareció una fábula: él fue uno de los marineros del Bounty, aquel velero cuya tripulación se amotinó en 1789.
El buque fue enviado a la Polinesia, a recoger frutos del "árbol del pan", que se aprovechan para alimentar esclavos.
Al mando del capitán William Bligh, anterior ayudante del célebre James Cook, el Bounty surcó el Atlántico y fue a enfrentar el Cabo de Hornos, resuelto a pasar por allí al Pacífico y enfilar hacia Tahití. Una tempestad que duró cuatro semanas, y mantuvo a Heywood en ascuas, le cerró el paso. Bligh terminó poniendo proa al Oriente, para pasar debajo de África y Australia.
Por ese camino llegó a Tahití, pero la temporada de los frutos del pan ya había pasado. Hubo que esperar a la siguiente, y eso obligó a que la expedición se demorase cinco meses en esa isla.
El tiempo resultó suficiente para que Heywood comenzara a bocetar un diccionario tahitiano-inglés y contrajera una enfermedad venérea.
Por fin, el velero emprendió el regreso a Inglaterra. Sin embargo, en alta mar, parte de la tripulación se amotinó contra el despótico Bligh. Heywood no participó del alzamiento, pero tampoco defendió al Capitán.
Bligh y diecinueve tripulantes leales fueron puestos en una chalupa, que prodigiosamente llegó a Timor y de allí, en un buque británico, a Inglaterra.
El jefe de los amotinados llevó a Heywood y a otros quince de regreso a Tahití —para que aguardasen allí el rescate— y huyó a la isla de Pitcairn, llevando consigo a seis tahitianos y once tahitianas. Allí hizo quemar el Bounty, para no dejar señales, y formó una pequeña comunidad de fugitivos, quienes pronto se trenzaron en luchas que acabaron con la vida del propio jefe.
En 1792, el buque Pandora pasó por Tahití y se llevó engrillado a Heywood —junto con otros que habían integrado la tripulación del Bounty— para que se los juzgara en Londres.
El buque naufragó. Muchos tripulantes y prisioneros se ahogaron, pero Heywood estuvo entre los sobrevivientes.
En el juicio, se desoyeron sus protestas de inocencia y fue condenado, pero recibió el indulto del Rey.
Se le permitió entonces reincorporarse a la Marina Real y desempeñó tareas en el Mar del Norte, así como en la India.
También en Sud-América, donde conoció a San Martín.

La verdad sobre las invasiones inglesas

Heywood participó en "las invasiones inglesas" de Buenos Aires y Montevido.
Él sabe que aquellas incursiones eran parte de un plan que, como el de Maitland y otros, no debía limitarse al Río de la Plata sino culminar en Lima.
Ni los porteños ni los ingleses dicen la verdad sobre aquellas invasiones.
En Buenos Aires se finge que, resistiendo a las fuerzas británicas, los criollos dieron su primer grito de independencia.
Ese grito no se oyó, en aquella parte del mundo, hasta que Napoleón ocupó la Península, secuestró a Fernando VII y puso a su hermano, José Bonaparte, como Rey de España e Indias. Fue entonces cuando los españoles americanos —al igual que los de la Península — formaron juntas en nombre de aquel rey al que llamaban "el Deseado". Esas juntas serían, ellas sí, el germen de la independencia.
Las invasiones inglesas ocurrieron antes de todo eso. En 1806 y 1807, Buenos Aires era una colonia española que no pretendía ser otra cosa; y la "reconquista" —como los porteños llaman al fracaso inglés— fue la recuperación de la ciudad para los Borbones.
En Inglaterra también se deforman los hechos, y se lo hace de un modo aun más grotesco.
La invasión inicial es presentada como una correría, solitaria e irresponsable, de Popham.
Este oficial, amigo de Heywood, puso en marcha un plan aprobado en 1804 por el Primer Ministro Pitt, y consentido por el sucesor de éste, Barón William Grenville.
Hay varias pruebas de ello:

• El plan preveía que Popham desembarcara en el Río de la Plata y Miranda en Venezuela. Es lo que intentó, cada uno de ellos, en 1806.
• Apenas Grenville recibió noticias sobre la captura de Buenos Aires, envió refuerzos a Popham.
• El Primer Ministro también organizó una expedición suplementaria que, cumpliendo con el plan, debía dirigirse al Pacífico para tomar Valparaíso y el Callao.

La idea en un pañuelo

Este pañuelo —uno de los que circuló en Buenos Aires durante la breve ocupación— prueba que el desembarco en el Río de la Plata no fue el lance individual de un oficial insensato, sino el inicio de un proyecto fallido que aquí tiene una traducción heráldica:

El pañuelo tiene estampado un escudo, en cuyos ángulos lucen los retratos de Popham, Beresford, Miranda y Washington. El centro está ocupado por Cristóbal Colón, de cuya boca sale esta frase: "Alba del día de la América meridional". En los cuarteles del escudo se ve a: 1) Inglaterra rompiendo cadenas y, a sus pies, postrado un león; 2) un puerto con naves de todas las naciones, que gozan del libre comercio; 3) Eleuteria, la diosa griega de la libertad; y 4) Astrea, la diosa de la justicia, redactando una Constitución. En las orlas se lee: "No es conquista, sino unión". "Religión y sus santos ministros protegidos". "Personas, conciencias y comercio libres".

Perdida Buenos Aires, la euforia británica se transformó en denuesto.

Popham fue sometido a una corte marcial, que lo reprendió por haber actuado de manera inconsulta. Se abstuvo de condenarlo, pero repudió su temeridad y puso, en la cabeza de este oficial, toda la culpa por la fallida incursión en el Río de la Plata.

No yerra el proverbio chino: las victorias tienen cientos de padres, pero las derrotas son huérfanas.

Desde 1778

Durante décadas, la idea de conquistar Buenos Aires y proseguir a Lima capturó la imaginación de los estrategas británicos, y obtuvo el respaldo de sucesivos gobiernos.

Maitland diseñó, en 1800, su recordado plan, antecedente del que San Martín ejecutó a partir de 1817.

Hubo, antes de Maitland, otros planes.

Todos previeron campañas que irían de Buenos Aires a Lima; pero ninguno de ellos proponía el cruce de los Andes. Concebían que el pasaje al Pacífico debía hacerse rodeando el Cabo de Hornos.

Las invasiones inglesas fueron la infeliz ejecución de tal estrategia.

El Plan Dalrymple

El primer plan para desamparar a España de sus dominios sudamericanos, empezando por Buenos Aires y terminando por Lima, fue concebido por Sir John Dalrymple en 1778 (el año en que nació San Martín).

Elevado al Primer Ministro Lord North, aquel plan fue aprobado el 3 de agosto de 1780. Comprendía expediciones simultáneas al Río de la Plata y la costa occidental del continente.

Como la conquista de las colonias españolas se suponía segura, el beneplácito dado por el Gabinete desató la euforia en el mundo colonial británico, al punto que el Gobernador de Jamaica, Mayor General Sir John Dalling, hizo llegar a Londres su postulación como Virrey del Perú y México.

El 25 de noviembre de aquel año, el Gabinete dispuso que una flota, al mando del Comodoro George Johnstone, se dirigiera al Río de la Plata; pero en esos días los españoles se aliaron a la Francia en guerra contra Inglaterra. El 29, Johnstone recibió órdenes de capturar primero Ciudad del Cabo y luego seguir al Plata.

La expedición partió el 12 de marzo de 1781, pero fue interceptada en las Azores por un escuadrón francés, dirigido por el Almirante Pierre André Suffren.

Este francés frustró así la primera "invasión inglesa", veintiocho años antes de que Popham desembarcara en Buenos Aires.

Después, se sucedieron varios planes truncos.

Se los concebía cuando Inglaterra estaba en guerra contra España y se los suspendía cuando

ambas hacían las paces (o se convertían en aliadas), sólo para reactivarlos apenas comenzada una nueva contienda.
La política europea era, entonces, muy cambiante. No se lo cuenten a San Martín: en la Península, él pasó muchos años peleando, un día contra los ingleses y, al otro día, codo a codo con ellos.

Popham y los planes anteriores

En casi todos los planes que se sucedieron entre 1778 y 1806 estuvo la mano de Popham. Él intervino, particularmente, en la elaboración de estos tres:
1783. Plan Phillip. El Primer Ministro Lord Shelburne —decidido a retomar la idea de Dalrymple— ordenó al Secretario de Guerra y Colonias, Thomas Townshend, que revisara escrupulosamente el plan frustrado en 1778.
El funcionario requirió, para eso, el consejo del Capitán Arthur Phillip, quien conocía bien el Río de la Plata. Como integrante de la Armada Real Portuguesa, Phillip había luchado contra España en la Banda Oriental, y se había destacado en la defensa de Colonia del Sacramento, ciudad ubicada frente a Buenos Aires, que fue portuguesa hasta 1777.
Phillip reformó el Plan Dalrymple. En lugar de dos flotas —una al Río de la Plata y otra al Pacífico— se despacharía una sola, cuya misión sería capturar Montevideo y Buenos Aires para seguir luego a Chile y Perú.
La flota, al mando del Comodoro Robert Kingsmill, zarpó el 16 de enero de Inglaterra. Cuando llegó a Río de Janeiro, recibió orden de no seguir viaje: Inglaterra y España habían firmado un armisticio.
Phillip, que comandaba uno de los buques, escribió a Townshend desde Río de Janeiro: "Ha sido necesario que nos detuviéramos en este puerto y puedo asegurarle, Señor, que la situación de los asentamientos españoles es como yo siempre pensé. Todos los efectivos de Buenos Aires y Montevideo no llegan a 500 hombres. No hay buques con armamento suficiente para formar en una línea de batalla; en el Río de la Plata sólo se encuentran dos fragatas, de menos de 50 cañones cada una. Se imaginará, Señor, cuánto me mortifica el hecho de estar tan cerca y no tener la libertad de actuar".
1790. Plan Campbell. Durante el gobierno de Pitt, el Secretario de Estado, Grenville —primo hermano del propio Pitt—, decidió emprender otra campaña contra las colonias españolas de Sud-América.
Para llevar a cabo esa tarea, Grenville eligió al Teniente General Sir Archibald Campbell, que venía de ser Gobernador de Madrás, en la India. A su vez, Campbell designó dos asistentes: Dalrymple y Popham.
Las posesiones españolas del Pacífico debían ser atacadas por fuerzas provenientes de las Indias Orientales. En cambio, escribió Campbell en un memorial dirigido a Pitt, "una expedición contra Buenos Aires debería con toda probabilidad ser más efectiva si se la lanzara desde Europa".
El plan fue concebido cuando Inglaterra y España estaban a punto de entrar nuevamente en guerra; esta vez por una isla frente a las costas de Canadá, que los ingleses llaman Nootka Sound y los españoles denominaban Surgidero de San Lorenzo. Un acuerdo, firmado en Madrid el 28 de octubre, resolvió la disputa; y, una vez más, Inglaterra pospuso su ambición de quedarse con SudAmérica.
1797. Plan Craig. El Secretario de Guerra y Colonias, Henry Dundas (luego Lord Melville) escribió el 21 de junio una carta a Lord Macartney, gobernador británico de Ciudad del Cabo, capturada en 1795 a los holandeses. En su misiva, Dundas hacía referencia a "una expedición que ha rondado nuestros pensamientos desde hace muchos años". El Secretario explicaba que los acuerdos de Nootka Sound habían "impedido" asestar, en su momento, "golpes" a los españoles en Sud-América; pero que, habiendo la "pérfida" España caído en una "agresión no provocada", era hora de ir contra su Imperio en América. La "perfidia" consistía en haberse aliado, en 1795, con Francia.
El plan contra Sud-América debía ser diseñado y ejecutado por el antecesor de Macartney en el gobierno de Ciudad del Cabo: el Mayor General Sir James Craig.

Como en los casos anteriores, la idea era apoderarse del Río de la Plata, Chile y Perú.
"La expedición al Río de la Plata", escribió Craig, "requerirá tres regimientos británicos".
Esta vez, la excursión se malogró antes de comenzar. Mientras Dundas pensaba en ocupar Sud-América, Napoleón empezó a construir su futuro imperio: derrotó a Austria, ocupó el norte de Italia —organizándolo como República Cisalpina—, se apoderó de Holanda y controló la región del Rin. Poco después, cruzó al África y se hizo de Egipto.
El temor a que pretendiera invadir Inglaterra, o las colonias británicas, forzó una actitud defensiva. En vez de pensar en la adquisición de nuevos territorios, los ingleses concentraron tropas para preservar los que ya tenían.
En 1802 Inglaterra firmó la Paz de Amiens con sus enemigos, Francia y España. Esa paz, sin embargo, duró apenas un año. En 1803, se reanudaron las hostilidades.
Miranda y las invasiones inglesas
Miranda era amigo de Popham.
En 1804 ambos concibieron un nuevo plan.
Con Inglaterra y España otra vez enfrentadas, la idea despertó el entusiasmo de Melville, a la sazón Primer Lord del Almirantazgo.
Antes de dar su visto bueno, el Primer Ministro recibió a Popham, no en su despacho sino en su casa. Había entre ellos una relación de confianza.
El plan del oficial británico y su amigo venezolano consistía en atacar las colonias españolas en Sud-América, sometiéndolas a una maniobra de pinzas:
• Miranda sería el jefe de una fuerza que capturaría Venezuela y proseguiría a Nueva Granada.
• Popham comandaría una expedición al Río de la Plata, que se afianzaría en Buenos Aires y luego seguiría por mar a Valparaíso, Chile.
• Ambas fuerzas convergerían por fin sobre Lima, para hacerse de la pieza más preciada del imperio español en Sud-América.
Las desventuras de Melville impidieron que el plan se volviera realidad. Acusado de malversar fondos del Almirantazgo, a principios de 1805 debió renunciar a su cargo. La renuncia evitó que el escándalo arrastrara al gobierno de Pitt, pero no impidió que Melville fuera sometido a juicio político en la Cámara de los Lores.
Sus planes, en tanto, quedaron dormidos.
La ordalía terminaría en absolución, pero ésta sólo llegaría en 1806, el día previo a la muerte de Pitt.
Recuperando Ciudad del Cabo
Mientras Melville enfrentaba el juicio, en 1805, Popham le propuso a Pitt que los pertrechos previstos para la expedición al Plata se emplearan para recapturar Ciudad del Cabo.
Ese puerto del sur de África —ideal para el reabastecimiento de los buques que iban a la India o venían de ella— había cambiado varias veces de manos, pero desde 1802 pertenecía a los Países Bajos, dominados por Francia. Eso, de por sí inconveniente para los ingleses, se hizo más peligroso a medida que Napoleón fue cobrando mayor poder y, en 1804, se proclamó Emperador.
Ciudad del Cabo era, en los hechos, propiedad de Bonaparte.
Pitt coincidió con Popham: Inglaterra debía despojar a Holanda de sitio tan estratégico.
El Primer Ministro le confió al mismo Popham la escuadra que transportaría al ejército expedicionario, y designó como jefe de ese ejército a Baird, reconocido por sus logros en la India y Egipto.
Baird convocó entonces a otro oficial que había peleado, junto con él, en la India: William Carr Beresford.
El 14 de enero de 1806, Baird, Beresford y Popham recuperaron Ciudad del Cabo.
Expedición al Río de la Plata
Una vez controlada esa posición, Popham y Beresford lograron la autorización de Baird para realizar una expedición al Río de la Plata.
Popham esperaba cumplir, así, una parte del plan que, dos años antes, había trazado con

Miranda.
Ése fue el origen de las invasiones inglesas.
Un ejército de 1.635 hombres, llevado por un escuadrón de 6 barcos de guerra y 5 de transporte, se apoderó de Buenos Aires el 27 de junio de 1806. El comienzo resultó feliz para los invasores. La ciudad pareció someterse, el Virrey Rafael de Sobremonte huyó y Beresford —quien asumió como Gobernador— logró que la mayoría de las autoridades civiles, los principales comerciantes y los vecinos ilustres jurasen fidelidad al Rey Jorge III.
Un ataque inesperado terminó con aquel fugaz dominio. Los ingleses fueron derrotados por un ejército que envió desde Montevideo el gobernador Ruiz Huidobro, que con el tiempo ganaría la amistad y confianza de San Martín.
Aquel ejército era comandado por Liniers, quien estaba al servicio de la Corona española y —como su compatriota Suffren un cuarto de siglo antes— impidió que Inglaterra se hiciera de Buenos Aires.
Beresford capituló el 20 de agosto de 1806.
Para entonces, aún no había llegado a Londres el parte remitido por el mismo Beresford a Grenville, comunicándole que Buenos Aires pertenecía, desde el 27 de junio, a la Corona británica.

El Plan Windham

El parte de Beresford llegó el 13 de septiembre.
El Primer Ministro consultó con Wellesley, futuro Duque de Wellington, sobre los próximos pasos que debía dar Inglaterra. Luego le ordenó al Secretario de Guerra y Colonias, William Windham:
1. Enviar un ejército al Río de la Plata con la misión de afianzar el dominio de Buenos Aires, establecido por Popham y Beresford. El ejército que se armó a ese fin estaba formado por unos 4.000 hombres y tenía por jefe al Brigadier General Auchmuty. Se trataba de un neoyorquino de origen escocés, que se había enrolado para defender a la Corona británica. Auchmuty zarpó de Inglaterra el 9 de octubre. Luego de reaprovisionarse en el Janeiro, desembarcó cerca de Montevideo el 16 de enero de 1807 y sitió la plaza.
2. Organizar un ataque a las colonias españolas del occidente de Sud-América. Para cumplir esta misión, Windham le ordenó al General Craufurd:
a. Partir de Faltmouth con un ejército, que terminó sumando 4.700 hombres.
b. Dirigirse a Ciudad del Cabo, donde lo aguardaría una flota, comandada por el Almirante Sir George Murray, que transportaría el referido ejército a Valparaíso, doblando el Cabo de Hornos.
c. Tomar "control de Chile".
d. Establecer "una comunicación ininterrumpida con el General Beresford" en Buenos Aires, "por medio de una cadena de postas".
e. Una vez afianzada la ocupación de Buenos Aires y Chile, proseguir por el Pacífico al norte y atacar el Perú, corazón del imperio español en América.
La escuadra de Craufurd comenzó a navegar, en lentos y bien armados buques, rumbo al sur del África.
Allí se expandiría con los buques de Murray.

Buque insignia

El buque insignia, en la flota de Murray, era el Polyphemus. Tenía 64 cañones y había participado en la batalla de Trafalgar.
Su capitán no era otro que Heywood.
Él estaba listo para guiarlo a Chile.
Antes llegó una nueva orden.

Cambio de planes

En Londres se supo —poco después de zarpar Craufurd— que Beresford había perdido Buenos Aires. Windham decidió entonces que una balandra, la Fly, se dirigiera a toda marcha a Ciudad del Cabo, para anticiparse a Craufurd y transmitirle esta contraorden: "Suspenda la misión a Chile y, en cambio, diríjase al Río de la Plata". El plan era, ahora, reconquistar Buenos Aires.

Cuando Craufurd llegó a Ciudad del Cabo —varios días después que la balandra— Murray y su flota, empezando por Heywood, lo esperaban; pero ya no para ir a Chile sino para dirigirse al Río de la Plata.
Allí se encontrarían con Auchmuty, acerca de quien Baird dio a Craufurd óptimas referencias. En 1801, una expedición —de la cual Baird era jefe y Auchmuty General Adjunto— había acometido una épica campaña. Luego de llevar un ejército desde la India hasta Egipto, ambos jefes lo habían conducido bajo el calor del verano a través del Sahara, para culminar la marcha derrotando a las fuerzas napoleónicas en El Cairo y Alejandría.
No obstante, no sería Auchmuty sino Whitelocke —quien iba en la misma expedición desde Ciudad del Cabo— el encargado de recapturar Buenos Aires.
Windham había hecho, según Heywood, una elección impropia:
"Como era aconsejable que un oficial de alto rango, así como de talento y juicio, fuese enviado a tomar el comando de las fuerzas de Su Majestad en las provincias australes de Sud-América, el Gobierno de Su Majestad eligió con tal propósito al General Whitelocke".
Esto demostraba, una vez más, que Popham no había sido un bucanero sino el ejecutor fallido de un plan oficial.
También probaba que Windham era inhábil para escoger: Whitelocke exhibía cualquier cosa menos talento y juicio.

Proa a Buenos Aires

Cuando la escuadra liderada por el Polyphemus arribó al Río de la Plata, Auchmuty mantenía sitiada a Montevideo.
Con las tropas llegadas en la flota de Murray, el 3 de febrero de 1807 pudo quebrar las defensas y ocupar la ciudad.
Fue entonces cuando Whitelocke se hizo cargo de todas las fuerzas.
Heywood lo recuerda como un momento malhadado. Le cuesta imaginar un jefe más incompetente que Whitelocke. El plan de ataque no lo concibió él sino su segundo, John Leveson-Gower.
Whitelocke lo consintió todo, empezando por un despropósito inicial: evacuar Montevideo y concentrar todas las fuerzas en el golpe contra Buenos Aires.
En opinión de Heywood, no era preciso abandonar una ciudad para conquistar la otra.
Toda la operación fue, en realidad, un compendio de desconocimiento e imprudencia.

Otra vez Liniers

El vencedor de Beresford era el nuevo Virrey. A la hora de elegir el sucesor de Sobremonte, la fama de Liniers había pesado más que su origen francés.
El desembarco —Heywood lo recuerda como si fuera hoy— ocurrió el domingo 28 de junio. Fue en un sitio al que llaman Ensenada de Barragán, a unas 32 millas de Buenos Aires.
A la mañana siguiente, los 7.822 hombres iniciaron la marcha hacia la ciudad. La brigada ligera de Craufurd, integrada por Heywood, iba al frente. El 1o de julio los ingleses estaban a 7 millas del objetivo, concentrados cerca de la Reducción de Quilmes.
Desde allí, el 2 cruzaron un curso de agua, tan escaso que los españoles no se atreven a llamarle río; le dicen Riachuelo, o "río pequeño".
Tampoco se atrevían a enfrentarse con los invasores.
Eso fue lo que pareció al principio.
Sin embargo, cuando la columna al mando de Leveson-Gower llegó a los corrales de Miserere, una lluvia de municiones, bayonetas y caballos enfurecidos se descargó sobre los ingleses.
Heywood no olvidará jamás cómo su brigada, admirablemente dirigida por Craufurd, cambió la suerte de la batalla con un ataque tan inesperado como vigoroso. Los españoles —dirigidos por Liniers en persona— huyeron en estampida, dejando tras de sí nueve cañones.
Él pensó que, a continuación, venía la entrada triunfal.
Craufurd creía lo mismo. Estaba en condiciones de avanzar y ocupar la ciudad antes del anochecer.
Fue entonces cuando Whitelocke cometió su segundo error, uno que Heywood nunca le

perdonaría.
Ordenó un alto el fuego y un repliegue de las fuerzas invasoras, que volvieron sobre sus pasos una milla, donde acamparon.
A partir de ese momento se mostró irresoluto, inseguro y predispuesto a quedarse con el último consejo que recibía. En muchos tramos de la contienda, su cautela pudo haberse confundido con cobardía.
Se limitó a intimar la rendición, concediendo un precioso tiempo, que Liniers y los suyos supieron aprovechar.
Cuando, por fin, Whitelocke dio la orden de penetrar en la ciudad, eran las 6 y media de la mañana del 5 de julio.
Craufurd les había advertido —a él y a Leveson-Gower— que las casas de Buenos Aires eran pequeñas torres: no tenían techos a dos aguas sino azoteas, planas y rodeadas por parapetos de unas 60 pulgadas de altura.
También les había dicho que las calles, terminadas todas en ángulo recto, eran perfectas emboscadas.
El consejo de Craufurd era evitar la marcha por las vías principales y realizar maniobras envolventes, hasta cercar al enemigo.
Whitelocke pareció seguir ese consejo cuando decidió que Auchmuty avanzara con un regimiento por los bordes, hasta tomar la Plaza de Toros y el Retiro.
Dio la impresión, entonces, que así se iniciaba el cerco al enemigo.
No fue así.
Acto seguido, Whitelocke ordenó que cuatro regimientos, divididos en dos alas, penetraran por las calles más populosas.
Sus hombres debían avanzar sin más armas que las bayonetas. Dispuso que incluso se removiera el pedernal de cada mosquete.
Si con eso pretendió asegurar que la entrada a la ciudad fuera pacífica, Whitelocke no pudo estar más errado.
Las calles eran desfiladeros por los que marchaban invasores pobremente armados, convertidos en fácil blanco de los enemigos, que disparaban desde las azoteas o descargaban sus baterías en las esquinas.
Con todo, el ala izquierda de la brigada de Craufurd, al mando de Sir Denis Pack, se aproximó a la Plaza Mayor y estuvo a punto de tomar el Colegio de los Jesuitas. El fuego enemigo se lo impidió y Pack resultó herido: debió ser llevado al ala derecha, comandada por el propio Craufurd, para que se le procurasen precarios cuidados.
A Heywood le parece ver el Convento de Santo Domingo, donde finalmente debió refugiarse la brigada. Unos 6.000 españoles rodearon el lugar a metros de la plaza principal, y las municiones comenzaron a traspasar paredes. Eran las cuatro de la tarde, y Craufurd comprendió que debía rendirse.
Los enemigos cosecharon, ese día, una cantidad impensada de prisioneros, entre los cuales estaba Heywood.
Whitelocke ni se enteró: estaba en su tienda de campaña, ignorante de lo que ocurría con su ejército en las calles.
Al día siguiente, Liniers ofreció devolver todos los prisioneros, a cambio de tres cosas:
1. Whitelocke, en nombre de Inglaterra, debería desistir de todo nuevo ataque a Buenos Aires.
2. Montevideo sería formalmente devuelta al Virreinato español.
3. El Río de la Plata quedaría libre de fuerzas británicas.
A juicio de Heywood, fue una humillación indebida. Las tropas británicas constituían “una fuerza más que suficiente para reducir la totalidad de la provincia”. La operación falló, según él, por la incapacidad de Whitelocke para “disponer apropiadamente y aplicar” dicha fuerza.
El Capitán regresó a Europa el 12 de julio, en un buque al mando de Sir William Lumley.

Del Plata a la Península

La idea de atacar las colonias hispanas no se esfumó hasta que Napoleón invadió la Península.

Cuando eso ocurrió, en 1808, Wellesley —hoy Lord Wellington— estaba organizando en Cork, Irlanda, un ejército de 9.000 hombres con destino a México.
La noticia sobre la invasión de España hizo trocar los planes.
Aquellos hombres —preparados para atacar a los españoles en América— terminaron defendiéndolos en Europa.
En la Guerra de la Independencia, como se la llama en España, pelearon del lado español militares británicos que, directa o indirectamente, habían estado envueltos en las invasiones inglesas: Popham, Beresford, Baird, Murray, Auchmuty, Craufurd, Pack, Lumley.
Beresford, el fugaz Gobernador inglés de Buenos Aires, fue jefe de San Martín en la batalla de Albuera.
Heywood estuvo brevemente al mando de un buque de 74 cañones, el Donegal, y en 1809 destruyó tres fragatas francesas.

Mediando entre Elío y Saavedra

Heywood volvió al Río de la Plata después de la Revolución de Mayo, como comandante de la fragata Nereus.
El Almirantazgo lo había enviado a "preservar los intereses comerciales británicos en ese río, defendiéndolos de cualquier injusta consecuencia de la conmoción reinante".

En nombre de Fernando VII

Hacia 1811, el antiguo Virreinato estaba en ascuas. Elío, instalado en Montevideo con el título de Virrey, había bloqueado el puerto de Buenos Aires, y la Junta porteña había puesto sitio a Montevideo.
Para que "la conmoción no afectara al comercio" británico, Heywood recibió orden de lograr —y logró— que los beligerantes considerasen neutrales a los buques del Reino Unido.
En la práctica, su tarea fue más allá: pasó un tiempo entre Montevideo y Buenos Aires, esforzándose por conseguir que ambas partes aceptaran una mediación propuesta desde el Janeiro por Lord Strangford.
Los términos de tal mediación eran claros: mientras Fernando VII permaneciera cautivo, Elío debía consentir que Buenos Aires contara con una Junta gubernamental, al estilo de las peninsulares. La Junta porteña, a la vez, debía revalidar su lealtad a los Borbones y asegurar que no daría un solo paso hacia la independencia.
Inglaterra sería, en esas condiciones, garante de la paz en el Plata y del dominio español sobre sus colonias.
En Montevideo, Heywood mantuvo varias conferencias con Elío. En Buenos Aires se reunió con Saavedra y el Deán Funes.
Todavía recuerda la aversión de las partes cuando se les hablaba de diálogo.
Elío no quería sentarse a la misma mesa con los miembros de la Junta, "traidores al Rey y enemigos de España".
Saavedra juraba que jamás se sometería a la "facción de mercaderes gaditanos" que representaba Elío. El ex-Comandante de Patricios se confesó ante este antiguo invasor: "Gran Bretaña será nuestra aliada y protectora, sobre el principio de obediencia a nuestro Rey (Fernando VII) y un mortal odio a Francia, así como a todo lo que sea tiranía, monopolio u opresión de nuestro comercio".
El 23 de septiembre de aquel año la Junta fue reemplazada por triunviros. Apenas 27 días más tarde, representantes del Triunvirato firmaron en Montevideo un armisticio con Elío.
El texto reproducía casi con fidelidad el plan de Lord Strangford.
Con la misión cumplida, Heywood pidió permiso para regresar a Europa. Puso proa hacia Inglaterra en diciembre de 1811.
Regresó a Inglaterra y solicitó que se lo destacara en el Mediterráneo.

En nombre del Príncipe Regente

Llegó a Londres con la ilusión de que lo destinaran al Mediterráneo, pero pronto el Almirantazgo le ordenó volver al Río de la Plata.
Debía cumplir allí "servicios confidenciales", para los que él había demostrado especial aptitud,

dado su “celo, habilidad y discreción”.
El llamado se lo hizo nada menos que el Primer Lord del Almirantazgo. Era Melville, el mismo que en 1800, como Secretario de Guerra de Pitt, había recibido el Plan Maitland.
La carta que le envió a Heywood, en junio de 1812, fue harto conceptuosa. Melville destacó en ella los méritos del Capitán, y su conocimiento del Río de la Plata, para terminar notificando que —en nombre del “interés público”— había dispuesto que el Nereus regresara a ese río.
Heywood no tuvo más remedio que aceptar la misión.
Llegó a Montevideo el 24 de septiembre.
Elío ya no estaba. Había sido reemplazado por Gaspar de Vigodet, pero no con el título de Virrey del Río de la Plata. Su investidura era la de Gobernador montevideano.
No obstante, la guerra con Buenos Aires era la misma.
Coincidiendo con el arribo de Heywood, se proclamó en Montevideo la Constitución que las Cortes Generales habían sancionado en Cádiz, hecho celebrado con gran pompa.
En un banquete ofrecido por el Gobernador, y al cual fue invitado Heywood, éste ensayó un acomodaticio brindis, procurando quedar bien con Dios y con el Diablo, pero sobre todo con la Corona británica:
“Brindo por la rápida restauración de la paz y una tranquilidad duradera en estas provincias, sobre la base de la lealtad a los Soberanos de España, reconocidos por Gran Bretaña, y la justa concesión de Libertad Civil a los nativos de estas Américas a través de la mediación de Su Alteza Real, el Príncipe Regente de Inglaterra”.

Pésima opinión de San Martín

El 2 de octubre de 1812, Heywood llegó otra vez a Buenos Aires.
Allí se temía que San Martín —arribado siete meses antes en la fragata George Canning, procedente de Londres— fuera un agente inglés.
A la semana siguiente de entrar la Nereus a puerto, cuando San Martín derrocó al Primer Triunvirato, hubo quienes presumieron que el entonces Teniente Coronel había actuado a pedido de Gran Bretaña.
El verdadero agente inglés, que era Heywood, se formó curiosamente un mal concepto de San Martín, a quien juzgó un “aventurero”, con ideas “fantasiosas”.
El informe que envió a Melville, sobre el derrocamiento del Primer Triunvirato, fue deletéreo:
“Octubre 6, 1812. La ciudad se hallaba hoy alterada, dadas las diferencias de opinión respecto de la elección de nuevos miembros de gobierno que comenzó ayer; y en el curso del día otro miembro fue elegido, Don Manuel Obligado, de quien la opinión general hablaba bien y esperaba mucho; pero había una facción del ejército no satisfecha con esta elección y deseosa de tener, a la cabeza del gobierno, a otros que fueran, como ellos, más patriotas: una palabra muy usada por esta gente, que no le asigna un significado muy específico, al igual que no lo hace con la palabra libertad.
Durante la noche fue pura confusión, y la mañana siguiente, al amanecer, había tropas en posesión de todas las vías a la Plaza. Merced a la influencia de estos caballeros, los miembros que habían sido libremente elegidos fueron expulsados, y los militares formaron un gobierno a su gusto. Es imposible concebir el desagrado y confusión que esto causó.
En cuanto a nuestros intereses comerciales aquí, las perspectivas van de mal en peor. El Dr. Paso, quien probablemente sea la cabeza del gobierno, es uno de los jefes de la facción más jacobina y violenta, extremadamente inamistoso hacia Inglaterra. Su hermano, jefe de los aduaneros, se dice que es diez veces peor”.
La ignominiosa autoridad de San Martín se asentaba, según el Capitán, en el poderío del cuerpo de Granaderos a Caballo, el cual tendría “más fuerza en una elección que toda la ciudad de Buenos Aires unida, suponiendo que tal unión fuera posible”.
El 4 de diciembre de 1812 Heywood se dirigió a Melville para hacerle saber que el Triunvirato, impuesto por San Martín, era un gobierno completamente militar “y en todo el sentido de la palabra mucho más despótico que el de los Virreyes”.

Odio a los hermanos Paso

El Capitán no cesó en sus denuestos a Paso, antiguo partidario de Moreno que se había pasado al bando de Saavedra, saltado de la Junta al Primer Triunvirato y, luego, adherido al Segundo.
Conocía al personaje. Lo había llevado en la Nereus a Montevideo, para negociar con Elío, cuando el Capitán trataba de imponer el armisticio.
El hermano de Juan José era, en efecto, Comandante del Resguardo Aduanero.
Oficial del Ejército, Francisco Paso controlaba así la Aduana y ponía toda clase de obstáculos al ingreso de mercancías británicas. Era enemigo del monopolio comercial de Inglaterra, y llegó a escribir al Segundo Triunvirato: "Tan importante es el comercio exclusivo ejercido por los ingleses en el país, que por sí sólo basta para aniquilar nuestra existencia política".
Heywood, como es de imaginar, atacaba a ese Comandante del Resguardo, a quien acusó de estar corrompido. El Capitán no dudó en informar a Londres que el puesto en la Aduana le permitía a Francisco hacerse de "sumas muy considerables", y que "había adelantado 23.000 dólares a los oficiales de algunos regimientos para asegurar la elección de su hermano", Juan José, como miembro del Triunvirato.
Al inglés le resultaba "penoso observar el miserable estado al que esta gente se ha reducido a sí misma, con fantasiosas nociones de Libertad e Independencia, de las cuales no tienen idea y sólo conocen sus nombres".
El 27 de enero de 1813 Heywood envió un informe celebrando que, en ausencia de Juan José, se hubiere destituido a Francisco, desterrándolo a San Juan.
El Capitán dijo a Melville que los porteños, "hartos ya del tiránico gobierno de Paso y su facción", esperaban que una inminente Asamblea cambiara de autoridades. Según sus dichos, Francisco trató de sobornar a militares y funcionarios para que se aplazara la elección de la Asamblea, pero fue "traicionado, acusado y detectado".
En la misma comunicación, Heywood hizo conocer su esperanza de que Paso fuera reemplazado por un catalán, Juan Sarrià, que había pasado "considerable tiempo en Inglaterra" y era "un decidido amigo de los ingleses y de nuestro comercio". Acotaba que un hermano de Sarrià había entrado en el cuerpo de Granaderos a Caballo "comandados por San Martín". Heywood ignoraba que Sarrià pertenecía a la familia política de San Martín, cuyo suegro se llamaba Antonio José Escalada y Sarrià.

Pugna con los Estados Unidos

El entusiasmo del agente se disipó al tiempo que se aproximaba la Asamblea y San Martín reclamaba la declaración de la independencia. En tales circunstancias, Heywood escribió a Londres: "Esperan obtener de semejante declaración un gran beneficio, porque eso les han hecho creer algunos ciudadanos de los Estados Unidos de América, que han estado muy ocupados en la política de Buenos Aires, haciendo ver que los Estados Unidos tienen un vivo interés en los asuntos locales y pueden prestar asistencia".
El Capitán advertía que "muchos de estos americanos, y en particular un Mr. Poinsett, a quien llaman Cónsul General de los Estados Unidos, son particularmente acuciosos en propagar opiniones perjudiciales al gobierno y los súbditos británicos".
En varias comunicaciones a Melville, el Capitán denunció que los norteamericanos llevaban una campaña contra Inglaterra, y lamentó que fueran escuchados por las autoridades porteñas.
Sin duda, los norteamericanos le disputaban Sud-América a Inglaterra. Ese "Mr. Poinsett" señalado por Heywood era Joel Roberts Poinsett, enviado en 1809 por el presidente Madison a justipreciar cuán sólidos eran los nuevos Estados, y a explorar las vías para establecer relaciones especiales con ellos.
Cuando Alvear fue nombrado presidente de la Asamblea, el Capitán le recordó a Melville: "Éste es uno de los aventureros que vinieron en la fragata George Canning, de Inglaterra".
Sin embargo, los resultados de la Asamblea no fueron los temidos por el agente: por empezar, no declaró la independencia.

Sugiriendo otra invasión

Heywood sentía desdén por los criollos, "pueblo vano e ignorante", que de tan indolente se satisfacía sólo de carne, "para no molestarse en cultivar el suelo".

Despreciaba en particular a los militares y funcionarios, que se creían "iguales a nadie". Decía que "el infortunado fracaso" de las invasiones inglesas, en 1807, había hecho crecer en "estas gentes" las más "extravagantes ideas sobre su valor y grandes talentos militares".
Tales juicios llevaron a Heywood a sugerir, en un momento, la conveniencia de una nueva ocupación.
En carta a Melville sostuvo:
Primero. Que "la pobre gente" de Buenos Aires, sometida al arbitrio de una facción, necesitaba "la interferencia de algún poder superior".
Segundo. Que los facciosos no tenían poder para resistir. Su fuerza militar, informó el Capitán, estaba compuesta de sólo 5.300 hombres, conducidos por oficiales de extracción mediocre; "la mayoría de ellos sin talento militar ni virtud", pese a que algunos se imaginaban "calificados para gobernar imperios".
Tercero. Que ningún gobierno criollo podría subsistir si Inglaterra dejaba de comerciar por un tiempo con el Río de la Plata. "Los recursos pecuniarios del Gobierno son, en gran medida, derivados del comercio; la mayor parte del cual es, por supuesto, con Gran Bretaña".
Pronto, Heywood descubriría que el Gobierno porteño, y su ejército, eran más firmes de lo que él había presumido.

El combate de San Lorenzo

La derrota de los realistas, el 3 de febrero de 1813, llamó la atención de Heywood.
En San Lorenzo no se libró una gran batalla, pero al Capitán lo sorprendió la resolución y eficacia de los criollos.
Su informe a Melville resumió así el enfrentamiento entre los "montevideanos" (los realistas con asiento en Montevideo) y los hombres de San Martín:
"Al conocerse, algunos días atrás, que montevideanos habían desembarcado del [río Paraná], el Coronel San Martín fue enviado con 150 hombres de su regimiento a oponérseles. Cien infantes que los acompañaban no pudieron seguirles el paso por falta de postas en el camino. En la capilla de San Lorenzo, a unas 60 leguas de Buenos Aires, San Martín se enfrentó con sus enemigos, unos 220, a quienes atacó con una fuerza inferior, y derrotó, matando o hiriendo a 40, y tomando 10 prisioneros, 2 cañones y un estandarte. El resto se retiró precipitadamente a sus veleros, cuyos cañones impidieron que les fuera cortada la retirada. Del lado de Buenos Aires, hubo 8 muertos o heridos, entre estos últimos el Coronel San Martín".
El parte de Heywood trasuntaba cierta admiración, aunque al final el Capitán se ponía a cubierto de la posible exageración porteña: "Así se cuenta la historia aquí. La de los montevideanos puede ser distinta".

Los criollos se hacen sabios

La defensa del interés comercial británico se volvió febril.
Heywood reclamó que Inglaterra nombrara un cónsul para "contrarrestar los incesantes esfuerzos que nuestros inveterados enemigos, los ciudadanos de los Estados Unidos, están haciendo contra nosotros".
También sugirió que se destinara al Río de la Plata un par de veleros de guerra, potentes pero ágiles.
La Marina de Guerra se necesitaba, no para atacar sino para proteger a los buques mercantes del Reino Unido que operaban en el área. Naves como el Nereus —de 16 pies y 5 pulgadas— no tenían versatilidad para desplazarse por un río con zonas de bajo calado y bancos traicioneros. Él lo sabía mejor que nadie: había confeccionado una carta hidrográfica del Plata que sería, por años, la más completa y precisa de todas.
Las negociaciones con los criollos fueron más provechosas de lo que podía imaginarse.
Heywood hizo ver a varios asambleístas la ventaja de rebajar aranceles, abolir el requisito de consignar la mercadería y, sobre todo, dejar libre la exportación de metales preciosos.
El 10 de julio llegó de Europa un buque, el Justinian, con noticias alarmantes. En Cádiz se habían alistado 4.000 hombres, y pronto partirían (si no habían partido ya) rumbo al Plata. Su misión era fortificar la plaza de Montevideo y aplastar a los porteños.

El informe le valió a Heywood para sumar un argumento a su prédica en favor del comercio libre. El gobierno necesitaba ingresos, entre otras cosas para sostener el esfuerzo de guerra, que podía volverse más severo. Las restricciones comerciales no sólo mermaban el comercio con Inglaterra: las autoridades perdían recursos a manos de los deshonestos funcionarios de la Aduana, que uno tras otro facilitaban el contrabando "haciendo fortunas a expensas del Tesoro".
La Asamblea escuchó, y liberó la exportación de metales.
"Esta gente, como cualquiera, se hace sabia a medida que crece", concluyó Heywood.

Belgrano y San Martín

Los porteños no sólo alcanzaron sabiduría mercantil; también, habilidad militar.
Hacia el final de su estancia en Buenos Aires, el Capitán conoció la victoria de Belgrano en la batalla de Salta.
Fue el encuentro de unos 3.700 rebeldes contra 3.398 realistas. Ambos bandos tenían, más o menos, igual cantidad de piezas de artillería.
Asombrosamente, los criollos mataron a 481 realistas y tuvieron apenas 13 bajas.
No sólo eso: 17 jefes y oficiales españoles fueron apresados en el campo de batalla; 114 resultaron heridos y 2.786 se rindieron.
De suerte que ni uno solo de los 3.398 enemigos pudo escaparse, y Belgrano se apoderó, además, de todas sus armas.
En Buenos Aires, mientras tanto, Heywood tuvo oportunidad de conocer a San Martín.
Para entonces, él ya no ponía en duda el arrojo y la aptitud táctica demostrada por el jefe de los Granaderos en San Lorenzo.
Belgrano y San Martín habían obligado a que el Capitán reflexionara sobre algo que poco antes había escrito a Melville: "No ha surgido aquí un solo hombre que se eleve por encima de la mediocridad".

Adiós a Buenos Aires

El 15 de julio de 1813, la Nereus partió rumbo a Río de Janeiro.
Allí se enteró de que la fragata volvería al Plata bajo el mando del Capitán Dixon.
Él debía cumplir importantes misiones en Europa, como Comandante del Montagu, un buque de 74 cañones.

Mrs. Heywood y Merceditas

El Capitán Heywood y Frances Simpson cumplirán ocho años de casados el mes próximo.
Para ella, hija del Coronel Graham Simpson, de Stirlingshire, éste es su segundo matrimonio.
El anterior marido —el Capitán William George Jolliffe, de la East India Company— murió muy joven, dejándola viuda y con una hija, Diana. Heywood conoció a Frances durante una reunión literaria, en Dulwich, al sudeste de Londres, donde ella vivía con Diana.
Cuando se casaron, Heywood pasó a retiro. Desde 1816, no vive de acción sino de recuerdos.
La pareja fue a residir primero en Clapham, otro barrio sureño; pero al tiempo emigró al norte.
Desde entonces vive en Highgate, al lado de la exquisita foresta.
La casa de los Heywood se ha convertido en una peña donde confluyen políticos, religiosos y artistas.
El Capitán y Frances no han tenido hijos, pero él considera a Diana —que ya tiene dieciocho años—como hija propia.
Ahora, Merceditas ha venido a reponer el bullicio infantil que el matrimonio había olvidado. Lejos de lamentarlo, los Heywood lo celebran.
No será una celebración continua. San Martín desea que, apenas comiencen los cursos, la niña pase el mayor tiempo posible en una escuela.
Frances ya ha elegido una blue coat school, cercana a su casa, que le costará al General entre 120 y 130 libras anuales.
A ese precio se hará cierta, al menos, una parte de la razón que alegó San Martín para dejar Buenos Aires: "Partiré hacia Europa con el objeto de acompañar a mi hija, para ponerla en un colegio de aquel país".

Las vueltas de la vida

Extraña parábola la del Capitán.
Cuando San Martín integraba el ejército español, en guerra con Inglaterra, Heywood invadió Buenos Ares.
Cuando San Martín volvió a su tierra para promover la independencia, Heywood estaba reclamando a Saavedra que asegurase la fidelidad de las Provincias Unidas a la Corona española.
Cuando San Martín inició su campaña, Heywood lo llamó "aventurero". Hoy, lo recibe en Londres como héroe y amigo. Se complace, además, en que Merceditas quede al cuidado de su esposa.
En el cambio han intervenido las alabanzas de Paroissien; pero eso no es todo.
Se trata de una metamorfosis castrense, que todo militar comprende bien. La admiración del profesional está más allá de los bandos (siempre fortuitos) que deben tomar los ejércitos.
Cuando un general derrama su genio, en Austerlitz o Waterloo, cosecha admiración entre propios y extraños. También entre sus enemigos.
San Martín admira a Bonaparte, contra quien combatió ferozmente en la Península, y a Bolívar, que lo desplazó del Perú.
Heywood siguió, desde Highgate, las hazañas de este asombroso general sudamericano.
Le maravilla que haya realizado, con precariedad de medios, aquello que los ingleses imaginaron por décadas y no pudieron convertir en realidad: una marcha triunfal desde Buenos Aires hasta el corazón del Imperio español en Lima.
Le admira, por otra parte, que San Martín —una vez completada la proeza— haya preservado a tales Estados de influencias extranjeras y no haya abusado del poder que le llegó junto con la gloria.

San Martín vuelve al Perú

Midiendo el tiempo en un reloj de oro.

Jueves 1° de julio

Acuerdo con la Baring Brothers

Día de acontecimientos.

Los representantes de Rivadavia firmaron el empréstito con la Baring Brothers, de la calle Bishops Gate.

San Martín, que el martes pasará a los Países Bajos, fue agasajado con una cena de despedida.

Se encontrará en Bruselas con su hermano Justo. Las recientes noticias del Perú lo han hecho sospechar que, tal vez, sea tiempo de volver a la lucha, en cuyo caso Justo debería encargarse de Merceditas.

Mientras tanto, Iriarte, desde el círculo de Alvear, procura afectar el buen nombre del que San

Martín goza aquí, atacando a sus hombres de confianza, García del Río y Paroissien.

570.000 por 1.000.000

En 1802, la banca Baring Brothers negoció con el enemigo, exponiéndose a que se la penara por traición.

Intermedió en un acuerdo que le proveyó, nada menos que a Napoleón, el dinero que necesitaba para reanudar la guerra contra Inglaterra.

Fue cuando el Cónsul le vendió Louisiana (un territorio francés de 500.000 acres) a los Estados Unidos.

El gobierno norteamericano sostuvo que no podía pagar en efectivo. Napoleón aceptó entonces bonos del Tesoro norteamericano, y la Baring se comprometió a comprárselos de inmediato.

La compra se hizo por sólo 121/2% del valor nominal, pero Napoleón no se fijó en el costo. Él necesitaba desesperadamente esos recursos para atacar… al país de la Baring.

Ésos son los ejercicios financieros que apetecen a esta banca: los que, a costa de riesgos enormes, producen beneficios extraordinarios,

Por eso levantan los empréstitos para las ex-colonias españolas.

El de las Provincias Unidas, firmado por Robinson y Castro, no difiere mucho del que García del Río y Paroissien negociaron por el Perú.

Buenos Aires recibirá 570.000 libras esterlinas de oro (en seis cuotas mensuales a partir del lunes 12) pero deberá devolver 1.000.000.

El descuento es de 30%, por lo que la Provincia debería, en principio, obtener 700.000 libras. Pero la Baring retiene 120.000 libras como garantía por el pago de intereses, 7.000 por comisión y 3.000 por gastos.

La banca emitirá títulos por el valor nominal del préstamo, 1.000.000, y procurará colocarlos en la City, entre inversores intrépidos.

Es cierto que el empréstito promete grandes beneficios y ofrece una garantía incomparable: el gobierno de Rivadavia hipoteca, a favor de los prestamistas, todas las rentas, todos los bienes y todas las tierras de la Provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, las noticias que llegan de Sud-América no permiten confiarse en el futuro de aquellos Estados.

Si los realistas doblegaran a Bolívar, y España principiase la recuperación de sus colonias, se caerían todas las garantías dadas por los patriotas en este período.

Cena en el Janneys

La cena de despedida a San Martín tuvo lugar en el Hotel Janneys.

Estuvieron García del Río, Paroissien, Hurtado y otros americanos.

También Robinson, que procura mantener buenas relaciones con Alvear y San Martín al mismo tiempo.

No se habló de la vuelta del General al Perú, pero sí del empréstito.

San Martín no aventuró críticas. Él comprende que, en estas condiciones, los préstamos han de ser, por fuerza, muy onerosos.

No obstante, tiene miramientos que calló.

Paroissien y García del Río obtuvieron, para el Perú, un descuento menor, 25%; y pudieron hacerlo pese a que el Protectorado, en plena guerra con España, estaba más expuesto a la codicia de los prestamistas. Urgido a sostener el esfuerzo de tal guerra, y no teniendo más fuente de fondos que la City, Lima no tenía gran capacidad para negociar.

Rivadavia, en cambio, ha decidido endeudar a su Provincia —a costo tan elevado— para realizar obras públicas.

Más le valdría ocuparse en obtener el reconocimiento diplomático del país, porque apenas esté asegurado el respeto internacional, las Provincias Unidas podrán costear obras públicas con créditos de fuentes variadas.

Éste no era, sin embargo, un asunto para discutir con Robinson.

La cena fue muy amistosa y, luego, el grupo asistió a una fiesta con música.

Paroissien se quedó a dormir en Park Place.

"Viven como príncipes"
Entre los americanos en Londres ya se hacen sentir las especies e invectivas de algunos de quienes vinieron con Alvear en el Lindsay.
Iriarte, que no estuvo invitado a la cena, anda por ahí censurando el "tren que llevan García y Paroissien", de quienes asegura que "viven como príncipes".
Es cierto que Paroissien, a diferencia de San Martín, es afecto al lujo y no desdeña las ocasiones de mejorar su condición.
No hace mucho, en Sotheby's —la afamada casa de subastas— se pagaron 330 libras por una reliquia incaica que él trajo del Perú.
Era una huayra puhura, flauta precolombina, semejante a una siringa de la antigua Grecia.
Sotheby's destacó que la pieza, de piedra barnizada, era "considerablemente anterior a la llegada de los conquistadores españoles".
Una versión primaria de las siringas incaicas, hecha de canutos atados, fue descripta en 1602 por el Inca Garcilaso de la Vega:
"Un indio andaba en puntos bajos, y otro en más altos, y otro en más, y más: como las cuatro voces naturales, Tiple [voz de niño], Tenor, Contralto, y Contrabajo. Cuando un indio tocaba un canuto, respondía el otro en consonancia de quinta, o de otra cualquiera, y luego el otro en otra consonancia, y el otro en otra, unas veces subiendo a los puntos altos, y otras bajando a los bajos, siempre en compás".
Paroissien había obsequiado la huayra puhura a Joshua Rawdon, un acaudalado hombre de West Yorkshire, cuyo abuelo —banquero y dueño de fábricas de tejidos— llegó a ser dueño de toda una ciudad: Charlestown.
Joshua estuvo vinculado al comercio con Sudamérica, y ha pasado tiempo en Buenos Aires.
El 24 de marzo de 1814 fue uno de los mercaderes ingleses que firmó un diploma otorgado a Bowles para expresarle "gratitud por su constante y eficaz protección de los intereses británicos", en medio de los combates entre españoles y criollos.
Exageración e injusticia
No obstante, Iriarte exagera e incurre en injusticias.
Implacable con García del Río y Paroissien, también lo es con otro aliado de San Martín: el comisionado chileno, Irisarri, de quien dice que se mueve "como si fuera Ministro de Rusia o España".
Iriarte se irrita porque, a su juicio, representantes de pueblos "sometidos a las calamidades de la guerra de emancipación" pretendan sobresalir, en este gran teatro de Londres, "por sus gastos y despilfarros".
Los excesos son, a todas luces, condenables; pero los comisionados tampoco pueden exhibir aquí el ascetismo que reclama Iriarte.
Para él (como para Alvear) es difícil entender que la Guerra de la Independencia sudamericana se libra hoy en dos frentes: el militar, en Perú; y el diplomático, aquí.
Los comisionados de Colombia, Perú, Chile, retienen parte de los empréstitos para hacer frente a los cargos de sus legaciones.
Ellos no pueden actuar como aventureros que vienen a mendigar apoyo, sino como representantes de Estados constituidos, que no tendrán la opulencia de Rusia o España, pero que deben ajustarse a las reglas, los usos y las costumbres de la diplomacia.
Es que el ansiado reconocimiento, que pondrá freno a cualquier intento Borbón de recuperar las colonias de América, depende del Foreign Office.
Héroe de la independencia
Irisarri no es un mero diligenciador de préstamos.
Este hombre, natural de Guatemala, participó de la primera Revolución chilena y en 1814 llegó a ser, por siete días, Director Supremo del país.
También fue Gobernador Intendente de Santiago.
Enemigo de los Carrera, debió refugiarse en Cuyo, y luego vino a Londres.
En 1818 regresó a Chile para asumir como Ministro de Interior y de Relaciones Exteriores de

O'Higgins.
Fue Irisarri quien firmó, con el Ministro de Relaciones Exteriores de Pueyrredón, Gregorio Tagle, el acuerdo que permitió a San Martín la expedición libertadora al Perú.
El "Tratado Particular entre el Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el de Chile", suscripto en Buenos Aires el 5 de febrero de 1819 por Tagle e Irisarri, decía en su artículo 1°: "Conviniendo ambas partes contratantes con los deseos manifestados por los habitantes del Perú, y con especialidad por los de la capital de Lima, de que se les auxilie con fuerza armada para arrojar de allí al gobierno español y establecer el que sea más análogo a su constitución física y moral, se obligan las dos partes contratantes a costear una expedición que ya está preparada en Chile con este objeto".
Hace dos años, maltrecha la Hacienda chilena por los gastos de guerra y los estragos causados por un terremoto, O'Higgins envió a Irisarri a obtener aquí un empréstito (que obtuvo) y procurar el reconocimiento de la independencia chilena, que todavía aguarda.
Él también comprende que éste es uno de los dos frentes en los cuales se libra la guerra por la independencia de Sudamérica.

Viernes 2 de julio

Calumnias e injurias
Los comerciantes siguen reclamando al Gobierno que reconozca a los Estados de Sud-América, pero las noticias que llegan del Perú no son las más propicias.
Es incontestable que Inglaterra tiene intereses económicos en juego. No obstante, éste es un problema diplomático, político y militar que no se resolverá con pedidos de los mercaderes, ni con artículos en los papeles públicos.
La insuficiente razón de los mercaderes
Como fuere, los comerciantes de las grandes ciudades no cejan, y buscan comprometer a políticos locales en sus reclamos.
El alcalde de Leeds hizo suya, el martes pasado, una petición al Gobierno de Su Majestad, preparada por comerciantes del lugar.
La solicitud, reproducida hoy por el Times, recuerda que "los habitantes de Buenos Aires, Chile, Perú, México y Colombia" fueron "exitosos" en la destitución de los gobiernos españoles; y requieren, por lo tanto, el reconocimiento de los nuevos Estados de Sud-América.
Esa medida es necesaria, según los peticionantes, para evitar que continúen los perjuicios que estarían sufriendo los intereses de este país:
"Súbditos británicos experimentan grandes pérdidas, dificultades e inconvenientes como consecuencia de que tales Estados no hayan sido reconocidos por el Gobierno y no existan tratados con ellos".
La City estaría también en peligro:
"En Londres se han concedido empréstitos por 12.800.000 libras en favor de los gobiernos de Colombia, México, Perú y Chile. El pago de los intereses y, de último, el pago del principal, pueden considerarse bajo considerable riesgo mientras la independencia de esos países no sea reconocida".
Los argumentos no son baladíes.
Sin embargo, es probable que a Canning le impresione más la última edición de Gazeta de Lisboa, que acaba de llegar a Londres.
Reproduce noticias y comentarios de periódicos españoles, en los cuales se celebra la reconquista de Lima y Callao.
El momento menos oportuno
Canning estaba, hasta ahora, conforme con el statu quo: los industriales, aunque se quejen, hacen fortunas con Sud-América; la City presta a los nuevos Estados con altísimos descuentos; el Almirantazgo se ocupa de proteger el comercio británico, y el Gobierno de Su Majestad no se ha enemistado con España.
La situación, sin embargo, está a punto de cambiar. Si España recuperase el Perú, se iniciaría en Sud-América una Contrarrevolución.

Esa Contrarrevolución podría durar años y, además de afectar el comercio británico, fortalecería a la Santa Alianza.
Que el General se encuentre en Londres puede ser, a partir de ahora, decisivo.
Nadie como él puede apreciar los verdaderos apuros que sufre el Perú, y sólo él estaría en condiciones de ir a cooperar con Bolívar; o a sustituirlo, si el venezolano fuera vencido.
En estas circunstancias, cuando más se necesita afianzar el prestigio de San Martín en Inglaterra, se presentan hechos que amenazan con mellarlo.
Él no puede esperar que Alvear lo deje bien parado en los tratos que, como Ministro de Buenos Aires ante los Estados Unidos, tenga con las autoridades británicas.
Por otro lado, acaba de aparecer en Londres un libro que presenta al General como un falsario.
La autora es una inglesa de exquisita cultura y refinamiento, hija del Vicealmirante George Dundas.

Cobarde, cruel y pérfido

Se llama María. Tenía veintitrés años cuando, en 1808, se marchó a la India con su padre. Durante la larga travesía se enamoró del subteniente Thomas Graham, con quien compartió, en el barco, lecturas que fueron desde Tácito y su Historia hasta Dugald Stewart y su Filosofía de la mente humana.
En 1809, en Bombay, María Dundas pasó a ser Mrs. Graham.
Luego, durante dos años recorrió con su esposo sitios tan fascinadores como Madrás, Calcuta y Ceilán. Se sumergió, así, en la naturaleza, la historia, la cultura, la religión y el arte de la India. Todo lo apuntaba en un diario de viajes, que en 1812 publicó en Londres, bajo el título Journal of a Residence in India. Es un libro bellamente escrito, que la consagró como orientalista y autora.
María ha estudiado desde persa hasta islandés, y en 1820 publicó Memoirs of the Life of Nicholas Poussin, obra dedicada al gran pintor francés del siglo XVII, a quien ella admira, entre otras cosas, porque "cultivaba la filosofía y la literatura".
Cuando su esposo fue enviado a Sud-América, en 1821, María lo acompañó. Después de un tiempo en un Brasil mágico, el matrimonio se embarcó rumbo a Chile; pero Thomas no llegó: murió al doblar el Cabo de Hornos.
Ella no quiso que su tumba fuera el mar. Lo enterró en Valparaíso y decidió quedarse ella en Chile, donde se convirtió en testigo y cronista de un país naciente.
El libro que Mrs. Graham acaba de publicar en Londres se llama Journal of a Residence in Chile during the year 1822. Dado el prestigio de que ella goza, este "diario de residencia" está destinado a una gran repercusión.
Lo precede una "Relación de la revolución en Chile desde el año 1810, y particularmente de las transacciones de la Escuadra de Chile bajo Lord Cochrane".
Puede causar mucho daño en Londres. Según la calumniosa versión de la autora:
• San Martín es "cobarde", "cruel" y "pérfido".
• En España fue "un Caporal o Sargento de la Policía Militar".
• En Chile, no hizo nada. La batalla de Chacabuco la ganó O'Higgins; la de Cancha Rayada la perdió él; y la de Maipú la ganaron Balcarce, Las Heras y Freire: "los soldados sólo vieron a San Martín cuando apareció al mando de las tropas victoriosas, después de la acción".
• En el Perú, "su despotismo fue absoluto". "Todas las antiguas leyes fueron derogadas, sin que se las reemplazara por otras sino por la sola voluntad del Protector."
• Además, dio muestras de corrupción. "Alarmado por el avance de Canterac", no sólo dispuso el embarque de "dinero y pastas metálicas de la moneda y la tesorería de Lima", para que el enemigo no se apoderase de esos fondos públicos; abarrotó un buque, el Sacramento, con "el oro y la plata de su propiedad particular". La plata que quiso salvar para sí era tanta "que debió arrojarse parte del lastre a fin de darle lugar". El oro que tenía en monedas lo había "mandado en cuatro mulas", "esto es, sin hablar del oro en barras".
• Bolívar le inspira a San Martín un "celo infatigable".

La verdadera historia

Mrs. Graham fue amante de Cochrane, quien nunca aceptó que San Martín —a quien consideraba "un intelecto militar inferior"— fuera el General en Jefe del Ejército Expedicionario al Perú.
Cochrane cree que Lima fue conquistada gracias a que él capturó la Esmeralda —el más poderoso buque de España en el Pacífico— y no por obra de San Martín, quien entró en la capital sin haber librado una sola batalla.
Una vez establecido el Protectorado, sobrevino un episodio que San Martín recuerda de esta manera:
"Poco tiempo después de la entrada del Ejército Libertador en Lima, presentó Lord Cochrane dos cuentas:
1ª) La que se debía a la escuadra desde la salida de la expedición: 120.000 ó 130.000 pesos.
2ª) 200.000 y pico de pesos que según él le debía Chile, por sueldos atrasados y presas hechas.
La primera se le aceptó; se libraron 40.000 y el saldo quedó para octubre.
La segunda no podía pagarse porque el deudor era Chile, no Perú.
Pocos días después, cuando se supo que se aproximaba el enemigo, se llevaron las pastas de la Casa de la Moneda a una goleta anclada en el puerto de Ancón, y se instó al público a entregar, al tesorero y dos contadores designados al efecto, los intereses que quisieran poner a cubierto.
Cochrane hizo saber que la escuadra no iba a poder defender el Callao porque las tripulaciones estaban al borde del motín. Se le explicó que era absolutamente imposible satisfacer a su reclamación porque el dinero estaba sin acuñar en Ancón. ¿Qué hizo Cochrane? Abordó la goleta y se apoderó de todo cuanto pudo".
Acto seguido, Cochrane enfiló rumbo al Callao, pero allí lo esperaba una sorpresa. San Martín había decidido echarlo del Perú, tarea que había confiado a Bouchard.
Para entonces, el Protectorado ya había constituido —con buques capturados a los españoles— la Marina de Guerra del Perú.
Bouchard fue puesto al mando del buque más poderoso de aquella incipiente armada —el Prueba— y recibió la orden de no permitir el ingreso de Cochrane.
El Lord resolvió volver a Chile y tratar de cobrar allá lo adeudado.
Entró en Valparíso en junio de 1822.
Cuando San Martín renunció al Protectorado y regresó a Chile, en octubre del mismo año, Cochrane ya se había encargado de difamarlo.
No obstante, el gobierno de Chile llenó de honores a San Martín, no canceló la deuda que reclamaba Cochrane, y éste —"entristecido por esta ingratitud"— perdió "la devoción que sentía por Chile" y, acompañado por Mrs. Graham, fue a ponerse al servicio de Pedro I de Brasil.
Cochrane todavía está peleando en las costas brasileñas.
Mrs. Graham regresó a Londres el año pasado.

Encuentro con el General

Ella conoció a San Martín en persona, cuando el General regresó del Perú.
El Intendente de Valparaíso, Coronel José Ignacio Zenteno, se lo llevó a su propia casa.
Sin la presencia de Cochrane, y durante cuatro horas, Mrs. Graham lo escuchó y creyó "haberlo conocido, tanto como es posible conocerlo".
En su libro, traza un retrato literario del General.
En la descripción que la autora hace del personaje están las huellas de ideas formadas antes de tiempo.
No obstante, detrás de los juicios severos, se advierte que el General ejerció cierta fascinación sobre ella.

San Martín según María Graham

Su importancia

• "Quedé complacida de haber visto a uno de los hombres más notables de Sud-América."

Su aspecto

• "Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente; pero no abierto. Su modo de expresarse, rápido, suele adolecer de oscuridad."

• “Tiene ojos oscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un momento.”
Su conversación
• “No conozco otra persona con quien pueda pasarse más agradablemente una media hora; pero su falta de corazón y de sinceridad, que se revelan aun en un rato de conversación, cierran las puertas a toda intimidad y, mucho más, a la amistad.”
• “Sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Tiene gran afluencia de palabras y facilidad para discurrir sobre cualquier materia.”
• “Habló sobre medicina, lenguas, climas, enfermedades y antigüedades, sobre todo del Perú.”
• “Refirió algunas maravillosas historias sobre familias de los antiguos caciques e incas que se enterraron vivas en tiempo de la invasión española y que fueron encontradas en perfecto estado de conservación.”
Su ilustración
• “Carece de instrucción y sólo posee un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad; nadie posee como él ese talento que los franceses llaman l’art de se faire valoir.”
• “No ha leído mucho. Cita continuamente autores que, sin duda, sólo conoce a medias; y de la mitad que conoce paréceme que no comprende el espíritu.”
• “Entiende el inglés y habla mediocremente el francés.”
Sus modos
• “Sus modales son muy finos; sus movimientos y persona, elegantes; y no tengo inconveniente para creer, como he oído, que en un salón de baile pocos hay que lo aventajen.”
Su capacidad
• “No tiene genio, sino cierta dosis de talento.”
• “La natural sagacidad y penetración de su juicio debe haberle hecho ver lo absurdo de las supersticiones romano-católicas, que ostentan aquí toda su fealdad, sin el lustre que le da la pompa y la elegancia de Italia, y a las cuales ha decidido asociarse por razones de Estado, con todas las demostraciones exteriores de respeto.”
• “Me dijo que, deseoso de saber si el pueblo era realmente feliz, solía disfrazarse de hombre de pueblo, como el Califa Harun al-Rashid, para visitar las fondas y mezclarse con los grupos que charlaban en las puertas de las tiendas, donde muchas veces oyó hablar de él.”
Su orgullo
• “Aspira a la universalidad.”
• “Hizo ostentación de sí mismo.”
• “Habla siempre de Napoleón como su modelo o, mejor dicho, su rival.”
• “Me dijo que sólo había traído consigo el estandarte de Pizarro, el glorioso estandarte bajo el cual el español conquistó el imperio de los incas, y que fue desplegado en todas las guerras, no sólo en las que se empeñaron entre españoles y peruanos, sino también en las de los jefes españoles rivales. Su posesión —dijo— ha sido considerada siempre como el signo del poder y la autoridad; YO LO TENGO AHORA, y al decir esto se irguió cuan alto era y miró a su alrededor con aire de soberano.”
Sus mayores defectos
• “Su visita no me ha dejado una impresión muy favorable.”
• “Sus miras son estrechas y aun, si no me equivoco, egoístas.”
• “Su deseo de gozar de la reputación de libertador y su voluntad de ser un tirano forman un extraño contraste.”
• “Si sus medios hubieran sido tan buenos como sus causas, sería el primero de sus conciudadanos; pero hay sangre en sus manos; la traición grava su conciencia.”

Sábado 3 de julio

A Ostende

Paroissien lo llevó hasta el muelle de la Aduana, a tomar el Talbot: un paquebot de vapor que hace regularmente la carrera a Ostende.
En el viaje iba Álvarez Condarco, ya absuelto por el General. No se había apropiado del dinero sino que, procurando preservar su valor, había hecho malhadadas inversiones en la Bolsa.

El buque partió a las 8. Apenas empezó a navegar por el Támesis se descargó una tormenta.
La travesía duró 10 horas y, una vez en los Países Bajos, debieron recorrer en coche las 65 millas que separan a Ostende de Bruselas.
Llegaron muy tarde al Hotel de Flandes, donde se alojaron.

Domingo 4 de julio

Indignación

San Martín se reunió con Justo, en el Hotel Croix Blanche.
Hablaron todo el día.
En un momento el hermano le comentó que "un agente del gobierno de Buenos Aires en París", con acceso al gobierno francés, anda diciendo que el General está en Londres "tratando de llevar, metido en un bolsillo, a un reyecito para formar un gobierno militar en América".
La especie indignó al General. Sus críticos suponen que, por haber sido "educado en los cuarteles", no ha podido estudiar "otro sistema más adecuado a la verdadera voluntad y a las necesidades de los pueblos".
En verdad, él mismo ha dado pábulo al rumor, diciéndole a Rivadavia que la "forma monárquica de gobierno" sería la más apropiada para Chile y Perú, y deslizándole que, en Europa, posiblemente invitara a "un príncipe de sangre real, tal vez de la familia de España, para establecer una nueva dinastía en estos países".
No es ése, por cierto, el sentido de su estancia en este continente, y nunca ha tenido predilección por un miembro de la Casa Real española. Le asiste, por otra parte, la capacidad para auscultar la voluntad y la necesidad de un pueblo.
Con todo, no debería escandalizarle que circule una versión inspirada en algunas palabras y gestos suyos.

Bruselas, 5 al 16 de julio

Noticias de Madrid. Los Países Bajos no se interesan demasiado en Sud-América, y a diferencia de lo que sucede en Londres, pocas son las noticias que se publican en Bruselas sobre aquella parte del mundo.
El hermano del General las obtiene de un periódico parisino, L'Étoile, que suele reproducir párrafos de La Gazeta de Madrid.
Los acontecimientos son presentados, por cierto, de la manera más favorable a los realistas:
• "La entrada a Lima" habría sido el primer paso hacia la reconquista del Perú.
• El Callao ya estaría de nuevo bajo control de los realistas.
• Desde la fortaleza del Real Felipe, el ex-Presidente patriota, el Marqués de Torre Tagle, que ha desertado de la Revolución, habría llamado a los peruanos a reconciliarse con España y "expulsar al tirano extranjero, Simón Bolívar".
• Los españoles también habrían ocupado Pisco.
• El ejército de Canterac sería "muy superior en número" a las fuerzas patriotas.
• Los leales no sólo estarían avanzando en el Perú, sino en Colombia, donde habrían tomado Bogotá.
• Bolívar, comprendiendo que su triunfo ya es "imposible", habría procurado negociar, con Canterac, la formación de una monarquía constitucional: Fernando, Rey, con gobierno criollo.
• La proposición de Bolívar no tendría destino. Aunque en su momento Canterac miró con simpatía la Constitución española, él no auspiciaría, bajo forma alguna, la independencia del Perú.
Dualidad de los liberales. Las provincias americanas siempre fueron posesión de la Corona, pero su conservación se ha vuelto causa nacional: nadie toleraría, en España, que el Rey renunciara a tales dominios.
Si él aceptara ser monarca de un Perú independiente, el absolutismo reprobaría su "traición", y el liberalismo encontraría un nuevo motivo para oponérsele.
Los realistas no tienen, en América, margen alguno para pactar.
Es posible que haya mucho de exageración en el recuento de éxitos que se hace en Madrid; pero la euforia española se monta sobre unos pocos hechos verídicos que —hasta la fecha de la última

noticia— eran poco halagüeños para la Revolución.
Ésta es la situación que San Martín temía al salir de Buenos Aires.
Aniversario de la entrada en Lima. El sábado se cumplieron tres años de la entrada de San Martín en Lima.
El General evocó con melancolía aquel momento de gloria.
Ahora, la Ciudad de los Reyes está otra vez en manos de los realistas.
De nada valió, al parecer, un gallardo ataque de Guise contra el Callao. Este bravo marino, al frente de una pequeña flota, penetró en el puerto, incendió la fragata Venganza y cortó las amarras de varios buques; de los cuales se apoderó luego, cuando navegaban a la deriva, mar afuera.
San Martín se llenó de orgullo, hace unos días, al conocer la noticia. Él aprecia sobremanera a Guise, un marino inglés que estuvo en Trafalgar y, poco después, se ofreció a la Revolución sudamericana. Como parte de ella, ha mostrado inquebrantable lealtad a la causa y, en particular, al Protector.
Guise combina inteligencia con arrojo. Fue él (no Cochrane) quien capturó la Esmeralda. Eso es, al menos, lo que cree el General.
Por todo eso, el año pasado colocó al inglés al frente de la Flota Peruana.
El ataque al Callao fue un triunfo, dado que permitió desapoderar a los realistas de algunos veleros; pero no les ha hecho perder el control del puerto y la fortaleza del Real Felipe.
Las fuerzas patriotas de tierra, mientras tanto, se han retirado a Pativilca, entre Lima y Trujillo, donde tiene fijado su cuartel general Bolívar.
Volver a Londres. Para agravar la impresión producida por la prensa francesa y española, el lunes 12 San Martín recibió una carta de Paroissien, fechada el jueves 8 en Londres.
En ella su amigo le decía que las malas noticias estaban confirmadas y que, durante un desayuno con García del Río, habían convenido en la necesidad de que el General regresara de inmediato a Londres, para poner en práctica lo que llaman Expedición al Pacífico.
El General tendrá que volver al Perú.
Merceditas quedará en Londres, asistiendo a su escuela y bajo el cuidado de la señora Heywood.
Su tío Justo la visitará periódicamente y se encargará de pagar su educación.

Sábado 17 de julio

De regreso

San Martín y Álvarez Condarco llegan a Londres, a primera hora del día.
El General está muy cansado: ese viaje de Bruselas a Ostende, y el cruce del Canal de la Mancha en paquebot, lo han agotado.
Se dirigen a la casa de Álvarez, donde se encuentran a García del Río.
Se entera, allí, de las novedades:
Paroissien. Está en Derby. Se fue el domingo pasado y volverá la semana entrante.
Expedición al Pacífico. El lunes habrá, en casa de García del Río, una reunión de los distintos comisionados. Amén de sumar fondos, se busca que la Expedición, encabezada por San Martín, exprese la voluntad común de los distintos representantes de Sud-América.
Trascendido. En Londres ya se dice que "San Martín debe partir inmediatamente para reunirse con el General Bolívar en el Perú". No es posible establecer la fuente de esta información, que disgusta sobremanera al General. Amante siempre del secreto y la sorpresa, San Martín juzga que ambas cosas son condiciones sine qua non cuando se trata de operaciones como ésta.
Situación en el Perú. Las últimas cartas llegadas a Londres dicen que, a fines de mayo, Bolívar estaba en Pativilca. Disponía allí de un ejército de 8.000 colombianos y 2.000 peruanos. Aguardaba, además, 1.000 de Panamá, y 2.000 de Guayaquil, con lo que esperaba sumar 13.000 hombres. Los realistas, por su parte, tenían 21.000.
Alvear. En un gesto de imprudencia, Alvear ha hecho conocer la carta que Canning dirigió a Rivadavia, al término del año pasado, presentando a Parish como Cónsul General en Buenos Aires.
Se trata de una correspondencia confidencial y, si alguien podía revelarla, era el Gobierno de

Gran Bretaña. El texto fue reproducido esta semana por el Times, quizás para dar seguridades a los comerciantes, o para forzar a que el Gobierno formalice el reconocimiento de las Provincias Unidas:

Foreign Office, Dic. 15, 1823

Señor, El Rey, mi señor, habiendo determinado tomar medidas para la eficaz protección del comercio de los súbditos de Su Majestad en Buenos Aires, y obtener fidedigna información del estado de los asuntos en aquel país, con el propósito de adoptar las medidas que finalmente conducirían al establecimiento de amigables relaciones con el Gobierno de Buenos Aires, ha tenido el agrado de nominar y designar a M. Woodbine Parish para el cargo de Cónsul General de Su Majestad en tal estado.

M. Parish hará entrega de esta carta a Su Excelencia, y yo me siento en la obligación de requerirle que se le otorgue todo lo que necesite, estando él debidamente acreditado, para iniciar el ejercicio de sus funciones.

Tengo el honor de ser, Señor,
el más humilde servidor de Su Excelencia.

George Canning

Esta difusión puede irritar al Gobierno, harto cuidadoso —como corresponde— en el manejo de los asuntos de Estado.

Absolución. El General ha sido absuelto en el juicio Hodgson vs. San Martín y otros, iniciado por un comerciante que sufrió perjuicios durante el bloqueo patriota del Callao. Es el juicio aquel que se negó a tratar la Corte del Lord Mayor, el tribunal de la City, el cual se declaró incompetente para resolver un conflicto internacional. Elevado el caso al Law Lord, éste acaba de fallar que no existió responsabilidad personal de San Martín.

Puesto al día con las noticias, y extenuado por el viaje, el General acepta un ofrecimiento de Álvarez Condarco y se queda a descansar en su casa.

Domingo 18 de julio

Cinco dientes

San Martín visitó hoy a "su niña", que tiene la sonrisa borroneada. El viernes anterior le sacaron cinco dientes.

La señora Heywood dice que la operación fue dilatada y, sin duda, dolorosa; pero Merceditas dio muestras de entereza y no dejó escapar ni una exclamación.

San Martín celebra el temple de su hija.

No fue en vano que él la apartase de la indulgente Doña Tomasa. El tiempo que Merceditas pasó con su padre en Le Bayonnaise y en Park Place, así como la disciplina impuesta por la familia Heywood y la escuela, han modificado su carácter en apenas medio año.

Samuel Cartwright

El dentista que se encargó de la cirugía es Samuel Cartwright, que tiene su consultorio en 32, Old Burlington Street, a unas seis cuadras de Piccadilly Circus.

Siendo adolescente, en su Northampton natal, torneaba marfiles: un oficio que le enseñó a tallar admirables dientes postizos, como los que hizo más tarde aquí, cuando era un novel ayudante de Charles Dumergue, el dentista de Jorge IV.

Hoy, Cartwright está considerado por muchos como el mejor cirujano dental de Londres.

Su destreza quirúrgica es tan encomiable como su laboriosidad. Recibe pacientes desde las 7 de la mañana hasta las 7 de la noche.

Principio de la mayor felicidad

Entre los pacientes de Cartwright está el filósofo y jurista Jeremías Bentham, a quien él atiende gratuitamente, como muestra de admiración y amistad.

Bentham ha creado una nueva filosofía moral y política, llamada utilitarismo, que se asienta sobre el "principio de la mayor felicidad".

Según ese principio, los actos del gobernante no deben juzgarse por la decencia de las intenciones sino por la utilidad de las consecuencias. Para Bentham, "útil" es aquello que provee "la mayor felicidad al mayor número de personas"; "felicidad" es la presencia del placer y la

ausencia del dolor.
Este pensador inglés imaginó una Sud-América habitada por "soñadores de realidades y realizadores de sueños"; un paraíso de estabilidad y equidad, sin lugar para el egoísmo.
Bentham escribió libros y panfletos tratando de convencer a los españoles sobre el bien que les haría "librarse" de sus colonias. Les ha recordado que "todas las colonias y dependencias lejanas son, sin excepción, esencialmente perjudiciales para la gran mayoría de los pueblos… de ambas partes": una verdad que le parece irrefutable, sobre todo cuando las colonias son españolas y no británicas.

Sueños de Gran Legislador

Como, rechazando su consejo, los españoles no abandonaron las colonias, Bentham se volcó a los revolucionarios.
Quiso trasladarse a América, y cualquiera de los nuevos Estados le venía bien, con tal de que se lo aceptase como Gran Legislador.
Aprovechando la amistad que había forjado aquí con Miranda, en 1813 se preparó para viajar a Caracas, donde esperaba convertirse en el codificador de la Primera República de Venezuela. No sabía que aquella República había dejado de existir y que Miranda —derrotado y traicionado— se hallaba ya en la prisión de la Carraca.
En 1814 Bentham supo que el Congreso de Chilpancingo había declarado la independencia de la América Mexicana, y decidió ofrecerse para redactar normas más apropiadas que las de "Sentimientos de la Nación", el dogmático documento de Morelos. Su oferta no fue aceptada; pero además sobrevinieron la derrota del propio Morelos y la anarquía.
Fracasados sus intentos de establecerse en México o Venezuela, el filósofo se ha dedicado a influir en los destinos sudamericanos desde Queen Square Place, su casa en Londres.
Por allí desfilan casi todos los personajes americanos que vienen a Inglaterra.
Bentham ha establecido, así, relaciones con muchos de ellos, con quienes mantiene correspondencia.
Les ha sugerido constituciones, sistemas escolares y hasta obras públicas, como un canal que debería unir el Atlántico con el Pacífico, a la altura de América Central.
Hasta no hace mucho, Bentham juzgaba que Bolívar, a quien conoció en 1810, era el americano con mayores condiciones para fundar su Utopía en Sud-América.
El venezolano, a su vez, no ha dejado de proclamarse "discípulo" del filósofo, ni de sostener que los nuevos Estados deben asentar su orden jurídico sobre el "principio de la mayor felicidad".
No obstante, Bentham está empezando a dudar de que Bolívar sea un exponente de la equidad. Sabe ahora que, en 1814, el Libertador de Colombia ordenó la ejecución de 518 inermes prisioneros españoles.
Cuando se enteró de aquella matanza le escribió una amarga y acusadora carta, pero nunca la despachó; temió que cortara la relación con el venezolano y prefirió mantenerla, confiando en que le permitiría prevenir nuevos desvíos.
El año pasado envió dos cartas a Bolívar; la más extensa fue la del 23 de junio, colmada de sugerencias y recomendaciones.
Sin embargo, actualmente Bentham cree que su mejor discípulo, en Sud-América, es Rivadavia. Se conocieron en 1818. En esa ocasión, él consiguió (y se jacta de ello) que el porteño abandonara la idea de llevar un Rey europeo al Río de la Plata.
Rivadavia aceptó que una monarquía implantada resultaría espuria y, en cambio, una democracia utilitarista tendría legitimidad inmanente.
Bentham ha mantenido una correspondencia asidua con Rivadavia, y éste ha tratado de llevar a la práctica algunas ideas del filósofo: desde principios de educación hasta el Reglamento de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, que sigue fielmente Táctica de las Asambleas Legislativas, otra obra de Bentham, para quien no hay temas vedados.
En 1791, el filósofo diseñó, por encargo de Jorge III, una "cárcel ideal", a la cual bautizó Panóptico. Se trata de un edificio semicircular, cuyo arco está dividido en celdas, todas ellas con ventana al patio interior. En el centro de ese patio hay una torre y un centinela, que desde allí

observa qué pasa en cada celda. Los convictos se saben vigilados por alguien a quien ellos no pueden ver. Esto hace, según Bentham, que cada uno termine vigilándose a sí mismo.
El filósofo querría que sus discípulos en Sud-América también adoptaran su modelo carcelario y sus recomendaciones sobre la organización judicial, así como sus principios de legislación penal y civil.
Se siente capaz de establecer la Constitución y los códigos de todos esos Estados nuevos.

El filósofo contra San Martín

El filósofo tampoco es una buena referencia a los fines de la Expedición al Pacífico.
Se ha formado una mala impresión de San Martín; y no es extraño, dada su estrecha relación con Bolívar y Rivadavia.
De Venezuela y Colombia recibe informes frecuentes, y varios de ellos han traído juicios adversos al ex-Protector del Perú.
Entre los autores de dichos informes se encuentran dos irlandeses, amigos de Bentham y muy cercanos a Bolívar: uno, el Coronel Francis Hall; otro, el cirujano Thomas Foley, a quien el Libertador de Colombia ha designado Inspector General de los Hospitales Militares.
El filósofo también ha oído, aquí en Londres, relatos del granadino José Tiburcio Echeverría, antiguo Gobernador de la Provincia de Santa Fe, que tres años atrás vino a Europa —enviado por Bolívar junto con el Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores de la Gran Colombia, José Rafael Revenga— a negociar la paz en la Corte de Madrid.
Traían una carta de Bolívar a "Su Majestad Católica el Señor Dn. Fernando VII, Rey de las Españas", en la cual el Libertador de Colombia enaltecía con grandilocuencia al Rey, de quien decía que había entrado en "el sagrario de la inmortalidad" y se había colocado "en el vuelco de todos los corazones".
El propósito era lograr que el monarca reconociera "la existencia de Colombia"; pero a Fernando VII no lo conmovieron los forzados halagos de Bolívar, y los negociadores vieron frustrado el propósito de su viaje.
Echeverría se quedó en Europa un tiempo y aquí trabó amistad con Bentham.
De estos allegados a Bolívar, así como de algún partidario de Rivadavia, difícilmente Bentham haya escuchado loas a San Martín.

El desafortunado título de Protector

Hay algo más.
San Martín quiso, en su momento, que se lo llamara "Protector de la Libertad del Perú"; no "Libertador".
Eligió aquel título porque —razonó— "Libertador" es el que otorga la libertad a un pueblo, mientras que el "Protector" custodia la libertad conseguida por el pueblo mismo.
No se interpreta así en Inglaterra, donde la palabra "Protector" despierta el recuerdo de personajes aciagos o debatibles.
"Lord Protector del Reino" fue el ambicioso y cruel asesino, que mató a su sobrino, Eduardo V, para consagrarse Rey. Su nombre, Ricardo III, fue convertido por William Shakespeare en sinónimo de impía codicia.
"Lord Protector" fue también el título adoptado por Oliverio Cromwell, el revolucionario que hizo decapitar a Carlos I. El monarca —escudado en su "Derecho Divino"— ejercía un oprobioso absolutismo; pero el "Protector" no fue menos tiránico, y sembró rencores en demasía. Murió en su cargo, de muerte natural, pero poco después —al coronarse Carlos II, hijo del rey decapitado— el cadáver de Cromwell fue exhumado para hacerlo objeto de una ejecución póstuma. Se lo ahorcó y, a continuación, se le separó la cabeza, que durante ocho años quedó exhibida en Westminster Hall.
Es comprensible, por tales antecedentes, que el título Protector despierte recelos en Bentham.
No es comprensible, en cambio, la irreverente carta que hace dos años escribió al General, y que pretendió hacerle llegar nada menos que a través de Bolívar.

Una carta inaceptable

Éstos son algunos fragmentos de aquella carta:

A José de San Martín
6 Junio 1822

Señor,
En estos momentos nuestros papeles públicos lo presentan a usted bajo el título de Protector del Perú: "Protector", investido de absoluta autoridad, excepto aquella que a usted le plazca limitar en determinado momento. Deseo que la duración de esto sea temporaria, y que su verdadero propósito sea terminar estableciendo una democracia representativa, tan pronto como el estado del país esté maduro para ello.
...
La impresión que de usted me he formado obedece a las cosas que he oído sobre Chile. "A la cabeza del gobierno en ese país (dijeron mis informantes) está O'Higgins, un hombre de mente iluminada, de la más benevolente intención. A la cabeza del Ejército está San Martín, un hombre de carácter agradable, pero que circunscribe sus opiniones a lo exclusivamente militar".
...
En cuanto al Perú, lamentablemente, los informes que me llegan no son alentadores. Se refieren al "recientemente autoproclamado Protector del Perú". En Perú, Protector (dicen estos informes) no significa Dictador sino Emperador.
...
Acompañando esta carta, usted encontrará, un impreso titulado Codification Proposal (en español, Propuesta de Código). Está "dirigido a todas las naciones que profesan opiniones liberales", y debo decir que ha sido recibido, con signos de aprobación nunca vistos, por los gobiernos de muchas de ellas.
La mayor felicidad del mayor número de personas es el principio fundamental de ese código, y no se trata de un enunciado general sino que, en cada aspecto, se hace de él la más práctica aplicación.
Ahora, entonces, Señor, veamos de hacer que esta propuesta sirva como prueba de sus intenciones.
Si, en el nuevo Vocabulario Peruano, Protector significa Dictador y nada más, la recepción que usted dé a la propuesta, y su principio fundamental, ha de ser positiva.
Si, en cambio, Protector significa Emperador, la respuesta será negativa.
...
Si es Dictador, usted dirá: "Bien, éste es también mi principio; y apenas el Perú se halle en un estado en el cual pueda formarse una asamblea libre, limpia y completamente representativa del cuerpo social, haré todo cuanto esté a mi alcance para constituir dicha asamblea; y cuando esté constituida, declinaré mi autoridad o me someteré a sus integrantes, y les dejaré el trabajo de hacer una Constitución para el Estado.
...
Mientras tanto, como prueba de su sinceridad, usted dará más informaciones que órdenes; hablará más de los derechos que de los deberes del pueblo; hablará más de los deberes que de los derechos que usted tiene; y en sus alocuciones a sus conciudadanos, hará usted manifiesto que a cada uno de ellos lo considera un par y, colectivamente, los acepta como sus superiores.
...
Fíjese en su vecindad: al norte del Protector del Perú está el Libertador de Colombia. Si esta carta o un duplicado de ella llegan a usted, será por conducto de tan distinguido benefactor de la humanidad.
...
Créame, Señor, que me duele en el alma haberme sentido obligado a tomarme estas libertades con usted, aun sabiendo cuán pequeña es la posibilidad de que, considerando la naturaleza humana —especialmente en una situación como la suya— esta intromisión pueda producir los buenos resultados que se propone.
...
Yo me postraría a sus pies si mediante semejante gesto tuviera alguna certeza de facilitar mis

empeños.
...
Mortificación tras mortificación: había concluido ya esta carta cuando llegó el Morning Chronicle de hoy, con la noticia de una nueva orden de nobleza instituida en el Perú, bajo el nombre de Orden del Sol. ¡Dios mío! Si en verdad usted ha creado semejante Sol, húndalo en el mar. ¡Es un arcaico, rancio y despreciable símbolo de despotismo, levantado en estos tiempos!
...
Conferida por un solo hombre, ¿qué es esta orden sino un premio ofrecido al servilismo y la adulación?
Añadiendo aun más irreverencia a la carta, Bentham cometió dos faltas graves:
1. No se la envió a San Martín sino a Bolívar, para que fuera éste quien hiciera llegar esa carta ("o un duplicado") al Protector.
2. Por consejo de Echeverría, remitió un "extracto" al Gobierno de Colombia.
Esto demuestra que su propósito no era aconsejar sino humillar.
La carta fue un arma fabricada por Bentham para que los colombianos atacaran a San Martín.
No hizo falta.
Escrita en Londres siete semanas antes de Guayaquil, cuando la misiva llegó a América, ya estaba respondida por los hechos.
El "Emperador" había cedido su lugar al Libertador de Colombia.
El hombre investido de "absoluta autoridad", la había resignado voluntariamente en beneficio de la Revolución.
Después de eso, Bentham ha tenido tiempo para corregir su errónea impresión sobre San Martín.
Si no lo ha hecho, García del Río, indirectamente, podrá inducirlo. El vehículo será Bello, quien es tan amigo del comisionado como del filósofo.
También indirectamente, podrá Paroissien. En su caso, valiéndose de Cartwright, a quien conoce bien, y en cuyo consultorio estuvo —junto a la señora Heywood— el día que Merceditas perdió sus dientes.
El anciano Bentham es un pensador de fama en Inglaterra, que no pierde actualidad: en los próximos días se publicará una nueva obra suya, El libro de las falacias.
Es menester que, si San Martín ha de marcharse al Perú, el filósofo no siembre dudas sobre los propósitos y posibles efectos de este retorno del General a esa tierra de la que supo ser Protector.

Lunes 19 de julio

Operación en marcha

A las 10 de la mañana se reunieron en casa de García del Río: Kinder, Robertson, Hurtado, el anfitrión y San Martín.
El grupo inició la discusión, en detalle, sobre la Expedición al Pacífico.
Como primer punto se ocuparon de los fondos necesarios para adquirir y armar buques de guerra, contratar oficiales y sufragar los costos de la travesía.
Las miradas se fijaron entonces en Kinder, por ser éste el agente que colocó el empréstito del Perú.
García del Río dio su opinión: era necesario aplicar los saldos de dicho empréstito a costear la expedición encabezada por San Martín. Carecería de sentido enviar esos recursos a Lima sin saber quién gobierna por allá; en cambio, es más que justificable emplearlos para afianzar la seguridad del Estado que contrató el empréstito.

Tomando el riesgo

Eso suponía, para Kinder, el riesgo de reponer los fondos, en caso de que la operación terminase en fiasco.
La contingencia no resultó disuasiva. Kinder aceptó correr el riesgo porque sabe que, en momentos tan críticos como éstos, lo más imprudente sería dejar a la Revolución inerme: si el Perú volviese a manos de España, los bonos del empréstito se convertirían en papeles sin valor y los bonistas le reclamarían a su firma, Thomas Kinder Jr., la devolución del empréstito en su totalidad, a valor nominal, con más los intereses que habrían dejado de percibir. Una demanda de

ese porte causaría la bancarrota de Kinder.
Staples, el socio minoritario de la firma, también apoya la operación. No sólo tiene intereses mercantiles en Sud-América —incluido el banco Robert Staples & Co. de Lima— sino que profesa pasión por aquel mundo, y admiración por el General.
Haciendo negocios en el Río de la Plata, la década pasada, Staples acumuló tanto fortuna como prestigio.
Mientras Heywood protegía el comercio británico en nombre del Almirantazgo, Staples lo hacía, oficiosamente, en nombre del servicio exterior británico.
Londres no lo había nombrado Cónsul, pero él actuaba en Buenos Aires como si lo fuese, defendiendo a sus compatriotas ante las autoridades locales, y enviando informes confidenciales al Foreign Office.
En 1816 los comerciantes británicos del Plata se hicieron cargo de su estipendio, pagándole "derechos consulares": 1/2 por ciento "sobre la totalidad de las facturas de artículos importados en barcos británicos", más "un real por tonelada".
Cuando se refería al obsequioso comerciante, el Comodoro Bowles lo llamaba "Cónsul de Su Majestad", aun sabiendo que él no ostentaba semejante título.
Fue en tal condición que Staples recibió al General en 1817, cuando ambos mantuvieron aquella entrevista secreta, en la cual San Martín le anticipó algunos de sus movimientos futuros.
Ahora, en representación de Thomas Kinder Jr., Staples está empeñado en hacer negocios con México.
Meses atrás, el Congreso Constituyente de aquel país decidió contratar un empréstito en Londres.
Staples hizo saber que Kinder podía adelantar 572.400 libras, en cuotas mensuales de 20.000, a cambio de una deuda de 1.000.000, con 5% de interés anual.
El Supremo Poder Ejecutivo de México, constituido tras la caída de Iturbide, creyó tener una oferta mejor que la de Staples; pero el banco que la presentó —Barclay, Richardson & Co.— no pudo, al fin, reunir el dinero. Las autoridades mexicanas volvieron entonces a Staples, quien ha estado levantando fondos para ellas, aquí en la City.

Conformidad de Robertson

De más está decir que, junto con García del Río, Paroissien aprueba que el saldo del empréstito se emplee para costear la Expedición al Pacífico.
Sin embargo, el mandato de estos dos comisionados ya no tiene vigencia. Fue revocado por el Gobierno del Perú hace dos años.
Es cierto que estos amigos del General aún no han sido reemplazados, y que tampoco han recibido respuesta a la ingeniosa comunicación despachada a Lima en mayo, por la cual agradecían "la distinción de haber sido nombrados, de nuevo, ministros en Europa", según decisión "informada por el Exmo. Don José de San Martín".
No obstante, Robertson fue nombrado por Riva Agüero (luego de revocado el mandato a García del Río y Paroissien) "agente comercial" del Perú, con el encargo de contratar un nuevo empréstito.
Él es, por lo tanto, el más fidedigno representante del Perú y actúa, por otra parte, como intermediario en el préstamo para Buenos Aires.
Nada de eso le impide aprobar la Expedición al Pacífico.
Comprende la necesidad de contener el avance realista y tiene en gran estima al General. No olvidará nunca aquel combate de San Lorenzo, al cual él asistió como "invitado" de San Martín.
Su historia personal, por otra parte, lo ata a Sud-América.
Al igual que Paroissien, zarpó para Buenos Aires en 1806, apenas enterado de la invasión inglesa; pero supo, al llegar a Montevideo, que Buenos Aires era otra vez española.
También como Paroissien (y como Heywood) participó de la segunda invasión; en el caso de Robertson como "mono de pólvora". Con sólo quince años de edad, era un grumete que repartía municiones entre las tropas británicas.
Repatriado tras la derrota, volvió a Buenos Aires en 1808.
Dos años más tarde se estableció en Asunción, donde tuvo por un tiempo el favor del llamado

Cónsul de la República del Paraguay (después Supremo Dictador), Rodríguez de Francia.
Guillermo y su hermano Juan hicieron fortuna con el traspaso de mercancías (según muchos, con el contrabando) entre Paraguay, Goya (Corrientes) y Santa Fe.
Él volvió luego a Inglaterra, desde donde comerció con el Asia; pero en 1820 estaba otra vez en Buenos Aires.
De allí pasó a Santiago y luego a Lima.
Cuando regresó a Londres, el año pasado, lo hizo con una fortuna de 100.000 libras.
Ambos hermanos Robertson son accionistas del Banco de Buenos Ayres (o Banco de Descuentos), una sociedad anónima creada dos años atrás en el Río de la Plata; y tienen, en Gran Bretaña, una casa comercial, Robertsons & Co., con filiales en Buenos Aires y Lima.
Juan es un hombre de criterio propio y disposición para la aventura.

Prudencia de Hurtado

Nada había más delicado que obtener la aprobación de Hurtado.
Él representa a Bolívar, y la Expedición al Pacífico equivale a reconocer que Bolívar no puede (al menos, no por sí solo) cumplir la misión asumida en Guayaquil.
Que San Martín vuelva a Sud-América con el fin de sustituir a (o cooperar con) Bolívar, es algo que podía merecer los reparos de quien representa aquí al Libertador de Colombia.
También podía merecer sus reparos el uso indebido del empréstito, por el efecto que podría tener sobre la fiabilidad de Sud-América. Si existe el riesgo de que el Perú se pierda, los acreedores británicos preferirían, sin duda, que se conservara (en Londres) tanto dinero como fuera posible.
Hurtado es un hombre prudente, que fue enviado a restablecer el crédito de la Gran Colombia, luego de los estropicios hechos por anteriores comisionados:
• López Méndez negoció, sin autorización alguna, una ruinosa compra de buques y materiales de guerra. Fue la convenida con Mackintosh, en 1821, que Santander desconoció y Bolívar convalidó luego para salvaguardar el honor de Colombia.
• Francisco Antonio Zea, Vicepresidente de la Gran Colombia, vino en 1822 como Enviado Extraordinario, Ministro Plenipotenciario y Agente Fiscal, para contratar un empréstito; pero, en el afán de conseguirlo, aceptó una condición impuesta por Charles Herring, William Graham y John Powles: reconoció y redimió títulos más que dudosos, presentados por comerciantes que decían haber adelantado dineros. La Asamblea de la Gran Colombia desconoció más tarde semejantes títulos, y otra vez Bogotá debió hacer algo para no perjudicar su crédito en la City. Esta vez, la decisión fue enviar a Hurtado a intentar una renegociación.
Por su carácter, por la representación que ejerce y por la tarea que ha venido a cumplir, Hurtado tiene más inclinación a la cautela que a la aventura.
Sin embargo, no puso mayores objeciones a la idea de enviar una expedición al Pacífico.
Sabe, como todos, que la situación del Perú se ha vuelto espinosa, y no se le escapa cuáles serían las consecuencias, para la Gran Colombia, si el Libertador fuera derrotado por La Serna.
La operación, por otra parte, se ha de sufragar con fondos tomados del empréstito del Perú. No se le ha requerido que él comprometa aportes colombianos.

Aprobación

La Expedición al Pacífico quedó aprobada, pero aún es difícil estimar su envergadura.
San Martín cree que, con el dinero del que se ha hablado, sólo podrán comprarse dos fragatas.
Habrá que intentar otros recursos para incorporar más veleros, aquí y en América.

Aniversario de Bailén

Para el General, la fecha es un buen augurio, pero también una incitación a la prudencia.
Un día como hoy, hace dieciséis años, él libraba la mayor batalla de su vida, y lo hacía integrando el bando vencedor.
Fueron 20.000 los enemigos que, al cabo de esa memorable batalla, quedaron prisioneros.
San Martín luchaba entonces a las órdenes de un noble francés, contra los franceses.
El noble era el Marqués de Coupigny, que comandaba una división del Ejército de Andalucía, encabezado por el general Francisco Javier Castaños; los enemigos eran dirigidos por el Conde Dupont de l'Étang, y la batalla tuvo lugar en Bailén, cerca de Despeñaperros.

La actuación de San Martín fue tal que le valió el grado de Teniente Coronel, además de una condecoración que conserva con orgullo. Es un óvalo de esmalte y oro, que exhibe en el centro dos sables curvos cruzados. En la parte superior se aprecia una corona de laureles, y en la inferior, pendiendo del cruce de sables, el águila napoleónica, cabeza abajo. La leyenda dice: "Baylén, 19 de julio de 1808".
Aquella batalla fue, para el pueblo español, una incitación a la euforia. Apenas terminada la contienda, los invasores abandonaron Castilla; el falso Rey, José Bonaparte, se fugó, y Madrid se ilusionó con el retorno de Fernando VII.
Hubo júbilo en exceso, y también soberbia por parte de quienes debían conducir la guerra contra Napoleón.
Castaños había dispuesto, sensatamente, que los 20.000 prisioneros fueran devueltos por mar a Francia, sin arma alguna. La Junta de Sevilla desautorizó la repatriación, por juzgarla demasiado benévola; y el Barón Collingwood, héroe de Trafalgar —cuya flota dominaba el golfo de Cádiz— impidió el embarque de los franceses.
A continuación, la Junta y los ingleses decidieron recluir a los 20.000 hombres en el islote de Cabrera, frente a la costa sur de Mallorca, casi sin alimento. Centenares de los cautivos murieron de inanición y muchos, desesperados, devoraron cuerpos sin vida.
La batalla de Bailén pudo haber sido el principio de una rápida reconquista, pero fue seguida por la jactancia y el descuido.
Sobre todo porque, semanas después, los ingleses llegaron a Portugal, al mando de Wellington, y derrotaron al General Jean Andoche Junot.
Se suponía que todo sería muy fácil. El ejército de Napoleón tendría que vaciar la Península, derrotado y humillado, antes de que pasara mucho tiempo.
Lo que ocurrió, en cambio, fue que Napoleón en persona entró con 200.000 soldados y 50.000 caballos, para ocupar la España entera, salvo Cádiz.
En aquel instante San Martín y otros americanos comenzaron a pensar si su lugar de lucha no estaría en sus respectivos terruños.
Convertida esa lucha en la Guerra de Independencia sudamericana, Maipú fue para San Martín una suerte de Bailén, y la entrada en Lima una reminiscencia del Madrid recobrado.
Sin embargo, el General nunca olvidó esta regla de sabiduría militar: toda guerra debe reputarse perdida hasta que, disparado el último tiro, uno se encuentre del lado de los vencedores.

Martes 20 de julio

Que venga Diego

García del Río le escribe a Paroissien.
Es necesario que acorte su estancia en Derby y esté en Londres cuanto antes.
La Expedición al Pacífico ha sido aprobada y hay mucho por hacer.

Jueves 22 de julio

Alvear con Canning

Canning recibe al enviado de Rivadavia, que vuelve "radiante" de la entrevista. Según él, ha sido "muy satisfactoria".
A decir verdad, fue humillante.
El comisionado vino con la misión de comprometer a Gran Bretaña, para que ésta usara todos los medios de los que dispusiera, a fin de "prevenir" una inminente guerra entre el Río de la Plata y Brasil, por la posesión de la Provincia Oriental o, como la llaman los brasileños, la Provincia Cisplatina.
Si la guerra se volviera inevitable, la aspiración del gobierno porteño es, por cierto, que su par británico lo ayude; pero si Rivadavia y Alvear creyeron que el Gobierno de Su Majestad es un "par", Canning se encargó de mostrarles las diferencias.
El Secretario le entregó a Alvear ocho preguntas escritas, con un espacio entre una y otra, para que sean respondidas antes de mañana.
He aquí las preguntas:
1. Características del Río de la Plata

2. Fuerzas marítimas
3. Población
4. Rentas
5. Extensión territorial
6. Estado de la hacienda
7. Número y nombre de las provincias
8. Límites

El Foreign Office conoce estos datos mejor que Alvear mismo. El cuestionario ha tenido como propósito que el huésped descienda a una posición de extrema humildad.

En vez de tomar ofensa por el examen que debía rendir, Alvear interpretó que Canning le había dado una gran oportunidad.

Ya en su casa, esa tarde se dedicó a responder las preguntas, con el manifiesto y candoroso designio de engañar al Ministro, acrecentando la importancia de las Provincias Unidas.

Iriarte dice que Alvear es experto en "forjar mentiras", pero esta vez su mendacidad fue poco lucida.

Es testigo de ello el propio Iriarte, que redactó las respuestas.

Aunque Alvear ha leído mucho, y tiene gran memoria, no es ducho para la redacción; por eso le pidió a Iriarte que, siguiendo sus instrucciones, escribiera al Ministro.

Esas instrucciones fueron alarmantes:

• Alvear elevó el número de habitantes a 2 millones y medio.
• Las fuerzas marítimas las multiplicó por 4.
• Las rentas, también, por 4.

Iriarte le observó que, de esa manera, Canning recibirá un informe "exagerado y falso",

Con una extraña noción de lo diplomático, Alvear respondió: "¿Qué importa? Esto es diplomacia. Si no mentimos, no nos tendrán en cuenta".

Según él, en Inglaterra "no saben nada de nuestro país; ni lo conocen"; de modo que "creerán lo que se les diga".

Al hacer esta afirmación, Alvear demostró que no ha reflexionado, siquiera, acerca de las dos preguntas que Canning hizo durante la entrevista.

Primero, el Ministro quiso saber si, representando a Buenos Aires, Alvear tendría autoridad para hablar, en los Estados Unidos, en nombre de las otras provincias del Río de la Plata. Sin duda, el Ministro conocía la división entre porteños y provincianos. Alvear aseguró que el Gobierno de Buenos Aires tenía una "robustez ya establecida", y quedó convencido de evitar, con respuesta tan simple, "las objeciones y dificultades que de otro modo hubiese presentado el Ministro".

Luego, Canning inquirió acerca de los ministros que formaban el Gabinete de Las Heras. Puso en evidencia, de ese modo, el endeble mandato de Alvear. Éste zarpó de Buenos Aires cuando el cambio de Gobierno aún no se había producido; y aunque nada de esto dijo a Canning, tiene para sí que Rivadavia —quien aspiraba a ser Gobernador— fue "burlado por las intrigas de Don Manuel García y del Doctor Agüero". Lo que aseguró al Secretario es que nada cambiará en Buenos Aires, e incluso osó decirle que Las Heras retendría todos los ministros de Rodríguez, lo cual suponía notificar que Rivadavia seguiría siendo el hombre fuerte del Río de la Plata. Otra vez, pensó que persuadir a su interlocutor era tarea sencilla.

Paroissien, de regreso

A las 7 de la noche llegó Paroissien de Derby.

Quedó en desayunar con García del Río, mañana, para ponerse al tanto de la Expedición al Pacífico.

Viernes 23 de julio

Papeles públicos

Son tantas las personas avisadas de la Expedición al Pacífico que ésta ya no ha podido mantenerse en secreto.

La búsqueda de la aquiescencia, entre los representantes sudamericanos, ha hecho correr la noticia.

Tanto que los periódicos, y no sólo los de Londres, ya tratan la expedición como un hecho.
El Aberdeen Journal de anteayer dijo:
"El General San Martín se dirige a unirse con Bolívar en el Perú, y es de esperar un gran beneficio de sus talentos militares, su conocimiento local y su abundante influencia personal".
Hasta en Bruselas se habla de esto; allá, tal vez, por alguna imprudencia de Justo. Le Belge ha dicho que "San Martín partirá a reunirse con Bolívar en el Perú".
Esta propagación es inconveniente.
La noticia llegará a España, y aun al Perú, antes de que pueda armarse la expedición.
Los realistas juzgarán que ésta es un gesto desperado, o la tomarán como muestra de las diferencias entre San Martín y Bolívar.
Como siempre, la crónica prematura conspira contra la validez militar.

A por fragatas suecas

Esta mañana, durante el desayuno, García del Río le dio a Paroissien algunos detalles de la Expedición al Pacífico.
No hay más fondos que los del empréstito peruano.
Habrá que conformarse, al parecer, con dos fragatas, aunque se harán todos los esfuerzos por conseguir otros.
El capitán y la tripulación se contratarán en Londres, pero aquí no hay buques de guerra en desuso.
Se ha decidido adquirir navíos suecos, y el propio García viajará a Estocolmo para contratarlos.
Paroissien debe ocuparse de reunir referencias sobre oficiales, probablemente de la East India Company, que pudieran estar disponibles y deseosos de participar en la expedición.

Cena en la casa de Robertson

Otros pormenores fueron debatidos en la casa de Robertson, quien hoy ofreció una cena a San Martín, García del Río, Paroissien y Kinder.
Después de la comida y de un intercambio de opiniones sobre la expedición, San Martín se fue con Paroissien, quien se quedó a dormir en Park Place.

¿Por qué a Estocolmo?

Desde los tiempos del Rey Gustavo Vasa —fundador de la Suecia moderna— los suecos han tenido una gran Armada, que en los últimos años se ha vuelto excesiva.
El siglo pasado, Gustavo III —que soñaba con expandir el imperio sueco— ordenó aumentar y modernizar la flota.
La tarea fue encarada, a partir de 1781, por el Almirante y arquitecto naval Fredrik Henrik af Chapman, quien empezó por decomisar o vender los buques construidos antes de 1731.
Para reemplazarlos, dispuso que todos los astilleros de Suecia trabajaran a ritmo forzado. Sobre todo el mayor de ellos —ubicado en Karlskrona, al sur del país— y cuatro de Estocolmo.
Chapman introdujo, asimismo, un eficaz modo de producción. En vez de construir navíos originales, resolvió que cada buque nuevo fuera una copia fiel del anterior.
Usando los mismos modelos y planos, hacía decenas de veleros iguales. Esto le permitía homologar procedimientos y atribuir a cada trabajador una tarea específica.
De ese modo proveyó numerosos buques de línea a la Armada; y buques menores al Ejército, cuya flota auxiliar participaba en las operaciones navales.
En Karlskrona, Chapman llegó a construir cuatro fragatas en un año.
Deslices políticos, aprietos financieros y guerras desiguales —resueltas por tierra, no por mar— hicieron añicos los sueños imperiales de Suecia, que ahora tiene una sobrada flota de guerra:
• Gustavo III invadió Rusia en 1788, con la pretensión de dominar a ese gigante. La aventura terminó en desastre, dos años más tarde.
• La guerra desquició las finanzas suecas.
• El Rey fue asesinado en 1792.
• Su hijo, Gustavo IV Adolfo, se enfrentó a partir de 1807 a Francia y Rusia unidas. Fue cuando Napoleón y Alejandro I —que habían formado una fugaz alianza— le exigieron que la Armada sueca participara de un bloqueo a Inglaterra. Como él se negó, el Zar ordenó la invasión de

Finlandia y —luego de una guerra despareja, que duró hasta 1809— los rusos se quedaron con ese territorio, que había sido parte de Suecia desde el siglo XIII.
• La pérdida de Finlandia provocó un desgobierno. El Rey abdicó a favor de su hijo, pero el Parlamento ordenó el arresto de toda la familia real y nombró, como Rey títere, a un tío de Gustavo IV Adolfo, que tomó el nombre de Carlos XIII. Poco después, el Parlamento lo obligó a adoptar como "hijo", y por lo tanto heredero, a un mariscal francés, Juan Bautista Bernadotte.
• En 1812, Napoleón ocupó la Pomerania sueca.
• Poco después, los suecos se aliaron a Inglaterra y formaron la coalición que en 1814 derrotó a Napoleón en Leipzig.
• En la Europa post-napoleónica, Suecia no recuperó la Pomerania.
• Sin embargo, le fue adjudicada Noruega, que pertenecía al reino de Dinamarca.
• Pero la cesión no fue completa: Islandia, Groenlandia y las islas Feroe quedaron para los daneses. Además, los noruegos se negaron a ser suecos y proclamaron su independencia. Esto causó una guerra, para la cual Suecia no encontró aliados. El conflicto terminó en un acuerdo de mutua conveniencia: Noruega aceptó una "unión personal" al Rey de Suecia y cedió el manejo de las relaciones exteriores a Estocolmo; eso, a cambio de tener Constitución y gobierno propios.
Hace diez años que Suecia no es parte de conflicto alguno, y ha decidido no serlo en el futuro. Su poder naval es exagerado para el papel retraído y pacífico que ha adoptado.
Por eso tiene sentido ir a comprar buques en Estocolmo.

Sábado 24 de julio

Los consejos de Heywood

Hoy San Martín mantuvo una sugestiva conversación con Heywood.
Le interesaba la opinión del Capitán, que es un viejo lobo de mar y, además, ha demostrado sus dotes diplomáticas.
Heywood piensa que esta operación requiere una enorme osadía y, al mismo tiempo, una enorme cautela.
Los medios son insuficientes, la coordinación con los otros revolucionarios no será fácil, y el enemigo es poderoso.

Domingo 25 de julio

La sombra de Waterloo

A las 3 de la tarde hubo reunión en la casa de Robertson, donde se discutió la misión a Estocolmo.
Se acordó que García del Río viaje con una lista de nombres, cartas de recomendación e instrumentos de pago.
Terminada la reunión, San Martín y Paroissien caminaron hasta la casa de los Heywood, en Highgate.
En el trayecto, Paroissien no pudo refrenarse y dio a conocer sus temores.
Él no querría que San Martín encontrara, en el Perú, su Waterloo.
Guayaquil fue una Leipzig disimulada; Los Barriales, una Elba benigna; pero lo que se avecina ahora podría ser Cien Días fatales. Con medios tan precarios, la derrota resultaría infamante.
El General sabe que no hay victoria cuando uno no se arriesga al fracaso.
Él jamás iría, empero, a una derrota indefectible.
La expedición sólo tendrá itinerario y plan final cuando se sepa con precisión de cuántos buques y cañones se dispone, todo esté listo y el General haya recibido la debida inteligencia del Perú.
Si las condiciones no existieran para que su presencia en costas de Sud-América representara un verdadero socorro, él iría al Río de la Plata y pasaría a Chile, en búsqueda de algo que sabe tan difícil como necesario: el apoyo de Buenos Aires y Santiago.
Lo alienta una esperanza: quienes gobiernan en ambos sitios comprendieron, en su momento, que "sin el Perú la independencia no existe".

Ex-Comandante en Jefe del Perú

El General Las Heras brilló en la campaña libertadora, actuó como Jefe Supremo del Ejército del Perú y ahora es Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Fue él quien organizó el Cuerpo de Infantería del Ejército de los Andes y condujo, por Uspallata, a la más cuantiosa de las columnas que cruzaron la Cordillera.
Sobresalió en Chacabuco y Maipú, San Marín lo designó Jefe de Estado Mayor en la campaña al Perú, tomó Pisco, sitió el Callao y, con el rango de Mariscal, ejerció el Comando en Jefe del Ejército peruano.

Antiguo guerrero

En Chile, el "compañero y amigo amado" de San Martín fue siempre O'Higgins.
No obstante, el año pasado, cuando Freire forzó la abdicación de O'Higgins, el General le envió a éste "millones de enhorabuenas", celebrando que —después de haber "trabajado tanto por el bien de su patria"— el ex-Director Supremo pudiera "gozar de paz y tranquilidad, sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos".
Aunque O'Higgins juzgaba que Freire mismo era un ingrato, éste tuvo al menos la hidalguía de reconocer que las glorias de Chile estaban "estrechamente enlazadas con el nombre de O'Higgins", y que "las páginas más brillantes" de la historia chilena perdurarían como "un monumento consagrado a su memoria".
Freire integró el Ejército de los Andes desde 1816 y se proclama, él también, amigo de San Martín.
Tuvo un ejemplar comportamiento en Maipú, pero su mayor aporte a la Revolución consistió en ganar, a lo largo de todo Chile, batallas —grandes o pequeñas— que fueron liberando territorio.
Ninguna de ellas igualó el heroísmo de la librada en las vegas de Talcahuano, cuando Freire, con 600 patriotas, derrotó a los 4.500 realistas de Vicente Benavides. Éste era un antiguo patriota, pasado de bando. San Martín le había perdonado la vida en 1818, a cambio de que jurase fidelidad a la Revolución, un juramento que Benavides pronto rompió.
Freire no participó de la expedición al Perú, pero nunca dudó de su necesidad y alcances.
En carta que le escribió a San Martín el 10 de noviembre del año pasado, se refirió al envío de aquella Expedición Auxiliar que Bolívar terminaría rechazando:
"La expedición del Perú salió de Valparaíso el 15 del último pasado. Va equipada de cuanto puede desear, al mando de excelentes oficiales, y su fuerza no baja de 2.500 hombres. Sólo siento que la división intestina que sufre aquel país pueda dar lugar a que se paralicen sus operaciones. Si no llega este caso, y si los peruanos se penetran de sus verdaderos intereses, yo creo que la campaña va a ser la más gloriosa y a desaparecer muy en breve la dominación española en aquel territorio. Quiéralo la fortuna para que nos contraigamos exclusivamente a nuestra particular felicidad".

Otra vez el triángulo

Con los realistas de nuevo en control de Lima y el Callao, los patriotas divididos y Bolívar sin lograr imponerse, la independencia del Perú está en peligro.
Eso significa que la "particular felicidad" de Chile y las Provincias Unidas se halla comprometida.
Los buques suecos, una nueva camada de oficiales británicos y San Martín dispuesto a reasumir la Revolución, deberían inmutar a los gobiernos porteño y santiaguino, empujándolos acaso a participar de un esfuerzo final por la libertad de América.
El Gobernador de Buenos Aires (ese antiguo Comandante máximo del Ejército peruano) y el Director Supremo de Chile (el mismo que despachó, hace sólo nueve meses, una Expedición Auxiliar al Perú, con la esperanza de "hacer desaparecer la dominación española de aquel territorio") no podrían hacer oídos sordos a las arengas de este antiguo jefe de ambos.
El triángulo Buenos Aires-Santiago-Lima podría volver a formarse.

Lunes 26 de julio

Reclutamiento

Paroissien ha ido a Lewisham a entrevistarse con un tal Leaven, en procura de referencias acerca de un capitán, apellidado Fell, y de los mejores oficiales que podrían conseguirse para la Expedición al Pacífico.
Vuelve a lo de Robertson, donde se encuentra con San Martín. Ambos deciden ir a pie hasta la

casa de los Heywood, en Highgate, y lo hacen hablando sobre la situación peruana, la expedición y lo que puede acaecer allá.
Nadie imagina que, si San Martín por fin se dirige al Perú, sea para librar una mera batalla naval.
A él no le gusta revelar sus planes, pero de seguro se introduciría sigilosamente en territorio peruano para iniciar una campaña como aquella que comenzó brillantemente cuando desembarcó, hace menos de cuatro años, en Paracas.

Martes 27 de julio

A dos años de Guayaquil

Dos años atrás, San Martín se reunió con Bolívar en Guayaquil.
Uno que otro "impostor" y algunos "despreciables pillos" han dicho que, en aquella ocasión, San Martín procuró infructuosamente que Bolívar lo aceptara como Rey del Perú.
La reunión de ambos jefes fue, en verdad, el fin de una prolongada disputa por el control de la antigua Real Audiencia de Quito, y un acuerdo sobre el modo de "terminar la guerra" de Sud-América.
Al igual que Maitland, desde el inicio de su campaña San Martín había querido completar la conquista del Perú con la de Quito, que comprendía la ciudad de igual nombre (al pie del volcán Pichincha, 9.000 piés sobre el nivel del mar) y el puerto de Guayaquil. No contaba con un inconveniente: Bolívar estaba resuelto a que ese territorio pasara a ser parte de la Gran Colombia.
En 1820, Guayaquil se declaró independiente. "Una ciudad con un río no pueden formar una nación", sentenció Bolívar; y en esto, San Martín coincidía. Guayaquil debería ser, en definitiva, colombiana o peruana. Con el fin de lograr esto último, el General envió a Guido y Luzuriaga como sus representantes —político y militar, respectivamente— ante la "Provincia Libre de Guayaquil".
Bolívar no había ganado aún la batalla de Carabobo, y San Martín no había entrado todavía a Lima; pero ambos disputaban ya el territorio de Quito.
Guido y Luzuriaga lograron que Guayaquil se pusiera bajo la protección de San Martín, nombrándolo Comandante Único de las Fuerzas de Mar y Tierra de la Provincia, con facultad para designar las autoridades militares que creyera conveniente.
Sin embargo, los guayaquileños se reservaron el derecho de anexarse al Estado que más les conviniera, "entre los que se han de formar en la América del Sur".
Guido y Luzuriaga volvieron a Lima con un éxito a medias. Más tarde, el General —que no cejaba en su empeño por absorber a Quito— los reemplazó por Francisco Salazar y José de Lamar.
En Guayaquil, mientras tanto, la sociedad se partió en tres facciones, distinguidas por sendas divisas: la azul significaba "Guayaquil independiente"; la roja, "unión con Perú"; la amarilla, "anexión a Colombia".
Confiado en que los rojos eran mayoría, San Martín escribió a Bolívar, proponiéndole algo que éste rechazó de plano: dejar que el futuro de Guayaquil fuese decidido por los propios guayaquileños mediante una "libre elección". "No hay un poder humano capaz de hacer perder a Colombia un palmo de su integridad territorial", dijo Bolívar a los suyos, cuando trascendió la idea de San Martín.
A todo esto, Quito aún no había sido libertada. Para expulsar de allí a los realistas, Sucre pidió la ayuda del General. Los granaderos de San Martín, encabezados por Lavalle, fueron decisivos en la victoria de Riobamba; y contribuyeron al triunfo de Pichincha, tras el cual Bolívar entró a Quito.
El Protector del Perú se sentía acreedor de la Gran Colombia, y decidió ir al encuentro de su Libertador. Lo hizo con dos propósitos:
1. Acordar entre ambos el destino de la antigua Real Audiencia, en defecto de la "libre elección" que San Martín proponía y Bolívar rechazaba.
2. Reclamar "auxilios para terminar la guerra del Perú", considerándolos una "justa retribución" de la generosa ayuda prestada a Sucre.

San Martín iría a Guayaquil, y de allí a Quito. En carta a Bolívar, se aventuró a decir: “América no olvidará el día en que nos abracemos”.
Cuando llegó a Guayaquil ya no flameaba allí la bandera azul y blanca de la Provincia, sino la tricolor de Miranda. La ciudad había sido puesta bajo la protección de Bolívar, y éste, que había bajado de Quito, esperaba a San Martín para darle la bienvenida “en el suelo de Colombia”.
Tal acto no daba margen para discutir el futuro de aquellas tierras. Bolívar lo había decidido mediante un hecho consumado.
En cuanto al refuerzo para terminar la guerra del Perú, las esperanzas de San Martín fueron “burladas” cuando el Libertador de Colombia le dijo que “sólo podía desprenderse de tres batallones, que representan en total 1.070 hombres”.
El General sintió en ese momento que debía hacer “el último sacrificio en beneficio de la Revolución”, consistente en donarle toda la gloria a Bolívar.
Antes de zarpar para Guayaquil, San Martín había convocado a un Congreso, que debía reunirse en agosto. Cuando supo que para asegurar la libertad del Perú no tendría más refuerzo que esos 1.070 hombres, notificó al Libertador de Colombia que el día de la instalación del Congreso sería “el último” de su “permanencia en el Perú”.
A continuación, le dijo: “Ahora le queda a usted, General, un nuevo campo de gloria en el que poner el último sello a la libertad de América”.
En definitiva, lo que se discutió en Guayaquil fue cuál de los dos jefes comandaría las fuerzas unificadas en la etapa final de la Guerra de la Independencia.
No podían ser ambos.
Como dice el General, los dos “no cabían” en América.
Bolívar era, para entonces, más fuerte. San Martín no tenía el apoyo de Buenos Aires; O’Higgins —a quien lo acosaba la crisis financiera, agravada por el terremoto— estaba perdiendo el control de Chile, y medio Perú se hallaba ocupado por los realistas.
San Martín le dejó el “campo de gloria” a Bolívar porque, entendió, no cabía otro proceder.
No obstante, dudaba de la voluntad y la fuerza que el venezolano tendría para concluir la guerra.
Las dudas persisten y, por eso, hoy se está discutiendo la Expedición al Pacífico.

Se suma Álvarez Condarco

Paroissien desayuna en Blackheath con un amigo suyo, Andrews, vinculado a la Marina Real.
Hablaron largamente sobre los buques necesarios.
Entraron en tantos detalles que Paroissien salió tarde para encontrarse con San Martín, como había quedado, en el pub English & Foreign.
Cuando llegó, el General había tomado un coche a Woolwich, para entrevistar a uno de sus posibles colaboradores.

El General Pepe

En el pub, Paroissien conoció al famoso General Guillermo Pepe, quien había estado a las órdenes, primero, de José Bonaparte (Rey de Nápoles hasta 1808, cuando dejó el reino para ceñirse la corona de España) y luego de Joaquín Murat.
Pepe peleó (del lado de Napoleón) en la Guerra de la Península, y luego regresó a Nápoles. Organizó los carbonarios como una milicia del reino y fue Jefe del Ejército de Fernando I de las dos Sicilias, el hijo de Carlos III de España, que en 1816 unió los reinos de Nápoles y Sicilia.
Cuando Riego inició el trienio liberal en España, Pepe encabezó en Nápoles una revuelta dirigida a instaurar una Constitución semejante a la española.
Esto inquietó sobremanera a la Santa Alianza. Temiendo la propagación de las ideas constitucionales, hizo que los austríacos derrotaran a Pepe en Nápoles; y que los franceses invadieran España para restablecer el autoritarismo.
Paroissien estaba conversando con el General Pepe cuando llegó Álvarez Condarco, quien también había sido citado por San Martín.
Álvarez tiene, de cuando vino a comprar buques para la expedición libertadora, conocimientos, experiencias y relaciones.
Los dos hombres decidieron darle alcance a San Martín, con el quitrín de Álvarez; pero el

caballo estaba muy débil y no pudieron llegar a tiempo.

Miércoles 28 de julio

Sin Expedición al Pacífico

Hace hoy tres años, San Martín proclamaba la independencia del Perú.

No es para festejar el aniversario.

Las noticias sobre los avances realistas hacen temer que aquella autonomía haya sido ilusoria, y que aún se necesiten muchos años de guerra para conseguir la independencia definitiva.

Ayer el Times dijo:

"Sería desleal ocultar a nuestros lectores que la recuperación del Callao por los españoles, conformada después de la reocupación de Lima, es un serio peligro a la causa nacional del Perú. Los peruanos habían sido lánguidos e indolentes patriotas; y sus luchas fueron alentadas más por los impulsos de sus aliados chilenos y colombianos que por sí mismos. Este último golpe de la traición negra, agravado por la alegada deserción de Olañeta y Tagle, cada uno de los cuales tiene su banda de seguidores, debe haber producido una siniestra influencia sobre el apático espíritu del país".

Sin embargo, hasta hoy a la tarde, San Martín y los suyos no habían desmayado.

Un cambio súbito

A las 2 se reunieron en casa de Kinder. Junto a San Martín estaba todo su "alto mando": García del Río, Paroissien, Robertson, Hurtado y el dueño de casa.

Las deliberaciones continuaron animadamente, pero eso fue sólo hasta que llegó el correo de Buenos Aires.

Con él venían algunas noticias sorprendentes:

• Bolívar habría obtenido, el 6 de mayo, una eminente victoria sobre Canterac, produciendo la "aniquilación del ejército realista".

• Cuatro días más tarde, los patriotas habrían recapturado Lima.

Una vez leídas las novedades, Kinder advirtió que, en tales condiciones, él no podía proveer los fondos para la Expedición al Pacífico. Sus argumentos fueron éstos:

• Luego del triunfo de Bolívar y la recuperación de Lima, no se justifica la expedición.

• La compra inconsulta de las fragatas podría reputarse, en estas circunstancias, como malversación.

• Si Bolívar repudiara dicha compra, el propio Kinder debería hacerse cargo del resarcimiento.

• Para que él adelantara los fondos, Hurtado, en nombre del Gobierno de la Gran Colombia, tendría que depositar una garantía.

Los demás quedaron sumergidos en el desconcierto. A San Martín lo alegraron las noticias sobre el triunfo de Bolívar y la recuperación de Lima, pero se preguntó, como todos, si era verosímil que la guerra hubiera dado un giro tan brusco.

García del Río y Paroissien temían que la inteligencia proveniente de Buenos Aires (tal vez errónea, tal vez exageradamente optimista) pusiera freno a una operación que en ningún caso sería ociosa.

Si Bolívar ha progresado, tal vez no fuera necesario ni conveniente que San Martín encabezara la expedición; pero las fragatas, en sí, no resultarían en caso alguno innecesarias.

Cuarto intermedio

Como era difícil lograr un acuerdo instantáneo, se resolvió levantar la reunión y que todos volvieran a reunirse a las 3 y media de la tarde, otra vez en casa de Kinder.

Hurtado concurrió con la respuesta más temida: no podía depositar el dinero sin contar con instrucciones de su Gobierno; y no había propósito en demandar tales instrucciones, ya que pasarían meses entre el despacho del requerimiento y el arribo de la respuesta.

No se podía hacer más nada.

Hubo, en todos, resignación; pero Paroissien no se privó de decir cuán "cruel" era "tener todos los recursos a disposición, y no poder" hacer algo tan importante.

Cena con Arcos

Apesadumbrados, García del Río y Paroissien fueron a cenar a la casa de Irisarri.

También concurrió Antonio Arcos, un carácter notable, que está en Londres.
Andaluz, este ingeniero militar desertó del ejército español, durante la Guerra de la Península, y se pasó a las fuerzas de Napoleón. Derrotado éste, abandonó España y, luego de un período en Inglaterra, arribó a Buenos Aires hacia fines de 1814.
Invitado por San Martín, se incorporó al Ejército de los Andes como Sargento Mayor, ayudante del General, y conquistó el aprecio de éste.
Junto con Álvarez Condarco tuvo la tarea de relevar la Cordillera antes del cruce.
En Chile participó en el desastre de Cancha Rayada; huyó, fue apresado y encarcelado por desertor, pero recibió un indulto de San Martín.
Había luchado con valor en Chacabuco. Luego, fue el primer director de la Escuela Militar; y diseñó la actual bandera de Chile.
Cuando cayó O'Higgins debió exiliarse.
Está relacionado, en Francia, con el banquero Jacobo Lafitte, el hermano de aquel armador de El Havre, propietario de Le Bayonnaise.
Se había pensado que Arcos podía cooperar, a través de sus relaciones, en conseguir más recursos para la Expedición al Perú; pero ahora ya todo es inútil.
Esta noche, todos los comensales pusieron en duda las noticias llegadas de Buenos Aires, pero coincidieron en que la expedición había terminado antes de empezar.

Jueves 29 de julio

No creen ni palabra

San Martín debía ir a las 3 de la tarde a la casa de García del Río, para reunirse con éste y Paroissien; pero se sentía mal. Se ha quedado en Park Place a descansar.
Álvarez Condarco dice que "los sucesos desgraciados del Perú le afectaron extraordinariamente" y, ahora, le contraría que se haya malogrado la Expedición al Pacífico.
Al General, como a su círculo, se le hace que las noticias llegadas de Buenos Aires resultan demasiado buenas para ser ciertas.
No hay, por lo demás, ningún detalle sobre la supuesta batalla ganada por Bolívar.
El Times de hoy también se permite dudar de las buenas nuevas, aunque es manifiesto que espeja las opiniones de algunos americanos en Londres:
"Todo esto puede ser verdad; nosotros no tenemos modo de desmentirlo; y si se confirma, sería una novedad gloriosa para los hombres honestos de todas las naciones. Pero es nuestro deber destacar que nuestros allegados mejor informados no creen una palabra de esto".

Sábado 30 de julio

La fe del converso

Han llegado ejemplares de El Argos, que reproduce una proclama del General Pedro Antonio Olañeta, fechada en Potosí el 21 de febrero.
En ella el vizcaíno afirma que "la Providencia, que provee a la seguridad de la religión y del Rey, ha salvado a la Península, y quiere que la América sea Católica, y una parte integral de la nación Española".
Luego, informa que el Cielo lo ha elegido (a él) para llevar a cabo esta gran empresa.
Cada acto de afirmación realista que hace Olañeta es visto aquí, sin motivo alguno, como una deserción.
Esto es así porque —considerando el enfrentamiento de Olañeta con La Serna— en un momento Bolívar imaginó que se podía partir el frente realista, incitando a Olañeta a proclamar la independencia del Alto Perú con apoyo patriota.
El jefe español es un absolutista contumaz y aquel remedio, del cual Bolívar desistió pronto, habría sido peor que la enfermedad.

Domingo 31 de julio

Se va Alvear, viene Rivadavia

Alvear dejó Londres ayer, rumbo a Liverpool, donde se embarcará hacia los Estados Unidos.
No alcanzó a leer un artículo, publicado hoy en el Times, que le habría hecho reconsiderar si los ingleses, que "nada saben" sobre las Provincias Unidas, pueden ser engañados fácilmente.

Se trata de la versión íntegra, traducida al inglés, del mensaje que el Ejecutivo bonaerense —con la firma de Rivadavia y García— remitió el 3 de mayo a la Legislatura, abriendo las sesiones de este año.
El Gobierno de Buenos Aires celebra en ese mensaje que los Estados Unidos hayan designado un Ministro Plenipotenciario ante las Provincias Unidas, César A. Rodney, y dice que Alvear —nombrado, en reciprocidad, como representante porteño ante el Gobierno norteamericano— ha partido con instrucciones de acordar ciertos principios básicos, los cuales deberían regir las relaciones en el continente:
1. Una medida ya anunciada por los Estados Unidos: Abolición de las patentes de corso.
2. La doctrina que ya ha sentado el Presidente Monroe: No colonización europea del territorio americano.
3. Una norma que Rivadavia querría incorporar al naciente derecho hemisférico: "Ningún Gobierno de este continente alterará por la fuerza las respectivas fronteras, tal como fueron reconocidas al tiempo de la emancipación".
Alvear lleva instrucciones, también, para reconocer a la República de México.

Rivadavia a Londres y París

El nuevo gobierno de Buenos Aires ha designado a Rivadavia Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de Gran Bretaña… y Francia.
Rara decisión la del hombre que efectuó el nombramiento —Manuel García—, quien ha sido confirmado como Ministro de Hacienda.
Se espera que Don Bernardino llegue en unas pocas semanas.
Alvear partió rumbo a los Estados Unidos, persuadido de que un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre Gran Bretaña y el Gobierno de Buenos Aires es sólo cuestión de tiempo.
Para eso, las autoridades porteñas deberían acreditar que ellas no sólo representan a Buenos Aires, sino a todas las Provincias Unidas. Canning, por lo visto, no se contentó con la afirmación del propio Alvear, quien le aseveró que el gobierno porteño tiene "una robustez ya establecida".
San Martín piensa que un tratado de esas características, aunque limitado a Buenos Aires, resultaría favorable pero insuficiente.
El reconocimiento no sería explícito y, por no extenderse a otros países del subcontinente, dejaría abiertas las puertas a una intervención franco-española.
En cambio, si Gran Bretaña reconociera la soberanía política de los Estados de Sud-América, la historia colonial española acabaría por siempre.

Olvidarse de los Estados Pontificios

Los esfuerzos por lograr tal reconocimiento han sido inútiles; y no queda opción.
Antes de venir a Inglaterra, el General había vislumbrado una, pero hoy ya no se dispone de ella.
Él contempló su eventual viaje a Roma, con la idea de trocar reconocimientos: religioso, de Sud-América a favor de la Santa Sede; político, de la Santa Sede a favor de Sud-América.
La misión Muzi había alentado en San Martín tal esperanza, pero aquella misión fue malograda, primero por Rivadavia en Buenos Aires; luego por Freire en Santiago.
El nuevo Director Supremo de Chile —quien no comprendió la estrategia de O'Higgins y San Martín— maltrató al Vicario Apostólico.
Freire tuvo ante sí a una altísima dignidad de los Estados Pontificios, designada para negociar oficialmente con él. La sola designación era un reconocimiento tácito, y debía ser aprovechado hábilmente.
En cambio, el chileno acusó a Muzi de ser un "espía" del Papa; y no halló mejor oportunidad que la estancia del Vicario Apostólico para ordenar la expropiación y venta de todas las propiedades pertenecientes a órdenes religiosas.
Muzi cometió, también, errores graves.
Ofendido por el Gobierno local, dio apoyo sin restricciones a Rodríguez Zorrilla, quien había reanudado sus críticas públicas a los patriotas y, el 15 de marzo, fue ocasión de un agravio mayúsculo.
Ese día se celebró en la Catedral de Santiago una misa en memoria de Pío VII; y el Obispo

eligió, para pronunciar una oración, al exaltado contrarrevolucionario Manuel Mata. Este presbítero osó alabar a los miembros de la Santa Alianza en términos que no habría aprobado el mismo Sumo Pontífice. Dijo, en presencia del Gobierno chileno, que Rusia, Austria y Prusia eran los "brazos del Omnipotente para abrogar la Revolución".

Muzi fue casi echado de Chile; las relaciones de ese país con los Estados Pontificios están hechas jirones, y ya no es posible una asociación de mutua conveniencia entre Sud-América y el Sumo Pontificado; asociación que habría debilitado cualquier intento de restaurar el imperio Hispano-Americano.

No reiterar lo que probó ser inútil

Los nuevos Estados no tienen, así, más que una única garantía de independencia: el reconocimiento de Inglaterra.

De momento, todos quienes pretendieron hacer que el Gobierno británico reconociera la existencia de Sud-América, han fracasado:

• Fracasaron fabricantes y comerciantes. Ellos imaginaron que, siendo tan provechoso el comercio con aquella parte del mundo, Inglaterra debería reconocer a los nuevos Estados. El Gobierno de Su Majestad replica que, sin reconocimiento alguno, el comercio con Sud-América ha crecido sin cesar; y nunca ha estado desprotegido: algo que pueden atestiguar Heywood, Staples y, ahora, Parish.

• Fracasaron, también, los comisionados americanos. A través de papeles públicos ingleses, los representantes de Sud-América en Londres, incluidos García del Río y Paroissien, agitaron el fantasma de la Santa Alianza. No les faltaba razón para alertar que los Cien Mil Hijos de San Luis podrían desplegarse, también, sobre América; pero hay algo que deberían haber medido mejor: en una potencia como el Reino Unido, Rey y Gabinete disponen (o creen disponer) de la mejor inteligencia. Ellos no leen los periódicos para saber cómo actuar en política exterior.

• Fracasaron, asimismo, los políticos ingleses preocupados por Sud-América. El Parlamento no se dejó llevar por la locuacidad ni por la persistencia de quienes han abogado por el reconocimiento. A menudo se los presume movidos por intereses meramente personales, y esto pareció verificarse al trascender la escandalosa venta de buques y material de guerra a Colombia, acordada por Mackintosh con López Méndez.

• Fracasaron, por último, los intentos de ligar la política inglesa con la de Monroe. Contra lo que imaginaba el propio San Martín, la posición fijada por el Presidente de los Estados Unidos ("no colonización europea de América") fue insuficiente para provocar, del lado británico, una actitud solidaria. Aquí se interpretó que, tras esa definición de Monroe, la Santa Alianza no se atrevería a apoyar una recaptura de las colonias españolas; y que, por lo mismo, Gran Bretaña quedaba exenta de tomar una decisión ingrata respecto de su aliada España.

Si los esfuerzos por lograr el reconocimiento británico han fracasado, acaso sea porque no se emplearon medios idóneos.

Todas las intentonas partieron del mismo supuesto: la decisión es de Canning.

Algunas han procurado ejercer presión sobre el Secretario, imaginando que era necesario vencer sus resistencias.

Otras han tratado de ayudarlo, dando crédito al aspaviento que hace el mismo Canning de su afán por reconocer a los nuevos Estados.

San Martín ha concluido que la situación es más compleja.

Hay una madeja de poder que no será fácil desovillar.

Es cierto que Canning no muestra, por el reconocimiento de los nuevos Estados, el entusiasmo que animaba al extinto Castlereagh.

Pero también es cierto que la principal oposición al reconocimiento se halla por sobre su cabeza.

San Martín sabe con quién hablar.

Con el amigo del Rey

Banff,
1° al 31 de agosto

Con el amigo del Rey

Tabaquera de plata y cigarros para compartir con Fife.

Domingo 1° de agosto

El Cottage Coterie

El cottage de Jorge IV es una casa de campo, emplazada en medio del Gran Parque de Windsor: una foresta de 5.000 acres que está allí para que el Rey cace corzos u organice comidas sobre la hierba, a la vera del lago que llaman Virginia Water.

La casa fue diseñada por Nash. Las paredes son de estuco y el techo fue de paja hasta meses atrás, cuando el Rey dispuso que la vieja techumbre fuera reemplazada por tejas.

Desde la entrada se accede a la gran sala, y de ésta se pasa al jardín de invierno o al comedor.

En las habitaciones interiores viven la amante del Rey, la Marquesa Conyngham, y su condescendiente marido, el Marqués.

Ministros de la Santa Alianza

El monarca suele recibir en el cottage a su círculo áulico, conocido como el Cottage Coterie.

Lo forman, en realidad, los enviados de la Santa Alianza.

Allí están, rodeando al Rey:

• El Conde Lieven, Ministro de Rusia, que acompañó al Zar Alejandro I a la Batalla de Austerlitz.

• Su esposa, la talentosa y diligente Condesa von Lieven.

• El Príncipe Esterházy, Ministro de Austria, siempre escoltado por su Primer Secretrario, Philipp von Neumann. El Rey y Esterházy estuvieron distanciados un tiempo, pero se han reconciliado.

• El Conde Münster, representante del reino de Hanover y, por lo tanto, súbdito de Jorge IV. En 1714, muerta la Reina Ana sin descendencia, la Corona británica terminó en la cresta de un príncipe alemán, primo segundo de Ana y tatarabuelo del actual Rey: Jorge I, de la Casa de Hanover, con algo de sangre estuarda. El padre de Jorge IV fue el primer rey hanoveriano que nació en Gran Bretaña y cuyo idioma original era el inglés. Münster, además de súbdito, es un antiguo amigo del Rey: ambos fueron compañeros en la Universidad de Göttingen.

A veces, concurre el Príncipe de Polignac. Conviene oír la voz de Francia, aunque sea en la voz de este hombre, por quien el Rey no tiene simpatías. En general, Jorge —fiel a sus orígenes germánicos— tiene pocas simpatías por los franceses. Además, desconfía del Conde de Villèle.

En ocasiones, participa Lord Lauderdale, hermano del extinto Tomás Maitland, aquel que en 1800 —anticipándose, en el papel, a San Martín— imaginó cómo conquistar media Sud-América, desde el Río de la Plata hasta Lima, cruzando los Andes.

También suele asistir el Príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, ex-yerno del entonces Príncipe Regente, y el primer hombre en quien pensó San Martín cuando decidió que el Perú debía tener un monarca europeo.

No obstante, el meollo del Cottage Coterie lo forman aquellos que representan a la Santa Alianza.

La ambición del Duque

También lo integra Wellington, “el único miembro del Gabinete en quien Jorge IV tiene confianza”.

El hombre que expulsó al Gran Corso de España, y lo derrotó para siempre en Waterloo, se cree con derecho a una parte de la herencia napoleónica. Su ambición es que Inglaterra forme parte de una Europa unida, y que ésta le encomiende a él un alto oficio.

Eso lo acerca a la Santa Alianza.

No obstante, tiene con ella un pecado que lavar.

En el Congreso de Verona —cumpliendo instrucciones de Canning—se opuso a la invasión de España, que tenía por fin la restauración del absolutismo.

Su odio hacia Canning es, en cierto sentido, parte de su propio arrepentimiento por haberle obedecido.

Ahora debe esforzarse, a menudo con exageración, para cautivar a los otros miembros del Cottage Coterie.

Todos contra Canning

El Rey comparte, por razones propias, la animadversión de los embajadores, y de Wellington, hacia el Secretario de Asuntos Exteriores. Él nunca perdonará que Canning haya defendido los derechos de Carolina, la repudiada esposa del Rey (y ocasional amante del propio Canning) a ser considerada Reina consorte.

Como dijera el Times tiempo atrás, “Canning no es un nombre gracioso para mencionar en presencia real”.

El nombre no será gracioso, pero Canning tiene predominio sobre el Gabinete, gran fuerza en el Parlamento y la estima del público.

El Primer Ministro no le pedirá nunca la renuncia, pese a que hay cierta rivalidad entre ellos. Liverpool se sabe el más débil de los dos.

El Rey y sus allegados, que no pueden echar a Canning, se ilusionan con la idea del Duque de York, hermano del monarca. Éste ha sugerido que se fuerce la renuncia de Liverpool y se procure que el nuevo Primer Ministro sea Wellington. Piensa Jorge IV que sólo este hombre —admirado por sus proezas militares—tendría autoridad suficiente para formar un gobierno que dejara fuera al actual Secretario de Asuntos Exteriores.
El soberano trabaja para ello, con muy poco disimulo: suele criticar a Liverpool y alabar Wellington, ambas cosas en público. En julio, cuando se dijo que el Primer Ministro había sufrido una crisis nerviosa, Londres se inundó de versiones sobre un inminente gobierno del Duque.
No obstante, la fortuita salida de Liverpool podría no ser una mala noticia para Canning, quien disputaría la sucesión con Wellington.
Ya ha empezado a tramar con miembros de su propio partido, el Tory; y también con figuras del partido opositor, el Whig, a las cuales ha prometido cargos en su eventual gobierno.
Las promesas fueron hechas con cautela, pero a tres whigs de nota:
• Lord Grey, que integra la larga lista de políticos odiados por el Rey. Heredaría el Foreign Office.
• Lord Lansdowne, que a principios de siglo integró el gobierno de Lord Grenvielle, el Primer Ministro whig. El 15 de marzo último, Lansdowne instó al Parlamento a reconocer los Estados de Sud-América.
• Mackintosh, el amigo de la Legación peruana y, en general, de todos quienes representan a los nuevos Estados en Londres. Es el parlamentario que lidia con más tenacidad por el reconocimiento de Sud-América.
Como un seguro contra el fracaso, Canning ha pensado que, si el Primer Ministro no fuera él, debería ser alguien que impidiera el ascenso de Wellington. Ha tenido conversaciones preliminares con Wellesley, hermano de Wellington, que no está en buenos términos con éste.
El Marqués fue, en 1810, quien recibió aquí a Bolívar, Bello y López Méndez. Entonces ocupaba el mismo cargo que hoy desempeña Canning.

Sud-América

En las querellas entre el Cottage Coterie y Canning siempre aparece Sud-América.
No es fácil conciliar criterios:
• El Secretario cree que, reconociendo a los nuevos Estados, Gran Bretaña extenderá su poder marítimo y comercial, afianzando el Imperio y previniendo que otros aprovechen la indefinición o demora de Londres.
• Wellington, en cambio, sostiene que Inglaterra no puede reconocer la independencia de Sud-América sin desintegrar la entente con Europa continental: algo que comprometería gravemente su posición en el Viejo Mundo. El Cottage Coterie repudiaría, al unísono, semejante decisión.
• Sabiendo el rechazo que puede provocar la afinidad con la absolutista Santa Alianza, el Duque añade otra razón para justificar su oposición al reconocimiento: Londres no puede respaldar a los americanos en su lucha por independizarse de España y, al mismo tiempo, reprimir a los irlandeses que quieren separarse de Inglaterra.
• Jorge IV, como buen monarca, no podría tener simpatías por súbditos que renegaron de su Rey para convertirse, ellos mismos, en Libertadores, Protectores o Directores Supremos. Sin embargo, él sabe bien poco de Sud-América. La Condesa von Lieven ha descubierto que, para Jorge IV, "Chile, Perú, México y Colombia son sectores de un puerto marítimo; de un único puerto".
La división de opiniones no sólo se da en el gobierno; también en la oposición, y aun entre aquellos a quienes Canning convocaría a su hipotético Gabinete.
Mientras Lord Lansdowne y Mackintosh han dado pruebas de su apoyo al reconocimiento, Lord Grey cree que semejante medida colocaría a Gran Bretaña en una posición incómoda con respecto al concierto de Europa.

El poder de la Condesa

La esposa del Embajador ruso está alelada por las vacilaciones de los británicos.

Esta mujer, la Condesa von Lieven —o Dorotea, como todos la llaman en la Corte— es la persona con mayor influencia del Cottage Coterie.
Confidente del Rey, ella es, según Wellington, "la primera mujer política".
Representa a Rusia, al igual que su marido; y a Austria más que Esterházy.
Amante de Metternich durante los meses que duró el Congreso de Viena, desde entonces mantiene con él —más que un epistolario amoroso— un correo diplomático.
Los cortesanos afirman que Metternich no fue el único hombre que cedió a sus encantos. Aseguran, también, que al Conde Lieven no le perturban las aventuras de Dorotea: sabe que ella es infiel solamente cuando su infidelidad sirve al interés de Rusia. Ésa, dicen, es la razón de sus relaciones con Metternich: él domina al Zar Alejandro I.
Dorotea tiene una agitada vida social. Ha sido una de las Lady Patronesses del distinguido club Almack's, conducido por damas de la alta sociedad británica, donde los hombres admitidos sólo pueden concurrir a bailar los miércoles por la noche. Se dice que fue allí donde Dorotea introdujo el waltz, hasta entonces desconocido en este país.
Los bailes le son útiles, pero su principal instrumento es la conversación.
En julio, luego de que el Cottage Coterie permaneciera toda una semana en Windsor, ella comentó: "Pasé todos los días, desde las 9 de la mañana hasta la medianoche, rodeada de gente. No encontraba ni cinco minutos para leer los periódicos, que para mí son un lujo y una necesidad de todos los días".
No leer los periódicos, sin embargo, le ahorró la lectura de algunas noticias que no la habrían hecho feliz.
Esta "primera mujer política" no logra entender que el Rey y sus aliados aparezcan tan impotentes frente al Secretario de Asuntos Extranjeros; ni que el Reino Unido arrastre por tanto tiempo, sin esbozo siquiera de solución, el problema de Sud-América.
Semanas atrás, durante una cena íntima de la cual participaron sólo el Duque de York, Wellington, Canning y ella, dejó caer que el Reino Unido le recordaba a una caricatura, publicada en San Petersburgo cuando regía el desconcertante Emperador Pablo I. Éste aparecía, en aquella sátira, sosteniendo una orden en una mano, la contraorden en la otra, y la palabra desorden en su frente.
La Condesa cree que Europa debería tomar una posición común frente a los nuevos Estados de Sud-América, y siente que eso es imposible, o se dilata, sólo porque Inglaterra no puede resolver sus problemas domésticos.
Ésta es la situación que ella pinta:
• El Rey no está bien. Sufre de periódicos ataques de gota, que le taladran ambas rodillas, el pie derecho, la muñeca izquierda y el codo. Para librarse de semejante tortura, emplea "los remedios más violentos" y, a menudo, contraproducentes. Cuando se siente atacado por el mal, luce cadavérico y se hunde en la melancolía. No habla de otra cosa que de su muerte. A veces le pide a Dorotea que toque el piano y, por alguna razón, no puede contener las lágrimas. Ella nunca lo había visto en un estado tan miserable.
• Wellington está "viejo, abatido y quejoso". Hace un año que no se habla con Liverpool. Ambos habían quedado en aunar criterios, ante cualquier iniciativa que Canning sometiera al Gabinete. El año pasado, mientras el Duque se hallaba en su mansión de Cheltenham, Liverpool le envió un proyecto de Canning, solicitándole su opinión. Wellington le respondió por carta, aconsejándole que hundiera el proyecto; pero Liverpool no tuvo mejor idea que mostrarle la carta al mismo Canning. Eso provocó un altercado y, desde entonces, Wellington y Liverpool no se dirigen la palabra, salvo en las reuniones de Gabinete.
• Canning es, para Dorotea, un sujeto detestable. Hace poco, cuando él tuvo un ataque de "fiebre biliar", ella lamentó que no hubiera sido "suficiente para matarlo". Luego, ambos se encontraron en una reunión que ofreció la Marquesa de Hertford, ex-favorita del Rey. Cuando Dorotea vio que Wellington entraba al salón, le dijo a Canning: "Allí llega su sucesor".
El Ministro, no obstante, "la colma de atenciones".
El Rey le ha advertido a la Condesa que eso demuestra hipocresía; pero el talento político de ella

la hace ver cosas que no ve (o se niega a ver) el resto del Cottage Coterie.
Ubicado "en el pináculo de su fama", dice Dorotea, el Secretario es hoy "dueño" del gobierno.
Siente que, si se lo propusiera, ella podría encantarlo, porque "hay una suerte de atracción hacia la gente que uno odia".
Sería inútil. Canning caería fácilmente en los brazos de Dorotea, pero ella no podría convertirlo al absolutismo.
Sólo por eso la Condesa insiste en buscar el modo de acatar la orden de Metternich: "hacerlo saltar a Canning" fuera del gobierno.
Ella duda, sin embargo, que esta Corte tenga la voluntad y el ingenio necesarios.
Ni siquiera su propia influencia parece alcanzar.
Wellington ha criticado a Dorotea por "poner siempre la política por encima de los sentimientos".
Ella piensa que el problema de la Corte es el opuesto.

Extraña paridad

San Martín, eminente ajedrecista, advierte que se está frente a un "jaque continuo": un bando no deja de amenazar al rey opuesto con jaques, sin llegar nunca al jaque mate. La "repetición de jugadas" llevará, por fin, a declarar "tablas".
Los enemigos de Canning no pueden ganar la partida.
Canning, tampoco. Parece en mejor posición, porque es él quien avanza y amenaza con jaques; pero eso no ha de alcanzarle.
Hay que iniciar otra partida.

Una nueva estrategia

Con respecto a Sud-América, lo conveniente es que triunfe el criterio de Canning, pero sin que el Rey sea lastimado.
Eso reclama una aproximación de posiciones, que sólo se alcanzará si alguien (que no sea el propio Canning) expone a Jorge IV las ventajas que tendría, para su reino, atraer el afecto y el comercio, no sólo de Sud-América sino de toda Hispanoamérica, un subcontinente cinco veces mayor que la India.
El Rey debe ser inducido a reflexionar que, catorce años después de la independencia, España podría dilatar la guerra y prolongar los sufrimientos de realistas y patriotas, pero no podría volver el reloj atrás.
Fue una reflexión similar la que movió a su padre a firmar la Paz de Versalles y reconocer la independencia de Estados Unidos, apenas siete años después de declarada.
Jorge III había luchado con ardor contra los colonos americanos (que lo acusaron de "devastar" las costas, "quemar" ciudades y "destruir" sus vidas), pero se negó a prorrogar la guerra cuando advirtió que el desenlace militar era imposible.
Jorge IV lo recuerda bien: tenía diecisiete cuando su padre admitió que las antiguas colonias de América formaban una nueva nación.
Hay algo más.
Aun cuando sabe que toda alianza es reversible, el Rey tiene recuerdos que deben incomodarle: además de enfrentar a los colonos rebeldes, su padre debió luchar, en América, contra los ejércitos de Francia y España, aliadas de la Revolución.
Washington recibió, de Luis XVI, 5 fragatas y 5.500 hombres. La decisiva batalla de Yorktown fue, en 1781, victoria conjunta del propio Washington, el Marqués de Lafayette y el Conde de Romambeau. Ese año, el Congreso de los Estados Unidos mostró su gratitud a Francia, constituyéndose por entero a bordo de L'Hermione.
España también ayudó, de distintos modos, a los insurrectos; y Gálvez les arrebató a los ingleses la Florida.
Gran Bretaña, como tal, no ha participado en las guerras de la Independencia hispanoamericanas.
Fernando VII no tendría derecho a considerarla enemiga porque, catorce años después de los primeros gritos de libertad, Inglaterra advirtiera que la independencia de Hispanoamérica puede prolongarse pero no revertirse.

Quizás sea menos difícil persuadir a Jorge IV, pese a su carácter obstinado, que a Wellington.
El Duque, sin embargo, no puede creer que Metternich esté trabajando por la grandeza del Reino Unido y la gloria del propio Wellington.
Alguien insospechable debe desengañar, tanto al Rey como al Duque, ofuscados por reyertas internas y víctimas del enrarecido ambiente del Cottage Coterie.

Lunes 2 de agosto

La carta de San Martín

La leyenda pretende que un montañés dedicó largos años a trazar el árbol genealógico del clan. Cuando llegó a la rama más alta, inscribió en ella el nombre del primer Duff, y anotó a un costado: "Más o menos en la misma fecha nació Adán".
Un rumor, más prudente, afirma que los Duff tienen apenas 19 siglos. Sus antepasados celtas se habrían establecidos en Fife, y otros sitios de la alta Escocia, poco antes de que los romanos llegaran a Britania.
En la Edad Media, Fife tuvo, más que condes, virreyes.
Mormaers, como se los llamaba.
Cada nuevo Rey de Escocia recibía la corona de manos del Mormaer de Fife, porque no había, en la nobleza de ese reino, nadie de rango más alto.
Era una dignidad hereditaria y, para acentuar esto, cada nuevo Mormaer de Fife debía tomar el nombre MacDuff: hijo de Duff.
El condado de Fife fue, hasta 1425, casi soberano. En él, la familia nombraba funcionarios provistos de "autoridad real", e investía "jueces" con jurisdicción sobre cualquier asunto.
La nombradía de los MacDuff fue más allá de Escocia y cruzó, también, la frontera que separa la realidad de la ficción.
Shakespeare hizo que el asesino de Macbeth fuera un Barón de Fife, de nombre MacDuff.
El linaje pareció terminar en 1425, cuando el Conde de Fife de la época fue ejecutado por orden de James I de Escocia, y nadie lo sucedió.
Sin embargo, en 1696, el abuelo de Jorge IV reivindicó la estirpe a pedido del abuelo de James, descendiente de los antiguos Duff.
Como Escocia todavía era un reino independiente, el Rey de Inglaterra no podía crear títulos escoceses. Optó entonces por convertir a William Duff en Vizconde Macduff y primer Conde Fife (no Conde de Fife) en la lista de nobles de Irlanda.
En un momento, ambos títulos se dividieron.
En 1809, a la muerte de un tío, James pasó a ser Vizconde Macduff; pero no Conde Fife, título que retuvo su padre.
San Martín lo conoció en la Península cuando ya era Vizconde, y lo llamaba Macduff.
No obstante, cuando el General abandonó España, ya había que llamarlo Lord Fife. O, simplemente, Fife.
El padre de James había muerto cinco meses atrás y él —convertido en el cuarto Conde de Fife— se aprestaba a volver a Escocia para hacerse cargo de sus propiedades y menesteres nobiliarios.

Su "hermano", Jorge IV

La masonería moderna está consagrada a la libertad, la igualdad y la fraternidad; pero tiene algunos propósitos más definidos, como luchar contra las monarquías absolutas.
Fundada en Londres hace 107 años, ha cumplido un papel en la independencia de Sud-América.
Su principal instrumento es el secreto, que todo masón sabe llevar al extremo.
Eso ha permitido que la masonería inglesa y escocesa prestaran asistencia a los patriotas americanos, al tiempo que Gran Bretaña —aliada de España— rechazaba públicamente la insurrección en el Nuevo Mundo.
Jorge IV es un encumbrado miembro de la masonería "constitucional", como llaman aquí al conjunto de logias "oficiales", agrupadas en la Gran Logia. Las asociaciones masónicas no autorizadas por ella (como la Logia de los Caballeros Racionales o la Lautaro) no son "constitucionales".

El actual Rey fue iniciado en 1787 por su tío Henry Frederick, Duque de Cumberland, en la logia 259EC, de Londres.
Cinco años más tarde, era el Gran Maestre de la Primera Gran Logia de Inglaterra, responsabilidad que conservó hasta poco después de ser designado Príncipe Regente.
Desde 1806 era, simultáneamente, Gran Maestre de la Logia de Escocia; pero en este cargo, que retuvo hasta su ascenso al trono, recibió la asistencia de un Gran Maestre Encargado: Fife.
Éste había sido admitido a la masonería en la Logia St. Andrew N° 52, en Banff, el 28 de enero de 1802.
A su regreso de la Península fue nombrado Maestre de Culto de la misma logia, el 30 de noviembre de 1813.
Fue exactamente un año más tarde, el 30 de noviembre de 1814, que lo eligieron como sustituto del Príncipe de Gales en la Gran Logia escocesa.
Cumplió esa tarea hasta 1816.

Amistad a toda prueba

El Rey y Fife están unidos por una resistente amistad.
Lord Lieutenant de Banffshire desde 1813, Fife es el representante personal de Jorge IV en ese condado, donde está el castillo de la familia, Duff House.
Desde 1818, Fife es, también, Miembro del Parlamento por Banffshire; y aunque es un canningite (miembro de la fracción tory que lidera Canning), eso no ha ido en desmedro de la relación con el monarca.
Tienen diferencias sobre algunos temas. Como buen canningite, Fife es partidario del comercio libre y de la emancipación católica. El Rey, en cambio, quiere proteger a los agricultores ingleses con altas tarifas, y se resiste a conceder iguales derechos a católicos y protestantes, entre otras cosas por temor a que se irriten los irlandeses.
No obstante, ambos hombres se entienden, se toleran y no permiten que las diferencias alteren los afectos.
En 1819 Fife fue designado Lord of the Bedchamber, o ayuda de cámara del Rey: un puesto que antiguamente equivalía al de valet y, hoy, tiene un sentido más honorífico.
Dos años más tarde, él votó en el Parlamento contra un proyecto del Chancellor of the Exchequer, o Secretario de Hacienda, por el cual la malta, empleada en la producción de cervezas y whiskies, debería pagar (en Escocia) un impuesto más alto que en el resto de Gran Bretaña.
Se dijo entonces que el Rey se había enfurecido con Fife, y el Primer Ministro se apresuró a destituirlo como Lord of the Bedchamber. La respuesta del Palacio Real, contenida en una carta al Primer Ministro, no pudo haber sido más categórica: “Es con considerable disgusto que el Rey ha recibido la carta de Lord Liverpool de ayer. La remoción de Fife es una medida ciertamente dolorosa para los sentimientos privados del Rey”.
En los informes de los periódicos acerca de las actividades del monarca es común leer que éste ha recibido a Fife o ha caminado con él por los parques de Windsor.
Hace dos años, cuando Jorge IV hizo la primera visita de un soberano de la Casa de Hanover a Escocia, Fife lo acompañó en el yate real.

El Duque, admirador del Conde

Cuando Fife dejó España, Wellington se desprendió de un objeto precioso y se lo entregó como prueba de amistad.
Entre 1797 y 1805, el actual Duque había conducido lo que —se reputa en Inglaterra— fue una gloriosa campaña en la India.
La historia es elocuente: el actual Duque venció al temible Dhundia Wagh, tomó por asalto la “inexpugnable” fortaleza de Gawilghur, fue uno de los héroes que se apoderaron de Srirangapatnam y acabó tanto con el régimen como con la vida del sultán Tipu Saib.
El Duque guardó, como souvenir de aquella guerra, una espada de Damasco. La empuñadura es de oro macizo, con incrustaciones de piedras preciosas, y está enfundada en una vaina de oro repujado sobre terciopelo carmesí.

Fue ése el objeto del que se deshizo para agasajar a Fife.
Su origen es impreciso porque, tras la caída de Srirangapatnam, los ingleses saquearon la ciudad y vaciaron el palacio de Tipu. Se llevaron el oro, la plata, las obras de arte, la ropa y hasta los zapatos del sultán. Y no dejaron, por cierto, sus armas, incluidos sus espléndidos sables.
El que recibió Wellington vino a Inglaterra y luego fue con él a la Península.
Hasta 1811, cuando pensó que aquella joya histórica estaría mejor en manos de Fife. Éste había honrado la bravura británica en la batalla de Talavera, que le ganara el ascenso a General del Ejército español y una condecoración —Caballero de la Orden de San Fernando— por haber tenido el "valor" y "heroísmo" de poner "en riesgo la propia vida".
Con relación a Sud-América, el Duque no puede dudar de Fife.
Es británico, es un noble, ha luchado contra Napoleón y no tiene intereses materiales en el Nuevo Mundo.

"Un hombre sorprenderá a todos"

Fife ha dado un invariable apoyo a la independencia de SudAmérica.
En 1811, fue él quien se ocupó de que San Martín y otros oficiales sudamericanos abandonaran la Península y retornaran a sus terruños.
También fue él quien procuró los pasaportes para que, antes de volver a Sud-América, aquellos funcionarios pasaran un período en Inglaterra.
Y quien le entregó a San Martín recomendaciones y cartas de crédito para traer a Londres.
En aquella época, con Inglaterra y España unidas contra Napoleón, el retorno de los americanos podía estar dirigido a continuar la lucha contra el Emperador en Sud-América.
Sin embargo, expulsado Napoleón de la Península, restablecido Fernando VII con poderes absolutos, y ajena la Regencia a los reclamos de las colonias, los americanos comenzaron a luchar por su independencia, en muchos casos con apoyo británico.
Fife estaba familiarizado con los intentos históricos de separar a Hispanoamérica de la Corona española.
Su hermano, el General Sir Alexander Duff, comandó el regimiento N° 88, Connaught Rangers, durante la primera invasión a Buenos Aires.
Samuel Ford Whittingham, su amigo de toda la vida, tomó parte en el segundo intento.
Luego, Whittingham pasó a la Península. Peleó como San Martín en Bailén, y junto con Fife en Talavera, donde ambos fueron heridos.
Cuando el General mandó a García del Río y Paroissien a ofrecerle la Corona del Perú al Príncipe Leopoldo, se basó sin duda en referencias que Fife le había dado con anterioridad.
En 1817, cuando llegaron a Inglaterra las noticias sobre el cruce de los Andes y la batalla de Chacabuco, Fife le escribió al General:
"He tenido siempre una gran amistad por usted y, desde mi llegada de España, he estado siempre diciendo a mis compatriotas: Paciencia. Un hombre por allá sorprenderá a todos".
Tras la victoria de Maipú, lo comparó con Bonaparte: "La revolución de Chile se parece a la de Napoleón desde Reims a París".
Hoy, Fife considera a San Martín "un digno modelo del primer hombre militar y filósofo, Jorge Washington".

Martes 3 de agosto

Aniversario

Hace un año moría en Buenos Aires la "esposa y amiga" del General.
Hoy la pobre Merceditas tuvo una jornada de melancolía: lleva doce meses sin madre y alejada de Buenos Aires.
Claro que tiene a su tatita cerca, está rodeada por el afecto de los Heywood y, ahora, comenzará una nueva etapa, asistiendo a una escuela inglesa.
La educación de la niña será costosa para el General, pero él está satisfecho porque la escuela elegida por la Señora Heywood (en Hampstead, cerca de la casa de ella) imparte conocimientos, modales y disciplina.

Miércoles 4 de agosto

Ha venido el hermano
Justo de San Martín está de visita en Londres.
Llegó un par de días atrás.
Imaginaba que la expedición al Perú estaba en marcha y eso lo afligía; desde que el General le confió el proyecto, en Bruselas, había puesto mil y un reparos.
Lo calmó saber que la expedición no puede encararse.
El próximo paso
Los hermanos han ido a ver las casas del Parlamento y a comer en el hotel del piamontés Juan Bautista Pagliano, en Leicester Square.
Pepe, como lo llama Justo, le ha confiado a su hermano el próximo plan.
Irá a Banff, en el norte de Escocia.
Fife lo ha invitado a conocer Duff House, y él aprovechará para tener una conversación a fondo con ese gran amigo, defensor de la causa de Sud-América, que cuenta con el respeto simultáneo del Rey, de Wellington y de Canning.

Jueves 5 de agosto

Sin confirmación
No ha llegado, a Londres, una sola noticia confirmando que Bolívar le haya ganado una gran batalla a Canterac.
El Times espera que, si el combate no se ha librado ya, se lo haga cuanto antes. "Es un evento del que quizás dependan las libertades de Sud-América y la tranquilidad de Europa".

Viernes 6 de agosto

Pasaje a Escocia
San Martín compró hoy su billete.
Hará un largo viaje: 550 millas hasta Aberdeen y, de allí, 45 a Banff.
La diligencia partirá el lunes a las 8 y se detendrá más de una vez.
Acaso él pernocte en alguna posta inglesa y en un hotel de Aberdeen.
Llegará a la Duff House jueves o viernes.

Sábado 7 y domingo 8 de agosto

Silencio
Paroissien está en Derby; se fue el miércoles.
San Martín le escribe: "Desde su salida nada ha ocurrido de particular: el paquete de Jamaica ha llegado, pero nada ha traído de la confirmación, en pro o en contra, de la batalla dada por Bolívar".
Los papeles públicos tampoco han podido confirmar la supuesta batalla. Hasta el 8 de julio, periódicos de Nueva York —que acaban de llegar a Londres— no habían dicho una sola palabra sobre la presunta derrota de Canterac.

Lunes 9 de agosto

Inicia el viaje
Todos los coches al Norte parten de Islington, fuera de la City, a las 8 de la mañana.
Lo hacen uno detrás de otro, formando una procesión: esparcimiento diario de cientos de vecinos, que se reúnen a la vera del camino para ver desfilar a los carruajes y saludar a sus ocupantes.
Uno de tales ocupantes observa que los coches "han sido cuidadosamente diseñados para que los pasajeros se sientan incómodos".
También ironiza sobre "el beneficio" que tienen aquellos que van al final de la caravana: reciben toda la tierra que levantan los coches precedentes.
La polvareda comienza a disiparse cuando los carruajes van desviándose hacia sus diversos destinos.

Martes 10 de agosto

Palabras de más
Justo de San Martín fue hoy al consulado español en Londres para revalidar su pasaporte. En los próximos días volverá a Bruselas, y de allí a París.

Lo recibió el Encargado de Negocios, José María del Castillo: un homónimo del Presidente interino de la Gran Colombia que, tres años atrás, promulgó la Constitución de ese país, la libertad de los negros y la prohibición de traficar esclavos.
Este Castillo, funcionario Borbón, no disimuló su recelo hacia el Fundador de la Libertad del Perú.
Había leído las noticias sobre el regreso del General a Lima.
Tenía, además, dudas sobre las actividades de Justo (y del propio General) en los Países Bajos, donde se presume la existencia de una "reunión liberal que no está ociosa".
Con cortesía, Castillo sometió a Justo a un interrogatorio, sobre el cual seguramente ofició al Secretario de Estado Luis María Salazar.
Justo, quien carece del sigilo de Pepe, habló más de la cuenta:
1. Confirmó que se había concebido una expedición al Pacífico. Se confesó "muy satisfecho" de este viaje a Londres, por "haber conseguido", merced a sus "consejos y reflexiones", que el General desistiera de "ir a América". Destacó que eso le costó "el mayor trabajo", porque debió "luchar con los terribles esfuerzos que hacen aquí personajes ingleses de grande importancia", dando a entender "que era el mismo Gobierno inglés" el que había estado detrás de la expedición.
2. Sugirió que la puerta había quedado abierta. Aseguró que, una vez tomada la decisión de no volver, el General la cumpliría, "pues es hombre de carácter"; pero luego sugirió que, si las circunstancias cambiaran, podría reconsiderar la situación: "Ha renunciado a ir, a lo menos por ahora".
3. Habló de los intereses personales del General. "La suerte de mi hermano depende de la América", dijo, "pues el gobierno independiente que estableció en el Perú le señaló 9.000 duros anuales, y los bienes de su hija se hallan también allí". Con cierto dramatismo, aseguró que el General "no ve ante sus ojos más que la mayor miseria en el actual estado de las cosas".
4. Reveló que fue Inglaterra la que hizo posible la campaña del General. Afirmó que "su hermano mismo" le "ha dicho" que, si no hubiera sido por el Gobierno inglés, "no habría jamás podido hacer nada de lo que hizo con América, con los cortos medios que tuvo a su disposición".
5. Habló sobre el reconocimiento. Por fin, Justo dijo que Inglaterra es la más interesada en la independencia de las Américas, y que "si aún no ha reconocido ostensiblemente esa independencia" es únicamente porque el Ejército Realista entró en Lima: "No hay otro motivo, pues ya había este Gobierno declarado que no tenía que tener más miramientos con España sobre este asunto".

Viernes 13 de agosto

Duff House

Éstos son, aquí, meses de días generosos. Clarea a las 4 y el sol vive 13 horas. La cerrazón no llega antes de las 8 y media.
Es que estamos a casi 58 grados.
En el hemisferio sur, a igual latitud ya se terminó América.
La dilatada luz del verano escocés es un cumplido al viajero, que ve cómo relumbran, ante sus ojos, castillos erguidos y fortalezas en ruinas, colinas de colores misceláneos y riachos alegres, sembradíos y turberas.
San Martín ha recorrido estos fascinadores paisajes para llegar a Banff antes de la caída del sol.

El arribo

Desde Macduff, puerto pesquero que pertenece a Fife y su familia, cruzó el río Deveron por un puente de piedra y, ya desde allí, divisó Duff House.
Es un palacio barroco, de estilo romano. En cada extremo de este majestuoso ortoedro de cuatro pisos hay una torre que culmina en un domo. Frisos y balaustradas visten las paredes. Estatuas y jarrones completan el adorno.

Su habitación

Fife no sabía que San Martín llegaría hoy.
El Conde está de cacería en la foresta de Balmoral, y acaso no regrese hasta el lunes.

De cualquier modo, la servidumbre —entre la cual hay quien habla castellano— sabía por Fife que San Martín llegaría de un momento a otro.
El General fue alojado en una habitación del primer piso.
Es un cuarto espacioso, con dos grandes ventanas que dejan ver una parte del parque, el puente de piedra y Macduff.

La casa y los Condes

San Martín ha deambulado por la casa, y conocido su historia.
Quien mandó a construirla fue el abuelo de Fife, William Duff, en 1740. Entonces, él era Lord Braco of Kilbryde. Todavía Jorge III no lo había hecho Conde Fife y Vizconde Macduff.
La construcción llevó cinco años y, en verdad, nunca concluyó: conforme el proyecto original, a la casa le faltarían dos alas; pero antes de que le fueran puestas Lord Braco despidió al arquitecto, William Adam.
Originario de Kirkcaldy, una población 30 millas al sur de Banff, Adam se dedicaba a construir casonas para la nobleza de Escocia; pero sus antojos y extravagancias fueron creciendo junto con su fama.
Pretendía imitar, con Duff House, la magnífica Villa Borghese de Roma.
Se le ocurrió, además, que las paredes debían ser hechas de roca arenisca, proveniente de unas colinas cercanas a Kirkcaldy. Él pulía y tallaba las rocas en su taller de Leith —el puerto de Edimburgo— para luego despacharlas a Banff en veleros.
Ésta y otras rarezas llevaron el precio de la casa a la cósmica cifra de 70.000 libras.
Lord Braco se encolerizó con el arquitecto y le inició un juicio, pero Adam falleció al poco tiempo.
Siendo ya Conde Fife, el abuelo murió veintitrés años después de terminada Duff House. Sin embargo, muy pocas veces estuvo en ella. Vivía en su otro castillo, Balvenie, en Glen Fiddich, y los primeros años, cuando pasaba por aquí en su carruaje, bajaba la cortina de la ventanilla para no ver la casa.
Fue su hijo, el segundo Conde de Fife, quien hizo de la mansión su residencia permanente.
También la ocupó su hermano Alexander, el tercer Conde; y a la muerte de éste, su hijo, el amigo de San Martín.
Fife, sin embargo, no reside aquí todo el tiempo. Tiene la intención de hacerlo cuando se retire, pero sus deberes presentes lo retienen en Londres casi todo el año.

Sábado 14 de agosto

Conociendo el burgo

No se puede recorrer el parque de Duff House a pie. Tiene 14.000 acres y es atravesado por el Deveron.
El coche en el cual llevan a San Martín anda caminos que se internan por espesas arboledas y, en algún meandro, ponen al visitante frente a ciervos que pastan en paz, a la espera de que el Conde y sus invitados se solacen cazándolos.
Los árboles fueron plantados por Lord Braco, desafiando el escepticismo de todo el pueblo, seguro de que nunca crecerían en estas tierras costeras, infiltradas por el salitre del Mar del Norte.
La bahía de Moray está muy cerca del confín del parque.
El río, que desciende desde las colinas de Aberdeenshire, va a morir a esa bahía, donde están las extensas pesquerías de salmón, propiedad de Fife.

Las pesquerías

El salmón vive en el mar pero sube al río para desovar.
La cría no puede vivir sino en agua dulce, y cuando tiene más de dos años de vida, se vuelve apta para el mar.
Entonces deja el Deveron y migra a la bahía.
A los dos, tres o cuatro años, las hembras maduras vuelven al río para el desove.
No todos los ejemplares pueden cumplir el ciclo. Muchos de ellos caen en las trampas y redes que emplea la pesquería.

En el río hay esclusas que se abren y cierran para que, en determinados momentos, los peces queden atrapados cuando migran. Es entonces cuando los pescadores salen en barcazas, provistos de redes, para recoger a los infelices cautivos.
El salmón provee un negocio de proporciones.
Los derechos para pescarlo pertenecen a la Corona, pero desde el siglo XII han sido dados en concesión a aquellos terratenientes costeros que se comprometieran a dar permanente apoyo al Rey.
Éste es otro motivo de la unión entre los Duff y la monarquía.
En la bahía también se pescan arenques, que son ahumados en la aledaña villa de Portsoy.
El pueblo y los oficios
Banff se encuentra en lo alto, a una milla de Duff House.
La ciudad tiene 3.500 habitantes, que trabajan de zapateros, sastres, toneleros, tejedores o como empleados del burgo.
Robar a los ricos, dar a los pobres
Allí en Banff están las ruinas de un castillo, en el cual solían alojarse los reyes escoceses e ingleses que llegaban a estas comarcas.
En una parte de lo que fue tal residencia se levanta ahora la casa del Conde de Seafield, primo de Fife.
En el parque hay un promontorio donde, en 1700, fue ahorcado Jamie MacPherson, el hijo de una gitana, que desvalijaba a los ricos para dar a los pobres.
Los lugareños rogaron que se le concediese el perdón y, en respuesta, el sheriff de Banff, Lord Braco, hizo adelantar una hora el reloj de la torre, para abreviar la ejecución.
Antes de morir, MacPherson —acompañándose con un violín— entonó un lamento que él mismo había escrito, al pie del árbol preparado para su ejecución.
Antes de subir al improvisado cadalso rompió el violín en la cabeza de su verdugo.
El reloj que adelantó la muerte
Hace siete años, con la intención de dar empleo a quienes habían perdido su ocupación durante las guerras napoleónicas, Fife hizo construir una ciudad.
Se llama Dufftown y está al lado de Glen Fiddich, a 25 millas de Duff House.
Hacia allá trasladó el reloj de Banff, cuyas agujas aceleraron la muerte de MacPherson.
La tierra del whisky
El whisky —cuya fórmula, según la leyenda, fue traída por monjes irlandeses hace 1.400 años— es producido en toda Escocia.
En 1644, el Parlamento, en Londres, decidió gravar su producción con impuestos muy elevados.
Las destilerías, en vez de reclamar, comenzaron a hacer whisky en secreto.
Hasta hace poco, existían en Escocia tres destilerías legales y 400 ilegales.
El año pasado, el Duque de Gordon —que tiene lazos de familia con Fife— ofreció al Parlamento una idea: premiar la destilación legal y castigar con reciedumbre la clandestina.
Convertida en ley, la idea parece funcionar: el Gobierno cobra un impuesto bajo por galón de whisky producido bajo licencia oficial y se ha vuelto inflexible con la producción encubierta.
Las arcas fiscales no han sufrido, y cada vez más destilerías salen a la luz.

Domingo 15 de agosto

Llega el Conde
Antes de lo previsto, hoy llegó Fife.
Ha traído el Aberdeen Journal, con noticias sobre América: hace unos meses, el Congreso del Perú autorizó a Bolívar a reclutar y armar hasta 50.000 hombres.
Sólo faltaría que hubiera semejante número de voluntarios.
Testamento de Napoleón
El periódico trae, también, el testamento de Napoleón, que acaba de conocerse en Francia, tres años después de morir el corso.
“Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y por su sicario”, dice.
Se supone que el “sicario” era el Gobernador de Santa Helena, Sir Hudson Lowe, a quien

Napoleón profesaba odio.
En el primer encuentro que tuvieron, Lowe se dirigió al cautivo diciéndole "General Bonaparte". Éste se quedó un rato observándolo y, por toda respuesta, le espetó: "Sus ojos parecen los de una hiena que ha caído en una trampa".
Napoleón era, sin duda, un hombre duro y despiadado; pero Fife admira su genio militar (y, más que él, lo admira San Martín).
El General tiene una rara virtud: sabe separar sus sentimientos de sus juicios. Puede condenar a alguien por lo que es, pero sólo lo califica por lo que hace.

Memorias de la Península

El Conde y el General evocan los tiempos de la Península, cuando ambos luchaban contra los hombres de Napoleón.
Fife tenía veinte años cuando un terranova rabioso mordió la nariz de su esposa, en Edimburgo, y le provocó la muerte.
Viudo, decidió ahuyentar su pena en el Continente, combatiendo al Emperador.
Eran los tiempos de la Tercera Coalición (la alianza de Gran Bretaña, Rusia, Suecia, Austria y Nápoles) contra la Francia napoleónica.
Se dirigió, en principio, a Austria.
Estaba allí en 1808, cuando supo que las huestes del Emperador habían entrado en España: un país que, luego de adversar a Gran Bretaña durante años, ahora necesitaba de ella.
En el sur español estaban creándose Juntas de resistencia, que clamaban por el apoyo inglés.
Fife (entonces Duff) pasó de Trieste a Malta y navegó hasta Cádiz, donde un primo suyo, Sir James Duff, era el Cónsul británico. Sir James, que tenía setenta y cuatro años, había pasado la mitad de su vida en España y, junto a Thomas Osborne, se había dedicado al negocio del jerez.
En Cádiz, Fife trabó amistad con el escritor y político Gaspar Melchor de Jovellanos.
Luego se dedicó a labores menos sosegadas que sorber jerez o escuchar a Jovellanos.
Peleó junto a Wellington y fue herido en Talavera.
Quedó cojo, alcanzó el generalato y fue hecho Caballero de la Orden de San Fernando.
Fife y San Martín se conocieron en Cádiz y pelearon juntos en Albuera, hace trece años, a las órdenes de Beresford, el fallido Gobernador de Buenos Aires.

La sala de armas

La sala de armas de Duff House, que escrutó junto a Fife, fue un solaz para San Martín.
Hay allí dos espadas romanas, hechas de bronce, y una pequeña maza de hierro que, si uno ha de creerle a la leyenda en latín, fue usada por Atila.
No faltan las armas medievales, como un mangual, con su empuñadura de madera y varias bolas de hierro sujetas por cadenas.
Entre las espadas, los cuchillos y los estiletes, sobresalen los cascos y corazas recogidos al concluir la batalla de Waterloo.
Más importante para San Martín, allí está la espada que Wellington regaló al dueño de casa.

Lunes 16 de agosto

La colección

El Conde está orgulloso de su pinacoteca.
Tiene unos cuadros preciados, entre los cuales sobresalen los retratos.
Todas las habitaciones y las paredes de las escaleras exhiben originales o copias fieles de pintores famosos, como Rubens, Velázquez y Canaletto.
Muchas de esas telas servirán a San Martín como introducción a la historia de Gran Bretaña; no esa historia épica, hecha de reyes egregios y batallas heroicas, que surge de los libros. Esa otra historia que forman las tradiciones y las leyendas.
Ellas permiten, a menudo, internarse más fácilmente en el alma de un pueblo.

Tragedia y Comedia

En el recibidor se yergue un retrato de David Garrick, el más excelso intérprete que haya tenido el teatro británico.
La pintura, atribuida a Reynolds, lo muestra entre dos damas: una es Tragedia, la otra es

Comedia.
Con ambas mantuvo Garrick un connubio como nadie más ha logrado establecer.

Desdichada amante de Sandwich

También está allí la imagen de Martha Ray, la soprano asesinada, en 1779, en la Ópera Real de Convent Garden.
Tuvo una vida infausta. A los dieciocho años fue vendida al cuarto Conde de Sandwich, cuya esposa había enloquecido.
El Lord pagó al padre de Martha 400 libras "por el honor de su hija". A la madre le asignó una pensión vitalicia de 30 libras anuales.
Aquel noble, que fue durante años Primer Lord del Almirantazgo, no era ni decoroso ni demasiado competente. Obsesivo jugador y funcionario infiel, muchos lo juzgaban responsable de que Inglaterra hubiese perdido América.
Sandwich integraba, además, un grupo satánico —"Los Monjes Locos de Medmenham"— que se maceraba en desenfrenos y realizaba parodias obscenas de los rituales católicos.
Todo eso tenía lugar en la Abadía Medmenham: un templo protervo, que el grupo levantara a 20 millas de Londres, sobre las ruinas de un monasterio del siglo XII. En el frontispicio se leía: "Haz lo que quieras". Dentro, se veía a Harpócrates, el dios griego del secreto, con un índice sobre sus labios.
Éste fue el hombre a quien el Capitán Cook rindió homenaje, dándole el nombre Sandwich a unas islas del Pacífico; y Sandwich del Sur a otras, ubicadas en el Atlántico.
También fue él quien pretendió mantener una base en las islas Malvinas —Port Egmont— y se vio obligado a abandonarla.
El amancebamiento del Conde con Martha se extendió por dos décadas, a lo largo de las cuales ella alumbró nueve niños; pero él nunca quiso convertir esa relación en matrimonio.
Martha, por su parte, jamás se sintió feliz.
James Hackman —un oficial que luego dejó las armas y se hizo clérigo— vino a proveerle consuelo; pero al tiempo Hackman comenzó a sospechar que Martha tenía un tercer amante, el Barón Coleraine.
Este Barón era escritor y militar, había servido al ejército prusiano (antes que en el británico) y tenía fama de disipado y violento. Abandonado por su esposa gitana, se destacaba como dandy, sacando provecho de su proximidad a la familia real: era ayuda de Cámara de Jorge III y amigo del actual Rey.
La noche fatídica, en Convent Garden, Hackman vio que Martha hablaba con Coleraine en el foyer del teatro. Se acercó y descerrajó un tiro en la sien de ella.
Intentó luego suicidarse, pero sólo se hirió y cayó preso.
Fue curado, juzgado y ahorcado.

Van Dyck y un genio

En la casa hay, también, cuadros del flamenco Antonio Van Dyck, quien vino a Inglaterra para servir en la corte de Carlos I.
Uno de ellos muestra a Sir Kenelm Digby, un excéntrico sabio que fue amigo del pintor.
Digby descubrió que las plantas liberan "aire vital" u oxígeno.
También dedicó tiempo a lo arcano. Se interesó por la astrología y (junto con el propio Van Dyck) estudió alquimia.
A la muerte de su esposa, Lady Venetia Stanley, debió soportar la maledicencia.
Se dijo que ella había muerto envenenada (accidentalmente, en las versiones más benévolas) por un vino de víbora que Digby le había preparado para que preservara su belleza.

La boda de los enanos

Richard Gibson era un pintor enano que, apropiadamente, pintaba miniaturas.
Las firmaba DG, esto es, Dwarf (Enano) Gibson.
No era un pintor cualquiera. Fue paje y retratista de la corte de Carlos II.
Medía 3 pies 10 pulgadas y se casó con una enana.
La boda se celebró ante el Rey y su esposa, la Princesa portuguesa Catalina de Braganza, quienes

prometieron (en vano) que harían llegar a la novia un anillo de diamantes.
Edmund Waller, el célebre poeta cortesano, dedicó un poema a aquella boda.
Fife atesora una tela que pretende inmortalizar supuestas imágenes del acontecimiento.
Gibson y su mujer tuvieron nueve hijos, todos de estatura normal.

Medallas y monedas

El salón sudeste está destinado a retratos de la familia Duff, lo mismo que el comedor; pero en éste sobresale la figura del almirante Robert Duff, pintada por Reynolds.
En la biblioteca hay medallas y monedas, la mayor parte de las cuales heredó Fife de su tío, el segundo Conde.
Sobre el escritorio luce un medallón que perteneció a María, Reina de los Escoceses, aquella que, tras vivir diecinueve años prisionera de su prima, la Reina Isabel, participó desde su encierro en un complot por el cual fue decapitada.
Una leyenda propia de Duff House dice que el medallón fue la primera razón que Isabel tuvo para celar a su prima; pero nadie sabe explicar por qué esa pieza tenía tanta importancia.

Carnicero Cumberland

Hay una historia, acerca del parque, que no le habían contado a San Martín.
Hasta 1746 existió allí una capilla presbiteriana, consagrada a Santa María.
Ese año acamparon en la inmediación las tropas del Duque de Cumberland, camino a ganar una batalla decisiva —la de Culloden— que acabó para siempre con los Estuardo.
Los hombres de Cumberland pasaron una noche en el parque de Duff House, ahorcaron allí a un hombre y destruyeron la capilla. En el lugar de ella se alza ahora un mausoleo hecho de piedra y vitrales. Lo hizo construir el segundo Conde, para que allí reposaran los restos de los Duff.
Culloden fue el punto culminante de una guerra civil, tras la cual la Casa de Hanover logró imponerse a los jacobitas.
Con el apoyo de los Highlanders —los montañeses de Escocia— y la Irlanda católica, el jacobitismo pretendía destituir a Jorge II y coronar al "gentil Príncipe Carlos", nieto de Jacobo II, el último Rey Estuardo.
La victoriosa Casa de Hanover se ensañó con los vencidos. Semanas después de la batalla, "Carnicero Cumberland", como se lo apodó, siguió matando jacobitas. El Reino Unido prohibió el uso de los kilts —esas faldas a cuadros que distinguen a los clanes— y el idioma gaélico escocés.
Los Fife estuvieron exentos. Lord Braco, amigo de Jorge II —quien le había conferido el título y lo hizo más tarde Lord Fife— no apoyó la rebelión jacobita.

La Mercandotti

Debido a aquel episodio, Duff House está asociada a los anales trágicos de Escocia.
Otros acontecimientos la entrelazan con la historia mundana.
Cuando Fife guerreaba en la Península, conoció en Cádiz a una niña prodigio: la bailaora gaditana María Mercandotti, de sólo doce años.
En 1814 el Conde trajo a María y a su madre a Inglaterra.
Poco después se encargó de que la temprana bailarina maravillara a Charlotte, la hija del Príncipe Regente, danzando boleros y cachuchas en el Pabellón Real de Brighton.
Más tarde la inscribió en la Académie Royale de Musique, en París, de donde María saltó prontamente a la Ópera parisina.
Hace dos años Fife la trajo a bailar en el King's Theatre, de Haymarket, el teatro real dedicado a la ópera y la danza.
Cendrillon, del catalán Fernando Sor (que hasta el año pasado vivió en Londres), figuró entre las actuaciones más aclamadas de la española.
Según algunos corrillos, María era hija natural de Fife. La especie no tenía asidero: cuando él llegó a España la niña ya tenía siete años.
En el afán de elucidar la devoción del Conde —que había gastado ingentes sumas en hacer de María una atracción europea— se formaron variadas conjeturas. La más frecuente pretendía que Fife mantenía una relación pasional con la bailarina, pese a ser ésta un cuarto de siglo menor.

La belleza de la gaditana espoleaba la fantasía.
Ella concitaba el interés de los dandies tanto como el de los melómanos.
John Ebers, administrador del teatro, recuerda cómo los caballeros lo acosaban, rogándole que les permitiera entrar al Green Room —la sala donde descansan los artistas— para acercarse a "la Venus andaluza". "Tienen que hablar con Lord Fife", era la invariable respuesta de Ebers.
En víspera de Pascuas, el año pasado, la Mercandotti se fugó. Ocurrió el sábado 8 de marzo.
A teatro lleno, esa noche debía danzar los intermedios de una ópera cómica. Era hora de levantar el telón cuando Ebers se presentó delante de los cortinados a ofrecer sus disculpas: la damisela había desaparecido sin dejar rastro.
Ella estaba aquí, en Duff House, con Fife.
Con él y con el hombre que, en un par de días, se convertiría en su esposo: Edward Hughes Ball, un oficial del 7° Regimiento de Húsares, amigo del Conde. Conocido en el Londres mundanal como Golden Ball, este adonis era hombre de fortuna. La había heredado de su padrastro, Edward Ball-Hughes: un almirante que fue a la India a combatir contra Haidar Ali, el Rey de Mysore, y volvió cargado de tesoros.
Los rasgos más notables del excéntrico Golden Ball eran su característico moño de seda negra, su coche de color chocolate y el dispendio constante.
El Domingo de Ramos de 1823, en la iglesia de Banff, el Reverendo Grant casó a la bailarina con el bon vivant. Fueron padrinos la madre de la novia y Fife.
De allí, el novel matrimonio se fue a pasar unos días en otra mansión de Fife, el castillo de Dalgetty, en Turryff, no muy lejos de Banff.
Más tarde se instalarían en el castillo de Oatlands, antigua posesión del Duque de York, que Ball compró en 1820.
Desde su casamiento, la Mercandotti no ha vuelto a bailar.

Miércoles 18 de agosto

Vengan a verlo

Fife está jubiloso con la visita de San Martín y querría que todos vinieran a conocer al héroe sudamericano. La timidez de éste, sin embargo, impide la algazara.
El Conde ha debido ceñirse a las invitaciones personales.
Hoy le ha escrito a Richard Warton Duff, haciéndole saber que San Martín está en Duff House, y previniéndole:
"Si quieres verlo tienes que estar aquí mañana porque se va el viernes".
Cerró la carta, la lacró y puso el sello del clan, que lleva el lema Deo Juvante: "Con la ayuda de Dios". Acto seguido, un coche partió para Orton House, Fochabers, a unas 25 millas de Banff.
Allí vive Richard, primo y esposo de la hermana de Fife, Lady Anne.
Para el Conde, no es sólo su primo y cuñado: es alguien por quien siente un particular aprecio.

Jueves 19 de agosto

Ciudadano de honor

Había bullicio en el pueblo.
Los carruajes comenzaron a llegar temprano a la Town House, sede del municipio: un castillete, construido el siglo pasado, que tiene un pequeño torreón.
Autoridades y ciudadanos ilustres participarían allí de un hecho inusual.
La gente del común se agolpaba para ver a un héroe venido de la ignota Sud-América.
San Martín sería declarado ciudadano de honor y cofrade de los guilds (o hermandades) de Banff.
Fue lo único que el General aceptó de Fife.
Desechó las fiestas y los homenajes banales, pero no podía oponerse a un reconocimiento de los poderes públicos.
Allí estaba Richard Wharton Duff y lo más importante de la sociedad de la región.
A Fife se lo notaba gozoso.
El Preboste Robinson presentó a San Martín, quien recibió un cerrado aplauso pero se limitó, por su parte, a agradecer con un ademán y una abierta sonrisa.

El Sheriff-Clerck Georges R. Forbes leyó entonces el acta que lo honraba.
El original estaba redactado en latín, pero Forbes leyó también la traducción al inglés.
En Banff, el Décimo Noveno día del mes de Agosto del Año Mil Ochocientos Veinte y Cuatro. En presencia del Su
Honorabilidad George Garden Robinson, Armígero Preboste; los Armígeros Bailes Lewis Cruickshank, William Robertson, Thomas Wright y Jack Wright; John Pratt, Armígero Decano de las Hermandades y James Simpson, Armígero Tesorero del Burgo Real de Banff.
Ese día Su Ilustrísimo y Nobilísimo Señor Don José San Martín, fue recibido y admitido como Ciudadano del Municipio y Cofrade de las Hermandades de este Burgo. Y este diploma acredita la posesión de todos los privilegios que corresponden a un Ciudadano y miembro de las Cofradías de Hermandades, a mérito de la Reverencia y la Estima de dichos magistrados.
Expedido por mí, Notario Público Autorizado, que aplico el sello del Burgo.

Geo R. Forbes
Viernes 20 de agosto

Acuerdo y partida

La visita del General llega a su fin.
En estos cinco días, Fife y él han discutido la situación de SudAmérica y la dificultad para que Inglaterra reconozca la independencia de los nuevos Estados.
A eso dedicaron almuerzos, cenas, paseos por el parque y conversaciones en la biblioteca.
Para resolver el problema, hay pasos que deben darse desde ahora, con la inapreciable ayuda del Conde.
El reconocimiento exige la conformidad de varias personas, cada una con su propia visión y sus propios intereses.
No hay un argumento único, capaz de persuadir a todas. Habrá que servirse de razones distintas, pero convergentes.

Plan de acción

El plan es éste:
Jorge IV. Urge mostrar al Rey que —si la Corona se granjea la amistad y gratitud de Sud-América— ya nadie podrá desafiar la supremacía británica en el mundo.
Ninguna potencia europea (ni Rusia, ni Austria, ni Francia) quiere la grandeza británica. Asegurarla es una tarea personalísima de Jorge IV, y así hay que decírselo.
El Rey debe escuchar, de alguien en quien confíe, que Sud-América está esperando su protección.
Concediéndola —habrá que exponerle— él agregará mérito a su figura histórica. Mientras que el reinado de su padre perdió la América del Norte, el suyo quedará firmemente asociado a la América del Sur.
Wellington. Al vencedor de Napoleón conviene desengañarlo: Metternich jamás se le subordinará.
El austríaco (hay que destacarlo) no tiene interés en que el Duque sea el héroe de la nueva Europa, como lo fue de Waterloo.
Al igual que muchos, Metternich piensa que la batalla en la cual sucumbió Napoleón fue ganada por el prusiano Gebhard Leberecht von Blücher, el "Mariscal Adelante". Wellington no habría hecho sino resistir al Emperador hasta la llegada de las fuerzas comandadas por Blücher.
Es un injusto sofisma, pero demuestra algo que el Duque debe tener en cuenta: si en Europa se le escatima su mérito militar, mucho más se hará por negarle preponderancia política.
Habrá que plantearlo de esta manera: en Europa él sólo tiene rivales; en cambio, los miembros o aliados del Imperio británico lo respetan y admiran. El Duque ha de saber que en Sud-América se lo reconoce como el hombre que expulsó a Napoleón de la Península.
Debe saber, también, que los oficiales sudamericanos a quienes dirigió entonces, hoy son ilustres patriotas de los nuevos Estados y le tienen en la más alta estima.
San Martín recuerda que en el campamento de El Plumerillo —de donde partieron las fuerzas que libertaron a Chile— él tenía un retrato de Wellington.

Canning. El Secretario no debería tener reparos en circunscribir el reconocimiento: los comisionados que él despachó a México, Bogotá y Buenos Aires han regresado con noticias sobre la estabilidad y el abundante comercio de aquellos Estados a que pertenecen tales ciudades.
Es importante, sin embargo, que Canning comprenda la necesidad de no aparecer torciéndole el brazo al Rey.
En primer lugar porque sería injusto: el Rey ha opuesto al reconocimiento reservas que, durante mucho tiempo, fueron las del propio Canning. El Secretario tampoco quería agraviar a España sin propósito y pensaba que, garantida la libertad de comercio, la formalidad del reconocimiento era prescindible.
Fue en los últimos tiempos que Canning se convirtió en firme defensor de tal formalidad.
Hay que tener, por otra parte, sentido práctico, y no exigir al soberano reconocimiento de toda Sud-América. Como lo ha comprendido San Martín, la alternativa al reconocimiento de los tres Estados es el reconocimiento de ninguno.
La conformidad del Rey es necesaria, y el Rey sólo la otorgará si la resolución se funda en razones que él pueda adjudicarse a sí mismo.
Existe un argumento apropiado para el monarca, y ése es el que debe adoptar el Foreign Office.

El abandono de los virreinatos

España había dividido su Imperio americano en cuatro virreinatos:
• de Nueva España.
• de Nueva Granada.
• del Perú.
• del Río de la Plata.
En esos virreinatos se han establecido nuevos Estados:
• los Estados Unidos Mexicanos.
• la Gran Colombia.
• la República del Perú.
• las Provincias Unidas en Sud-América.
En varios de esos Estados, ha muchos años que no existen españoles armados.
Sólo en la República del Perú mantiene España un ejército en ofensiva, con voluntad manifiesta de reivindicar su antiguo territorio.
En el resto de Sud-América, no tendría por qué ofenderse España si otros reconocieran aquello que, en los hechos, ella misma ha reconocido.
Menos razón para la ofensa ofrecería Inglaterra, que desde los desastres de 1806 y 1807 en el Río de la Plata, abandonó toda idea de subrogar a España como poder colonial en América, y sólo se interesa en el libre comercio.
Por último, Inglaterra se abstendría de reconocer nuevos Estados allí donde España no hubiese cesado su lucha por la recuperación de antiguas posesiones.
Ése sería el caso del Perú.
A Fernando VII podrá hacerlo infeliz la decisión británica, pero Jorge IV debería sentirse cómodo defendiéndola. No estaría usufructuando desventuras ajenas sino, simplemente, admitiendo lo que salta a la vista.

Principio del fin

Hasta ahora, un reconocimiento que excluyera al Perú había preocupado a San Martín. El General temía que, de caer Bolívar, la mancha realista pudiera extenderse por Sud-América toda.
Sin embargo, este plan disipa aquel temor. No se trata de reconocer Estados fortuitamente, a partir de intereses mercantiles, como pretendían algunos negociantes y escritores públicos. El argumento es tan jurídico como político, y se aplicará con ecuanimidad: contra España donde ella haya dejado de pelear; a su favor donde aún esté dando batalla.
Contra lo que pudiere pensarse, los efectos de semejante plan pueden beneficiar a Bolívar.
Si Inglaterra declara que España ya perdió todos los virreinatos donde no esté en pie de guerra, protegerá a la mayor parte de los Estados construidos sobre las ruinas del Imperio español.
La Santa Alianza no se embarcará en una aventura destinada a que Fernando VII recobre apenas

uno de los virreinatos perdidos, por importante que éste fuere.
La propia España tendrá menos interés en la aventura, si es que recobrar el Perú no le sirve para recomponer el resto del Imperio.
Al establecer relaciones formales con los tres Estados, Inglaterra estará diciéndole al mundo que el fin del Imperio español es irreversible.
La supuesta derrota de Bolívar no haría más que convertir al Perú en una isla realista, dentro de un mar de repúblicas apoyadas por Inglaterra. Una isla fácil de expugnar.
El reconocimiento de México, Colombia y las Provincias Unidas tendrá, hacia el interior del Gobierno británico, otra ventaja: ahorrará las humillaciones.
Si el Rey, Wellington y Canning comprenden que esto les favorece a cada uno de ellos (aunque por razones distintas en cada caso) se darán las condiciones para un acuerdo.
El problema se resolverá sin daño para nadie.

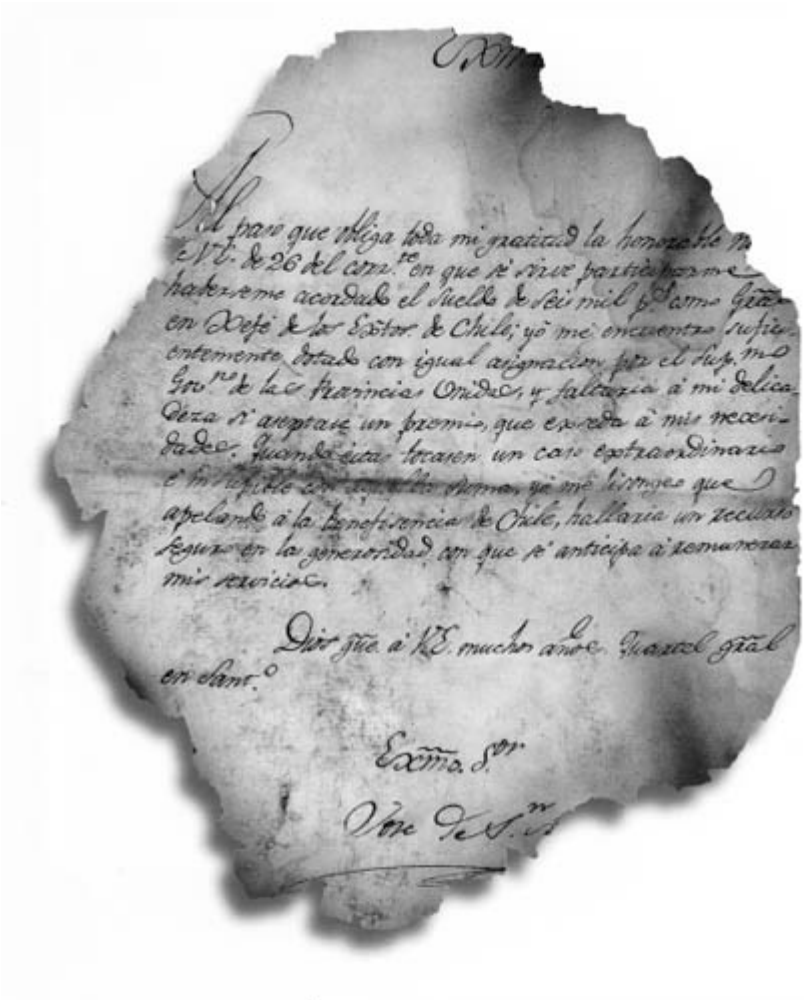
Gobierno central

En el caso de las Provincias Unidas, deberá hacerse aquello que San Martín aconsejó el 17 de mayo en carta a Molina: constituir un gobierno central, consentido por el interior.
Alvear intentó, sin éxito, probarle a Canning que Buenos Aires no es sólo Buenos Aires, sino que representa al país entero.
Esto habrá que acreditarlo, no con palabras sino creando una institución federal, en la cual descansen los poderes delegados de las Provincias.

El caso de Chiloé

Cuando, en 1680, Carlos II dispuso que la Capitanía General de Chile se apartara del Virreinato del Perú, el archipiélago de Chiloé quedó en jurisdicción chilena.
Décadas después fue traspasado al Perú "por ahora y mientras duraren las operaciones que se van a emprender para su fortificación". Eso ocurrió en 1767. Un año más tarde, Carlos III transformó lo provisorio en definitivo, separando el archipiélago de la Capitanía General de Chile. En 1784 el Rey dio a Chiloé el rango de Intendencia, subordinada al Virreinato del Perú.
Después de Chacabuco y Maipú, O'Higgins y San Martín consideraron que —para consolidar la independencia de Chile— era necesario ocupar ese territorio insular. Ubicado frente a las costas chilenas, a 42° de latitud sur, ese archipiélago fortificado era una amenaza: se suponía que el Gobernador realista, Antonio de Quintanilla, trataría de lanzar desde allí la Contrarrevolución.
En 1820 Cochrane procuró libertar Chiloé, pero fue vencido por Quintanilla.
Freire ha hecho, meses atrás, un nuevo intento: envió una expedición, con el propósito de desalojar a los realistas y anexar el archipiélago a la República de Chile.
El Times acaba de informarlo así:
"Hemos recibido cartas de Valparaíso (Chile), fechadas el 21 de mayo. De tales cartas deducimos que la expedición contra la isla de Chiloé, por el General Freire, ha sido abortada, dado que varios de los buques encargados de transportar a las tropas han retornado, y se teme por la suerte de los otros".
Quintanilla se ha impuesto una vez más, y Chile está envuelto en una guerra por la posesión de ese territorio, que pertence al Perú y es férreamente defendido por realistas.
Eso indica que España sigue bregando por su antigua Capitanía General, y esto hará que Chile no integre la lista de Estados a reconocer. Su inclusión no satisfaría el requisito al que estarán sometidos los reconocimientos de otros Estados: la deserción española.

“La obra es concluida”



Bruselas,
1825

“La obra es concluida”

Del epistolario del héroe.

Sábado 1° de enero

Los últimos esfuerzos

Hace tres meses que San Martín vive en los Países Bajos.

El 7 de septiembre dejó la casa de Park Place, que fuera su morada londinense.

Se mudó entonces a un hotel y, cuatro días más tarde, vino a Bruselas, con idea de encontrar sitio donde establecerse.

Terminó arrendando una casa en las afueras de la ciudad, y de inmediato volvió a Londres, para tener otra conversación con Fife, hablar con Hall y robustecer —a través de la Legación— los vínculos con los comerciantes y escritores públicos que abogaban por el reconocimiento.

Sabía que el plan urdido en Banff iba a ser coronado pronto con el éxito; pero había que

contribuir a que así fuera.
Ese último mes en Londres resultó harto agitado.
Para empezar, tuvo que verse dos veces con Rivadavia.

Un orgullo digno de Napoleón

Don Bernardino llegó el 6 de septiembre con patentes que lo acreditaban como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos del Reino Unido y Francia.
Esa representación ambivalente hizo que Canning debiera soportar alguna mofa en Parlamento: se dijo allí que, para Buenos Aires, el Foreign Office sólo merecía "medio embajador".
El Secretario, a su vez, no disimuló el enfado que le causaba la irregular situación: "No hay posibilidad de que existan relaciones satisfactorias entre este Gobierno y un individuo acreditado, al mismo tiempo, ante Francia".
Rivadavia se presentó, además, como un comerciante. Portaba un decreto de Rodríguez que lo autorizaba "a promover la formación de una sociedad en Inglaterra, destinada a explotar las minas de oro y plata que existen en el territorio de las Provincias Unidas", en particular las de Famatina, en la Provincia de La Rioja.
La sociedad que formó Don Bernardino, The Provinces of River Plate Mining Association, tuvo como Presidente al propio Rivadavia, y como principal operador a Hullet, de la firma Hullet Brothers & Co.: el mismo "caballero inglés" que, el año pasado, fuera designado Cónsul General de las Provincias Unidas en Londres.
Canning había juzgado entonces que tal designación contrariaba los "deberes públicos".
Ahora, la asociación de Rivadavia con Hullet es privada; pero no menos opinable.
Robertson y Baring Brothers tienen formada una compañía —Famatina Mining Company— en la cual participa el caudillo riojano Facundo Quiroga. Éste sostiene que Buenos Aires carece de autoridad para explotar las riquezas de su provincia.
Como ambas compañías salieron a procurarse capital en la City, hubo confusión y cierta incertidumbre.
Rivadavia, por otra parte, no se limitó a su función de "comerciante" y trató de relacionarse con gente del Gobierno.
El Times descubrió su juego: "Él dice que su carrera política ha terminado definitivamente", pero "su residencia en Inglaterra o cualquier otra parte de Europa tendrá la obvia finalidad de procurar beneficios para Buenos Aires" y, por ende, para él mismo.
Era una tarea difícil, porque el porteño no suscita amores; no, al menos, a primera vista.
El patriota chileno Mariano Egaña, que estaba en Londres y lo conocía de mentas, alabó el talento de Rivadavia "en presencia de unos cuantos americanos". Ellos "se echaron a reír, admirados del crédito que tenía", y le replicaron —exagerando— que Rivadavia era "un hombre muy mediocre". Poco después, Egaña admitió: "En efecto, al conocerlo me ha parecido mediocre; aunque con un orgullo digno de Napoleón".
Un inglés, que lo recuerda del Río de la Plata, se burló de su aspecto "grotesco" y afirmó: "Como orador, no es lo que se dice un Cicerón".
El General podría haber añadido abusos y agravios de su coleto. No tiene simpatías por Rivadavia, y está persuadido de que éste le ha hecho siempre "una guerra de zapa" con el fin de minar su reputación.
Parece que así es, ya que Rivadavia se apresuró a comentar con algunos compatriotas en Londres: "Es un gran bien para nuestro país que San Martín esté lejos".
No obstante, el General sintió que nada debía desmerecer la visita de Rivadavia a Inglaterra. Él había sido, hasta poco antes, una suerte de Primer Ministro bonaerense. Gustase o no, su figura era representativa de las Provincias Unidas.
San Martín fue a verlo dos veces y lo trató con la mayor delicadeza de la que fue capaz.
Las reyertas domésticas, y los recelos personales, debían disimularse, a fin de hacer que las Provincias Unidas fueran vistas como país establecido y fiable.

Martirio de Iturbide

El Spring penetró en el Golfo de México y amarró cerca de Soto la Marina.

Beneski bajó a entrevistarse con el Comandante General de las Provincias del Oriente, General Felipe de la Garza: un hombre que en su momento se había sublevado contra el Imperio, y a quien Iturbide había perdonado la vida.
Garza dio a Beneski muestras de beneplácito por el regreso de Iturbide y rogó que éste desembarcara. Antes de hacerlo, el exEmperador hizo constar por escrito su repentino escepticismo. Lo hizo mediante una carta, dirigida a Fletcher, que dejó en el buque:
A bordo del bergantín Spring frente a la barra de Santander,
15 de julio de 1824.
Mi apreciable amigo:
Hoy voy a tierra, acompañado sólo de Beneski, a tener una conferencia con el general que manda esta provincia, esperando que sus disposiciones sean favorables a mí, en virtud de que las tiene muy buenas en beneficio de mi patria.
Sin embargo, se dice que no está la opinión en el punto en que me figuraba, y no será difícil que se presente gran oposición, y aun que ocurran desgracias.
Si entre éstas ocurriere mi fallecimiento, mi mujer entrará con usted en contestaciones sobre nuestras cuentas y negocios.

Agustín de Iturbide

Una vez en tierra fue apresado, y el Congreso de Tamaulipas —un estado creado poco antes, que comprende a Soto la Marina— lo condenó a muerte.
La ejecución tuvo lugar en el poblado de Padilla. Tres disparos segaron la vida del hombre que se creía capaz de unificar y pacificar México. Una bala dio en su frente, otra en su nariz y la tercera en su pecho.
A San Martín le mortificó el ominoso final de este héroe que en 1821, mientras el propio San Martín se proclamaba Protector del Perú, suscribía el Acta de Independencia del Imperio Mexicano.
El mismo hombre que, antes de iniciar su fatídico viaje, fue a buscarle en vano al Star Hotel de Southampton; y escribió luego aquella carta en la que se confesó "verdadero admirador" de las "virtudes y mérito" del "apreciable Libertador del Perú".
Cuando la noticia llegó a Londres, se temió que el asesinato del ex-Emperador entorpeciera el reconocimiento.
Los mismos que exigían tal medida al Gobierno inglés, habían jurado que Iturbide aquietaría a las facciones y aseguraría para siempre la independencia de México.
El vaticinio fue errado. Lejos de ser prenda de paz, el antiguo Emperador pagó con su vida la furia no desterrada.
Esa deplorable ejecución de Iturbide, por otra parte, no ha hecho tambalear a su país. Por el contrario, México tiene ahora, además de Constitución, un Presidente con más apoyo, en el Ejército y la población, del que soñaba conseguir Iturbide. Es Guadalupe Victoria, que ha formado un Gobierno con representantes de los distintos bandos políticos.

San Juan de Ulúa

El mayor impedimento para que Inglaterra reconociera el país no fue la ejecución del ex-Emperador, sino la permanencia de un ejército realista en San Juan de Ulúa, una isla protegida por la principal fortaleza de Hispano-América, que Hernán Cortés mandó a construir tres siglos atrás.
La isla está frente a la ciudad más antigua de las que levantaron los europeos en el Nuevo Mundo: una que el propio Cortés fundó, en 1519, bajo el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz; conocida hoy, a secas, como Veracruz.
España mantiene bloqueado el puerto veracruzano y bombardea la tierra firme desde San Juan de Ulúa. Los patriotas no han podido expugnar ese baluaerte, ni podrán hacerlo mientras México carezca de Marina.
Esto le hacía difícil, a Inglaterra, justificar el reconocimiento. Si no aceptaba la independencia de Chile por haber realistas en Chiloé, ¿cómo podía aceptar la de México, con España aferrada a semejante bastión?

En Londres se reparó en una diferencia nada persuasiva: los realistas de Chiloé habían derrotado a las fuerzas del Director Supremo, mientras que los de Ulúa —sin haber ganado batalla alguna— suponían sólo un peligro potencial.
Eso no tornaba el caso de México más favorable que el de Chile: ambos Estados tenían, en sendas islas, puntos de resistencia realista. Más aún, la importancia de San Juan de Ulúa era superior a la de Chiloé.
El Reino Unido no atendió, sin embargo, a la existencia del baluarte; y como si España ya hubiese resignado su antiguo Virreinato de Nueva España, se apresta a anunciar el reconocimiento de México.
El Gobierno mexicano hizo saber que —si no se formaba cuanto antes una alianza anglo-mexicana— ese país se vería "últimamente forzado a echarse en los brazos de los Estados Unidos".
Gran Bretaña no quiere que sus ex-colonos de América modelen los Estados que han nacido de virreinatos españoles.
No sólo porque eso favorecería a los comerciantes norteamericanos y podría perjudicar a los británicos. También porque el mundo quedaría dividido en dos: una media esfera republicana, bajo la supremacía de Washington; y una media esfera monárquica, con subdivisiones y varias potencias en equilibrio inestable.

Insinuación de Villèle

La Europa monárquica dista, en efecto, de ser homogénea.
Hay oposición de principios entre monarquías absolutas y constitucionales, amén de que Gran Bretaña ansía afianzar su Imperio y las otras potencias querrían disputarle la supremacía mundial.
En agosto se dio un hecho que vino en ayuda de quienes, como Fife, procuraban persuadir al Rey sobre la conveniencia de reconocer a Sud-América.
Echado a rodar por sud-americanos y aliados, llegó a París el rumor de que Gran Bretaña se aprestaba a tal reconocimiento.
Bastó eso para que el Gobierno francés —temeroso de que los ingleses se adueñaran del comercio allende el Atlántico y, acaso, adquiriesen posesiones en en el Hemisferio occidental— hiciera un rápido movimiento.
El Presidente del Consejo de Estado, Conde de Villèle, cursó una invitación al representante de Colombia en Londres para que se desplazara a la capital francesa.
Allí, el Conde dijo a Hurtado que Francia estaba dispuesta a "variar su política respecto a las antiguas colonias españolas, y nivelarla por las del Gabinete británico".
El colombiano voló a contarle esto a Canning, quien lo puso en conocimiento de Jorge IV.
Éste se había resistido al reconocimiento de los nuevos Estados creyendo que, de ese modo, era leal a Fernando VII, a la Casa de Borbón y a la Santa Alianza; pero los Borbones franceses y sus socios absolutistas no parecían dispuestos a imitar tal actitud.

Empezando por México y Colombia

Poco a poco, Jorge IV fue mostrándose más propenso a reconocer algunos de los nuevos Estados sud-americanos.
México y Colombia eran los que estaba más pronto a admitir.
Las razones diferían, pero tenían un elemento en común: reconocer a México era anticiparse a los Estados Unidos; y reconocer a Colombia, tal vez, adelantarse a Francia.
En el caso de las Provincias Unidas, subsistía una dificultad que San Martín había advertido siete meses antes.

Provincias Desunidas

Los esfuerzos por ocultar las desavenencias se tornaban inútiles cuando comerciantes y políticos de las Provincias Unidas aparecían en la City, discutiendo si la explotación de una mina correspondía a Buenos Aires o a una provincia.
La inquietud que Canning había expresado a Alvear seguía siendo válida.
El Secretario resolvió no avanzar hacia el reconocimiento de las Provincias Unidas si Buenos

Aires no mostraba antes "un instrumento", firmado "por todos los estados comprendidos" en el país, por el cual se certificara que Buenos Aires tenía, al menos, mandato para conducir las relaciones externas de las provincias.
Un instrumento así ya ha de estar firmado, porque un Congreso General había sido convocado —según informó Parish desde Buenos Aires— para satisfacer la exigencia.

Guerra a la masonería

La fiera persecución de los masones, llevada a cabo por Fernando VII en España, favoreció la discusión sobre Sud-América con Jorge IV.
Ni al Rey ni a Fife podía resultarles indiferente la guerra declarada a la masonería española. En tanto "fraternidad universal", las penurias de otros hermanos han de sentirse como propias.
Y las penurias no han sido pocas para los masones en España.
El 1° de agosto de 1824 Fernando declaró la ilegalidad de la masonería y concedió una "amnistía" a los miembros que se presentasen espontáneamente ante la autoridad.
Cuando alguno de ellos lo hacía, debía "señalar la logia o sociedad a que hubiese pertenecido, y entregar sus diplomas, insignias y papeles".
Se premiaba el perjurio: todo quien desnudara su logia, y revelase los nombres de sus miembros, recibía, a cambio, la impunidad.
El 25 de septiembre el Rey ordenó que los "espontaneamientos" se hicieran ante los obispos de las respectivas diócesis; y el 9 de octubre dispuso que "subiesen al cadalso" todos los masones, excepto los "espontaneados".
El mismo día que Fernando disponía la muerte de los masones, un nuevo Rey ascendía al trono en Francia: era Carlos X, de quien se decía que era aun más absolutista que su hermano, Luis XVIII.

Una "brillante batalla"

La noticia largamente esperada, llegó por fin, a mediados de noviembre.
Canterac había sido derrotado, aunque no definitivamente, el 6 de agosto.
En Londres se reprodujo, traducido al inglés, el parte publicado en Sud-América, que hablaba de una "brillante batalla", librada en la Pampa de Junín.
Luego fueron llegando los detalles.
Antes del combate Bolívar arengó a su ejército, compuesto por hombres de la República del Perú, las Provincias Unidas del Río de la Plata y la Gran Colombia. Con algo de inmoderación, dijo:
"¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encomendado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud".
La batalla se limitó a las caballerías, duró apenas 45 minutos, y en su transcurso no se disparó un solo tiro.
Fue una lucha cuerpo a cuerpo, con lanza, sables y cuchillos.
Los hombres de San Martín fueron decisivos.
Comandante de la caballería patriota, el porteño Mariano Necochea cargó por la derecha, mientras que Miller —el amigo inglés del antiguo Protector— lo hacía por la izquierda, al frente de los montoneros: una fuerza irregular de caballería ligera.
Necochea recibió siete heridas, fue capturado por el enemigo y, por fin, rescatado por los patriotas.
En un momento, otro porteño, Isidoro Suárez, atacó a los españoles por la retaguardia y provocó tal desmoralización que allí comenzó la desbandada realista.
El puntano Juan Pascual Pringles fue uno de los que se dedicó a perseguir españoles en retirada.
Se dice que Canterac perdió 45 hombres en el campo de batalla y casi 3.000 en la huida, entre desertores, extraviados y aquellos que murieron de las heridas recibidas o de las penurias del éxodo.

Los argumentos pactados

En el Parlamento y en el Gabinete la discusión sobre Sud-América se redujo a México, Colombia y Buenos Aires: "la parte de la América Hispana que fue la primera en desprenderse

del yugo colonial, y ha sido la más perseverante en el mantenimiento de su independencia".
Omitiendo, respecto a México, el caso de San Juan de Ulúa, se dijo que desde el año 1810 "hasta la presente hora, no ha habido un solo español hostil" en la América Hispana y que, "durante estos 14 años a prueba, esa región ha demostrado tanto el mantenimiento de amigables relaciones con el resto del mundo como un manejo generalmente juicioso de los asuntos internos, que la hace merecedora de la libertad que adquirió".
El 14 de diciembre, Liverpool y Canning presentaron una minuta al Gabinete, recomendando el reconocimiento de México, Buenos Aires y Colombia.
Era, dijeron, la aceptación de lo que ya no podía negarse. Si España tuviera fuerzas beligerantes en alguno de los tres Estados, "no habría existido el derecho" a entablar relaciones con ellos.
Habiendo "dejado de actuar" las fuerzas españoles en aquellos territorios, y existiendo en ellos "gobiernos que se consideran independientes y ejercen su autoridad", era legítimo negociar con ellos acerca de los propios intereses británicos.
Se agregó, aunque esto fuera un sofisma, que Gran Bretaña no se proponía reconocer el "derecho" de tales Estados a la independencia, sino el "hecho" de que eran independientes.
Liverpool y Canning jugaron, además, la carta que llevaban en la manga: si no se aceptaba la recomendación, renunciarían. Canning instó a no perder la "oportunidad dorada" de prevenir el avance, en América, de los rivales de Inglaterra.
Primer Ministro y Secretario sabían que el Rey ya había dado, renuente pero inequívocamente, su conformidad.
Wellington conservaba sus recelos, pero ya no podía poner freno a la decisión.
El Gabinete decidió el reconocimiento de los tres Estados, y dispuso que sea anunciado por Jorge IV, el 7 del mes próximo, cuando el Rey inaugure las sesiones del Parlamento.

La jactancia de Canning

Canning exagera la participación que le cupo en el reconocimiento de los nuevos Estados.
Durante mucho tiempo se empeñó en satisfacer diversos intereses a la vez: su ideal era proteger el comercio británico en Sud-América, quedar bien con España y preservar la paz en Europa.
Se enfadaba con quienes exigían el reconocimiento formal y sostenía que nada agregaría al libre comercio, el cual ya estaba asegurado.
Poco a poco fue comprendiendo la conveniencia de la formalidad, ayudado por su vocación de contradecir al Rey y a Wellington, como parte de una puja por el poder.
Ahora, Canning se jacta de estar dando "vida a un nuevo mundo".
Sud-América, en verdad, se generó a sí misma.
En 1810, él era un político en desgracia, esperando la cicatrización de una herida.
En su primer paso por el Foreign Office, maquinó en 1809 un plan para desalojar a Castlereagh del Gabinete. El Secretario de Guerra, al descubrir el complot, lo retó a un duelo, del cual Castlereagh salió ileso y Canning con un tiro en el muslo.
Mientras Sud-América luchaba por la independencia, Canning era un político cojo y sin cargo alguno en el Gobierno.
Ahora pretende apropiarse del reconocimiento (tardío) de los nuevos Estados, y querría convertirlos en apéndices del Reino Unido.
Sostiene que "los yankees serán los que más pierdan" con ese reconocimiento, porque Inglaterra se "implantará" en México, ligando "una vez más a América con Europa"; en este caso, con el Reino Unido.
Afirma que "Sud-América es libre y, si nosotros no cometemos demasiados errores, será inglesa".
San Martín cree que ésta es la próxima lucha que deberán librar los Estados sud-americanos: no se han declarado independientes de España para mudar de amo.
Él siempre vio a Inglaterra, no como una metrópolis alternativa, sino como una aliada.
A Sud-América le importaba que su soberanía estuviera exenta de amenazas externas.
Al Reino Unido, a la vez, le convenía el libre comercio, y el dique que los nuevos Estados opondrían a los afanes coloniales de España o la Santa Alianza.

Ahora, los sudamericanos deberán defender "con firmeza" el "honor" de sus Repúblicas, "contra las injustas pretensiones de los extranjeros que tienten humillarlas", sean quienes fueren tales extranjeros.
Lo que importa, hoy, es que Sud-América ya está a punto de ser reconocida, y la reconquista española pasará a ser, definitivamente, una aventura imposible.
"Conquistador de las libertades"
Antes de dejar Inglaterra, San Martín recibió de Fife esta devota carta:
Al Exmo. Sr. D. José de San Martín, conquistador de las libertades de América y digno modelo del primer hombre militar y filósofo, Jorge Washington.
Querido amigo: tengo el placer de escribir dos líneas para dar una expresión de mi amistad a usted, antes de marcharse, deseándole muy feliz viaje y un pronto regreso; y asegurando que nadie desea tanto tener el gusto de verle sano y bueno, que su más apasionado y sincero amigo. FIFE
El destinatario de tal enaltecimiento siente gratitud por ese amigo, apasionado y sincero.
Dos semanas atrás, Gran Bretaña cambió, por fin, su posición con respecto a Sud-América.
Tras la reunión de San Martín y Fife en Escocia, se sucedieron los hechos favorables.
El General ya sabe que, el mes próximo, el Rey anunciará el reconocimiento de México, Colombia y las Provincias Unidas.
Es un gran progreso, que no ha llegado sino después de aparentes reveses.
La reunión liberal
Justo hizo, en Francia, un movimiento de decepción.
El 11 de diciembre presentó a Corbière el siguiente escrito:
"Monsieur de Saint Martin, Joseph, mi hermano, tras haberse retirado hace dos años de los asuntos públicos de la América Meridional, ha venido a Europa con la intención de visitarla como amigo de las letras y de las artes. La Francia y París sobre todo, llaman vivamente su atención, y es mi intención solicitar de Vuestra Excelencia el pasaporte necesario para que él pueda trasladarse a esta capital, donde será muy feliz de degustar por algunos tiempos, al amparo de vuestras sensatas leyes, las dulzuras de una vida privada. Permítame, Mi Señor, al depositar aquí mi solicitud, rogarle que la acoja con bondad y me transmita la decisión de Vuestra Excelencia".
Tanto Justo como "su Pepe" sabían que, ocho meses después de haber expulsado al Fundador de la Libertad del Perú, Francia no le daría permiso de residencia.
La solicitud tenía por objeto desviar la atención de los Borbones.
En los Países Bajos —le había hecho notar, al propio Justo, el Cónsul español en Londres— hay una "reunión liberal que no está ociosa".
Los liberales, en efecto, están aquí en estado de efervescencia. No toleran el absolutismo del Rey Guillermo I.
Y, otra vez, los objetivos de los ingleses coinciden con el interés de San Martín.
Los unos quieren desmembrar los Países Bajos, porque habiendo invertido grandes sumas en Bravante, imaginan que Bélgica, emancipada, servirá como extensión de Gran Bretaña en el continente.
San Martín espera que, con la posible separación de Bélgica, se inicie en Europa el resquebrajamiento de las monarquías absolutas y eso termine, por fin, con la Santa Alianza.
Se impondrá, de ese modo, el principio al que ha estado sujeta esa Revolución que Bolívar, Sucre, O'Higgins, Belgrano y él mismo —junto a héroes de menor fama pero parejo mérito— han llevado adelante en Sud-América.
Ellos han luchado por la libertad y por un sistema de gobierno que (fuere monárquico o republicano) se subordinase a la voluntad de los pueblos, a diferencia de ese otro sistema que todo lo sujeta al arbitrio de monarcas asistidos por un presunto Derecho Divino.
Ésa es, también, la ambición de los belgas.
El General dice que él se ha establecido en Bruselas, atraído por "lo barato del país y la libertad de que se disfruta". También porque la lengua francesa le resulta más dócil que el endemoniado

inglés.
Es difícil creerle.
Aquí todos se quejan de la carestía.
En cuanto a la libertad, no parece brillar por estos lados: los ciudadanos tienen restricciones para reunirse o asociarse y los periódicos están sujetos a censura previa.
La lengua francesa no es omnímoda, ya que debe convivir con ese idioma indescifrable que llaman neerlandés, y que el Rey Guillermo I ha impuesto como oficial.
San Martín no gozará en Bruselas de los beneficios que anuncia, y estará privado de afectos. A su hija la ha dejado en Londres, y su hermano está en París, a 190 millas.
Cuenta, sí, con otros hermanos: los de La Parfait Amitié, logia en la que militan algunos veteranos de la Península, como él mismo.
En la "Sociedad de Comercio", como él llama a la logia, se dan cita los enemigos del absolutista Guillermo I.
Entre ellos, algunos tienen vínculos con el Príncipe Leopoldo, aquel que San Martín quiso tener como Emperador del Perú, y cuya amistad con Fife permanece inalterable.
El General se sumará a la "reunión liberal", aunque no tenga parte activa en eventuales contiendas.
Si acaso fuere necesario formar un ejército, sugerirá que se convoque a un conocido suyo: Juan van Halen, militar gaditano de origen flamenco, masón y diez años menor que él. Van Halen, a quien San Martín trató en la Península, vive ahora en América.
La carrera militar de San Martín ha terminado.
Estará más tranquilo cuando Bolívar haya vencido.
Sin embargo, cree que Sud-América no recaerá más nunca en la condición colonial a que estuvo sometida durante tanto tiempo.

Rutinas bruselenses

La vida de San Martín en Bruselas es "uniforme y tranquila".
Reparte los días "entre el paseo y la lectura".
Las noches las emplea "en el teatro", como le gusta llamar a las tenidas masónicas.
Se empeña, por otra parte, en evitar el atraso de su correspondencia.
Tales rutinas sólo son alteradas por algún "resfriado con honores de gran enfermedad", o por sus usuales ataques de reumatismo.
El indiecito Eusebio lo asiste, pero no puede cebarle mate. En Europa no hay yerba.
El General toma, en cambio, café con bombilla, en una calabaza con virola.

Mercedes

El 23 de agosto su niña cumplió ocho años.
Va para grande, y él exige que ya no se la llame Merceditas.
La ha dejado en el colegio de Inglaterra, pero no ve la hora de que termine esos estudios.
Dentro de dos o tres meses Mercedes vendrá a pasar una vacación aquí. El tío Justo irá antes a Bayona para traer a la tía María Elena, que vive en España y no conoce a la niña. Al General le hace ilusión que ambas se encuentren.
Ha previsto que "el tiempo que permanezca Mercedes en Bruselas no hable otro idioma que el español" y le entusiasma pensar que "al mes volverá otra vez a poseerlo como antes".
Mientras tanto, en Londres, Paroissien cumple con esmero la "obligación" que le ha impuesto San Martín: ver a "mi Mercedes" una vez por semana. El buen amigo quedó en informar al General sobre "la salud de la niña y el progreso que haga en sus estudios". También en observar "si se ha docilizado su carácter".
A San Martín lo han reconfortado las noticias recibidas hasta ahora, que hablan de los "adelantamientos" de su hija. Los atribuye a "los esmeros de la Señora de Heywood y el método de su maestra".
Él cree que la niña se está "enderezando", y confiesa: "Cada día me felicito más y más de mi decisión de separarla del lado de su abuela, sin cuyo paso estoy seguro de que esta niña hubiera sido bien desgraciada".

No obstante, el General quiere cultivar en Mercedes el amor y el respeto por Doña Tomasa, que sólo por "excesivo cariño" la había "resabiado". Ha ordenado que "Mercedes escriba a su abuela" cada vez que un buque se apreste a zarpar hacia Buenos Aires.
Está pendiente de cuanto pase con la chiquilla.
Hace un tiempo pasó muchos días sin recibir carta de Londres. Con sentido trágico, se preguntó entonces si le habría sucedido "algo" a Mercedes y la señora Heywood no quería darle "una mala nueva".
A los cuarenta y seis años, San Martín no desea otra cosa que vivir el resto de los días en compañía de su hija.

El arte de la guerra

La participación de San Martín en la guerra de la independencia terminará dentro de unos días, cuando Jorge IV anuncie el reconocimiento de nuevos Estados en Sud-América.
Muchos creyeron que había concluido después de Guayaquil. Exactamente, el 20 de septiembre de 1822, cuando él depuso en Lima "la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Perú".
Ese día el Congreso aprobó un voto de gratitud "a quien supo exterminar en el suelo de los Incas el férreo poder de España". Lo hizo mientras el General cabalgaba con destino al puerto de Ancón, dispuesto a abordar el bergantín Belgrano, que lo llevaría de vuelta a Chile, para que de allí pasara a su patria.
No fue ése, sin embargo, el final de su proyecto político.
El "tiempo a la expectativa" que pasó en Los Barriales, su encuentro con el Vicario Apostólico, el viaje a Inglaterra, las actividades de sus subordinados en la Legación del Perú, sus tratos con el Embajador de los Estados Unidos, la fallida Expedición al Pacífico y, por fin, sus decisivas conversaciones con Fife, fueron instancias de la última etapa de su lucha.
El sigilo del General hizo que, para la mayoría, esa etapa pasase inadvertida o fuera considerada "enigmática".
Siempre han sido desconcertantes los movimientos de este militar que es, principalmente, un hombre de Estado.
Para San Martín, la guerra es el último e infeliz recurso, y sólo cabe echar mano de él cuando un pueblo no puede hacer valer, por la política o por la diplomacia, los derechos que lo asisten.
Estos principios no contradicen la vocación castrense.
Un jesuita francés tradujo, el siglo pasado, El arte de la guerra, un libro escrito 2.400 años atrás por el general chino Sun Tzu.
San Martín tiene leído ese libro. Un ejemplar lo acompañó de Cádiz a Buenos Aires, Mendoza, Santiago y Lima. El volumen, en 8° menor, estaba encuadernado en pergamino.
Siendo Protector del Perú, el General fundó la Biblioteca Pública y donó a ella once cajones de libros, entre los cuales estaba el de Sun Tzu.
En Sud-América también dejó ejemplos prácticos de sabiduría militar, inspirada por aquel gran chino que vivió cinco siglos antes de Cristo:

• *"Toda guerra se basa en el engaño", sentencia Sun Tzu, y recomienda: "Cuando estemos en condiciones de atacar, hemos de mostrarnos incapaces de hacerlo; cuando estemos cerca, hemos de hacer que el enemigo nos crea lejos; cuando estemos lejos, hemos de hacer que nos siente cerca". Y eso fue lo que San Martín hizo antes de cruzar los Andes. A través de los pehuenches envió falsa información al otro lado de la Cordillera, logrando que los realistas menospreciaran al Ejército Libertador y lo esperasen en un solo punto. Marcó del Pont, en efecto, creyó que las fuerzas de San Martín no serían demasiado numerosas y llegarían sólo por el paso de Planchón. Cuando cinco millares de hombres, con centenares de caballos y pesada artillería, descendieron por seis pasos distintos, la sorpresa fue formidable. Allí quedó sellada la suerte de los realistas en Chile.*

• *"La suprema excelencia de la guerra consiste en vencer sin luchar", dice Sun Tzu. Y eso es lo que San Martín hizo en el Perú. Entró en Lima sin librar una sola batalla. No lo entendía Cochrane, quien confundía sapiencia con cobardía. El escocés quería conquistar; el criollo, persuadir. Bolívar no es un conquistador sino, como San Martín, un libertador. Sin embargo,*

también a él le costó comprender esa "suprema excelencia de la guerra": si los dos ejércitos sudamericanos se hubiesen unido, bajo el comando coordinado de ambos héroes, se habría ahorrado sangre e incertidumbre, y la independencia estaría consolidada desde hace tiempo.
San Martín ha hecho, en los últimos meses, lo posible por consolidarla desde aquí; y está por asistir a su triunfo.

Carta a Chilavert

El 13 de marzo de 1812, la Gazeta de Buenos Ayres publicó esta noticia:

NOTICIAS PÚBLICAS

El 9 del corriente ha llegado á este puerto la fragata inglesa Jorge Canning, procedente de Londres en 60 días de navegación: comunica la disolución del exercito de Galicia, y el estado terrible de anarquía en que se halla Cadiz dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situacion política. La última prueba de su triste estado son las emigraciones frequentes, y aún más a la América Septentrional. Á este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería D. José San Martín, primer ayudante de campo del general en xefe del exercito de la Isla Marques de Coupigny: el capitán de infantería D. Francisco Vera: el Alférez de navio D. Jose Zapiola: el capitan de milicias D. Francisco Chilavert: el alferez de carabineros reales D. Carlos Alvear y Balbastro: el subteniente de infantería D. Antonio Arellano y el primer teniente de guardias valonas, barón de Olembert. Estos individuos han venido á ofrecer sus servicios al gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los interéses de la patria.

Francisco Chilavert había sido arrestado en Montevideo, en 1810, por adherir a la Revolución de Mayo. Remitido a España, de allí había pasado a Londres para volver al Río de la Plata con este grupo de patriotas.

Junto con Francisco iban dos hijos suyos:

Uno, Martiniano, estudiaría Matemáticas, se graduaría de Ingeniero y pelearía al lado de Alvear.

El otro, José Vicente, no participaría del Ejército de los Andes, pero sí de la Logia Lautaro, donde trabaría con San Martín una amistad que no se ha disipado desde entonces.

El General, fiel a sus votos de secreto, se niega a confirmar los rumores de que Vicente —como él lo llama—haya sido el primer Presidente de la Logia Lautaro.

Algo indudable es que participó, en 1820, de un fallido alzamiento militar contra Rodríguez y Rivadavia, encabezado por el oriental Manuel Vicente Pagola.

El movimiento contó con la fuerza de "los cívicos": una milicia ciudadana, compuesta mayormente por pardos y negros.

En un primer momento, los alzados tomaron el fuerte y obligaron al Cabildo a designar, como Comandante en Jefe de los Cívicos, a Hilarión de la Quintana: otro oriental, tío de Remedios de Escalada, que fue edecán de San Martín en Chile y peleó en Maipú.

Ya instalado en Bruselas, San Martín recuerda a aquel Vicente que, siendo muy joven, atravesó el Atlántico con el grupo de patriotas que iba a fundar la libertad de Sud-América.

Es la primera persona a la cual quiere comunicar, anticipándose al anuncio oficial de Londres, que el objetivo está alcanzado.

Se sienta a su escritorio y escribe:

"Ya tiene usted reconocida nuestra independencia por la Inglaterra; la obra es concluida".

Fuentes

Todos los datos de este libro provienen de fuentes fidedignas. No cabía citarlas mediante "notas al pie", incongruentes con un "diario íntimo". A continuación se las enumera, clasificadas por capítulo y por tipo: documentos inéditos, comunicaciones al autor, periódicos de la época, libros y artículos empleados. Quien desee mayor precisión bibliográfica puede requerirla a través de www.diariodesanmartin.com.ar.

FUENTES GENERALES

Estas fuentes han sido utilizadas en más de un capítulo. Se las enumera aquí y no se las reitera en los capítulos respectivos.

DOCUMENTOS INÉDITOS

García del Río, Juan y James [Diego] Paroissien, *Papers relating to the Peruvian Legation*	Essex Record Office (ERO), Chelmsford, Reino Unido
Hippisley, John, "Summary of transactions referred to in the address of Sir John Hippisley"	Scottish Record Office (SRO), Historical Research Room, papeles del Melville Castle, Edimburgo, Reino Unido
Informes de oficiales y funcionarios británicos desde el Río de la Plata	The National Archives of the United Kingdom (ex Public Records Office), Londres, Reino Unido
Legajo 8186, Estado	Archivo General de Simancas, Valladolid, España
Maitland, Sir Thomas, "Letters and memorials, 1800-1803, including... plan to capture Buenos Aires and Chile and then 'emancipate' Perú and México [Quito]"	SRO, Historical Research Room, papeles Sir Arthur Steel-Maitland, Edimburgo, Reino Unido
Paroissien, Diego, *Letters, dated 1824, including correspondence with San Martín*	ERO
Peruvian Legation, *Cuenta Jeneral (1825)*	
Registre de bâtiments	Archives de la Région de Havre-Normandie et du Département de la Seine-Maritime, Rouen, Francia

LIBROS

Academia Argentina de la Historia — *San Martín ante la Historia*
Buenos Aires, 2000

Academia Nacional de la Historia — *Nueva Historia de la Nación Argentina*
Buenos Aires, 2000

Barcia Trelles, Augusto — *San Martín en Europa*
Buenos Aires, 1948

Barrington, Sir Jonah — *Personal sketches of his own time*
Filadelfia, 1827

Cisneros, Andrés y Carlos Escudé — *Historia general de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*,
Buenos Aires, 2000

Cútolo, Vicente O. — *Nuevo diccionario biográfico argentino, 1750-1930*
Buenos Aires, 1968/1985

De Gandía, Enrique — *Historia política argentina. Rivadavia y su tiempo*
Buenos Aires, 1990

De la Puente Candamo, José Agustín — *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*
Lima, 1948

Gibelli, Nicolás J., dir. — *Crónica Histórica Argentina*
Buenos Aires, 1968

Great Britain Parliament — *The Parliamentary Debates*, under the superintendence of T. C. Hansard
Londres, 1825

Levene, Ricardo — *El genio político de San Martín*
Buenos Aires, 1970

Luna, Félix — *Breve historia de los argentinos*
Buenos Aires, 1994

Lynch, John — *Simon Bolivar: A Life*
Londres, 2006

Miranda, Francisco — *Archivo del General Miranda*
La Habana, 1950

Mitre, Bartolomé	*Historia del Libertador y la Emancipación Sudamericana* Buenos Aires, 1887
Otero, José Pacífico	*Historia del Libertador Don José de San Martín* Buenos Aires, 1978
Oxford University Press	Oxford Dictionary of National Biography Oxford, 2004
Palma, Ricardo	*Tradiciones peruanas* Lima, 1860
Parish Robertson, John and William	*Letters on South America* Londres, 1952
Pasquali, Patricia	*San Martín confidencial* Buenos Aires, 2000
Pérez Amuchástegui, Agustín	*Ideología y acción de San Martín* Buenos Aires, 1979
Petrella, Dionisio	*José de San Martín* Buenos Aires, 1974
Questa, Juan H., traductor	*Partes del Comodoro Bowles* Buenos Aires, 1994
Terragno, Rodolfo	*Maitland & San Martín* Bernal, 1998
Wright, I. S. y L. P. Nekhom	*Diccionario Histórico Argentino* Buenos Aires, 1990

PERIÓDICOS DE LA ÉPOCA

The Aberdeen Journal	Aberdeen, 1824
The British Monitor	Londres, 1824
The Courier	Dundee, 1824
The Gentleman's Magazine and Historical Chronicle	Londres, 1824
The Morning Chronicle	Londres, 1824
The Sun	Londres, 1824
The Southampton Herald	Southampton, 1824
The Times	Londres, 1824
Le Journal des Débats	París, 1824
A Estrella Brasileira	Río de Janeiro, 1824
El Argos	Buenos Aires, 1824
El Avisador Universal	Buenos Aires, 1824
El Registrador Oficial	Buenos Aires, 1824
El Republicano	Buenos Aires, 1824
La Gazeta de Buenos Aires	Buenos Aires, 1812
Teatro de la Opinión	Buenos Aires, 1824

UN PLAN SECRETO

El plan secreto que aparece en este capítulo no corresponde a un documento íntegro; se lo armó uniendo frases textuales de San Martín obtenidas de cartas a Federico de Brandsen, Tomás Guido, Manuel Molina, Bernardo O'Higgins y Manuel Alejandro Pueyrredón.

La referencia a su intención de visitar Roma proviene de Pedro Letuvia, "Rivadavia y Monseñor Muzi, según fuentes inéditas del Vaticano", en Razón y Fe (Madrid, 1932).

Fuentes del resto del capítulo:

LIBROS Y ARTÍCULOS

Aguirre Elorriaga, Manuel — *El abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana, 1800-1830*
Michigan, 2006

Altamira, Luis Roberto — *San Martín. Sus relaciones con don Bernardino Rivadavia*
Buenos Aires, 1950

Amuchástegui, Miguel Luis — *La reconquista española de Chile en 1814*
Madrid, s/f

Anónimo ("Un inglés". ¿Love, Thomas George?) — *Cinco años en Buenos Aires, 1820-1825*
Londres, 1825

Barrios Arana, Diego — *Historia Jeneral de Chile* (sic)
Santiago de Chile, 1892

Barros Borgoño, Luis — *La misión del Vicario Apostólico Apostólico Don Juan Muzi*
Santiago de Chile, 1833

Barros, Carolina y Bonnie Browne — *De Don José de San Martín. Una historia fotográfica de los objetos que pertenecieron a San Martín*
Buenos Aires, 2000

Batllori, S. J., Miguel — "The Role of the Jesuit Exiles", en Humphreys, R. H. y John Lynch (comps.), *The Origins of the Latin American Revolutions, 1806-1826*
Nueva York, 1965

Brizuela, Gabriel Eduardo — *José de San Martín y Domingo Faustino Sarmiento*
Buenos Aires, 2000

Campana, Carlos y Jorge — "La desconocida vida de Merceditas", en *Los Andes*
Mendoza, 2005

Capdevila, Arturo — *El abuelo inmortal*
Buenos Aires, 1946

Cortabarría, Jorge Juan — "Juan María Gutiérrez y la historia de la Virgen de Luján", en *Anuario de Historia de la Iglesia*
Pamplona, 2007

Criado, Cecilia — *La teología de la Tebaida Estaciana: El anti-virgilianismo de un clasicista*
Santiago de Compostela, 1997

Draghi Lucero, Juan — "San Martín, su chacra, su molino y la ubicación de su primer monumento", en *Anales del Instituto de Investigaciones Históricas*
Mendoza, 1941

Ferguson, Niall — *Empire*
Londres, 2002

Ferrer Benimeli, José Antonio — *La masonería española*
Madrid, 1995

Gerding, Eduardo C — "El Sargento Mayor de Marina Thomas Taylor y la Señora Mary Clarke", en *Buenos Aires Herald*
Buenos Aires, 2005

Gillespie, Alexander — *Gleanings and Remarks: Collected During Many Months of Residence at Buenos Aires*
Leeds, 1818

Gómez, María Rosa — "El asistente", en *Los Andes*
Mendoza, 2005

Guevara, Darío C. — *Bolívar, Libertador y arquitecto de la Unidad Americana*
Quito, 1974

Hendricks, Frances Kellam — "The First Apostolic Mission to Chile", en *The Hispanic American Historical Review*
Pittsburgh, 1942

Hosmer, James K. — *The History of the Louisiana Purchase*
Springfield, Massachusetts, 1902

Hudson, Damian — "Recuerdos históricos sobre la Provincia

de Cuyo", en *La Revista de Buenos Aires*
Buenos Aires, 2004

Labougle, Horacio — "San Martín en el ostracismo: sus recursos", en *Investigaciones y Ensayos*
Buenos Aires, 1972

Letuvia, Pedro — "Rivadavia y Monseñor Muzi, según fuentes inéditas del Vaticano", en *Razón y Fe, revista mensual hispanoamericana"*
Madrid, 1932

Manning, William R. — *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*
Buenos Aires, 1932

Marigliano, Cecilia — *La chacra de Los Barriales, "Mi Tebaida"*
Mendoza, 1994

Marigliano, Cecilia y Marisa Fortte — *Tras las huellas sanmartinianas en el oasis de Tunuyán*
Mendoza, s/f

Marins, Carlo — *Viaggio di Don Giovanni Mastai (Oggi S. S. il Papa Pio IX) nell'America Meridionale da Genova a Santiago*
Milán, 1865

Martí Gilabert, Francisco — "La misión en Chile del futuro Papa Pío IX. I: Preparativo y escala en Buenos Aires", en *Anuario de Historia de la Iglesia*
Navarra, 2000

Mastai Ferreti, Juan — *Diario*, traducido por C. Oviedo Cavada
Santiago de Chile, 1961

Miller, John — *Memorias del General Miller*
Buenos Aires, 1997

Mitre, Bartolomé — *Páginas de Historia*
Buenos Aires, 1906

Museo Mitre — *Documentos del Archivo de San Martín*
Buenos Aires, 1913

Paz Soldán, Mariano Felipe — *Historia del Perú independiente, 1822-1827* Lima, 1870

Pérez Amuchástegui, Antonio J. — *La carta de Lafond y la preceptiva historiográfica* Córdoba, 1962

Piccirilli, Ricardo — *San Martín y la política de los pueblos* Buenos Aires, 1957

Pigna, Felipe — "Artigas, el padre del federalismo", en *Clarín* Buenos Aires, 2008

Reyes Flores, Alejandro — "Finanzas en el Perú: 1895-1914", en *Investigaciones sociales* Lima, 2002

Rojas, Ricardo — *El Santo de la Espada* Buenos Aires, 1943

Rottjer, Aníbal A. — *La masonería en la Argentina y en el mundo* Buenos Aires, 1973

Sallusti, José — *Storia delle missioni apostoliche dello stato del Chile* Roma, 1827

Serafini, Alberto — *Pio Nono: Giovanni Maria Mastai Ferretti, dalla giovinezza alla morte nei suoi scritti e discorsi editi e inediti* Vaticano, 1958

Silva Cotapos, Carlos — *D. José Santiago Rodríguez Zorrilla, Obispo de Santiago de Chile* Santiago de Chile, 1915

Tupper, Guillermo — *Diario de Campaña. 1823-1828* Buenos Aires, 1972

Vercesi, Ernesto — *Pío IX* Milán, 1930

Vicuña Mackena, Benjamín — *El ostracismo del General D. Bernardo O'Higgins. Escrito sobre documentos inéditos* Valparaíso, 1860

Vicuña Mackena, Benjamín — *El General Don José de San Martín* Buenos Aires, 1971

Vilar, Pierre — *Historia de España* Barcelona, 1978

Webster, Sir Charles Kingsley — *Britain and the Independence of Latin American, London 1812-1830* Oxford, 1938

Woodward, Llewellyn — *The Age of Reform. 1815-1870* Oxford, 1962

PERIÓDICOS DE LA ÉPOCA

Antón Peluca, padre de la Señora Doña María Retazos, ausente en Santa Fe — Buenos Aires, 1824

WEB

Béccar Varela, Alfonso M. — *Mariano Francisco Joseph Zavaleta Aramburu (1762-1837)* http://elmamotreto.blogspot.com/2006/12/cosme-beccar-febrer-1753-1821.html

Ibarguren Aguirre, Carlos Federico — *Los antepasados, a lo largo y más allá de la Historia Argentina* www.genealogiafamiliar.net

Olimón Nolasco, Manuel — *La libertad y el liberalismo: caso de conciencia para la Iglesia católica en el siglo XIX* www.bibliojuridica.org/libros/5/2289/28.pdf

Philippine Commerce and the Manila Galleon Collection, 1769-1830 Online Archive of California, www.oac.cdlib.org

Pigna, Felipe — *Escritos de San Martín* *El Historiador*, www.elhistoriador.com.ar

Saguier, Eduardo R. — *Genealogía de la Tragedia Argentina* http://www.er-saguier.org/obras/gta/Tomo-I/Seccion-G/Cap-26/0-BUR-09.pdf

Sarghini, Jorge Emilio, coordinador — *Historia del Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires* http://www.ec.gba.gov.ar/Historia/Historia.htm

LIBROS Y ARTÍCULOS

Amunátegui Solar, Domingo — "Vida literaria, amorosa y política de Juan García del Río", en *Recuerdos biográficos*, Santiago, 1938

Cacua Prada, Antonio — "El ilustre periodista y diplomático cartagenero don Juan García del Río" en *Nuestra América* Tunja, Colombia, 1982

De la Puente Candamo, José — "Colección documental de la Independencia del Perú", en *Enciclopedia Ilustrada del Perú* Lima, 1993

García del Río, Juan — *Meditaciones colombianas* Medellín, 1972

Gual y Jaén, Ricardo (García del Río, Juan) — *Biografía del Jeneral San Martín*, (sic) *acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes* París, 1844

Humphreys, R. A. — *Liberation in South America, 1806-1827. The Career of James Paroissien* Londres, 1952

Lozier Almazán, Bernardo — *Liniers y su tiempo* Buenos Aires, 1990

Moreno Blanco, Lácydes — "Bicentenario de Juan García del Río, gran periodista y pensador de la América independiente", en *Revista Credencial Historia* Bogotá, 1994

WEB

Ocampo López, Javier — *García del Río, Juan* Biblioteca Virtual del Banco de la República de Colombia http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/garcjuan.htm

DOCUMENTOS INÉDITOS

État nominatif des passagers débarqués au Havre des colonies pendant l'année 1824	Archives Nationales, París
Police Politique, Objets Généraux	Archives Nationales, Paris

COMUNICACIONES PERSONALES AL AUTOR

Archiviste	Mairie du Havre Archives & Documentation, 1987
Briand, Pol	Historiador París
Conservateur Adjoint	Bibliothèque Municipale, Ville du Havre, Francia, 1987

LIBROS Y ARTÍCULOS

Costey frères	*L'Almanach du Havre* El Havre, 1824
Godoy, Manuel	*Cuenta dada de su vida política por Don Manuel Godoy, Príncipe de la paz: Ó sean memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón* Madrid, 1837
Legoy, Jean	*Le Peuple du Havre et son histoire, 1800-1914: La vie politique et sociale* El Havre, 1984

Mayochi, Enrique Mario — "Mercedes, la hija del Libertador", en *José de San Martín Libertador de América* Buenos Aires, 1995

Mourre, Michel — *Dictionnaire Encyclopédique d'Histoire* París, 1983

Rugendas, Johann Moritz — *Malerische Reise auf Brazilien* París, 1827

WEB

Prunaux, Emanuel — *Les dirigeants de la banque de France sous le consulat et l'empire, en Cambacérès (1753-1824)* http://www.cambaceres.fr/vie-poli/bque-france/3/bque-france.htm

Emsley, Clive — "The French Police in the 19th Century", en *History Today* Londres, 1982

EL RETORNO A INGLATERRA

DOCUMENTOS INÉDITOS

Register of shipping — Register Society (hoy Lloyds Register), Londres

COMUNICACIONES PERSONALES AL AUTOR

Greater London Council — Historic Building Division, Londres, 1980

LIBROS Y ARTÍCULOS

The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature of the Year 1822 Londres, 1823

Bethel, Leslie, ed. — *The Cambridge History of Latin America, From Independence to c. 1870* Cambridge, 1985

Brown, Matthew — "Inca, Sailor, Soldier, King: Gregor MacGregor and the Early Nineteenth Century Caribbean", en *Bulletin of Latin American Research* Bristol, 2005

Disraeli, Benjamin — *An Inquiery into the Plans, Progress and Policy of the American Mining Companies* Londres, 1825

Everard, Stirling — *The History of the Gas Light and Coke Company 1812-1949* Londres, 1949

Franklin, Robert — *Lord Stuart de Rothesay: the life and times of Lord Stuart de Rothesay of Highcliffe Castle 1779-1845* Londres, 1993

Galeano, Eduardo — *Memorias del fuego* México D. F., 1982

Margeston, Stella — "Illusion or reality: the first moving pictures", en *Country Life* Londres, 1982

Murphy, Martin — *Blanco White: Self-Banished Spaniard* New Haven, 1989

Ramírez, José Fernando — *Obras históricas - Bibliografía y biografía* México D.F., 2001

Salcedo Bastardo, José Luis — *Crisol del Americanismo. La casa de Miranda en Londres* Caracas, s/f

Sandell, Elsie M. — *Southampton Through the Ages* Southampton, 1960

Saunders, Ann — *"Regent's Park: A study of the development of the area from 1086 to the present day"* Londres, 1969

Sinclair, David — *Sir MacGregor and the Land that Never Was: The Extraordinay Story of the Most Audacious Fraud in History* Londres, 2003

Thornbury, Walter — *Old and New London*
Londres, 1878

Toro, Luis Julio — "La flauta de Miranda", en *Miranda, su flauta y su música*
Caracas, 2000

Turner, George y James Russell — *Reports of Cases argued and determined in the High Court of Chancery during the time of Lord Chancellor Eldon*
London, 1832

WEB

Claps Arenas, María Eugenia — "José María Blanco White y la cuestión americana", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*
http://www.iih.unam.mx/moderna/presentacion.html

Lynch, John — *San Martín: Argentine Patriot, American Liberator*
http://americas.sas.ac.uk/publications/docs/Lynch.pdf

Ortuño Martínez, Manuel — *Hispanoamericanos en Londres a principios del siglo XIX*
Londres, 1992,
http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:ETFSerie5-89422461-1D7E-AA9B-4F8D-5F44A5ABCDD0/PDF

Society for Irish Latin America Studies — *Irish Migration Studies in Latin America*
www.irlandeses.org

LAS FAENAS DE JUAN Y DIEGO

DOCUMENTOS INÉDITOS

Anónimo [García del Río, Juan?], *Conversación particular entre el Embajador de Francia en Londres y un colombiano* — ERO

LIBROS Y ARTÍCULOS

Anónimo [García del Río, Juan?] — *Peruvian Pamphlet; being an exposition of the Administrative Labours of the Peruvian Government*
Lima, 1822

Barros Arana, Diego — *Historia General de Chile*
Santiago de Chile, 2000

Bourne, Henry Richard Fox — *The Life of Thomas, Lord Cochrane, Tenth Earl of Dundonald, G.C.B., Admiral of the Red, Rear-Admiral of the Fleet*
Londres, 1869

Bulnes, Gonzalo — *Historia de la expedición libertadora del Perú*
Santiago de Chile, 1887

Dose de Zemborain, Justa — "San Martín en el ostracismo", en *Actas del Congreso Nacional de Historia del Libertador General San Martín*
Buenos Aires, 1953

Hall, Basil — *Extracts from a journal written on the coasts of Chili, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822*
Edimburgo, 1826

Account of a Voyage of Discovery to the West Coast of Corea and the Great Loo-Choo Islands
Londres, 1818

Lynch, John — "Gran Bretaña. San Martín y la independencia latinoamericana", separata, *Primer Congreso Internacional Sanmartiniano*
Buenos Aires, 1978

Torre Revello, José — "El ostracismo del General San Martín", en *Actas del Congreso Nacional de Historia del Libertador General San Martín*
Buenos Aires, 1953

WEB

Paz, Juan J. y Miño Cepeda — *Los orígenes de la deuda externa de Ecuador*
http://www.gestion.dinediciones.com/66/origendeudainfo.htm

COMUNICACIONES PERSONALES AL AUTOR

Berger, Hugh	Carnfield Hall, South Normanton, Reino Unido, 1985
Haigh, Bernard	Derby Central Library, Derby, Reino Unido, 1986
Monahan, P. J.	Nuneaton Library, Nuneaton, Reino Unido, 1986
Oglesby, Louise	Coalville Library, Coalville, Leicestershire, Reino Unido, 1986

LIBROS Y ARTÍCULOS

	"Old Nuneaton", en *The Nuneaton Observer* Nuneaton, 1879
	White's Directory Derby, 1830
Brunel House	*Reprint of the first edition of the one-inch Ordance Survey of England and Wales* Newton Abbot, Devon, 1830-c.1840
Clincker, C. R. y Charles Hadfield	*The Ashby-de-la-Zouch Canal and its Railways* Ashby-de-la-Zouch, s/f
Craven, Max y Michael, Stanley	*The Derbyshire Country Houses* Derby, s/f
Curtis, Rev. J.	*A Topographical History of the County of Leicestershire* Ashby-de-la-Zouch, 1831

Hextall, W. — *The History and Description of Ashby-de-la-Zouch*
Ashby-de-la-Zouch, 1852

Lee, Peter — "Bygone Nuneaton", en *Nuneaton Echo*
Nuneaton, 1963

Priestley, Joseph — *Historical Account of the Navigable Rivers, Canals, and Railways, of Great Britain*
Londres, 1831

Southam Library — *Southam through the Centuries*
Southam, s/f

Thomas, Percy — *Reliques of Ancient English Poetry*
Londres, 1840

FOLLETOS

A guide to the Ancient Town of Ashby-de-la-Zouch
Ashby-de-la-Zouch, s/f

Deddington, Oxfordshire, Village Guide
Deddington, s/f

The National Trust, Hardwick Hall
Londres, s/f

English Heritage — *Ashby-de-la-Zouch Castle*
Londres, 1984

WEB

Lambert, Tim — *A brief history of Nuneaton*
http://www.localhistories.org/nuneaton.html

Victoria Country History of Oxfordshire
http://www.victoriacountyhistory.ac.uk/website/VCH/Counties/Oxfordshire/Home

LIBROS Y ARTÍCULOS

Antokoletz, Daniel — "La diplomacia de la Revolución de Mayo y las primeras misiones diplomáticas hasta 1813", en *Historia de la Nación Argentina* Buenos Aires, 1939

Benezit, E. — *Dictionnaire Des Peintres, Sculpteurs, Dessinateurs Et Graveurs* Paris, 1976

Cussen, Antonio — *Bello and Bolivar: Poetry and Politics in the Spanish American Revolution* Cambridge, Reino Unido, 1992

Del Olmo, Rosa — *América Latina y su criminología* México, 1981

Finley, Gerald — *Angel in the Sun: Turner's Vision of History* Londres, 1999

George, Dorothy — *Catalogue of Political and Personal Satires preserved in the Department of Prints and Drawings in the British Museum, 1820-1827* Londres, 1952

Grant, Maurice Harold — A *Dictionary of British Etchers* Londres, 1952

Guerrero Lira, Cristián — "La propaganda monarquista en el Gobierno de San Martín en el Perú. La Sociedad Patriótica de Lima", en *Revista de Estudios Históricos* Santiago de Chile, 2006

Iriarte, Tomás de — *Memorias. Rivadavia, Monroe y la Guerra Argentino-Brasileña* Buenos Aires, 1945

Jacksic, Iván — *Andrés Bello, la pasión por el orden* Santiago de Chile, 2001

Palmer, Alana — *George IV* Londres, 1975

Restrepo Sáenz, Eduardo — "El primer ministro inglés en Bogotá", en *El Alma de Bogotá* Bogotá, 1988

Robertson, William Spence — *The life of Miranda* Michigan, 2008

Rodríguez, Gregorio F. — *Historia de Alvear* Buenos Aires, 1913

Rosa, José María — *La misión García ante Lord Strangford* Buenos Aires, 1951

Uzal, Francisco Hipólito — "Los enemigos de San Martín", en *San Martín: vida privada y pública* Buenos Aires, 1988

Young, John — *A Catalogue of the Collection of Pictures of the Most Noble The Marquess of Sttaford at Cleveland House, London* Londres, 1825

WEB

Historia de la moneda metálica argentina http://www.historiadelpais.com.ar/argentina_textos_det.php?id=1

Sheehan, Colleen A. — "Jane Austin's 'tribute' to the Prince Regent: A gentleman riddled with difficulty", en *Jane Austin Society of North America (JASNA) Persuasions On Line* (2006) www.jasna.org/persuasions/on-line/vol27no1/sheehan.htm.

EL INCREÍBLE CAPITÁN HEYWOOD

LIBROS Y ARTÍCULOS

Ferns, H. S. — *Gran Bretaña y Argentina en el Siglo XIX* Buenos Aires, 1968

King, Robert J. — "An Australian Perspective on the English Invasions of the Rio de la Plata in 1806 and 1807" en *Sabretache*, publicación de

la Military Historical Society of Australia
Melbourne, 2003

Ruiz Moreno, Isidoro J. — *Campañas militares argentinas*
Buenos Aires, 2005

Smith, Harry — *The autobiography of Lt.-Gen. Sir Harry Smith, Baronet of Aliwal, G.C.B.*
Londres, 1903

Tagart, Edward — *A Memoir of the Late Captain Peter Heywood, R.N. with extracts from his diaries and correspondence*
Londres, 1832

San Martín vuelve al Perú

Libros y artículos

Briceño Martínez, Rafael — *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos, 1829-1832*
Bogotá, 1963

Gallo, Klaus — *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*
Buenos Aires, 1994

Harris, Jonathan — "Bernardino Rivadavia and Benthamite discipleship", en *Latin American Research Review* 33, pp. 129-49
Pittsburgh, 1998

Sullivan, Luke O. y Catherine Fuller, compiladores — *The Correspondence of Jeremy Bentham: Correspondence: Volume 12: July 1824 to June 1828*
Londres, 2006

Con el amigo del Rey

Documentos inéditos

Duff of Braco Papers, MSS 2727/94 — Sección Manuscritos y Archivos, Universidad de Aberdeen, Reino Unido

Farquharson, ? — *General José de San Martin en 57°40'*
Arbuthnot Museum, Peterhead, Reino Unido

COMUNICACIONES PERSONALES AL AUTOR

Chamberlein-Mole, Joselyn	Scottish Museums Council, Edimburgo, Reino Unido, 1985
Curador de Duff House	Banff, Reino Unido, 1981
Gordon, A. W., ex Preboste	Banff, 1981
Hipburn, George D., Secretario General	Logia St. Andrew No. 52, Banff, 1982
Jackson, Ronald W.	Banff and Buchan Council, Banff, 1981

LIBROS Y ARTÍCULOS

Anónimo	*A Catalogue of* [II Earl of Fife] *Lord Fife's Coins and Medals* Londres, 1796
Anónimo	*Catalogue of the Portraits and Pictures in the Different Houses Belonging to James* [III] *Earl of Fife* Londres, 1807
Aspinall, A. y Anthony Smith	*English Historical Documents 1783/1832* Londres, 1996
Beerbohm, Max	"Dandies and Dandies", en *The Works of Max Beerbom*
Beresford Chancellor, E.	*The Diary of Philipp von Neumann 1819-1850* Londres, 1928
Carter, R. T.	*Royal borough of Banff, 600th anniversary* Belfast, 1972
Cokayne, George	*The complete peerage of England, Scotland, Ireland, Great Britain and the United Kingdom, Extant, Extinct or Dormant* Londres, 1887-1898

Cole, John — *Memoirs of British generals distinguished during the Peninsular war*
Londres, 1856

Cramond, William — *The Annals of Banff*
Aberdeen, 1891

Donoso, Ricardo — *Fuentes documentales para la historia de la Independencia de América*
México D. F., 1960

Duncan, James — *Duncan's Itinerary of Scotland; with the Principal Roads to London*
Lumsden, 1820

Ebers, John — *Seven years of the King's Theatre*
Londres, 1828

Gronow, Captain — *The Reminiscences and Recollections of Captain Gronow: Being Anecdotes of the Camp, Court, Clubs & Society, 1810-1860*
Londres, 1864

Groome, Francis H., ed. — *Ordnance Gazetteer of Scotland: A Survey of Scottish Topography, Statistical, Biographical and Historical*
Edimburgo, 1885

Hall, James — *Travels in Scotland by un Unusual Route*
Londres, 1807

Iglesias, Graciela — "San Martín, enigmático viajero en Europa", en *La Nación*.
Buenos Aires, 2008

Imlach, James — *History of Banff and Familiar Account of its Inhabitants and belongings*
Banff, 1868

Jeffery, Brian — Introducción a Federico Moretti, *Doce canciones*
Londres, 1978

Laurie, William Alexander — *The History of the Freemasonry and the Grand Lodge of Scotland*
Edimburgo, 1909

Lissauer Cromwell, Judith — *Dorothea Lieven: A Russian Princess in London and Paris, 1785-1857*
Londres, 2007

Lord, John — *Beacon lights of History, IX: European statesmen*
Londres, 1902

Olson, James Stuart y Robert Shadle — *Historical Dictionary of the British Empire*
Londres, 1996

Powell, Dilys, traductor — *The private letters of Princess Lieven to Prince Metternich, 1820-1826*
Londres, 1937

Preservation Society — *Royal and ancient Banff*
Banff, Escocia, 1975

Ryrie, Kenneth S. — *Famous Scottish Freemasons*
Edimburgo, 1965

Sheldon Weathon, Nathaniel — A *Journal of a Residence During Several Months in London: Including Excursions Through Various Parts of England ; and a Short Tour in France and Scotland ; in the Years 1823 and 1824*
Nueva York, 1830

Taylor, Alister y Henrietta — *The Book of the Duffs*
Edimburgo, 1914

Tranter, Nigel — *The Story of Scotland*
Glasgow, 2000

"La obra es concluida"

Libros y artículos

Beneski, Charles de — *A Narrative of the Last Moments of the Life of Don Augustin de Iturbide, Ex-emperor of Mexico*
Londres, 1825

Catalano, Edmundo Fernando — *Breve historia minera de la Argentina*
Buenos Aires, 1984

Stevens, Willy J. y otros — "San Martín en Bélgica", en Coloquio Internacional "El General San Martín en Bélgica" Bruselas, 1998

Sun Tzu — *El arte de la guerra*

Universidad de Navarra — *Documentos del reinado de Fernando VII* Pamplona, 1972

Agradecimientos

Peter ANDERSON, Registrar, Nacional Register of Archives, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
M. I. ANDERSON-SMITH, Keeper of Special Collections, Aberdeen University Library, Escocia, Reino Unido, 1981.
Mónica Clarisa AVOGADRO, Cónsul General de la República Argentina, Guayaquil, Ecuador, 2008.
Sylvie BAROT, Archiviste, Archives & Documentation de la Mairie du Havre, Le Havre, Francia, 1987.
Atilio BOTTINI, Investigador, Buenos Aires.
Pol BRIAND, Historiador, París.
Elvira BUCOLO DE CUNSELMO, Subdirectora, Archivo Histórico de Mendoza, Mendoza, Argentina, 1998.
Neil BURTON, Greater London Council, Londres, 1980.
Rebeca CAMPBELL GIBSON, Manuscripts Department, Lilly Library, Indiana University, Bloomington, Indiana, Estados Unidos de América, 1982.
Magdalena CANELLAS ANOZ, Directora, Archivo General de Indias, Sevilla, España, 2003.
James CARTLAND, Carnfield Hall, Southnormanton, Derbyshire, Reino Unido, 1985.
María del Carmen CASTELLANI, Buenos Aires, 1988-2008.
Ana E. CASTRO, Secretaria, Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Mendoza, Argentina, 1998.
J. E. CHAMBERLAIN-MOLE, Museums Organiser, North East Scotland Library Service, Petehead, Reino Unido, 1981.
Brenda R. CLUER, Regional Archivist, Grampian Regional Council, Escocia, Reino Unido, 1981.
Eduardo CRAWLEY, Periodista e historiador, Londres, 1982-1987.
Juan José CRESTO, Historiador, Buenos Aires, 2007-2008.
Alan ELLENDER, Professor, Maidstone, Kent, Reino Unido, 1980-1987.
Rosemary EVISON EVISON, Archive Assistant, National Portrait Gallery, Londres, 1981.
E. Stuart FALCONE, Grand Secretary, The Grand Lodge of Scotland, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
Jorge FERNÁNDEZ DÍAZ, Periodista y escritor, La Nación, Buenos Aires, 2007-2008.
Hugo GALMARINI, Historiador, Buenos Aires, 2007-2008.
José Antonio GÓMEZ ITURRALDE, Director, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil, Ecuador, 2008.
Andrew GRAHAM-YOOLL, Foreign Desk, The Guardian, Londres, 1980.
Peter GRANT, City Librarian, City of Aberedeen Libraries Department, Aberdeen, Reino Unido, 1981.
Victor GRAY, Archivist, Essex County Council, Chelmsford, Reino Unido, 1986.
Bernard HAIGH, Central Librarian, Derbyshire Library Service, Derby, Reino Unido, 1986.
J. M. HAMILL, Assistant Librarian, Library and Museum of the United Grand Lodge of England, Londres, 1981.
Richard HARRIS, Archive Services Manager, Essex County Council, Chelmsford, Essex, Reino Unido, 2008.
Peter HAYES, Weapons Department National Army Museum, Londres, 1981.
George D. HIPBURN, Secretary General, Lodge St. Andrew Accepted Masons N° 52, Banff, Reino Unido, 1985.
Juan Vicente HERNÁNDEZ, Director, Archivo General Militar de Segovia, Segovia, España, 2000.
Gillian C. HOWARTH, House of Commons Library, Londres, 1986.
R. E. HUTCHINSON, Keeper, Scottish National Portrait Gallery, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
Ronald W. JACKSON, Director, Banff and Buchan District Council, Banff, Reino Unido, 1981.

Peter JONES, Acting Director of Architecture, Greater London Council, Department of Architecture and Civic Design, Londres, 1981.
A. F. KELSALL, for the Acting Director of Architecture, Greater London Council Inner London Education Authority, Londres, 1981.
Daniel LARRIQUETA, Historiador, Buenos Aires, 2007-2008.
Estela LANARI, Profesora, Caracas, 1981.
Félix LUNA, Historiador, Buenos Aires, 1980-1987.
John LYNCH, Director, Institute of Latin American Studies, Londres, 1980.
Pedro S. MARTÍNEZ, Presidente, Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Mendoza, Argentina, 1998.
Linda R. MITCHEL, Scottish Record Office, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
P. J. MONAHAN, Librarian, Nuneaton Library, Warwickshire, Reino Unido, 1986.
G. MOORE, Chief Librarian, North East of Scotland Library Service, Aberdeen, Reino Unido, 1980.
Bebbe MOORING, Assistant Information Officer, Greater London Council, Department of Architecture and Civic Design, Londres, 1981.
A. M. OAKLEY, Archivist, Cathedral Archives and Library, Canterbury, Reino Unido, 1980.
Louise OGLESBY, Team Librarian, Coalville Library, Leicestershire, Reino Unido, 1986.
Hugh O'SHAUGHNESSY, Journalist, The Observer, Londres, 1995.
James G. PARKER, Research Assistant, The Royal Commission on Historical Manuscripts, Londres, 1981.
Francisco Ignacio PÉREZ, Historiador, Mendoza, Argentina, 1998.
Mario PERGOLINI, Cuatro Cabezas, Buenos Aires, 2007.
Claudia V. PIACENTINI, Gale, Cengage Learning, The Times Digital Archive, Londres, 2007.
Felipe PIGNA, Historiador, Buenos Aires, 2007-2008.
Carlos PIÑEIRO IÑÍGUEZ, Embajador argentino en Ecuador, Quito, 2008.
Hugh POPHAM, Historian, Tywardwreath, Cornwall, Reino Unido, 1995.
T. I. RAE, Keeper, National Library of Scotland, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
Herman RAYNOD, Historiador, Buenos Aires, 1983.
Isidoro RUIZ MORENO, Historiador, Buenos Aires, 2007-2008.
James RYAN, Deputy Secretary, The University Dundee, Escocia, Reino Unido, 1981.
Lidia SATRAGNO, Buenos Aires, 1983.
C. J. SINCLAIR, Scottish Record Office, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
Sir Roger WALTER, Architect to the Council, Greater London Council, Londres, 1980.
R. M. STAFFORD, Sauchie Estate Office, Sauchieburn House Estela Stirling, Reino Unido, 1981.
John SUNDERLAND, Witt Librarian, Greater London Council Inner London Education Authority Department of Architecture and Civic Design, Londres, 1981.
E. Talbot RICE, Research and Information Officer, National Army Museum, Londres, 1981.
Julián TERRAGNO, Londres, 1995.
Maurice TOMLIN, Department of Furniture and Woodwork, Victoria and Albert Museum, South Kensington, Londres, 1981.
Margaret D. YOUNG, Assistant Keeper Scottish Record Office, Edimburgo, Reino Unido, 1981.
Depute City Librarian, Libraries Departament, City of Aberdeen, Escocia, Reino Unido, 1981.
Librarian and Curator, Library and Museum, United Grand Lodge of England, Londres, 1980.

RODOLFO HÉCTOR TERRAGNO, (Buenos Aires, 1943), es un escritor, historiador, abogado y político argentino. Ha sido senador, diputado y vicepresidente de su país, además de ministro y secretario de gabinete.

Obtuvo su diploma de abogacía en 1967 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que luego sería profesor adjunto del curso de doctorado. Posteriormente, entre 1980 y 1982, desempeñó actividades de investigación en el Institute of Latin American Studies y en la London School of Economics, ambos en Londres. Es académico de número de la Academia Argentina de la Historia y del Instituto Nacional Sanmartiniano.

Fue condecorado con la Ordre National du Mérite de Francia, en 1987, y nombrado Cavaliere di Gran Croce por Italia el mismo año.

Además de su actividad política y académica, Terragno ha publicado numerosos libros sobre la historia argentina y también sobre política o economía.

Ha sido columnista de las revistas Noticias y Debate. Actualmente es columnista del diario Clarín.